

# NO LA DEJES ENTRAR

NICOLA SANDERS

UN ADICTIVO THRILLER PSICOLÓGICO

# NO LA DEJES ENTRAR

Un adictivo thriller psicológico

---

NICOLA SANDERS

Traducido por  
MAR MUÑOZ LORENTE

# Índice

[Prólogo](#)  
[Capítulo 1](#)  
[Capítulo 2](#)  
[Capítulo 3](#)  
[Capítulo 4](#)  
[Capítulo 5](#)  
[Capítulo 6](#)  
[Capítulo 7](#)  
[Capítulo 8](#)  
[Capítulo 9](#)  
[Capítulo 10](#)  
[Capítulo 11](#)  
[Capítulo 12](#)  
[Capítulo 13](#)  
[Capítulo 14](#)  
[Capítulo 15](#)  
[Capítulo 16](#)  
[Capítulo 17](#)  
[Capítulo 18](#)  
[Capítulo 19](#)  
[Capítulo 20](#)  
[Capítulo 21](#)  
[Capítulo 22](#)  
[Capítulo 23](#)  
[Capítulo 24](#)  
[Capítulo 25](#)  
[Capítulo 26](#)  
[Capítulo 27](#)  
[Capítulo 28](#)  
[Capítulo 29](#)  
[Capítulo 30](#)  
[Capítulo 31](#)  
[Capítulo 32](#)  
[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

## Créditos

Título original: *Don't Let Her Stay*  
Copyright © Nicola Sanders, 2023 Reservados todos los derechos.

© 2024 Furphies Press Reservados todos los derechos.

Traducción: Mar Muñoz Lorente

Revisión: Estefanía Carmona Sánchez

Segunda revisión: Pilar de Vicente Servio

Nicola Sanders expresa su derecho a ser identificada como autora de esta obra.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones y sucesos más allá de aquellos claramente de dominio público son producto de la imaginación de la autora o se usan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, eventos y lugares es pura coincidencia.

## Prólogo

—No te despiertes. Por favor, no te despiertes.

Rogarle a mi niña de cuatro meses que se duerma (o que siga durmiendo) nunca ha funcionado. Dios sabe que lo he intentado. Así que no sé por qué creo que esta vez será diferente.

Pero solo me queda rogar.

La aprieto tan cerca de mi pecho que tengo que comprobar una y otra vez que no le estoy haciendo daño. Noto cómo se remueve, señal inequívoca de que está a punto de despertarse. Si se despierta, llorará, porque es lo que hace siempre.

Y si llora, moriremos las dos.

Estoy haciendo todo lo que puedo para que salgamos vivas de aquí. Ya me queda muy poco. He llegado a la puerta principal y la abro para salir tan rápida y silenciosamente como puedo.

Aquí fuera, es noche cerrada. El silencio es tan absoluto que hasta el crujido de la gravilla bajo mis pies nos delata. Pero no puedo ir más despacio. Solo tenemos unos segundos. Corro hacia el Range Rover y me agacho junto a la rueda trasera, tanteando con los dedos la llave de repuesto que guardo allí. Cuando aprieto el botón, el coche emite un destello acompañado de un pitido que bien

podría ser el estruendo de una trompeta. Me detengo con el corazón a cien y escucho. Nada. La luz interior se enciende en cuanto abro la puerta y mis manos se apresuran a apagarla. Me las apaño para poner a Evie en la sillita infantil del coche con cierta torpeza. Sus ojos se abren como los de una muñeca.

Acto seguido, abre la boca. Bien abierta.

—Por favor, no llores, Evie. Por favor, cariño, por favor, no llores.  
—Contengo la respiración.

Evie bosteza.

Cierro la puerta suavemente, pero tiemblo tanto que se me resbalan las llaves. Me arrodillo y las busco a tientas en la oscuridad.

*Por favor, no llores. Por favor, no llores.* Noto el cuadrado de plástico bajo mis dedos.

Gracias a Dios. Las tengo. Me levanto justo cuando la luz de una ventana en la planta de arriba se enciende e ilumina el coche.

No puedo evitarlo: me vuelvo y dirijo la mirada hacia la casa, aunque me cueste un segundo que no puedo desperdiciar. Viene del dormitorio de la niña. Es la única luz encendida en la casa.

Me llevo la mano a la boca cuando aparece en la ventana y da un golpe contra el cristal con las palmas de las manos mientras una negra humareda se eleva a su espalda.

Nuestros ojos se encuentran.

Me giro, bloqueo las puertas del coche y arranco.

## Capítulo Uno

---

*Tres semanas antes.*

Oscar ladra perezosamente mientras oigo una furgoneta adentrarse por la gravilla. El ladrido es puro teatro. Los dos sabemos que dejaría entrar a cualquier intruso; recibiría al ladrón meneando la cola y le pondría las patas en el pecho. Es un viejo labrador color caramelo que adora todo y a todos, incluso al gato del vecino.

Me alejo de la cuna para mirar por la ventana. Es el cartero. Sube los escalones hasta la puerta principal y segundos más tarde, oigo el ruido metálico de la portezuela. Hay un buzón en la verja, pero cuando estoy sola en la casa (es decir, la mayoría de las veces) me gusta dejar la verja abierta del todo. Así no me siento tan sola, al saber que cualquiera podría acercarse a la casa sin tener que llamar al portero automático. Richard no está de acuerdo. Dice que es peligroso, lo que siempre me hace poner los ojos en blanco. Nos encontramos en un pueblo encantador, aunque más bien aletargado, y esta hermosa casa de campo es como un fuerte. Cuando nos mudamos, a Richard le preocupaba tanto que Evie y yo estuviésemos aisladas que instaló cerraduras en todas las ventanas.

Bajo la vista hacia Evie, que está dormida en su cuna con las extremidades extendidas como una estrella de mar, y la arropo con la manta y le doy un beso en la mejilla suave y sonrosada. Ni siquiera se mueve. Si alguien me hubiera dicho, hace un año, que la llegada del correo sería lo más interesante que me pasase *en todo el día*, me habría reído. Pero ahora, al bajar rápido las escaleras, siento un cosquilleo de expectación al pensar que quizás haya algo para mí entre las cartas y facturas dirigidas a Richard. ¿Una revista, quizás? ¿El último número de *Casas y jardines*? Otra cosa de la que me habría reído hace un año. Ya no. Ahora, puedo pasarme una hora larga, incluso hasta dos si me tomo mi tiempo, en la mecedora del cuarto de la niña, ojeando los baños de moda, las terrazas acristaladas... Quizás deberíamos ocuparnos de eso tras la reforma de la cocina. Si no fuera porque todavía no he empezado con la reforma de la cocina. Las fotos que recorté siguen ahí, con los bordes cada vez más curvados, en la pizarra magnética que he dispuesto para el proyecto en una habitación libre de la que me he apropiado como despacho. Richard tiene su propio estudio abajo, una amplia habitación con un escritorio de roble descomunal, estanterías que ocupan toda la pared y puertas vidrieras que dan paso a un patio. Apenas usa el estudio. No le gusta traerse el trabajo a casa.

Mi despacho es menos imponente, simplemente una habitación con un escritorio y un archivador donde guardo mis documentos privados. La decoré con un bonito papel pintado e y le pedí a Simon, el jardinero, que colgase la pizarra magnética en la pared, ya que Richard no habría sabido con qué extremo del martillo darle al clavo.

Por entonces, tenía grandes planes para esta casa. Estaba embarazada, había superado la etapa de náuseas y deliraba de felicidad por la oleada de hormonas que me recorría el torrente sanguíneo. Todavía creía, con cierta ingenuidad, que tendría la energía para hacerlo todo y que tener un bebé sería coser y cantar. El problema es que mi niña preciosa no duerme. Bueno, sí que lo hace. Duerme unas cincuenta millones de siestas cada noche, y entre ellas se despierta y llora hasta que consigue alimento. La dura

realidad, últimamente, es que algunas mañanas estoy demasiado cansada hasta para lavarme el pelo.

Me agacho para recoger el correo con Oscar a mi lado y dejo escapar un suspiro mientras lo reviso. Supongo que tendré que encontrar otra distracción, porque hoy no hay nada para mí.

Pongo la pila de correo en la consola, bien ordenada por tamaño: *La crónica del inversor* al final y encima, las facturas y otros papeles más pequeños. Hay un sobre grande de Ámsterdam, imagino que está relacionado con la conferencia a la que asistirá Richard dentro de tres semanas. Lo coloco al final del montón. Una carta cae al suelo. La recojo y le doy la vuelta. Como las otras, esta se dirige a Richard, pero está escrita a mano y la caligrafía deja claro que es de una mujer. La giro; no hay remitente ni indicación de quién puede ser. Pienso inmediatamente en Isabella, la bella Isabella, la exprometida de Richard. Sé que siguen en contacto, aunque no entiendo por qué le enviaría una carta escrita a mano. Quizás sea una invitación a un evento. Una invitación especial. A un evento especial. Solo para él. Sin acompañante, por favor.

De repente, me mata la curiosidad. La giro entre los dedos. Me planteo usar el viejo truco del vapor para abrirla, aunque sospecho que eso ya no funciona.

Una corriente de aire frío me hace dar un salto.

—Hola, señora A.

—¡Roxanne! —ríó, apretando el sobre contra mi pecho—. Me has dado un buen susto. ¿Ya es la hora?

Apoya la bicicleta contra la pared de fuera y entra, cerrando la puerta delantera.

—Siento haberla asustado —dice, quitándose la capucha del abrigo—. Debería haber llamado al timbre. Pensé que estaría arriba con Evie.

Muevo una mano para quitarle importancia.

—Evie está como un tronco. Lleva al menos quince minutos así, creo que es un récord. Estaba revisando el correo.

—Bueno, de acuerdo. Entonces me pongo a trabajar, señora A.

Le he pedido a Roxanne cincuenta veces que me llame Joanne, pero nunca lo hace. Siempre soy la señora A, aunque tendrá unos

veinticinco años, quizás veintiocho, lo que me hace solo unos cinco años mayor que ella.

Cuelga el abrigo en el guardarropa, un cuartito junto al pasillo donde guardamos paraguas, chubasqueros, botas de agua... Avanza a zancadas hacia las puertas de doble hoja que conducen a la amplia cocina para tomar el carrito de productos de limpieza de la habitación que hace las veces de lavadero y despensa. Me encuentro justo detrás de ella.

—¿Te apetece un té antes de empezar? —Siempre le hago la misma pregunta y casi siempre dice que no. Debe de pensar que tengo problemas de memoria. O que soy dura de oído.

—No, gracias —dice—. Empezaré ya.

—Estoy pensando en comprar una bicicleta —suelto abruptamente antes de que tenga tiempo de alejarse. No es verdad. ¿Qué haría con una? ¿Poner la cuna en la rueda trasera? Es solo que me muero por hablar con alguien. Tengo la sensación de que no lo he hecho en días, aunque no sea del todo cierto. Hablo con Simon, aunque como sigue siendo invierno, todavía no pasa mucho tiempo aquí. Solo viene una o dos veces a la semana, sobre todo para arreglar los terrenos y prepararlo todo para la primavera. Por supuesto, hablo con Richard todas las noches, pero trabaja muchas horas y últimamente, ni siquiera llega a tiempo para la cena. Tiene un banco de inversión con servicios especializados con su socio directivo y están trabajando en un nuevo producto, algo de un nuevo porfolio financiero. Trató de explicármelo, pero no entendí ni una palabra; lo atribuí al despiste del embarazo.

—¿Cuál crees que sería la mejor para mí? —le pregunto a Roxanne.

Se encoge de hombros.

—Hay una tienda de bicicletas en Chertsey. Podría consultarles.

Asiento.

—Sí, buena idea. —Pongo el oído buscando escuchar a Evie y, satisfecha con el silencio, cojo la tetera y la alzo en dirección a Roxanne—. ¿Estás segura?

—Segura —dice ella.

—¡De acuerdo! —Echo una bolsita de té de menta en la taza y me apoyo de espaldas a la encimera. Observo cómo junta los productos de limpieza e intento pensar en algo más que decir, pero mi cerebro está hecho puré de patatas.

A veces me pregunto en qué narices estábamos pensando al mudarnos a una casa tan grande a kilómetros del pueblo. Sé lo afortunada que soy al vivir en un sitio tan bello. Tiene seis dormitorios, cinco baños, un salón y *otro* salón matinal para por las mañanas, vistas para aburrir, un sótano donde Richard guarda sus vinos más valiosos y que amenaza con convertir en un *home cinema* o algo así, una enorme cocina y una despensa más grande que el piso donde vivía en Londres. Solo me apetece sentarme en la cocina con Evie en mi regazo, tomar el té y hablar con Roxanne. Algunos días, me encuentro siguiéndola por la casa mientras trabaja, con Evie en brazos, simplemente por tener a alguien con quien hablar.

Roxanne se pone los auriculares y da unos golpecitos en la pantalla de su teléfono. Me aguanto un suspiro. Pillo el mensaje.

—Te dejo entonces —digo, aunque no puede oírme. Echo el agua hirviendo sobre la bolsita de té y me dirijo con mi taza hacia el pasillo.

## Capítulo Dos

Richard y yo vivimos en esta casa desde que me quedé embarazada de Evie. Nuestro hogar de ensueño. Por entonces ya había superado mi reticencia a depender del dinero de Richard, al menos a la hora de comprar casa. Al principio de nuestra búsqueda, cada vez que me llevaba a ver una propiedad me echaba atrás al ver el precio. Mi sueldo no cubría ni por asomo el tipo de hipoteca que parecía tener en mente. Y eso que esas casas no eran tan espléndidas como la que acabamos comprando.

—No te preocupes por el dinero, Joanne. Lo importante es que encontremos nuestro hogar hecho a medida. Quiero que sea mi regalo —dijo, besándome la coronilla.

Todavía recuerdo la primera vez que visitamos la propiedad. No podía creer lo que veían mis ojos. A Richard le encantó. ¿De verdad podríamos hacerla nuestra? Intenté imaginar la vida que tendríamos mientras miraba boquiabierta cada habitación, cada cornisa, cada ventana. Hablamos de las fiestas que celebraríamos, maravillados por los jardines bien cuidados y en plenitud, e imaginamos a nuestros hijos —y al labrador— jugando en el jardín. Enseguida

coincidimos en lo perfecta que era la habitación de arriba, la que daba a la rosaleda, para que fuese la habitación del bebé. La cocina estaba un poco anticuada y le dije entusiasmada a Richard que podía mejorarla. Sería mi proyecto personal, eso le dije.

Pero no está yendo como esperaba. Soy incapaz de tomar una simple decisión sobre las encimeras o el acabado de los armarios, y dado que antes era agente inmobiliaria, cualquiera podría pensar que estoy en mi elemento. He visto infinidad de cocinas y sé qué composiciones funcionan, cuáles se venden y cuáles quedan bien.

O lo sabía, en todo caso. Últimamente, me descubro haciéndole a Roxanne preguntas como «¿crees que este es un buen horno?» o «¿qué estilo de cocina se lleva ahora? ¿El hormigón pulido? ¿Y qué tal el estilo *shaker*? O, espera, ¿qué te parece esta con esmaltado blanco?, ¿te gusta el esmaltado blanco?». Y ella me mira con las cejas ligeramente arqueadas y dice: «No lo sé, señora A, eso es decisión suya».

Eso era antes de que empezase a traerse los auriculares, claro.

Conocí a Richard cuando vino con Isabella a la agencia inmobiliaria donde trabajaba en Chelmsford. Me había mudado allí tres años antes con mi novio de entonces, Marc, cuando le salió la oportunidad de gestionar una empresa de desarrollo de *hardware* allí. Cuando Marc y yo rompimos, él se mudó a Londres y yo me quedé en la zona, básicamente por pura inercia.

Richard e Isabella estaban interesados en una casa de estilo georgiano que teníamos en nuestro catálogo. Esa propiedad no me tocaba enseñarla; estaba asignada a mi compañero Anthony —por el que andaba medio colada, pero esa es otra historia...—. Y como Anthony no estaba aquel día, me ofrecí a enseñársela yo.

Era una casa preciosa, con habitaciones bien proporcionadas y grandes chimeneas, altos techos y casi una hectárea de terreno con su propio lago. Se suponía que *esa* casa iba a ser su hogar de ensueño. Suyo y de Isabella.

La recuerdo bien. De unos cuarenta años, alta y preciosa, con rizos oscuros que le enmarcaban la bonita cara. Y una sonrisa

encantadora. Pasaron unos días y Richard me llamó. Quería echar otro vistazo a la casa. Acordamos una visita, pero aquel día Isabella se retrasó, así que volví a recorrerla entera con Richard. Me pidió ver el sótano. No me gustan los sótanos ni los lugares oscuros, lo que puede resultar un inconveniente en mi profesión. Pero era mi trabajo, así que me puse muy derecha y dije «claro». En cuanto bajamos, una corriente de aire cerró de golpe la puerta. Richard subió para tratar de abrirla, pero se había atascado. Estaba temblando. Mis piernas se habían convertido en columnas de gelatina.

—¿Estás bien, Joanne?

—Sí —mentí, y descansé la mano en la pared húmeda en busca de apoyo.

—No te preocupes. Saldremos de aquí en un periquete. —Sacó el móvil pero, por supuesto, no teníamos cobertura ni nada remotamente parecido allí abajo.

Empecé a hiperventilar.

—No te preocupes de nada, Joanne, ¿de acuerdo? ¿Ves esa ventana de allí? Voy a salir por esa ventana, daré la vuelta a la casa y abriré la puerta.

—¿*Esa* ventana? —resollé. No era ni siquiera un ventanuco, más bien un hueco. Un espacio donde faltaban unos ladrillos. Era imposible que saliera por *ahí*.

—Confía en mí. Todo irá bien.

—De acuerdo —susurré, no sin cierta dificultad.

Se quitó la chaqueta del traje y la dejó, cuidadosamente doblada, encima de una caja vacía. Se remangó la camisa, se aflojó la corbata y se pasó los dedos por el cabello. Y aunque estaba al borde de un ataque de pánico, verlo así, con las gafas de montura gruesa ligeramente ladeadas, el pelo oscuro alborotado y la corbata ahora torcida, me sacó una sonrisa. Parecía Clark Kent. O habría parecido Clark Kent si lo dejaran llegar a los cincuenta.

Apiló otras tres cajas vacías —menos mal que estaban allí tiradas— y las dispuso para formar una especie de escalera.

—¿Puedo ponerte la mano en el hombro? ¿Para mantener el equilibrio? —me preguntó.

—Sí, perdona. —Me moví para colocarme junto a él, pero de nuevo, tuve que apoyar una mano en la pared para mantenerme en pie. Unos puntos negros empezaron a bailar frente a mis ojos mientras él trepaba por las cajas como podía.

Su manera de retorcerse para intentar pasar por el hueco me pareció muy torpe. Si no hubiese estado tan asustada, lo hubiese encontrado divertido. En su lugar, no paraba de preguntarme: ¿Y si se quedaba atrapado? ¿Y si se moría ahí, atascado en ese ventanuco? Entonces, sus piernas desaparecieron, lo que me provocó una nueva oleada de pánico.

—No pensarás marcharte y dejarme aquí, ¿verdad? —grité nerviosa.

Volvió a asomar la cabeza.

—Ni por todo el oro del mundo. —Resopló—. Enseguida vuelvo.

Y con eso, se esfumó.

Me puse en cuclillas y dejé caer la cabeza entre las rodillas. Me pregunté qué haría si no regresaba y me di cuenta de que no podía hacer nada. Nada en absoluto. Moriría aquí, sola. Un esqueleto putrefacto en un sótano.

Entonces, la puerta se abrió de golpe y bajó las escaleras para ayudarme.

—Me siento una idiota —dije cuando ya estábamos fuera.

—Para nada. No podrías haber predicho que la puerta del sótano se iba a cerrar sola.

—Quiero decir por estar tan asustada.

—Ya ha pasado. Ya no hay nada que temer. —Me atrajo hacia sus brazos y empecé a llorar. Pensé que era una tonta por llorar así sobre su cara camisa, pero lo cierto era que no quería apartarme. Me sentí más segura en ese abrazo protector de lo que me había sentido en mucho tiempo.

Nos quedamos así durante unos momentos, él acariciándome la cabeza y yo temblando como una niña, hasta que me aparté y me limpié la nariz con la manga.

—Lo siento. Te he arruinado la camisa. Además, te has dejado la chaqueta ahí abajo.

—Voy a cogerla. —Me estaba pasando un pañuelo de tela, asegurándome que estaba limpio, cuando un coche aparcó delante de nosotros.

Había llegado Isabella.

La siguiente semana, vino a la agencia y me dijo que no iba a seguir adelante con la compra de la propiedad porque Isabella y él se habían separado.

—Lo siento mucho —dije cuando sus ojos se anegaron de lágrimas.

Eran las cinco, así que lo llevé al The Ship, el *pub* de la esquina, para tomar algo. Me contó que Isabella lo había dejado por otro hombre. Tenía una aventura desde hacía meses y mientras buscaban casa, ya sabía que no se mudaría.

—No sabía cómo decírmelo.

Yo también había experimentado mis propias traiciones en mis relaciones. Le hablé de Marc, por quien me había mudado allí. Marc y yo habíamos pasado tres años juntos. Él todavía no quería niños, y luego resultó que no quería niños y punto. «Sería un padre terrible», me dijo. Entonces un día, durante el desayuno, anunció que se marchaba. Estaba teniendo una aventura con Olive, de Recursos Humanos, y se había quedado embarazada.

—Ahora tienen un niño llamado George y otro de camino.

Richard negó con la cabeza.

—Qué espanto.

Me encogí de hombros.

—Fue hace tiempo —respondí, como si no hirviese de resentimiento cada vez que pensaba en ello.

Hablamos un poco más y de repente, se hizo la hora del cierre. No me había sentido tan cómoda con nadie en mucho tiempo.

—Gracias por escucharme —dijo, cerrando la puerta del taxi por mí.

Dos meses más tarde, me pidió salir a cenar. Y ocho meses después, estábamos casados.

## Capítulo Tres

---

Me llevo conmigo la taza de té caliente y, al entrar en el recibidor de camino a la habitación de la niña, vuelvo a echar un vistazo a la misteriosa carta en la consola. La cojo, intentando recordar si alguna vez he visto la caligrafía de Isabella; pero si llegué a hacerlo, no lo recuerdo. Desearía no sentirme tan insegura, pero hace unos meses Richard me contó que Isabella se había puesto en contacto con él y que su relación no había funcionado. Volvía a estar soltera.

—¿Crees que quiere volver contigo? —le pregunté con incredulidad.

—No. En absoluto. Es solo que pasamos muchos años juntos. Creo que le apetece hablar con alguien que la conozca bien. Un hombro en el que llorar.

Si Richard quería hacerme sentir mejor, no lo había conseguido. Después de todo, le había ofrecido *mi hombro* para llorar, y solo había que ver dónde nos llevó aquello. Aunque entonces estaba delgada y llena de energía, era una profesional ocupada y tenía el pelo limpio. ¿Y ahora? Ahora, me siento una persona tan aburrida que podría quedarme dormida hablando conmigo misma.

Debería subir el listón. Eso es. Debería cocinarle una deliciosa receta casera. No, mejor una cena a la luz de las velas. Además, hace semanas que no tenemos relaciones, y es culpa mía. Me pondré algo sensual. ¿Tengo algo así en el armario que todavía me quede bien? ¿Algo que no me haga parecer una morcilla?

Estoy a punto de subir las escaleras cuando suena el teléfono fijo. Tenemos teléfonos en prácticamente todas las habitaciones porque la cobertura móvil por aquí es intermitente en el mejor de los casos, aunque Richard dice que es para ahorrarme tener que buscar el móvil por toda la casa si le estoy dando de comer a Evie. Por alguna razón, todo el mundo se preocupa de que no me canse demasiado cuando le doy de comer a Evie.

—Joanne, cariño, ¿cómo va el día?

—¡Bastante bien! —respondo animadamente—. Muy bien. Y me alegro de que hayas llamado, porque estaba pensando en hacer algo especial para la cena. ¿A qué hora llegas a casa? —Entonces añado —: Tengo una sorpresa.

Él se echa a reír.

—¿Qué tipo de sorpresa?

Giro la carta entre los dedos.

—Bueno, si te lo digo ya no será una sorpresa. Pero no pasa nada. Ya que preguntas, he pensado en preparar una cena romántica para los dos... Y quizás, ya sabes... ¿algo de postre?

Genial. Ahora seguramente estará pensando en gelatina y flan.

—Cariño, lo siento. Suena maravilloso, pero te llamo porque hoy voy a tener que trabajar hasta tarde. Debemos tener la propuesta lista para el lunes. Geoff ha llamado para pedirnos que arrimemos el hombro esta noche.

Ah, el maldito Geoff.

—No importa —digo, tratando de poner tono optimista y fracasando—. En otra ocasión. —Escucho a Evie removerse arriba—. Tengo que irme, a Evie le toca la toma. ¿Me llamas luego?

—Por supuesto, cariño.

Sé que son las estúpidas hormonas, pero aun así, me escuecen las lágrimas. No puedo evitar preguntarme si lo estoy perdiendo. Si

me encuentra tan aburrida que prefiere pasar las tardes con sus compañeros de trabajo.

Subo las escaleras y echo un vistazo a Evie, que está despierta. Está tumbada boca arriba, mirando el móvil de animales del bosque que hay sobre la cuna. Me mira conforme me acerco y empieza a llorar, y sin embargo me invade una profunda alegría. La cojo y le doy un beso en el suave cabello. Ella deja de llorar y frota su nariz contra mi cuello. Me echo a reír. Todas las inseguridades se han esfumado de mi mente. Mi corazón se llena de amor y felicidad cuando estoy con mi niña.

Agarro el biberón que preparé antes de la mininevera del rincón y lo dejo en el calentador, para después pasear por la habitación mientras espero el pitido de la máquina. Me encantaría poder darle el pecho, pero por desgracia no produzco suficiente leche.

Me suena el móvil. Es Shelley, mi amiga y excompañera de la agencia. Me coloco el teléfono en el hueco del cuello y me cargo a Evie en la cadera.

—¡Shelley, hola! ¿Cómo estás? Espera, no te oigo. Voy a salir, un segundo.

Camino hasta mi dormitorio y me sitúo frente a las puertas vidrieras que dan al balcón. Siempre es un buen lugar para encontrar cobertura.

—¿Me oyes ahora?

—¡Hola, mami! ¡Ahí estás!

Oigo el sonido de los teléfonos de fondo y siento una ligera punzada de nostalgia.

—Pareces ocupada —digo.

—Eso siempre, ya sabes cómo va. ¿Y tú cómo estás?

—¡Muy ocupada también! No tengo ni un minuto para mí.

—Lo siento, Jo —dice ella—. No te entretengo, solo quiero preguntarte algo rápido.

—No, por favor, entreténme. Estaba de broma, voy a morirme de aburrimiento aquí. Puedes hablarme todo el día si quieres.

Ella ríe.

—Seguro que no es para tanto. Escucha, ahora en serio, voy con prisa, pero ¿te acuerdas de la casa en Berry, a la que hicimos una

tasación? ¿La que el cliente al final decidió no vender?

—Sí, me acuerdo.

—Ha cambiado de opinión y quiere ver la tasación original. No encuentro el archivo. Lo hemos buscado por todas partes, y tenemos la reunión en cinco minutos.

Acuno a Evie suavemente sobre la cadera.

—Está en el archivador donde guardamos todos los expedientes de «Volver a llamar dentro de seis meses».

—Dios mío, Jo, eres increíble. Lo había olvidado por completo, pero tienes razón. —Oigo el rechinar de una silla al arrastrarse hacia atrás, el ruido de un cajón al abrirse y entonces, en tono triunfante, Shelley grita: «¡Lo tenemos!». Debe tener el teléfono en alto, porque oigo un «iyuju!». Un par de personas aplauden y me invade una oleada de orgullo, como si hubiera salvado a la agencia entera de la bancarrota.

—Eres la mejor. De verdad —dice ella—. Tengo que irme, pero gracias, Jo. Estoy intentando llevar tres cosas a la vez. Ya sabes cómo se pone esto. Tenemos tantos alquileres que vamos a tener que abrir una sección nueva para gestionarlos, y hemos perdido a Terry y Kimberley.

—¿Qué les ha ocurrido? ¿Han renunciado?

—Pues claro. Se han casado y todo. ¿No lo sabías?

—¡No! Pero bueno, son buenas noticias, ¿no? O sea, no para ti. —Se me viene a la mente una idea—. Espera, ahora que lo pienso, ¿necesitáis más ayuda? Podría trabajar un día o dos a la semana desde casa si sirve de algo. —Hablo rápido, soltándolo todo según la idea va tomando forma en mi cabeza—. Todos los documentos están en la nube. Obviamente, no podré encargarme de las visitas con los posibles compradores, pero podría unir fuerzas con algún otro, ¿quizás Jacklyn? O podría ayudar con los alquileres, organizar las reparaciones, las inspecciones, ese tipo de cosas.

Huelga decir que las posibilidades de que Shelley me dé trabajo, cualquier trabajo, son las mismas que de ganar la lotería. Vivo a ciento y pico kilómetros. Hace más de un año que no piso la agencia. Que es más tiempo del que he pasado en *ningún* otro

trabajo. ¿Qué sé de sus listados actuales? ¿Utilizarán siquiera los mismos sistemas?

Guarda silencio. En cualquier momento me responderá «no, gracias» y se despedirá.

—¿Sabes qué? —dice al fin—. Nos vendría bien algo de ayuda hasta que consigamos más personal, pero puede que no sea el trabajo más interesante del mundo. Es más bien monótono, ¿me entiendes?

—¡Me encanta lo monótono! ¡La monotonía es lo que más me gusta del mundo!

Se ríe y quedamos en hablar de nuevo en uno o dos días, cuando haya tenido tiempo de pensarlo y comentárselo al equipo. Cuando cuelgo, estoy radiante de alegría.

—Puede que mami vuelva a trabajar —le arrullo a Evie—. ¿No sería genial? Y tú podrás sentarte en mi regazo y ayudarme. ¿Te gustaría?

No sé por qué, pero de repente tengo la sensación de que me están observando. Me giro y una sombra se mueve en el umbral.

—¿Roxanne? —Asomo la cabeza y la pillo precipitándose por el pasillo—. ¿Roxanne? —la llamo de nuevo—. ¿Necesitabas algo?

Pero se aleja sin darse la vuelta.

Vuelvo a la habitación y me siento con Evie en la mecedora. ¿Me ha estado observando? Claro que no. ¿Por qué le importaría lo que estuviese haciendo? Son imaginaciones mías. Posiblemente, solo pasaba por delante y ha echado un vistazo de camino, eso es todo. Y es normal que no me oyese. Lleva auriculares, ¿recuerdas?

Sacudo los hombros para quitarme esa sensación extraña de encima.

—Ya era hora de que mami encontrase algo que hacer, ¿no crees? —le susurro a Evie. Otra manía que he adoptado últimamente es hablar conmigo misma mientras finjo que hablo con mi niña—. Si no, puede que mami se vuelva majara.

## Capítulo Cuatro

---

Me he quedado dormida con Evie sobre el pecho, pero ahora estoy despierta. Algo me ha despertado. ¿Roxanne? No, no puede ser. Se marchó hace horas.

—¿Joanne? ¡Soy yo!

—¿Richard? —Me levanto y pongo a una soñolienta Evie en su cuna—. ¡Estás en casa! —Bajo las escaleras corriendo a su encuentro—. Creía que hoy trabajabas hasta tarde.

Se desabrocha el abrigo.

—Le he dicho a Geoffrey que puede quedarse hasta tarde si quiere, pero que yo me iba a casa. Echo demasiado de menos a mis chicas. —Deja la maleta en el suelo y extiende los brazos.

—¡Pero has llegado muy pronto! —digo, haciéndome un hueco entre ellos.

—Me he tomado el resto del día libre. —Me besa la coronilla—. Lo siento —murmulla.

—¿Por qué?

—Esta noche querías hacer algo especial para los dos, y yo estoy hecho un viejo aburrido. Te dejo sola demasiado. No te merezco.

—Ojalá hubieses llamado. ¡Me habría peinado!

Me pasa la mano por la cabeza.

—Tu pelo está perfecto.

Me aparto y bajo la vista hacia mi pecho.

—Pero estoy hecha un desastre. —Llevo puesta una sudadera vieja y maltrecha y unas mallas de yoga dadas de sí—. Y estoy cubierta de los mocos de Evie.

—Y yo creo que estás preciosa. Venga, abramos una botella de vino.

Es una de las ventajas de no poder dar el pecho: poder tomar una copa por las noches.

—No he preparado nada de comer.

—Pues pedimos algo de Piccolino. —Me toma de la mano.

—Ay, sí —respondo—. Mataría por una *pizza*.

Más tarde, nos sentamos a la amplia mesa de madera de la cocina con el monitor del bebé entre los dos. Richard enrolla unos espaguetis con el tenedor. El pelo le cae sobre la frente. Debería cortárselo. A menudo me pregunto cómo Richard, tan inteligente y exitoso, puede parecer tan pardillo. A veces tengo que detenerlo antes de que salga de casa para arreglarle la camisa porque se la ha abrochado coja. O se ha puesto un par de calcetines casi del mismo color, pero no del todo. O lleva media hora buscando sus gafas cuando las tiene literalmente sobre la cabeza. Una vez lo mandé a la óptica para comprobar que no se estaba quedando ciego. Pero no, tiene la vista perfecta. Ni siquiera necesita cambiarse la graduación de las gafas. Simplemente es así, y no lo cambiaría por nada del mundo. Es mi propio y apuesto Clark Kent de sienes plateadas, y me derrito con solo mirarlo.

—Pareces cansada, amor.

Intento sonreír.

—Anoche no se durmió hasta las dos de la mañana.

—Deberías haberme despertado.

—¡No! Tú tienes que ir al trabajo. No sería justo.

—Podría haber ayudado. ¿Cómo ha estado el monstruito hoy?

—Se ha pasado el día durmiendo, por supuesto. Como un ángel.  
—Doy un mordisco a la *pizza* y me limpio la boca con la servilleta—. En fin, cambiando de tema, tengo noticias.

—¿Oh?

—Hoy he hablado con Shelley.

Sirve una copa de vino para los dos.

—Shelley...

—De la agencia inmobiliaria donde trabajaba.

—Shelley. Por supuesto. ¿Y cómo está Shelley?

—¡Está genial! Pero la verdad es que están hasta arriba. Apenas puede tomarse un respiro. —Empiezo a jugar con la servilleta, doblándola y volviéndola a desdoblar—. Y, bueno —continúo—, me ha preguntado si podría ayudarla un par de días a la semana. Trabajando desde casa, claro —añado rápidamente, por si se le ocurre pensar que estaría yendo y viniendo a Chelmsford cada dos por tres.

Me mira por encima de la copa con el ceño fruncido.

—Pero, cariño, ¿tú quieres hacer eso?

Unto una gruesa capa de mantequilla en un pedazo de pan, olvidando mi anterior determinación de recuperar la forma lo antes posible.

—Bueno... Necesita mi ayuda, así que...

—¿Y qué pasa con lo que *tú* quieres? —Busca mi mano—. Eres feliz, ¿no? A veces me preocupo por ti. ¿Nos hemos precipitado? Sé que querías vivir aquí, en esta casa, lejos de la ciudad... Pero ¿nos hemos equivocado?

Y por eso he querido contarle una mentira piadosa. Shelley no me ha pedido que vuelva a trabajar. He sido yo la que lo ha dicho sin pensar y casi le ha suplicado que me admita de nuevo. Pero, como me recuerda Richard, esta casa, esta vida, es lo que siempre he querido. Quería tener muchos niños y un hogar al que dedicarme. Quería una enorme cocina con ollas y sartenes colgadas del techo. Quería preparar deliciosas comidas todas las noches para mi familia. Quería todas estas cosas y soy yo la que lleva meses hablando entusiasmada de lo mucho que deseaba ser madre a tiempo completo, cómo quería llenar esta casa de niños y amigos y risas, de

lo ocupada que iba a estar y lo fantástica que iba a ser la vida alejada del bullicio del trabajo. A Richard le da igual lo que quiera, siempre que sea feliz. Estoy completamente convencida de que a Richard no le importa lo más mínimo que cambie de opinión o que quiera trabajar a tiempo parcial o no. No es él quien está decepcionado conmigo. Soy yo.

—Creo que puede ser divertido. Sí que echo de menos el ajetreo de la oficina.

Toma un sorbo del vino.

—¿Y trabajarás con Anthony en esa oficina tan ajetreada? ¿Y nuestra niña? ¿Qué hacemos con ella?

Pongo mi mano sobre la suya.

—En primer lugar, trabajaría desde casa. Cuando he mencionado el ajetreo de la oficina, lo decía de forma figurada. En segundo lugar, ni siquiera sé si Anthony sigue trabajando allí.

Lo cual es mentira. Anthony *sí* sigue trabajando allí. Me envía mensajes de vez en cuando, simplemente para dar señales de vida. Pero Anthony es un bache en nuestra relación. Nos besamos una vez, unas semanas antes de que conociese a Richard. Fue después de la fiesta de Navidad de la agencia, cuando me acompañó a casa. Después de eso, empezamos a flirtear en el trabajo y esperaba que me pidiese salir, pero ninguno de los dos tomó la iniciativa. Y entonces conocí a Richard. Cometí el error de hablarle a Richard de él. Creo que quería demostrarle que soy un buen partido. Que los hombres hacían cola para salir conmigo.

—Hay un tipo en el trabajo que me está volviendo loca. No para de flirtear conmigo. Es un encanto, pero, ya sabes, no capta las indirectas —le dije una vez. Estábamos en un restaurante carísimo en Mayfair. Incluso me compré un vestido nuevo para la ocasión, que había costado la mitad de mi salario mensual.

Empezó a palparle una vena en la sien.

—¿Y cómo es que le ha dado por ahí? Sabe que tienes pareja, ¿no?

—¡Sí! Claro que sí. Es solo que... —Quién me mandaba decir nada. Debería haber notado por su tono que esto no iba por donde esperaba, pero estaba demasiado metida en mi papel—. Nos

besamos una vez —agité una mano para restarle importancia—. Estaba borracha, era la cena de Navidad. ¿Hacen falta más detalles? En todo caso —suspiré en plan dramático—, creo que está un poquito enamorado de mí.

Él dejó la copa en la mesa muy despacio.

—¿Y lo haces a menudo? ¿Emborracharte y tirarte a otros hombres?

Tomé aire de forma audible. Él le hizo un gesto al camarero.

—La cuenta, por favor.

—¿Qué estás haciendo, Richard? ¡Si acabamos de sentarnos!

—No quiero alejarte de tu amante. Si prefieres pasar la noche con él, tú misma.

Yo le rebatí, le expliqué que solo lo decía para darle celos porque soy estúpida y que nunca, jamás, me plantearía estar con nadie más. Pero Richard tenía la cara roja de furia y los puños apretados a los costados. Era la primera vez que veía esa faceta de él y no podía creerme su reacción. Traté de explicárselo. No significaba nada. Solo fue un beso. Anthony no significaba nada para mí. Solo Richard. Seguimos discutiendo un buen rato, pero no escuchaba. Cualquier otra noche me hubiese quedado en su casa en Kensington, pero en su lugar me acompañó hasta el taxi y se marchó. Cogí un tren a casa, y me pasé todo el camino llorando con mi nuevo y elegante vestido.

Al día siguiente, me envió una docena de rosas rojas con una nota: «Soy un viejo estúpido que está increíblemente enamorado de ti. Por favor, ¿me perdonas?».

Y por supuesto, lo perdoné. Pero a partir de entonces, fui con cuidado, porque mi Clark Kent de sienes plateadas, un poco pardillo y un poco bobo, también tenía genio. Solo le vi perder los estribos otra vez más, por algo que había ocurrido en su despacho, no sé bien el qué. Estábamos en casa y la conversación tuvo lugar por teléfono. Atravesó la ventana con el puño. Bueno, no exactamente, ya que no llegó a romperse. Pero debió de dolerle.

—Tampoco sería la primera en trabajar desde casa —digo ahora—. Hay un par de personas en la agencia que teletrabajan uno o dos días a la semana. Es muy normal hoy en día.

—Pero ¿y Evie? —pregunta.

Richard es muy protector con Evie y esa es una de las cosas que más me gustan de él. Desde el minuto en que nació ha estado encima de ella, preocupándose y protegiéndola. Se puso muy contento cuando le dije que quería pedir una excedencia por maternidad, al menos durante los dos primeros años. A veces siento que es hasta más protector que yo, y eso ya es decir. Pone el mismo empeño en investigar cuál es el mejor monitor para bebés —un trasto sin importancia, pensaba— que en seleccionar la escuela perfecta.

—Buscaré ayuda, claro. Los días que trabaje puede venir una niñera a cuidar de Evie.

—Pero ¿cómo sabrás si puedes confiar en ella? ¿Y si quiere quedarse con Evie? ¿Y si secuestra a nuestra niña?

Sé que no habla en serio.

—¡Richard! Existen las niñeras profesionales. Contactaré con una agencia con buena reputación. Solo trabajan con personal aprobado y con las mejores referencias, y no voy a coger a la primera que pase por la calle. Lo prometo. —Sonríó y él me devuelve la sonrisa.

—Joanne, cariño, si eso es lo que quieres, entonces creo que es maravilloso. ¡Felicidades! —Levanta su copa y yo hago lo mismo.

—Gracias. Significa mucho para mí.

Hablamos de su día y entonces me pregunta:

—Bueno ¿y qué más has hecho hoy?

«Bueno, he pasado toda la mañana con Evie, he recogido el correo, que he puesto en la consola y que apenas has mirado, por lo que aún no has visto la carta de Isabella, y luego, he intentado hablar con Roxanne, pero ella no estaba por la labor. Después, me he quedado dormida con Evie y has vuelto a casa».

—He tenido un día muy ocupado —digo—. Estoy pensando en comprar una bicicleta.

## Capítulo Cinco

---

Solo más tarde, cuando estamos sentados en la sala de estar, Richard abre el correo. Avivo las llamas; eso sí que se me da bien, prender un buen fuego. Hago todo lo posible para que parezca que no estoy ni remotamente interesada en esas cartas. Acaricio a Oscar y espero tanto como puedo, unos cinco minutos enteros, antes de volver a mi lugar en el sofá, sentarme con las piernas flexionadas y estirarme hacia él como si acabase de darme cuenta de que está leyendo la carta de Isabella.

—¿De quién es? —pregunto, inocente como un corderito.

—No te lo vas a creer.

—¿Por qué? ¿De quién es?

—Es de Chloe.

Me incorporo.

—¿De Chloe?

Levanta la carta en el aire con una sonrisa extendiéndose por su hermosa cara. Niega con la cabeza despacio, asombrado y feliz al mismo tiempo.

—Quiere venir a vernos.

—¿Tu *hija* Chloe?

—¡Sí! —Le da la vuelta a la hoja y sigue leyendo, con una sonrisa de oreja a oreja que revela un hoyuelo en su mejilla derecha—. Dice que no quiere que sigamos enfadados. Escucha esto: «Te echo mucho de menos, papi. Lo siento por todo, y tengo muchas ganas de conocer a mi hermanita. Dentro de poco tendré las vacaciones del semestre. Podría ir a visitaros si os parece bien». ¿Puedes creerlo?

Estoy a punto de preguntarle si me ha mencionado y si quiere conocerme a mí también, aunque seguramente la respuesta sea no. Después de todo, soy la razón de su distanciamiento. No entiendo por qué, ya que no la he visto nunca, pero se molestó tanto cuando su padre se casó de nuevo que se negó en redondo a venir a nuestra boda. No le ha dirigido la palabra a su padre desde entonces, a pesar de los numerosos intentos de Richard, y eso fue hace ya dieciocho meses.

—¿Cuándo le hablaste a Chloe de Evie? —le pregunto.

Me alegro de que hayan conversado, pero también me sorprende porque él no paraba de atrasarlo. Nos hicimos las fotos de familia tras nacer Evie y pensé que sería la ocasión perfecta, así que le sugerí que le enviara una a Chloe con una bonita carta. Pero él quería decírselo cara a cara, lo cual, teniendo en cuenta que ni siquiera le cogía el teléfono, me parecía algo ilusorio.

—¿Por qué no me lo has contado? —pregunto. Evie empieza a llorar. Los dos miramos el monitor, tratando de juzgar si se tranquilizará sola—. Me parece una noticia maravillosa —digo, y no me refiero solo a que la carta no sea de Isabella. El llanto de Evie se apacigua. Ambos dejamos escapar un suspiro—. ¿Cuándo tiene pensado venir?

Él ríe.

—El viernes.

—¿Este viernes? O sea, ¿dentro de tres días?

—¡Sí! —Se levanta—. Voy a llamarla ahora mismo.

Sale de la habitación a zancadas. Oscar, que estaba dormido junto al fuego, levanta la cabeza y mira en dirección a la puerta, posiblemente planteándose si seguir a Richard antes de cambiar de

opinión. Le rasco entre las orejas y vuelve a agachar la cabeza, suspirando de gusto.

—¡Chloe va a conocer a su hermanita! —susurro.

Genial. Ahora le hablo al bebé y al perro.

Chloe tenía once años cuando falleció su madre. Por aquel entonces, vivían cerca de Reading. Diane ya estaba enferma desde hacía tiempo, y Richard se encontraba en España cuando murió de forma inesperada. El vecino más cercano vivía a unos tres kilómetros de distancia, y Chloe pasó sola toda la noche con su madre muerta hasta que el repartidor de la tienda de comestibles llegó a la mañana siguiente con la entrega semanal y se la encontró allí.

No puedo ni imaginarme lo que debió significar para Chloe. Un día, tenía una infancia idílica y unos padres que se desvivían por ella y al siguiente no solo había perdido a su madre, sino que además tuvo que esperar sola con ella durante horas. Richard pagó a los mejores profesionales que pudo encontrar para que ayudasen a Chloe, pero dice que nunca se recuperó por completo de ese trauma. Si antes solía ser una niña feliz y risueña, después se volvió distante. Reservada. No hablaba mucho. Richard creía que, en su subconsciente, le culpaba por estar lejos cuando ocurrió, y él mismo llevaba esa culpa consigo.

Una vez le pregunté sobre el tema.

—¿Fue cáncer?

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Jo, cariño. No hablemos del pasado. No me gusta pensar en ello.

—Por supuesto —respondí, con el corazón hecho trizas por él y por Chloe.

Se mudaron a Londres, donde Richard esperaba poder acomodar a Chloe en una nueva escuela, pero fue difícil. Era muy dependiente. No lo dejaba ni a sol ni a sombra y se volvió completamente necesitada de su atención. Si se marchaba al trabajo, se ponía histérica. Se negó a ir al colegio. La situación se alargó durante meses. Richard estaba desesperado por que mejorase, dejar atrás el

pasado y volver a ser felices, así que decidió enviarla a un internado donde podría entablar amistad con chicas de su edad. De verdad pensaba que era la única manera de que superase la muerte de su madre y retomase una vida normal.

Investigó las mejores instituciones con el mayor prestigio académico y eligió un internado que pensó que encajaba especialmente bien con Chloe. Era una de las escuelas internacionales más exclusivas —y una de las más caras, aunque eso no era importante para Richard— y estaba en Suiza.

Una vez me dijo que todavía se sentía culpable por ello, aunque en el fondo crea que hizo lo correcto, porque con el tiempo, Chloe fue recuperando la confianza y la alegría. Volvía a casa todos los festivos, todas las vacaciones, y en verano viajaban juntos a Italia, París o donde quisiera ir ella.

Hace dos años terminó el instituto y ahora vive en Londres, en un apartamento que le compró Richard. Lo último que sé de ella es que estaba estudiando fotografía de moda en el London College of Fashion.

Quería conocer a Chloe desde antes de casarnos, cuando estábamos saliendo, pero cada vez que Richard se lo sugería, ella tenía un motivo para no ir. Estaba muy ocupada. Tenía que estudiar. Ya había hecho otros planes.

—¿Es por la diferencia de edad? —le pregunté una vez—. ¿Le preocupa?

Richard es diecinueve años mayor que yo, y quizás a Chloe le pareciese demasiado.

—No creo. Ni se inmutó cuando se lo dije. Solo necesita algo de tiempo.

Un día, mientras comían en Le Gavroche, le dijo a Chloe que iba a pedirme matrimonio. Su intención era insistir en que debía conocerme, ya que quería su aprobación, pero después Richard me contó que palideció, se levantó, cogió su abrigo y se marchó.

—Entrará en razón, ya lo verás —me dijo.

Me pareció adorable que quisiera que nos conociéramos y tener su aprobación, pero llevábamos semanas intentándolo y no parecía estar por la labor.

—Tenemos todo el tiempo del mundo —dije, aunque ya por entonces empezaba a tener dudas.

Un día, anunció que ya era suficiente.

—Tiene su vida y nosotros, la nuestra. Si quiere jugar, que así sea.

Nos casamos en los Kew Gardens un precioso día de primavera y solo después, durante nuestra luna de miel —en las islas griegas, un sitio encantador— Richard me dijo que Chloe lo había llamado la mañana de nuestra boda para decirle que, si daba el paso, nunca más le dirigiría la palabra. Él le respondió que podía hacer lo que quisiera, y que, aunque la quería mucho, no pensaba dejarse manipular de forma tan irracional. Ella le colgó. Fue su última conversación. Hasta que le habló de Evie.

Así que, que nos haya escrito ahora y quiera visitarnos y conocer a su hermana pequeña es maravilloso. Chloe había sido la única sombra en nuestra vida en pareja, y eso estaba a punto de cambiar por fin.

Richard vuelve a la habitación.

—¿Y bien? ¿Has hablado con ella?

Asiente sonriente.

—Sí. Sí, he hablado con ella. Cogerá el tren el viernes sobre las cinco.

—Oh, Richard. ¡Es maravilloso! Me alegro mucho por ti. —Me levanto y le rodeo el cuello con los brazos—. Voy a asegurarme de que sienta que la recibimos con los brazos abiertos. Esta casa es tan suya como nuestra y quiero que lo sepa.

Da un paso atrás para mirarme con los ojos húmedos.

—Gracias, Joanne, es muy importante para mí. ¿Estás segura de que no te importa que pase unos días aquí, con nosotros?

—¿Importarme? —Me echo a reír—. Además de que es parte de la familia, será agradable tener compañía mientras estás en el trabajo. Tengo muchas ganas de conocerla por fin.

Cuando recuerdo ese día, me veo rebosante de esperanza y felicidad. Con Chloe en nuestras vidas, nuestra familia estaría

completa. Me moría de ganas de conocerla, de demostrarle que no era ninguna amenaza, que respetaba su relación y que nunca, jamás me interpondría en su vínculo con su padre. Sería una especie de tía afectuosa. Haría todo lo que estuviese en mi mano para que nos llevásemos bien. No, más que bien: para que fuésemos uña y carne, una familia, los cuatro.

En fin, digamos que las cosas no fueron del todo como había previsto.

## Capítulo Seis

Parece que han pasado solo cinco minutos desde que Richard se marchó a la estación para recoger a Chloe cuando oigo el coche fuera. Tengo muchas ganas de conocerla al fin. ¡Mi hijastra! Hace días que Richard y yo no hablamos de otra cosa.

—Cuéntame cosas de ella. ¿Cómo es? —le preguntaba una y otra vez.

Él se reía.

—Te encantará. Es un cielo, realmente un encanto de niña. Solo le ha costado hacerse a la idea de que me casara de nuevo, pero ya lo ha superado.

Pues iba a descubrir que no tenía nada de lo que preocuparse. He estado fantaseando sin parar sobre la relación que entablaríamos las dos. Nos veía haciendo repostería juntas mientras Richard estaba en el trabajo, y hablando de sus novios, sus estudios, a qué le gustaría dedicarse. Me imaginaba como una especie de hermana mayor para ella —es raro, lo sé, pero lo de madrastra también me resulta extraño—, alguien con quien pudiera contar pasara lo que pasase. Alguien con quien pudiera hablar de las cosas que habría hablado con su madre si ella siguiera viva.

Voy a dejar a Evie en la cuna cuando Richard me llama desde el piso de abajo.

—¡Ya estamos aquí!

Me apresuro hacia las escaleras y me inclino sobre la balaustrada. Al principio solo veo a Richard, que me sonríe radiante de felicidad, y acto seguido me inclino un poco más. Oigo sus pasos antes de verla. El repiqueteo de unos tacones en el suelo de baldosas. Se sitúa a la altura de su padre.

—¡Hola! —saludo alegremente con la mano—. ¡Me alegro mucho de conocerte, Chloe! Ahora mismo bajo, voy a acostar a Evie para la siesta.

Chloe levanta la vista para mirarme. Me impresiona lo guapa que es. Tiene el pelo castaño claro, liso, con la raya en medio y reflejos rubios. Sus pestañas son oscuras y densas, lo cual resalta sus ojos verdes. Tiene las cejas de su padre: oscuras, exuberantes y perfectas.

—¡Hola, Joanna, encantada de conocerte! —dice con una voz melódica, más aniñada de lo que hubiese esperado para alguien de su edad.

—¡Encantada también! —digo, antes de darme cuenta de que me estoy repitiendo—. Llámame Joanne. —Río.

—¡Oh, lo siento! —Se cubre la boca con la mano, como horrorizada por su propio error.

Ahora me siento fatal.

—No, por favor. ¡No pasa nada!

—¿Estás segura? ¡No quiero empezar con mal pie!

—De verdad —respondo, deseosa de cambiar de tema—. No hay ningún problema.

Se gira hacia Richard y dice:

—Vale, menos mal. ¿Sacamos mi equipaje del coche?

—Sí, vamos. —Vuelve la mirada hacia mí—. Hasta ahora, cariño.

Ambos se giran para dirigirse de nuevo a la puerta principal. Yo vuelvo mi atención hacia Evie y me aseguro de que esté cómoda. Me sonríe, cierra los ojos y suelta un pequeño suspiro. Parece prepararse para dormir al menos un par de horas. Hoy se ha portado genial. De hecho, ha sido un día genial en todos los aspectos.

---

Esta mañana he tenido mi primera reunión de trabajo con Shelley y Ben, otro agente inmobiliario que empezó cuando ya me había marchado. Me cae bien Ben. Es un hombre encantador de treinta y tantos, calvo y de cara alargada. Me explicó que han actualizado el sistema de alquileres, donde llevan un registro de los inquilinos que han llamado porque necesitaban reparaciones y de las propiedades que se quedan libres.

Ya estaba al tanto de todo —o por lo menos, de la mayoría—, pero agradecí el repaso. Incluso Evie estuvo contenta durante la reunión. Se quedó en mi regazo chupeteando su sonajero de elefante.

—Voy a buscar una niñera dos días a la semana —le dije a Shelley cuando Ben salió de la reunión—. Solo para que lo sepas.

—¡Genial! Quizás puedas venir y trabajar desde la oficina algunas veces —sugirió Shelley—. Si quieres. Para ponerte al día con el equipo. Me encantaría verte en persona.

Me reí.

—No va a pasar pronto, pero estaría bien salir de casa de vez en cuando. —Le tapé con delicadeza las orejas a Evie—. Antes de que me vuelva del todo loca —dije e hice una mueca. Shelley se echó a reír.

Tras cerrar sesión, eché un vistazo a Facebook, donde busqué grupos locales con recomendaciones de niñeras. Ya había hablado con dos agencias que parecían prometedoras, así que no estaba demasiado preocupada por encontrar a alguien.

Me emocionaba tanto la posibilidad de volver a trabajar con Shelley que hasta le eché un nuevo vistazo a la reforma de la cocina. Y entonces, recibí una llamada de una de las agencias de niñeras con las que había contactado el día anterior.

—Tenemos a alguien que nos parece perfecta —me dijo una mujer llamada Melanie—. Acabo de enviarte su currículum. Se llama Paula, tiene veintiocho años y está estudiando Psicología infantil.

—¿En serio? ¡Déjame ver! —revisé el correo electrónico al mismo tiempo que bombardeaba a Melanie a preguntas—. ¿Y has comprobado sus referencias? —la interrogué con el pulso disparado por la emoción.

—¡Por supuesto! Son excelentes. Las he adjuntado también.

Les eché un ojo. Paula tenía seis años de experiencia trabajando con dos familias diferentes y la segunda tenía un bebé de la edad de Evie. Sus referencias eran efusivamente positivas. Organizada, de confianza, muy amable, resolutiva, los niños y los padres la adoraban.

—Vive cerca, en Staines —dijo Melanie.

—¡Eso está solo a diez minutos!

—Puede pasarse a hacer una entrevista esta tarde. ¿Tienes tiempo? Seré sincera contigo, Joanne, pronto me la quitarán de las manos.

—¡No! No, que no te la quiten. ¿A qué hora puede venir?

Paula llegó justo dos horas después. Aunque sabía que solo tenía veintiocho, esperaba a alguien con aspecto de señora. Era por las referencias, que la pintaban como un cruce entre Mary Poppins y la señora Doubtfire. En su lugar, me encontré cara a cara con una adolescente. O, al menos, eso parecía. Pelo negro y de punta, una camiseta de manga corta y un tatuaje que parecía cubrirle el brazo derecho entero antes de detenerse abruptamente a la altura de la muñeca. Sonrió y extendió la mano.

—Soy Paula. Estoy aquí por la entrevista para el puesto.

Treinta minutos después, ya le había dado el trabajo. Era divertida, habladora, le sacó cantidad de sonrisas a Evie y me explicó que solo quería trabajar dos días a la semana porque estaba ocupada con los estudios. Para cuando se marchó, fue como despedirse de una amiga. Efectivamente, un día genial en todos los aspectos.

Oigo a Richard y Chloe hablando escaleras abajo. Evie duerme profundamente. Me paso los dedos por el cabello y bajo para reunirme con ellos.

## Capítulo Siete

---

Encuentro a Richard y Chloe en la sala de estar, junto a la chimenea. Están cara a cara, cogidos de las manos. Richard parece extasiado. Oscar intenta captar su atención poniéndole la pata delantera sobre la pierna, pero Richard ni se da cuenta.

—Cariño, mírate. ¡Has crecido tanto...!

No me han oído entrar, así que me tomo un momento para observar a Chloe. No es para nada lo que esperaba. Obviamente, las fotos que había visto de ella eran de hacía mucho tiempo, sobre todo de antes de que muriese su madre, y unas pocas de cuando estaba en el internado. Pero incluso en esas últimas fotografías, todavía parecía una niña. Con una sonrisa tímida, el pelo castaño claro recogido en una coleta alta y un flequillo sobre los ojos.

—¿Quieres algo de beber, Chloe, cariño?

—Sí, vale. Un *gin-tonic* estaría bien. Gracias, papá.

Richard repara en mí en el umbral.

—Joanne, ¿tenemos ginebra? ¿O tónica?

—¡Sí! Hay ginebra en el bar y tónica en el frigorífico. Voy a por ella.

—No, no te preocupes, voy yo. Os dejo que os conozcáis.

Sale de la habitación frotándose las manos. Chloe se vuelve hacia mí.

—¡Hola de nuevo! —digo, animada—. ¡Chloe! ¡Qué alegría conocerte por fin!

Cruzo la habitación con los brazos extendidos, dispuesta a darle un abrazo, pero cuando llego hasta ella, extiende la mano para que se la estreche.

—Sí, eso ya lo has dicho.

—¿Perdona?

—Ya has dicho que es genial conocerme, como unas tres veces.

Su voz suena diferente. Más baja, más natural. Entonces, casi de forma imperceptible, enarca una de sus preciosas cejas y me examina despacio de arriba abajo. Siento que me sonrojo. Debería haberme cepillado el pelo. Bajo la vista a mi camisa. Tengo un poco de vómito de Evie en la clavícula izquierda. Aunque por otro lado, siempre tengo un poco de vómito de Evie en la clavícula izquierda.

Le suelto la mano a Chloe para limpiar la mancha. No sale. Ahora tengo vómito en los dedos y en la camisa. Me río.

—¡Así acabas cuando tienes un bebé de cuatro meses! —Parece ligeramente asqueada. Me limpio los dedos en los vaqueros—. En fin, ¡bienvenida! Teníamos muchas ganas de que nos visitaras.

Richard vuelve con una botella fría de tónica y algo de hielo en una cubitera y lo pone todo en la mesita de centro.

—¡Muchas gracias, Joanne! Es muy amable por tu parte —dice Chloe con dulzura, recuperando ese tono de voz extraño e infantil.

Richard sonríe de oreja a oreja.

—¿Querías algo de beber, Jo?

Me quedo sin palabras por un momento.

—Pues...

—¿Sí?

—Claro, lo mismo para mí, gracias, Richard.

—¿Bebes alcohol? —pregunta Chloe.

—¿Qué quieres decir?

—¿No estás dando el pecho? ¿Qué tiene Evie...? ¿Unos tres meses?

Me tenso.

—Tiene cuatro meses, así que sigue tomando biberón, sí. Por desgracia, no puedo darle el pecho.

—¿Por qué?

¿Cómo que *por qué*?

—Porque no produzco suficiente leche.

Chloe se inclina ligeramente hacia delante.

—¿Tiene que ver con tu edad?

—¿Mi edad? Por supuesto que no. —Sonrío. Cielos, debo de parecer más cansada de lo que pensaba—. Tengo treinta y tres años.

—Ah —dice, y me devuelve la sonrisa. Toma la copa que Richard le ofrece—. Gracias, papi.

Tomo la mía y me la termino de un trago.

—¿Te gustaría enseñarle a Chloe su habitación? —dice Richard cuando nos terminamos las bebidas.

—Sí, buena idea —respondo—. Ven por aquí.

Mientras recorremos el pasillo, diviso una imagen de las dos en el espejo de cuerpo entero. Se me cae el alma a los pies. Aparento unos cien años y estoy hecha unos zorros. Tomo nota mental de pedir cita para un tratamiento facial el siguiente fin de semana, cuando Richard pueda cuidar de Evie. Además, debería comprar una bicicleta estática, pero ya. O una cinta de andar. O ambas.

—Bueno —me apresuro a decir, mientras subimos por la monumental escalera—. Creo que te gustará tu habitación. Tiene vistas al jardín principal y recibe la mejor luz por la mañana. Además, estarás cerca de la habitación de Evie, he pensado que te gustaría. —Me detengo delante de la habitación de Evie y asomo la cabeza por la puerta—. ¿Quieres verla? —susurro—. Está dormida, pero si tenemos cuidado...

—No, tranquila.

—¡Oh! De acuerdo. Quizás luego, entonces. —Le enseño la habitación de invitados, que tiene un aspecto ideal. Me he asegurado de que todo esté impecable. La cama, que es de matrimonio, está cubierta de un suave nórdico de plumas blanco y montañas de almohadas. Además, he colocado sobre la cómoda un ramillete de romero y campanillas de invierno del jardín.

—Tienes tu propio baño privado... Y deberías tener espacio de sobra para tus cosas. —Abro el armario y me hago a un lado—. Ponte cómoda y usa todo lo que quieras.

—Ahora que lo dices, ¿puedes subirme el equipaje? Lo he dejado en el pasillo.

Estaba sonriendo tanto que me dolían las mejillas. De alguna manera, me las apaño para mantener la sonrisa incluso mientras respondo:

—Se lo pediré a Richard. Déjame que te enseñe el resto de la casa. ¿Cómo ha ido el viaje?

—Bien.

—¿No había demasiado tráfico?

—He cogido el tren.

—Claro, ya lo sabía.

—¿Eres muy despistada?

—¿Disculpa?

—No haces más que repetirte y se te olvidan las cosas.

—Lo siento, yo...

—¿Puedo ver los otros dormitorios?

—Por supuesto. —Le enseño las otras dos habitaciones del pasillo, aunque ninguna es tan bonita como la que he elegido para ella.

—¿Qué hay arriba?

—Un desván reconvertido. No lo usamos y no tiene baño.

Ella asiente.

—Es una casa enorme.

—Sí, sí que lo es.

—¿Cuánto os ha costado?

Me aturullo un poco.

—Seguramente será mejor que le preguntes a tu padre.

—Lo haré. ¿Y esta habitación?

—Es mi despacho. —Abro la puerta para enseñárselo. No parece impresionada.

—¿Puedo ver vuestro dormitorio?

—Si quieres. Es por aquí.

Caminamos en silencio hasta el final del pasillo. Abro la puerta de nuestra habitación. Entra decidida, echa un vistazo alrededor y pasa los dedos por el tablero de mi cómoda. Coge un frasco de perfume Cartier, se lo acerca a la nariz y se echa un poco en el interior de la muñeca.

—Es maravilloso, ¿a que sí? Richard me lo regaló por mi cumpleaños el año pasado.

—Es el que usaba mi madre.

No sé qué responder a eso. ¿Será verdad? Debe de serlo.

—Lo siento —digo, cogiendo el frasco—. No lo sabía. ¿Te molesta que Richard me lo haya regalado?

Se encoge de hombros. Tomo una decisión impulsiva y se lo ofrezco.

—¿Quieres quedártelo? Te lo regalo con gusto.

—No —dice con aire despreocupado, inspeccionando la habitación. Dejo el frasco en su sitio.

—De acuerdo. Bueno, ¿te parece bien si bajamos? —le pregunto.

—¿Puedo ver a Evie ahora?

Sonrí, encantada de que quiera ver a Evie después de todo.

—Claro que sí.

Volvemos a la habitación de Evie. Entro despacio, con un dedo en los labios. Llegamos junto a la cuna.

—Ahí está —susurro—. Esta es tu hermanita. ¿No es la cosa más bonita que has visto nunca?

De repente y sin previo aviso, Chloe se agacha y la coge.

—Oh, no, por favor, no hagas eso —musito.

—¿Por qué no?

—Porque está... —Iba a decir dormida, pero no me da tiempo a terminar la frase antes de que Evie empiece a llorar. Comprensiblemente. Yo también lloraría si me cogiesen así en mitad de una siesta.

Entonces ocurre algo extraño. Chloe sujeta a Evie para poder mirarla bien, pero hay algo raro en su forma de respirar. Respira de forma rápida y entrecortada por la nariz. Además, no se mueve, sino que se queda ahí parada mirando cómo berrea mi niña.

Extiendo los brazos.

—Dame, ya la cojo yo.

Chloe se vuelve hacia mí y por un momento, parece no estar segura de qué hago ahí. Después, niega rápidamente con la cabeza.

—Hace mucho ruido —dice, acunándola contra su hombro.

—¿No quieres que la coja? —pregunto nerviosa.

Está claro que no. La acuna de una forma demasiado enérgica para mi gusto.

—Ya está, ya está... —la consuela inútilmente. La cabeza de Evie se menea de un lado a otro. Chloe no para de girarse y yo me muevo con ella, tratando de estabilizar la cabeza de Evie.

—Si me dejas...

Chloe me mira con desaprobación.

—¿Qué pasa, Joanne?

—No la sujetas bien. Si me dejas..., por favor..., un momento. — Llegados a este punto, estoy planteándome seriamente arrancarle a Evie de los brazos.

—Sé cómo sujetar a un bebé —dice, alejándose.

—Por supuesto. —Solo que está claro que no es así—. No quería decir...

Richard aparece en la puerta.

—¿Qué tramáis vosotras dos? ¡Ah! Ya veo que la princesa se ha despertado.

—Solo le estaba diciendo a Chloe que está meciendo a Evie con demasiada fuerza.

—Para nada —replica Chloe—. Si te molesta que tenga en brazos a Evie, lo siento, Joanne.

—¡Claro que no me molesta! —Ahora Chloe apenas se mueve. Solo la acuna muy suavemente de un lado a otro. Evie ha dejado de llorar y mira a Chloe con los ojos muy abiertos—. No quería decir...

—¿Qué es lo que no querías decir? —pregunta alzando la voz—. ¿Qué es lo que hago mal en concreto, Joanna?

—Es Joanne, pero...

—Es lo que he dicho.

—No, has dicho Joanna, pero, mira, lo que quería decir antes de que llegara Richard es que estabas... —Niego con la cabeza—. No

estás haciendo nada mal, Chloe. Lo estás haciendo genial. Está claro que te adora.

—Entonces ¿por qué dices que la estaba sujetando mal? —Ha subido el tono de voz y su boca muestra un gesto de desagrado. ¿Está a punto de... llorar?

—¡No! No quería... Me refería a antes de... No importa. De verdad, todo está genial. —Pero Richard me mira con el ceño fruncido.

—¿Estás bien, Jo?

—¡Sí, claro! —Mi sonrisa me parece falsa, pero aparte de eso... Me siento de lujo.

—Pues vamos a bajar y preparamos la cena.

Chloe me pasa a Evie. Ella se remueve y abre la boca para protestar, aunque todavía no sabe cómo.

—¿Te importa acostar a Evie, Joanne? —dice Richard.

—No, claro que no.

Chloe coge a su padre del brazo. La oigo decir desde el pasillo:

—En serio, no tengo ni idea de qué estaba haciendo mal. No estaba haciendo nada. No sé por qué ha reaccionado así.

Me quedo boquiabierta. Estaba acunando a Evie de forma claramente incómoda, rayando lo peligroso. Acuesto a Evie y tardo unos veinte minutos en conseguir que se duerma de nuevo. Esta vez, antes de bajar, paso por mi dormitorio a cambiarme la camisa, cepillarme el pelo y resaltar mi rostro con un poco de colorete. Suspiro y me preparo para la noche.

No sé por qué, tengo la sensación de que mi relación con Chloe va a costarme más trabajo de lo que había pensado.

## Capítulo Ocho

Saco la lasaña que hice por la mañana. Está caliente y humeante cuando la pongo sobre la mesa.

—Yo la sirvo —digo—. ¿Chloe? ¿Me pasas tu plato?

—Abriré una botella de vino —dice Richard. Se acerca al botellero y elige una. Extiendo la mano para coger el plato de Chloe. Mira la lasaña con el ceño fruncido, como si estuviera aderezada con cianuro, pero me ofrece el plato igualmente. Richard vuelve con el vino.

—Oh, esperad, también hay ensalada —digo cuando ya he servido a todos—. Voy a buscarla.

Richard ríe entre dientes.

—De verdad, Joanne, perderías la cabeza si no la tuvieras pegada a los hombros.

Y a Chloe se le escapa una carcajada. Yo también me río, pero preferiría que Richard no se burlase de mí así, sobre todo ahora que Chloe y yo nos estamos conociendo.

Cuando vuelvo con la ensalada, Richard le está preguntando a Chloe por sus estudios.

—No he tenido mucho tiempo para estudiar. He estado trabajando un poco como modelo. —Atraviesa un trozo de lasaña con el tenedor—. Bastante, a decir verdad.

—No sabía que eras modelo —digo. Es evidente por qué: es una chica despampanante, aunque sospecho que demasiado baja para desfilas, con su metro sesenta o setenta. Esta noche lleva un sencillo jersey de cuello alto marrón oscuro que, combinado con su maquillaje y esas preciosas y tupidas cejas que ha heredado de su padre, resalta el verde de sus ojos. Ella se encoge de hombros, pero no responde.

—Qué interesante —dice Richard solemnemente, como si acabara de decirnos que ha escrito un artículo sobre ingeniería genética. Le sirve una copa a Chloe e inclina la botella hacia mí—. ¿Quieres vino, Jo?

—Sí, por favor. —Levanto mi copa.

Chloe se vuelve hacia Richard.

—¿Cuántos años tenía mamá cuando nací, papi?

Richard sirve la ensalada arrugando el entrecejo, como si requiriese toda su concentración.

—¿Mmm?

—¿Cuántos años tenía mamá cuando nací?

—Creo que tu madre tenía veinticuatro.

—Eso pensaba. —Se introduce un trozo de lasaña en la boca y los dientes chocan con el tenedor—. Creo que es buena edad para tener un bebé. ¿Tú qué piensas, papi?

—Treinta y tres no es demasiado tarde, Chloe. Créeme, algún día te darás cuenta —digo, hablando como si tuviera ciento treinta y tres—. ¿No estás de acuerdo, Richard?

Richard, que a estas alturas debe haberse dado cuenta de que es imprescindible una respuesta, preferiblemente una a mi favor, dice:

—No seas ridícula, Chloe. ¡Jo no es mayor!

Deja los cubiertos de la ensalada en la mesa y le pellizca la mejilla con dos dedos, riéndose. Cuando retira la mano, Chloe lo coge de la muñeca y por un segundo, pienso que va a besarle la palma de la mano. Lo cual, aunque no haga falta decirlo, sería muy extraño. Pero quizás lo haya imaginado.

Suelto los cubiertos y me sirvo más vino, porque puedo.

—¿Y qué te parece Londres después de pasar tantos años fuera?

—Es magnífico. Me encanta Londres. ¿No te encanta Londres, papi?

—Sí, me encanta. Es una ciudad maravillosa.

Se hace un silencio que no sé cómo llenar. Levanto la copa.

—Bueno, solo quiero decir que me alegro mucho de que estés aquí, Chloe. Bienvenida.

Richard me mira con los ojos húmedos. Parpadea un par de veces y me aprieta la mano por encima de la mesa.

Echo un vistazo a Chloe. Ha agachado la cabeza y estoy segura de que la he visto poner los ojos en blanco.

—Eres muy amable, Jo. ¿A que sí, Chloe? —dice Richard, volviéndose hacia ella.

Ella sonríe cálidamente a su padre y después a mí.

—Sí. Es muy amable de tu parte, Joanne.

Empiezan a hablar de gente a la que conocen y aprovecho la oportunidad para despejar la mesa.

—He hecho pastel de ruibarbo, se está calentando en el horno. Chloe, ¿quieres nata con tu porción?

—No quiero pastel, gracias.

—Oh. ¿No quieres postre?

—No, gracias. —Se termina la copa de vino de un trago.

—¿Te preocupa tu figura, tesoro? ¿A tu edad? —pregunta Richard. ¿Por qué les ha dado a todos por hablar de la edad? Le acaricia la mejilla de nuevo—. Estás preciosa, cariño. —Entonces arruga el entrecejo, poniéndose serio de repente—. Pero no te vendrían mal un par de kilos más.

Al terminar de apilar los platos, me mancho el pulgar con un poco de salsa de tomate. Me lamo el dedo para quitármela y pillo a Chloe mirándome con cara de asco.

—¿Quieres nata, Richard?

Se da unas palmaditas en el estómago.

—Para mí no, cariño. Me está saliendo barriga.

¿De qué habla? No tiene barriga. Está en muy buena forma. Inclino la cabeza.

—¡Pero si es tu favorito! No hace falta que le pongas nata.

—Puede que mañana.

—¡De acuerdo! Supongo que solo comeré yo.

Chloe mira de soslayo mis caderas.

—Por cierto, tengo fantásticas noticias —digo cuando vuelvo.

Richard levanta la vista.

—¿Sí?

—He encontrado niñera.

—¿Niñera?

—¿Recuerdas que te dije que estaba contactando con agencias?

—Me vuelvo hacia Chloe para incluirla en la conversación—. Voy a volver al trabajo, a media jornada.

—¿En serio? ¿Tan pronto?

—Sí —respondo—. Pero trabajaré desde casa —me apresuro a añadir.

—¿A qué te dedicas?

—Soy agente inmobiliaria —digo. Confieso que me sorprende un poco que no sepa nada de mí. Pero entonces Richard añade:

—Así nos conocimos. Ya te lo conté. —Niega con la cabeza, riéndose al recordarlo—. ¿No te acuerdas de la historia? ¿Cuando nos quedamos atrapados en el sótano? La pobre Joanne estaba muerta de miedo.

—No creo que me lo hayas contado, papi. Me acordaría. Parece una historia muy divertida. ¿Y cómo es que vuelves a trabajar, Joanne?

—Eso le pregunté yo —dice Richard.

—¿En serio? —Arrugo el entrecejo.

—Ay, cariño, ¿te has olvidado de cuando hablamos de si volvías al trabajo o no?

—¡No! Yo...

—Perderías la cabeza si no la llevases pegada a los hombros —dice Chloe con voz cantarina, y Richard ríe.

Sonrío, sin saber muy bien por qué soy el hazmerreír, pero decido que es una broma privada entre ellos y que no tiene nada que ver conmigo.

—Respondiendo a tu pregunta, Chloe, digamos que me gusta mantener la mente en forma, y creo que trabajar a media jornada es una buena manera de hacerlo.

—Cuéntame más de la niñera —dice Richard con aire preocupado.

—Bueno, tengo que admitir que es increíble.

Le hablo de Paula y de lo afortunados que somos de que esté disponible, de lo cerca que vive. Me cuesta contener la emoción mientras me deshago en halagos sobre ella y sus habilidades y solo puedo pensar que *voy a tener a alguien con quien hablar. Alguien agradable. Alguien que no se ponga los auriculares en cuanto entro en la habitación.*

—Yo podría encargarme —dice Chloe de improviso.

—¿Encargarte de qué? —pregunto.

—De cuidar a Evie.

—Eres muy amable, Chloe, pero debes centrarte en la universidad —dice Richard—. Joanne necesitará a alguien durante varias semanas como mínimo.

—Ya que lo mencionas... —Chloe juguetea con el tallo de la copa. Richard frunce el ceño.

—¿Sí?

—Estoy buscando trabajo. He dejado la universidad.

—¿La has dejado? —preguntamos Richard y yo al unísono.

—Solo me estoy tomando un descanso, eso es todo. No es para tanto. Volveré el año que viene. No sé, ya veremos.

—Pero ¿por qué no me has contado nada antes? —pregunta Richard.

Ella le lanza una mirada.

—Porque hace ¿qué? ¿años que no hablamos? Y, de todas formas, acaba de ocurrir. Me aburría, ya está. Así que, si necesitáis niñera, aquí estoy. Podría vivir con vosotros los próximos meses mientras decido qué hacer.

Richard y yo la miramos fijamente, sin saber qué decir.

Ella inclina la cabeza hacia Richard.

—¿No confías en mí, papi?

Se hace una breve pausa, tan diminuta que es casi imperceptible, antes de que Richard resople.

—¡No seas ridícula! Claro que confío en ti.

—¿Seguro, papi? A mí no me lo parece.

No tengo ni idea de qué va esta conversación. Paso la vista del uno al otro mientras Chloe espera, con la cabeza todavía inclinada y la mirada fija en su padre, los ojos muy abiertos y expresión de inocencia. Entonces, cuando estoy a punto de decir «ya tengo una niñera, pero gracias, quizás la próxima vez», en la cara de Richard se dibuja una sonrisa y da una palmada.

—¡Creo que es una idea maravillosa! —Se frota las manos.

—¿Qué? —Se me escapa—. Pero Richard, ¡ya he contratado a alguien!

Se vuelve hacia mí con la sonrisa todavía intacta.

—Cuando dices contratado, ¿te refieres a que ya has firmado un contrato?

—Bueno, no, pero es que es perfecta. Vive aquí cerca...

—Pero Chloe acaba de decir que le encantaría cuidar de Evie. Y viviría aquí, con nosotros.

No recuerdo haber oído la palabra «encantaría» en boca de Chloe, pero lo dejo pasar.

—¡Paula está haciendo un máster en Psicología infantil! —protesto.

Richard ríe entre dientes.

—No creo que se necesite un máster en Psicología infantil para cuidar a Evie, cariño.

—No, claro que no. Es solo que... Es decir... Me cae muy bien.

—Gracias —replica Chloe.

Richard le da unas palmaditas en el brazo.

—No seas tonta. Joanne está de broma.

—No, no quería decir eso —espeto, aunque era exactamente lo que quería decir—. Es que ya le he dicho a la agencia que iba a darle el trabajo a ella.

—Joanne, cariño, ¿qué te ocurre? Chloe acaba de decir que se encarga ella. Puedes hablar con la agencia y decirles que has cambiado de opinión. ¡No les importará! Son cosas que pasan.

—Lo sé, pero... —Me vuelvo hacia Chloe—. ¿Estás segura de que quieres hacerlo? Son solo dos días a la semana, unas pocas horas y ya está. ¿Qué harás el resto del tiempo? Es un pueblo pequeño, la verdad. Vivir aquí no tiene nada de emocionante. ¿Qué pasa con tu trabajo de modelo?

—Puedo coger el tren a Londres cuando me salga algún trabajo. O, si lo prefieres, puedo ir todos los días que no esté de niñera y quedar con mis amigos, así no tendrás que verme la cara.

Richard hace un ruido de desaprobación.

—Tesoro, Joanne no quería decir eso.

—Me gustaría conocer a mi hermana pequeña. Por eso he venido, al fin y al cabo. Pero depende de ti, Joanne.

Chloe me sonrío. Los dos lo hacen, con expresión mecánica y un poco espeluznante, mientras esperan una respuesta. Pienso en Paula, en lo bien que nos llevamos y en lo agradable y entusiasta que era, lo buena que era con Evie, y me guardo la decepción.

Me obligo a poner mi sonrisa más cálida.

—Creo que es una idea estupenda. Llamaré a la agencia mañana y les diré que ya no necesito sus servicios.

## Capítulo Nueve

---

—Gracias por ser tan buena con Chloe. —Estamos en la cama y Richard me está acariciando el cuello con la nariz—. No lo ha pasado nada bien. Significa mucho para mí que quiera pasar tiempo aquí, con nosotros.

—No te preocupes.

—Sé paciente con ella. Necesita un tiempo para adaptarse. No siempre ha estado...

—¿Qué?

Me besa el hombro desnudo.

—No importa.

—No, dime. ¿No siempre ha estado cómo?

Se incorpora y arruga el entrecejo hasta que sus cejas casi se tocan.

—No siempre ha estado *bien*, es lo que quiero decir. Con todo lo que ocurrió... Se entiende. Pero ahora está genial. Es maravillosa, ¿a que sí? ¿No es maravilloso que quiera pasar tiempo con nosotros? Quiere conocer a su hermana pequeña...

Inclino la cabeza. Parece haberse quedado embobado, perdido en sus pensamientos. Coloco la mano en su mejilla.

—Creo que es genial. De verdad. Me alegro mucho por ti.

De repente me siento fatal por no quererla como niñera. Debería estar encantada de que quiera estar aquí con nosotros. Así debería sentirse una buena madrastra. Agradecida.

Pasamos el fin de semana ayudando a Chloe a instalarse. Me encargo de las comidas mientras Richard la lleva a dar un paseo en coche. Creo que es lo mejor, dejarles tiempo a solas para ponerse al día. El domingo, la dejo usar mi portátil para que pueda leer sus correos. Durante la cena, hablan sobre todo de su antigua escuela, sus amigos y sus planes.

—¿Qué vas a hacer para tu cumpleaños? —pregunta Richard.

Chloe se encoge de hombros y juega con los guisantes que le quedan en el plato.

—No lo sé, papi. No tengo ningún plan.

—¿Cuándo es tu cumpleaños? —le pregunto.

—El próximo fin de semana.

Richard frunce el ceño.

—¿Y no vas a hacer nada con tus amigos?

—No.

—¡Si cumples veintiuno, cariño!

—Lo sé.

Miro a Richard.

—Bueno, ¡entonces tenemos que organizar una cena especial en casa! —exclamo—. Dime qué te apetece comer.

—¡Es una idea fantástica! —dice Richard.

—¿Hay alguien especial al que quieras invitar? —pregunto, sonriendo. Me inclino hacia adelante—. ¿Un novio, quizás?

—No. O sea, podría invitar a unas amigas.

—¡Perfecto! Dime cuántas personas serán y organizaré algo. Encargaremos una tarta en la pastelería del pueblo. Hacen las mejores tartas de cumpleaños.

—Vale. —Chloe se encoge de hombros con nulo entusiasmo. En fin. Al menos Richard parece feliz. «Gracias», dice en silencio.

---

Y ya estamos a lunes. Llamo a la agencia y les digo que lo siento muchísimo, que Paula era mi opción preferida, pero la hija de mi marido está en casa y quiere el trabajo. Vale, quizás no lo digo exactamente así. Solo les digo que, puesto que mi hijastra va a pasar una temporada con nosotros, no necesitaremos contratar a nadie.

—Es estupendo poder contar con la familia —continúo—. Y que quieran ayudar.

—Bueno, me alegro mucho por usted, aunque siento escuchar eso, señora Atkinson —responde con voz algo cortante—. Creo que Paula hubiese encajado muy bien. Pero, por supuesto, lo entiendo perfectamente.

Suspiro. Tenía muchas ganas de que Paula viniera un par de días a la semana. Sé que nos hubiésemos llevado genial.

—Siento que no haya podido ser esta vez. Por favor, dígame que le deseo lo mejor.

Pero la familia es lo primero. Es lo que me digo a mí misma mientras coloco a Evie en su sillita en mi Range Rover Evoque. Evie se queja y levanta los pies cada vez que le cubro las piernecitas con la manta.

—Dios, icómo te quiero! —susurro. Le hago pedorretas en las mejillas. Cuando se lo hace Richard, se parte de risa. Cuando se lo hago yo, lloriquea—. Voy a buscar tu carrito y a ponerlo en el maletero, ¿vale?

La familia es lo primero, aunque ahora mismo, no hay ni rastro de la familia. Antes, le dije a Chloe que la llevaría al pueblo para enseñárselo. Miro el reloj. Hemos quedado aquí abajo a las diez y media y son las once menos veinte. Quizás haya perdido la noción del tiempo. Subo la pequeña escalinata hasta la casa para coger el carrito.

—¿Estás lista, Chloe? —la llamo. Silencio. Saco el carrito y sigo los muchos pasos para plegarlo, algo que nunca consigo hacer bien. Me pillo el dedo con la bisagra.

—¡Ay! —Me lo llevo a la boca y sacudo el carrito hasta que por fin se pliega como es debido— ¡Chloe! —La llamo de nuevo mientras cierro el maletero con más fuerza de la que pretendía. —Estoy aquí.

Está apoyada en la puerta del pasajero, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡Oh! —Me echo a reír—. No te había visto. —Lleva unos vaqueros negros, unas Converse altas negras, su chaqueta negra de cuero y unas gafas de sol gigantescas.

Oscar baja bamboleándose por la escalinata.

—Oscar, vamos, hoy no puede ser. Vuelve dentro. —Pero es demasiado tarde. Ya ha subido de un salto al asiento trasero, junto a Evie.

—De acuerdo —le digo a nadie en particular—. Parece que Oscar se apunta. Chloe, ¿te importa coger la correa de Oscar, por favor? ¿Y cerrar la puerta principal?

—No sé dónde está la correa —responde, mirándose las uñas.

—Está, mm... Da igual. Ya la cojo yo.

La desengancho del perchero del guardarropa. Chloe se ha instalado en el asiento delantero, dejando la puerta trasera completamente abierta. Me río para mí misma. Debe de ser tan despistada como su padre. La cierro y subo al coche.

—¡De acuerdo, allá vamos!

Es la primera vez que pasamos tiempo juntas a solas, una oportunidad perfecta para conocerla mejor. La bombardeo a preguntas. ¿Por qué dejó la universidad? ¿Sabe qué va a hacer después? ¿Tiene novio? Tengo que admitir que, incluso para Chloe, las respuestas son bastante escuetas: La universidad era un aburrimiento. No y no. Quizás Chloe sea una persona reservada por naturaleza. Tomo nota mentalmente para preguntarle a Richard esa noche, así podré entenderla mejor.

Pasamos los siguientes cinco minutos en silencio y me devano los sesos buscando un tema de conversación que pueda interesarle, pero todo lo que se me ocurre tiene como respuesta un gruñido. Admito, aunque nunca podría decírselo a Richard, que desearía que esto fuera más fácil. Desearía que Chloe fuese más fácil de tratar,

porque nada me encantaría más que tener una relación cercana y afectuosa con mi hijastra.

—Llevo la lista de la compra para la cena, y he pensado que sería una buena oportunidad para enseñarte dónde suelo comprar —digo.

—No parece que haya muchas opciones —responde desinteresada.

—Pues no. —Río—. ¡Estamos en el campo! Y tenemos que encargar tu tarta de cumpleaños. ¿Qué día era?

—El sábado.

—Genial. Dime cuántos amigos van a venir, ¿de acuerdo? Por cierto, ¿tienes carnet de conducir?

—Todavía no.

—Puedo enseñarte si quieres.

Ella se encoge de hombros.

—Vale.

*Aleluya.*

—Ya hemos llegado. —Aparco el todoterreno delante de la pastelería, contenta por haber encontrado sitio ahí. Es la parte más bonita del pueblo, además de la más antigua, con sus hileras de tiendecitas con vigas de madera.

Salgo del coche y le pongo la correa a Oscar, que se baja de un aparatoso salto.

—Chloe, ¿puedes sujetar a...? —Pero Chloe ya ha echado a caminar por la calle. Supongo que no me ha oído. Se detiene delante de la *boutique* y se queda mirando el escaparate.

—De acuerdo —susurro para mí. Lo intento de nuevo—. ¿Puedes echarme una mano con el carrito, por favor? —la llamo. Y juraría que la veo bajar ligeramente los hombros. Vuelve al coche y me observa mientras saco a Evie de la sillita.

—¿La sujetas mientras saco el carrito? —pregunto, extendiéndole a Evie.

—No —responde—. Yo saco el carrito.

—Oh, de acuerdo. La verdad es que cuesta bastante desplegarlo. Seguramente tenga su truco, pero nunca he conseguido...

Chloe presiona un botón negro del lateral del carrito y este se despliega con gracilidad.

—Un día me tienes que enseñar a hacer eso. —Me río, colocando a Evie en el carrito. Engancho la correa de Oscar al asa y me aparto el pelo de la cara de un soplo—. Vale, vamos a por el pastel.

Atamos a Oscar fuera de la tienda y entramos. Chloe elige un pastel de Selva Negra con el mismo entusiasmo que si le hubiese pedido que eligiese una calabaza. Sonríe ampliamente a la joven dependienta y le digo que llamaré en un par de días para darles el número de comensales.

—De momento, tengo la confirmación de seis amigos —dice Chloe.

—Ah, genial, será una buena fiesta entonces. —Eso hará un total de nueve personas al menos. Quizás debería haber encargado un *catering*.

Ya fuera, le pido que desate a Oscar.

—Próxima parada, el supermercado. Tengo la lista justo aquí —digo, sacándola. Lo cierto es que, por la manera en que se mueve, cualquiera pensaría que le estoy pidiendo que se ampute el pie. Caminamos por High Street, donde le hablo un poco del pueblo, su historia, nuestros restaurantes favoritos.

—A veces comemos en el *pub* los domingos. ¡O al menos solíamos hacerlo! —Río mirando a Evie.

—Hola, señora A. —Me vuelvo. Es Roxanne. Se quita un auricular y, por irracional que parezca, me complace ver que no solo los lleva cuando estoy yo.

—Hola, Roxanne. ¿Cómo estás? Esta es... —Iba a decir «esta es mi hijastra», pero me detengo—. Esta es Chloe, la hija de Richard. Ha venido de visita unos días. Semanas. Quizás más. —Me vuelvo hacia Chloe—. Roxanne viene a la casa una vez a la semana para ayudar.

—¿Ayudar con qué? —pregunta Chloe, mirando a Roxanne con el ceño fruncido.

—Limpio. Soy limpiadora.

—¿Y te pagan bien?

Me muerdo el labio inferior.

—No está mal. —Se encoge de hombros—. No soy quisquillosa. Hay trabajo de sobra.

Sonrío.

—Bueno, será mejor que sigamos —digo—. Queremos terminar de comprar antes de que empiece a llover. Hasta luego, Roxanne.

—Claro. Hasta pronto, señora A.

Chloe me sigue hasta la tienda con el entusiasmo de un condenado a la horca. Cuando llegamos, pongo fin a su sufrimiento.

—¿Quieres esperar fuera con Oscar? Solo necesito un par de cosas.

Evie gimotea en cuanto empujo el carrito. Quizás debería haberla dejado con Chloe. No se me ha ocurrido preguntarle. Lleno la cesta de la compra y estoy de vuelta apenas diez minutos más tarde.

La cola de Oscar se agita al verme. Está atado a una farola.

No hay ni rastro de Chloe.

Me cae una gota de lluvia en la frente.

Espero otros quince minutos con la correa de Oscar enrollada a la muñeca. Empieza a ponerse nervioso, tira de la correa.

—Sí, Oscar, ya lo sé. Todos queremos irnos a casa. Pero no podemos dejar a Chloe aquí, ¿no?

Solo son cuatro gotas, pero temo que empiece a diluviar, así que cubro el carrito con la capota. Evie empieza a llorar. Echamos a andar en dirección al Range Rover. Llevo una bolsa de la compra a rebosar colgada de una de las asas del carrito. Se gira cuando intento caminar, choca con mi cadera. Oscar quiere investigar algo al pie de un árbol que acabamos de pasar y da un tirón a la correa. Puede que sea viejo y lento, pero pesa lo suyo, y a cabezota no le gana nadie.

Veo a lo lejos que Chloe no está junto al coche y me arrepiento de no haberle pedido el número de teléfono. ¿Se habrá perdido? Es muy difícil perderse por aquí. El pueblo consta de una calle principal y una línea de tren. Tendría que trabajárselo bastante.

Entonces la veo. Está sentada con Roxanne en la parada de autobús, comiendo un helado. ¿Cómo se han hecho amigas tan

rápido? Roxanne es la primera en verme y le da un codazo a Chloe en las costillas. Chloe me mira, le dice algo y estoy segura de ver una sonrisilla en la cara de Roxanne. Entonces, Chloe se acaba el cucurucho de un mordisco y camina hacia mí.

—Pensé que habíamos quedado en la puerta del supermercado —digo, tratando de hablar en tono sereno.

—No. Me dijiste de vernos en el coche.

Sacudo la cabeza bruscamente, confundida.

—Eso no es cierto. Te he buscado por todas partes.

—Me dijiste que quedábamos en el coche.

—¡Chloe! Eso no es lo que dije.

—Lo has olvidado. Te pasa mucho. No importa, ¿vale? Tranquilízate. Si quieres llevo el carrito.

Estoy completamente desconcertada. ¿Está loca o sorda? Pero antes de que pueda discutirse, se hace con el carrito, enrolla la correa de Oscar en el asa y sale en dirección al todoterreno. Me muerdo la lengua. No habría traído a Oscar si hubiese sabido que iba a irse por su cuenta. Y tampoco lo habría dejado solo fuera del supermercado. ¿Y si alguien se lo hubiese llevado? La miro. Está tan tranquila, empujando el carrito. Quizás de verdad haya sido un malentendido. Espero con todas mis fuerzas que sea un malentendido, porque no es buena señal si voy a tener que confiarle a mi hija.

—Puedes enseñarme qué hacer con Evie cuando volvamos. En plan, cómo darle de comer y todo eso.

Dudo antes de asentir.

—Buena idea. —Y pienso darle instrucciones claras, aunque tenga que escribirlas con rotulador en la pared. No habrá espacio para malentendidos.

---

Pongo a Evie en el asiento trasero. Oscar se coloca a su lado de un salto y sacude la cabeza, salpicando agua por todo el interior del coche y rociando sobre todo a Evie, que empieza a llorar de nuevo.

—Si lo llego a saber, no lo saco... —murmuro. Le doy una patada al carrito para plegarlo. No funciona. Aprieto los dientes y le doy otra. Y otra. Y otra.

—Déjame a mí —dice Chloe, alargando el brazo hacia él.

Se lo doy y se agacha para apretar el botón negro. El carrito se pliega con un suave zumbido.

—Gracias —murmuro—. No sabía que se hacía así. ¿Cómo lo has descubierto?

Ella se encoge de hombros.

—Hay un botón grande que pone «pulse aquí».

Me río, sorprendida y aliviada de que podamos compartir una broma. Pero entonces añade:

—A lo mejor necesitas gafas.

No sé si habla en serio o no. Inclino la cabeza.

—¿Gafas?

—No es tan raro a tu edad.

## Capítulo Diez

Evie está cansada e irritable cuando llegamos a casa. Ya somos dos. La pongo en su hamaca y le coloco el sonajero de elefante en la mano. Lo tira y empieza a berrear.

—Parece que no le gustas mucho —dice Chloe.

Me doy la vuelta. No me lo puedo creer.

—¿Perdona?

—He dicho que parece que no le gusta mucho. El juguete. —Lo señala—. No para de tirarlo al suelo.

Pestañeo un par de veces. Estaba segura de haber escuchado algo diferente, pero no me recreo en ello. Me habré equivocado. Recojo el sonajero de elefante.

—Le encanta. Se lo regaló Robyn, mi mejor amiga.

Chloe hace una mueca y me mira de reojo.

—Si tú lo dices —murmura.

Le devuelvo el sonajero de elefante a Evie, que lo tira una vez más.

—Vale, no importa.

Chloe me ayuda a guardar la compra mientras vigilo a Evie. Todavía estoy recuperándome del comentario de que necesito gafas.

Quizás estuviera de broma. No es que me preocupe si necesito gafas o no, pero a veces, su forma de hablar es muy maleducada. De acuerdo, bastante a menudo.

—¿Qué le pasa? —pregunta, señalando con el mentón a Evie.

—Nada. Tiene hambre, eso es todo. Voy a darle de comer ahora, ¿quieres acompañarme arriba y te enseño?

—Claro.

—¿Y puedes coger un biberón del frigorífico? Están todos en la puerta.

—¿Este? —Lo levanta.

—Justo.

—Guay —comenta Chloe, echando un vistazo a la habitación de la niña. Solo es una palabra, pero es la primera vez que dice algo positivo. Lo considero un progreso—. ¿La has decorado tú?

—Así es.

Ella asiente.

—No está mal.

Pues ya está. Quizás esté empezando a aceptarme. Se pasó dieciocho meses sin hablar con su padre por haberse casado conmigo. Si quiero tener una buena relación con ella —y quiero, de todo corazón—, debería ser más paciente y comprensiva.

—Me alegro de que te guste. Disfruté mucho decorándola.

Lo cierto es que me encanta estar en esta habitación. Me encantan los ventanales con vistas a la rosaleda. Convierten la habitación en un sitio brillante y alegre, incluso en un día nublado. Hay un asiento en el alféizar lo suficientemente grande para tumbarse —a veces es justo lo que hago— y una pared decorada con papel pintado de una escena de *Alicia en el país de las maravillas*. También hay suaves muebles acolchados, alfombras coloridas sobre el pálido parquet, una antigua cómoda francesa que he pintado de blanco y que uso como cambiador y un armario con forma de casa de galleta de jengibre donde guardo las mantas y la ropa de cama de Evie.

—¿Duerme aquí? ¿O contigo? —pregunta.

—La mayoría de las noches duerme aquí. Tenemos otra cuna en nuestro dormitorio y a veces duerme allí, pero se despierta tanto que a Richard le cuesta levantarse descansado, así que estamos enseñándole a dormir sola.

Asiente sin decir nada más. Le explico cómo usar el calentador de biberones y mientras esperamos, le explico cómo esterilizar los biberones limpios y cómo mezclar la fórmula para bebés. El calentador emite un pitido para indicar que ya está a la temperatura correcta.

—Aquí es donde te sientas —digo, señalando la mecedora. Le entrego con cuidado a Evie, esperando que Chloe la coja, pero no reacciona. Solo la mira, como si estuviera mostrándole un pescado recién sacado del agua.

—No pasa nada, no muerde.

Ella coge despacio. Le enseño a sujetarla, cómo aguantarle la cabeza con cuidado, y le doy mi muselina rosa por si babea, para que no se ensucie la camiseta. Mientras tanto, Evie se pone cada vez de peor humor y Chloe parece cada vez más nerviosa.

—No es por ti —le digo—. Lleva así unos días porque le están saliendo los dientes. Cuando le des de comer, se quedará más tranquila.

Le doy el biberón y le muestro cómo mantenerlo inclinado para que fluya bien y cómo guiar con suavidad a Evie para que succione.

—Perfecto. Voy a buscarle un poco de Calpol para las encías.

Hay un baño integrado en la habitación donde guardo las medicinas de Evie. Me dirijo hacia la puerta.

—¿Puedes cogerla? —dice Chloe a mi espalda.

Oigo a Evie succionando el biberón.

—Estás haciéndolo genial —digo, abriendo la puerta del armario del baño y poniendo el medicamento bajo la luz. Ya apenas queda, y entonces recuerdo que olvidé comprar más cuando estuvimos en el pueblo esa misma tarde. Saco el móvil y escribo a Richard.

—¿Puedes cogerla?

—Un segundo, enseguida voy. —Escribo el mensaje: «¿Puedes comprar un frasco de Calpol para bebés de camino a casa, cariño?».

—¿Puedes cogerla ya?

Me vuelvo.

—¿Qué ocurre?

Chloe se ha levantado. Tiene una mirada salvaje, frenética. Sujeta a Evie con los brazos extendidos y las manos temblorosas. El biberón se ha caído al suelo.

—¿Qué...?

—¡Cógela! ¡Que la cojas! —grita Chloe. Me pone a Evie en los brazos con brusquedad. Evie llora con fuerza, la abrazo contra mi hombro y la acuno suavemente para calmarla.

—¿Qué demonios ha pasado? —le pregunto de nuevo, pero Chloe ha salido corriendo de la habitación.

Me las apaño para calmar a Evie y recojo el biberón del suelo. Esterilizo un biberón limpio, preparo algo de fórmula y lo relleno. Me siento y se lo doy a Evie. Cuando termina, la pongo en su cuna y se duerme casi de inmediato. Lo limpio todo. Todavía tengo el corazón acelerado cuando salgo una hora más tarde.

Encuentro a Chloe en un columpio del patio trasero, empujándose con el pie.

—¿Quién es ese tío? —pregunta cuando me siento en una de las sillas de mimbre. Sigo su mirada.

—Es Simon. Se encarga de los jardines.

Susurra algo que suena a «*sexy*».

—¿Podemos hablar de lo que acaba de ocurrir, Chloe?

A ver, Simon es *sexy*, no le falta razón. Tiene el cabello despeinado y aclarado por el sol, con unos ojos verdes y expresivos que se rodean de finas arrugas cuando sonrío. Y un cuerpo increíble. Con músculos allá donde mires.

Pero, aun así...

—¿De dónde ha salido? —pregunta.

—¿A qué te refieres?

—¿Vive aquí cerca?

—Sí, vive al otro lado del pueblo con su padre.

—¿En serio? ¿Cuántos años tiene?

—No lo sé, unos treinta supongo. Su padre tuvo un accidente de trabajo. Se aplastó el brazo, así que Simon se mudó aquí para cuidarle.

—¿Y cómo lo encontrasteis?

—Puso un anuncio en el tablón de la iglesia. Chloe, ¿podemos hablar de lo que ha ocurrido?

Arrastra la puntera del zapato contra el suelo, haciendo que el columpio se impulse hacia delante y hacia atrás.

—Es solo... que no estoy acostumbrada a los bebés, eso es todo.

—Pero...

—Solo necesito práctica, ¿vale?

No tiene ni pies ni cabeza. Todo el mundo necesita práctica si nunca ha tenido en brazos a un bebé, no digamos ya darle de comer, pero no por eso sales de la habitación dando gritos.

Tomo aire.

—Sabes que no tienes por qué hacerlo, ¿no? —digo, preguntándome, de acuerdo, esperando que Paula todavía esté disponible—. Si no te sientes cómoda...

—¡No! —me corta—. Quiero hacerlo. Lo siento, ¿vale? No volverá a pasar. Joder, ¿qué quieres que te diga? —Se levanta del columpio.

—Sigo sin entender...

Me mira.

—Hazme un favor. No se lo digas a mi padre, ¿de acuerdo?

—¿Qué?

—No le digas lo que ha ocurrido, ¿de acuerdo?

—¿Por qué?

—No quiero que se preocupe, eso es todo.

—¿Preocuparse?

—Por que no sea capaz de hacerlo. No se lo digas. —Le tiembla la boca, como si quisiera decir algo más pero le costase verbalizarlo—. ¿Por favor? —añade en voz baja.

Vacilo, pero de repente veo una oportunidad para forjar un vínculo y que confíe en mí. Asiento.

—De acuerdo, no se lo diré.

Solo entonces oímos el coche acercarse por la gravilla. Miro el reloj.

—Parece que llega pronto.

Chloe ya está corriendo de camino a la puerta vidriera y hacia el interior. Segundos después la oigo llamarle, risueña.

—iPapi!

## Capítulo Once

---

Tiene los brazos alrededor de su cuello y la cabeza apoyada en su hombro. Me mira a través de sus largas pestañas.

—¿Cómo están mis chicas preciosas? —pregunta Richard, dándole un apretón con el brazo antes de besarle la coronilla. Los ojos de Chloe no se apartan de los míos y hay un extraño brillo triunfal en ellos.

—Hemos tenido un día estupendo —respondo con una sonrisa—. Evie está dormida, menos mal. Le están saliendo los dientes y solo me quedaba un poco de Calpol.

—Ah, sí, aquí tienes. —Richard se deshace del abrazo de Chloe y saca una bolsa de papel de la cartera de cuero.

—Oh, gracias.

—¡Y tengo una sorpresa para ti!

—¿Para mí? —dice Chloe con voz aninada.

Richard ríe.

—En realidad, me refería a Joanne. —Chloe vuelve la cabeza despacio hacia mí. Su semblante es como una máscara y no puedo adivinar en qué está pensando, pero sea lo que sea, no creo que sea

bonito. Adiós a nuestro momento íntimo a cambio de prometer cerrar la boca.

Me vuelvo hacia Richard y sonrío.

—¿Para mí?

La puerta principal sigue abierta y Richard vuelve al exterior. Lo seguimos. Abre el maletero de su Range Rover —conduce la versión grande de lujo— y saca una bicicleta con un enorme lazo en el manillar. Es azul pastel con una cesta en la parte delantera, y rebota ligeramente cuando la deja en el suelo.

—¿Para mí? —repito, y esta vez mi tono es de verdadera sorpresa.

—Dijiste que querías una bicicleta.

Supongo que tiene razón. Pero no lo decía en serio. Estaba intentando sacarle conversación a Roxanne y fue lo único que se me ocurrió. Recuerdo vagamente habérselo mencionado a Richard aquella noche.

Me río.

—Es adorable, Richard, ¡pero no creo que Evie quepa en la cesta! Él inclina la cabeza sin comprender.

—No tienes por qué llevar a Evie, ahora tienes a Chloe para que la cuide. Es lo que querías.

Asiento. Después de lo ocurrido esta tarde, no tengo ni idea de si Chloe aguantará. Tomo la bicicleta de sus manos y la apoyo en la pared, junto a la puerta.

—Gracias, Richard. Es perfecta.

Richard me mira preocupado.

—¿Va todo bien?

Chloe ha vuelto al interior, indiferente ante la bicicleta. Está apoyada contra el pasamanos de la escalera, esperándonos.

—¿Tomamos algo, papi?

—Enseguida, tesoro. ¿Puedes subir y echar un vistazo a Evie?

—Evie está bien —responde—. Está dormida.

Pero recuerdo que nos hemos dejado el monitor del bebé arriba.

—Ahora que lo dices, Chloe, ¿puedes bajar el monitor, por favor? Se vuelve y sube las escaleras en silencio.

—¿Ha ocurrido algo hoy? —pregunta Richard, con el ceño fruncido y cara de preocupación.

—¿Por qué lo dices?

—No sé...

—No, la verdad —respondo. Caminamos hasta el salón, y me pasa el brazo por los hombros. Es una sensación tan agradable que solo quiero apoyarme en él. Podría contarle lo que ha ocurrido con Evie, pero una promesa es una promesa—. Es solo que... me pregunto...

Me sujeta por los hombros y examina mi expresión.

—¿Qué?

—Bueno, no creo que le caiga muy bien a Chloe. —Levanto la mano para frenar cualquier discusión—. Sé que es pronto. Sé que debo ser paciente, pero no puedo evitar preguntarme si es buena idea que cuide a Evie. ¿Crees que es feliz aquí?

—¿A qué te refieres con lo de que no le caes muy bien?

—Es solo una impresión. ¿Te ha dicho algo de mí?

Algo cambia en su expresión. Retira los brazos y se incorpora ligeramente.

—¡Joanne! Acaba de llegar. ¿Qué esperas? ¡Y se ha ofrecido a cuidar a Evie! Me parece muy bonito, ¿no estás de acuerdo?

—¡Sí, claro que sí!

—Quizás seas tú la que no está siendo muy simpática —dice, volviéndose hacia el bar.

Su cambio de actitud me deja completamente desconcertada.

—¿A qué te refieres?

—Solo a que es un poco extraño lo que dices.

—¿Qué he dicho?

—Que crees no caerle bien a Chloe. ¡Por Dios! ¿Y si te esfuerzas un poco más? ¿Crees que podrías hacerlo?

—¡Lo estoy intentando! Solo te estoy pidiendo consejo.

Él arruga el entrecejo.

—¿Lo estás intentando? ¿De verdad?

—Por supuesto que sí. ¿Por qué me preguntas algo así?

Saca una botella de *whisky*.

—Bueno, para empezar. Habría sido un detalle que hubieses puesto un ramo de flores frescas en su habitación para recibirla.

—¿Qué? ¿A cuento de qué viene eso ahora? ¡Y sí que lo hice! Le puse un ramillete de romero y campanillas de invierno del jardín. Tenemos unas variedades muy bonitas. El romero está de un tono plateado precioso en esta estación. Y huele muy bien.

—Exacto —resopla. Se sirve una copa y se vuelve hacia mí—. Es solo que pienso que un bonito ramo de flores habría sido lo suyo. Algo especial.

Estoy perpleja.

—Pensé que un ramillete del jardín era especial.

Él suspira.

—Ya, bueno. Claro que lo pensabas.

Pongo los brazos en jarra.

—¿Qué quieres decir con eso?

Pero sé lo que quiere decir. Soy de un entorno socioeconómico más bajo que él y sus amigos. Incluso que Isabella. Y Diane provenía de una familia adinerada, muy adinerada. Yo solo soy una agente inmobiliaria del montón que no llegó a terminar los estudios. No tengo el gusto adecuado. Cuando empecé a salir con Richard, me llevó a Ascot para practicar el tiro al plato. Lo pasé fatal. Cuando le conté que, hasta los dieciséis, pensaba que consistía en disparar a platos de la vajilla, se echó a reír.

—¿Dónde has nacido? ¿En una cueva? ¿Cómo es posible que no supieras en qué consiste el tiro al plato?

—Era muy joven —repliqué de mal humor. Él se rio de nuevo. Cuando no se rio fue cuando no acerté ni un tiro.

—El objetivo es intentar darles, cariño —dijo con cierto cansancio.

Y además está la noche que me llevó a Le Gavroche a cenar. Todavía recuerdo la forma en la que miró mi camisa de terciopelo. Al día siguiente, me llevó de compras a Harrods. Te mentiría si te dijese que me molestó. La verdad es que fue una experiencia de lo más excitante ver al hombre del que me estaba enamorando esperando a que desfilase para él con unos vestidos preciosos. Me sentí como en *Pretty Woman* durante una tarde. Pero nunca dejó de sugerirme qué

ropa debería ponerme o qué tipo de vajilla deberíamos comprar. Y cuando hablamos de renovar la cocina, me dijo que quería revisar los planos.

—Solo para asegurarme —dijo.

—¿Asegurarte de qué?

—De que nos guste a los dos. —Me dio un beso en la frente. Se la habría enseñado igualmente, claro. Obviamente nos tiene que gustar a los dos, pero intuí que no era eso lo que quería decir. Quería decir «para asegurarme de que no compres cosas baratas de Ikea».

—No importa. ¿Quieres algo de beber? —Mira por encima de mi hombro—. Chloe, cariño. Ahí estás. ¿Te apetece un *gin-tonic*?

Me vuelvo rápido, pero por la forma en la que está apoyada contra el marco de la puerta, con una mano en el bolsillo y el monitor en la otra, sé que lleva un tiempo ahí. Me sonrío, pero solo a medias. Una sonrisa burlona. Y de repente, se me viene una idea horrible a la mente: que Richard sabía que estaba allí y por eso me ha regañado por no esforzarme lo suficiente. Quería que Chloe supiera que está de su parte.

Niego con la cabeza y me sacudo esa idea de encima. Es horrible pensar algo así. Me estoy volviendo paranoica, y me preocupa. Me preocupa mucho.

Me hace preguntarme si seré igual que mi madre.

## Capítulo Doce

---

Tras una cena bastante silenciosa, estoy guardando las sobras en envases de plástico cuando Richard, que se ha estado aguantando un bostezo toda la noche, empieza a cargar el lavavajillas.

—¡Ya lo hago yo! —se apresura a decir Chloe—. Estás muy cansado, papi. Trabajas mucho y no es justo que te encargues de los platos, encima de todo lo demás.

—Bueno —dice él—. Eres muy amable, tesoro. Estoy bastante cansado, así que, si no os importa, creo que voy a subir.

—¡Claro que no, papi! —le dice con tono aflautado—. Yo ayudo a Joanne, no me cuesta nada.

—Gracias, encanto. —Le besa la coronilla.

En cuanto Richard abandona la habitación, Chloe coge la botella de vino de la mesa y se llena una copa hasta el borde. Se apoya contra la encimera. Lleva una camiseta de tirantes muy corta que deja ver su vientre y lo miro de reajo. Está muy delgada, y a juzgar por esos abdominales, además entrena. Se cruza de brazos y da un trago a su copa.

—Buena reserva. —La levanta hacia la luz—. En realidad, no tengo ni idea. Oye, Joanne, ¿es verdad que no puedes dar el pecho?

¿O solo lo dices para poder emborracharte por las noches?

Me pongo derecha. Pero no pienso entrar al trapo ni picar el anzuelo. Soy un ejemplo de autocontrol mientras pongo las sobras en el frigorífico.

—No, en serio, solo tengo curiosidad —insiste.

—Creía que ibas a cargar el lavavajillas.

—Solo lo he dicho para que no lo haga papá. No puedo creer que le dejes hacer eso. En serio, se pasa todo el día trabajando. Siempre lo ha hecho. Apuesto a que llega tarde la mayoría de las noches, ¿a que sí?

Me pongo tensa.

—A veces. Está trabajando en una reestructuración importante.

—Exacto. Viene a casa claramente agotado, ¿y le obligas a cargar el lavavajillas? —Niega con la cabeza—. No lo pillo. No es que estés exactamente *ocupada*, Joanne. Tienes limpiadora, jardinero, niñera... No es que tengas otra cosa que hacer. —Se da impulso para alejarse de la encimera—. Creo que voy a ver un poco la tele.

En el umbral, se agarra del marco de la puerta y lo usa para volver hacia atrás.

—Y si le dices a mi padre que no he cargado el lavavajillas, lo negaré. Además, te daré un dato interesante: siempre me elegirá antes que a ti. Y si no me crees, ¿por qué no se lo preguntas?

Me muero de ganas de hablar con Richard sobre esta conversación cuando me voy a la cama esa noche. Y estoy a punto de sacarle el tema. Pero ¿qué le digo? «No creo que le caiga muy bien, en serio. No son imaginaciones mías. Es muy maleducada conmigo cuando no estás». Sé que seguramente me responderá que es culpa mía por no esforzarme lo suficiente, así que no lo menciono.

Algo me despierta. Es tarde, todo está a oscuras y Richard duerme junto a mí, roncando con suavidad.

Agarro el monitor del bebé y lo miro con los ojos entrecerrados. Está totalmente oscuro. ¿Lo habré apagado por error? No. Pero no se oye nada, solo una imagen oscura y difusa.

Aparto las sábanas, cojo mi bata y abro la puerta en un suspiro. El pasillo está oscuro como boca de lobo. Voy de puntillas hasta la habitación del bebé y me sorprende encontrar la puerta entreabierta, no abierta del todo como de costumbre. Además, la lamparita de Evie está apagada y sé que la dejé encendida antes de irme a la cama, como hago siempre.

Empujo la puerta despacio. Un escalofrío me recorre la espalda. La luz del baño está encendida, pero la puerta está cerrada. No me he dejado encendida la luz del baño. Estoy segura. Aun así, veo claridad por debajo de la puerta.

Me apresuro hacia la cuna y la mullida alfombra amortigua el ruido de mis pies descalzos. Tengo el pulso acelerado cuando miro a ver cómo está Evie, pero no le ocurre nada. Está durmiendo, su pequeño pecho se eleva con cada respiración y una burbujita de saliva escapa de entre sus labios. Entonces reparo en que tiene las mejillas húmedas. ¿Habrá estado llorando?

Un ruido en el baño hace que me sobresalte. Me retumba el corazón en el pecho cuando abro la puerta lo suficiente para descubrir a Chloe frente al lavabo, de espaldas a mí. Sujeta el frasco de Calpol a contraluz.

—¿Qué demonios estás haciendo?

Ella ahoga un grito y se gira. Se le resbala el frasco de la mano y se estrella contra el suelo de baldosas.

—¿Se puede saber qué...?

—¡No hacía nada! —grita ella.

Señalo los cristales rotos del suelo.

—¿Qué haces con la medicina de Evie?

—¡Le iba a dar un poco porque estaba llorando!

—¿Darle un poco?

—¿Qué puñetas está pasando? —La voz de Richard reverbera detrás de mí.

—¡No he hecho nada, papi! —gimotea Chloe—. He oído llorar a Evie y me he acercado a verla. Estaba intentando hacer lo correcto. Pensé que el Calpol le ayudaría porque le están saliendo los dientes.

—¿Le has dado algo? —grito, agarrándola de la muñeca.

—¡No! Todavía no. ¡Iba a dárselo! ¡Suéltame! —Libera el brazo de una sacudida y se masajea la muñeca.

—¿Por qué estás tan molesta, Joanne? —pregunta Richard.

—¡Porque no estaba llorando! ¡La habría oído! —Me vuelvo hacia Chloe—. ¿Por qué mientes? ¿Y qué hacías con su medicina? ¡Contéstame!

—Cálmate, Jo —dice Richard con gravedad, poniéndome la mano en el hombro—. Vamos a hablar de forma tranquila y razonable, ¿de acuerdo? Como adultos. —Se vuelve hacia Chloe—. ¿Qué ha ocurrido, cariño?

—¡Estaba intentando decírtelo! Evie estaba llorando...

—¡Nunca te he pedido que mediques a Evie!

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué te pones así? —dice Richard.

Lo ignoro y cruzo los brazos sobre el pecho.

—Pero me dijiste que le estaban saliendo los dientes. Que frotar un dedo con un poco de Calpol en las encías le ayudaba. Te he visto hacerlo. Estaba intentando ayudar y hacer algo por ti porque estás siempre estresada. ¡Quería encargarme de Evie para que pudieses dormir un poco!

«Dormir estaría bien», pienso automáticamente. Mientras, Evie sigue llorando a todo pulmón. Me vuelvo, dejo atrás a Richard y piso los cristales rotos. Se me clavan en la planta del pie y voy dejando pequeños puntitos de sangre en la alfombra con cada paso que doy.

Cojo a Evie y le doy palmaditas en la espalda, pero tiemblo tanto que solo consigo molestarla más.

Me vuelvo y veo que Richard está abrazando a Chloe, que llora en sus brazos. Su pecho se eleva con cada sollozo.

—¡No iba con mala intención! —gime.

—No pasa nada, tesoro. Ya está, ya pasó.

—¡Es que me odia! —grita, mirándome fijamente—. ¡Es imposible hacer nada bien!

—¿Odiarte? —No puedo creer lo que oigo—. ¿Cómo puedes decir algo así cuando me estoy esforzando tanto? ¡Eres tú la que no me aguanta!

—¡Ya es suficiente! —salta Richard. Conduce a Chloe, que todavía sigue llorando, hacia la puerta—. Has perdido el control, Jo.

—¿Disculpa?

—Hablaemos por la mañana —dice por encima del hombro.

—No hace falta —replico.

—Oh, ya lo creo que hace falta. —Parece muy enfadado conmigo, más de lo que jamás lo he visto. Siento que se me anegan los ojos en lágrimas de rabia porque no ve lo mismo que yo.

Porque no me cree.

## Capítulo Trece

---

Me traigo a Evie conmigo para que duerma en la cuna más pequeña de nuestro dormitorio. Ya que Richard no dormirá aquí esta noche, no se podrá quejar. Cierro la puerta, llegando a arrastrar una mecedora para atrancarla por si a Chloe se le ocurre visitarnos en mitad de la noche y acabar el trabajo. ¿Cómo era aquella frase? «Que sea una paranoica no quita que tenga una hijastra malvada acechándome para matar a mi hija».

Sigo temblando cuando cojo a Evie para tranquilizarla. Paseo por la habitación, pero sigue sin calmarse. Tiene la carita roja y los puños apretados contra los párpados, con los lagrimones corriéndole por las mejillas. Abre bien la boca para gritar y veo los puntitos blancos que se insinúan en las encías superiores.

—Oh, cariño, claro que estás molesta, pobrecita. —Entonces recuerdo sobresaltada sus mejillas húmedas cuando la encontré en la habitación. ¿Se habrá despertado llorando y no la he oído? ¿Es posible que Chloe dijese la verdad y solo quisiera darle un poco de Calpol? ¿El mismo medicamento que ahora estaba tirado en el suelo del baño?

Tarda una hora, pero al final Evie pierde las fuerzas y se queda floja de cansancio en mis brazos. La acuesto con delicadeza en la cuna y la arropo con la manta. Después, me siento en el borde de la cama para observarla. ¿Habré exagerado antes? ¿De verdad Chloe tenía buenas intenciones, como dijo?

Compruebo que Evie duerme profundamente y salgo de puntillas, cerrando bien la puerta tras de mí para volver al dormitorio a por el monitor del bebé.

Lo encuentro en el suelo, con la cámara vuelta hacia la alfombra. Parece como si lo hubiesen tirado por accidente. Eso explica por qué no podía ver ni oír nada. ¿Lo habré tirado yo antes? No lo recuerdo, pero supongo que es posible.

Vuelvo a la cama y me tumbo de costado para mirar a Evie.

Pienso en mi madre. Cuando era niña, nos encerraba en casa porque pensaba que la gente intentaba envenenarnos. Ni siquiera dejaba que mi abuela se acercase. La cosa se puso tan mal que la señora Delaney, la vecina de al lado, llamó a los servicios sociales y cuando vieron cómo estaba la casa —mi madre había atrancado todas las puertas y ventanas y había perdido todo interés por la limpieza—, me enviaron a vivir con mi abuela mientras mi madre se recuperaba en el hospital de lo que más adelante, le diagnosticarían como una psicosis posparto.

Por suerte, mejoró. Volví a vivir con ella, aunque mi abuela pasaba con nosotras una semana de cada dos para vigilar que todo estuviese bien.

Y ahora, mientras repaso lo ocurrido esta noche en mi mente una y otra vez, no puedo evitar preguntarme si después de todo, resulta que soy como ella.

Pero no lo soy. Cuando me quedé embarazada de Evie, fue Richard quien sugirió que se lo contara a mi médico. Richard sabía todo lo de mi madre —son el tipo de cosas que acaban saliendo cuando conoces a alguien de verdad—, pero, aun así, me sorprendió que lo mencionase.

—¿Pueden hacerte un análisis de sangre? ¿Para averiguar si has heredado la enfermedad de tu madre? —preguntó muy serio—. Solo para asegurarnos.

Aunque me ofendió un poco la sugerencia, decidí que me lo había preguntado porque le preocupaba nuestro bebé y no podía guardarle rencor por ello. Así que se lo mencioné a mi médico y no, no existe ningún análisis capaz de predecirlo. Me aseguró que era muy poco probable que tuviese la misma enfermedad, como la llamó Richard, pero que lo vigilaríamos de cerca. No tengo que vigilar nada de cerca. No estoy loca.

Técnicamente, no empiezo a trabajar hasta la semana que viene, pero Shelley me ha llamado esta mañana para preguntarme si podía hacer una videollamada con ella y Ben esta tarde. Quieren ponerme al día e ir viendo cómo nos dividimos el trabajo. Me dijo que ya me había enviado un correo electrónico. Seguía dándole vueltas a la noche anterior, así que seguramente no soné tan emocionada como ella esperaba, porque me dijo:

—Sigues queriendo trabajar con nosotros, ¿no? ¿No has cambiado de opinión?

—¡No! Para nada. Tendré que hablar con mi... niñera para ver si está disponible y te lo confirmaré por mensaje de texto, pero vamos a por ello.

A estas alturas, ni siquiera sé si Chloe quiere quedarse. No la he visto durante el desayuno, solo a Richard, así que por lo que sé, quizás hasta haya hecho las maletas y se haya marchado (¡hurra!).

No tengo esa suerte.

—Hoy está durmiendo hasta tarde —dijo Richard con tono sombrío, como si Chloe acabara de terminar cuatro turnos de doce horas sin descanso en urgencias. Me miró preocupado y me cogió de la mano.

—Siento todo lo que ha ocurrido.

—¿En serio lo sientes?

Él asintió.

—Entiendo lo estresante que debe de haber sido encontrar a Chloe a punto de medicar a Evie.

Me sonaba a música celestial.

—¿De verdad lo entiendes?

—¡Claro! Pero tienes que entender que tuviste una reacción exagerada. ¿En qué estabas pensando?

¿En qué estaba pensando? No me atrevía ni a decirlo en voz alta. «Pensaba que iba a envenenar a su hermanastra».

Me senté a su lado y descansé la cabeza sobre su hombro.

—Tienes razón. Lo siento. No sé qué mosca me picó.

Me acarició el hombro con el pulgar.

—¿Crees que sería buena idea contárselo a la doctora Fletcher?

—No lo sé. —Me aparté—. ¿Y tú?

Se frotó la barbilla con la mano libre. No se había afeitado así que lucía una barba incipiente.

—Si hay alguna posibilidad de que tengas... Bueno, ese trastorno... explicaría muchas cosas, ¿no crees?

Me quedé mirándole.

—¿En serio?

—Ve y habla con la doctora Fletcher. —Entonces añadió—: Por mí.

Asentí.

—Lo pensaré.

Acto seguido, le dije que le pediría disculpas a Chloe cuando se levantara y él se alegró.

Pero ahora no la encuentro. La he buscado por todas partes. Hasta donde yo sé, no está en la casa. Salgo y es entonces cuando la veo.

Se está haciendo fotos con Simon, el jardinero. Incluso Oscar participa en la actividad, dando saltos a su alrededor como un cachorrito. Simon parece abierto a ello, aunque algo incómodo. Chloe lo manipula como una marioneta, le levanta el brazo y se lo pasa por el cuello. *¡Clic!* Se da unos golpecitos en la mejilla con el dedo. Él se ríe y le da un beso donde le indica. *¡Clic!*

Vacilo. ¿Debería molestarles? Parecen muy absortos en esta extraña actividad. Es decir, si se están divirtiendo o incluso

flirteando, ¿qué hay de malo en ello? Los dos son muy atractivos y están solteros (o eso creo, en el caso de Simon). No hacen daño a nadie.

Pero entonces, Simon me ve y me saluda con vehemencia, lo que me lleva a pensar que se muere por que lo rescaten.

Cruzo el terreno de hierba. Chloe me perfora con la mirada.

—¡Hola! —exclamo cuando llego hasta ellos—. Os estáis divirtiendo, qué bien.

Chloe me dedica media sonrisa. Simon se quita la gorra y se rasca la cabeza.

—Esta jovencita quería hacerse una foto. Yo solo...

—No, no pasa nada, en serio. No hay ningún problema. Solo quería hablar un segundo con Chloe, eso es todo.

—Debería... —Se vuelve a poner la gorra y mueve el pulgar en dirección a su espalda.

—No tardaremos —le digo.

—No pasa nada. Tengo trabajo que hacer —dice. Le sonrío a Chloe. Dios, sí que tiene una sonrisa arrebatadora. Y, al parecer, no soy la única que lo piensa. Chloe le hace una última foto. Simon se sonroja.

—Bueno, ¿qué pasa? —dice cuando se marcha Simon, revisando las fotos que acaba de tomar.

—Solo quería decir... —me muerdo una uña. Ella levanta la vista y enarca una ceja perfecta— que siento lo de anoche. Sé que exageré. No... No estoy acostumbrada a que otra persona se ocupe de Evie, yo misma aún me estoy habituando a esto de ser madre.

Chloe no dice una palabra. Solo espera. Supongo que es necesario que me arrastre más.

—En fin, siento muchísimo lo que te dije y cómo te traté.

Se mira la muñeca. Tiene una marca roja, como de un pulgar, donde la agarré anoche.

—¡Madre mía! ¿Yo te he hecho eso? —Extiendo la mano para mirarla más de cerca sin llegar a tocarla, pero ella se aparta.

—Lo siento muchísimo, Chloe. Es totalmente imperdonable. No sé qué me pasó. ¿Podemos hacer borrón y cuenta nueva? ¿Y esta vez empezar buen pie? ¿Por favor?

Mira hacia arriba, como si se lo estuviera pensando.

—De acuerdo —dice.

—Gracias. Es muy amable de tu parte. —Dejo escapar un suspiro

—. En fin. ¿Has desayunado?

—No.

—Puedo hacerte algo si quieres. ¿Te apetecen unos huevos?

—Mmm. ¿Y un sándwich de queso fundido? ¿Con café?

—Claro. —Volvemos juntas a la casa—. Simon es muy guapo, ¿a que sí?

—¿Tú crees? —responde ella.

—Bueno. Es decir, no es mi tipo, pero ya veo que es el tuyo. —  
Sonríe.

Ella no responde. No parece interesada en seguir hablando del tema, así que lo dejo pasar.

—¿Sabes cuántos amigos van a venir a tu cena de cumpleaños?  
¡Falta poco para el sábado!

—Sí. De momento me han confirmado diez personas.

—¡Genial! Será divertido. ¿Vendrán en tren? Le preguntaré a Simon si puede recogerlos en la estación. Seguramente sean demasiados para cenar sentados a la mesa, pero podemos hacerlo estilo bufé en la sala de estar. ¿Alguno pasará la noche aquí? Puedo preparar las habitaciones con ayuda de Roxanne. ¿Te gustaría?

Se encoge de hombros.

—Lo que quieras.

—Oh, vale. Podemos hablarlo más tarde. —Aunque no mucho más tarde, espero, porque no nos queda mucho tiempo. No esperaba diez invitados cuando hablamos de organizar una cena por su cumpleaños. Además, estoy segura de que ha dicho «de momento», lo que significa que pueden ser más.

Se marcha a su habitación mientras voy a la cocina a prepararle el sándwich. Pensaba que nos sentaríamos juntas a hablar de la fiesta, repasar el menú, quizás incluso sacar el tema de anoche, pero no baja, así que cuando está listo, voy al pie de las escaleras para llamarla.

—¿Chloe? ¡Ya está listo el sándwich!

Segundos después, se apoya contra la barandilla y la melena le enmarca el rostro.

—¿Puedes subírmelo?

—¡Oh! Si quieres. Bueno, pensaba que...

—¡Gracias! —Vuelve corriendo a su habitación.

Vale, de acuerdo, no es lo que esperaba cuando hablaba de volver a la normalidad, pero no pasa nada. Me recuerdo que es muy joven. Más bien una adolescente, en realidad.

Llamo a su puerta con el desayuno en una bandeja, una taza de café como a ella le gusta (con leche y dos azucarillos) y los cubiertos. Abre la puerta una rendija y me coge la bandeja de las manos.

—Gracias. —Empieza a cerrar la puerta de nuevo, así que apoyo la palma.

—Quería preguntarte algo. Tengo una reunión de trabajo esta tarde. ¿Puedes vigilar a Evie mientras tanto? ¿Te parece bien?

—¿A qué hora tienes eso?

—A la una y media. Solo estaré una hora o así.

—Vale.

—Gracias. Me aseguraré de darle el biberón y cambiarla antes de la reunión.

—Yo puedo darle de comer.

Inclino la cabeza.

—¿Estás segura?

—Claro que estoy segura.

—Pero ¿qué pasa con...?

—He dicho que estoy segura. Quiero hacerlo. Olvídate de lo que pasó ayer, ¿vale?

No sé a qué parte de ayer se refiere. Yo hablo de la vez que casi lanza a mi niña por la ventana en un momento de pánico cuando le pedí que le diese el biberón.

—Vale —digo despacio. «Pero pienso poner el monitor en el escritorio para observarte mientras lo haces».

## Capítulo Catorce

Estoy lista para comenzar. Me he maquillado un poco más allá del toque de colorete y pintalabios de siempre. Y he cambiado los pantalones de chándal por un elegante vestido azul oscuro que solía llevar a la agencia. Solo me sigue cabiendo porque es de estilo cruzado. Aun así, me siento bastante bien.

Se inicia la videollamada.

—¿Has podido echarle un vistazo a las hojas de cálculo? —me pregunta Ben cuando terminamos con los saludos preliminares.

—¿Las hojas de cálculo?

—Te envié los enlaces por correo esta mañana —dice Shelley.

—Es la base de datos de las propiedades en alquiler con la fecha de las próximas inspecciones. He pensado que podrías coordinarlo todo —dice Ben.

—Ay, lo siento. Me dijiste algo de un correo, Shelley, pero me distraje. Déjame que le eche un vistazo.

Me apresuro a buscar el correo, que efectivamente está ahí, en mi bandeja de entrada. De hecho, hay unos cuantos, todos enviados sobre las seis y media de la mañana.

Reviso rápidamente los documentos. Ben da golpecitos con el boli en la mesa mientras espera a que termine. Soy consciente de los ruidos de Evie unos metros más allá. No está llorando, al menos no todavía, es más bien un gimoteo. Lanzo una mirada al monitor. Está en la cuna, dando pataditas a las mantas hasta que terminan a sus pies. No hay ni rastro de Chloe.

—Perdona, Ben, ¿qué has dicho?

—Te he enviado un enlace con la lista de los técnicos preferentes para las reparaciones. ¿Lo tienes?

—Espera. Déjame mirar. —Ahora Evie sí que está llorando. Levanto un dedo—. Perdona, Ben, mi hija está llorando.

—Sí, ya lo oigo —dice, y estoy segura de que hay una nota de exasperación en su voz.

—Enseguida vuelvo.

Llamo a Chloe de camino al dormitorio, pero no hay respuesta. Evie tiene hambre, debería darle de comer antes de que esto se convierta en un festival de gritos a todo pulmón. El biberón está listo en el calentador, pero Chloe no aparece por ninguna parte. Le pongo el chupete a Evie y salgo al descansillo para llamar a la puerta de Chloe.

—¿Chloe?

No hay respuesta. ¿Puede que se haya dormido? Estaba despierta hace nada. Llamo de nuevo, con más fuerza.

—¿Chloe?

Nada.

Me apoyo sobre la barandilla del descansillo.

—¿Chloe?

Nada. Vuelvo corriendo al dormitorio. A Evie se le ha caído el chupete fuera de la cuna. Cojo su sonajero favorito (que también ha acabado en el suelo), se lo doy y lo agito delante de su cara.

—Aquí está, mi niña, ¿ves? ¡Mira, Evie! ¡Mira! —Lo coge, lo vuelve a tirar y retoma su llanto. Me apresuro a mi despacho y asomo la cabeza por la puerta. Ben ha agachado la cabeza y está tomando notas. Shelley está de perfil, hablando con alguien fuera de pantalla.

—¡Un segundo y ya estoy! —grito.

Vuelvo al dormitorio para lavar el chupete de Evie e intentarlo de nuevo. Esta vez, deja de llorar. Suspiro.

—Quédate aquí y pórtate bien, ¿vale? Mami volverá en cuanto pueda.

Vuelvo al despacho.

—¡Siento lo ocurrido! —Tomo una bocanada de aire en cuanto me siento—. Vale, ¿por dónde íbamos?

—¿Va todo bien? —pregunta Shelley.

—Todo bien. Es solo que Evie tiene hambre y no sé dónde... En fin. Mejor no os aburro con eso. Volvamos al trabajo. ¿Dónde estábamos?

—¿La lista de técnicos preferentes? —dice Ben.

—Ah, sí, dame uuuun segundo.

Tardo más de un segundo. Escucho el repiqueteo de unas uñas tamborileando sobre la mesa. Noto las mejillas al rojo vivo. Por fin encuentro el archivo y hablamos del mejor método para que me envíen directamente las solicitudes para que pueda gestionarlas.

—¿Crees que Marilyn podría colaborar conmigo? —le pregunto a Shelley.

—¿Marilyn? ¿Te refieres a Meryl?

—Sí. Perdona. —Sacudo la cabeza—. ¿He dicho Marilyn? Quería decir Meryl.

Evie estalla en un grito ensordecedor que me hace saltar en la silla.

—Enseguida vuelvo.

Corro hacia ella. Tiene la carita roja de llorar. La levanto y paseo con ella por la habitación, acunándola suavemente y dándole palmaditas en la espalda hasta que se calma. Su chupete sigue en la cuna, así que se lo pongo.

—¡Chloe! —siseo entre dientes.

Solo hay silencio.

En cuanto pongo a Evie en la cuna, empieza a llorar de nuevo. Repetimos la jugada un par de veces, yo al borde de un ataque de nervios, y entre medias, gritándole al portátil «¡Enseguida estoy, Shelley!». Al final, me rindo y la traigo conmigo cuando vuelvo a sentarme frente al ordenador.

—¡Lo siento! —digo, resoplando para apartarme el pelo de la cara—. Mi niñera ha desaparecido de golpe. ¿Te lo puedes creer? —Estoy acunando a Evie contra- mi hombro mientras le doy palmaditas en la espalda y me arreglo el pelo con la mano libre—. No sé qué le pasa. Antes estaba tan tranquila.

Shelley esboza una sonrisa rápida.

—Quizás sea mejor que hablemos luego.

—No tiene por qué alterarse mientras la tenga en brazos — respondo.

Nos las apañamos para acabar el resto de la reunión de alguna manera, pero estoy aturullada y aunque anoto todo con la mano libre, seguro que luego no podré entender mi propia letra. O se me escapará algún detalle crucial, como que algún inquilino no tiene electricidad y la necesita ya para cargar el marcapasos, algo por el estilo.

En serio, voy a matar a Chloe si aparece.

Ponemos fin a la reunión y llevo a Evie a su habitación para darle el biberón. Cuando termino, echo un vistazo por la ventana y diviso a Chloe. Lleva unas botas de agua negras (¿serán las mías?) y una de las enormes chaquetas para exteriores de Richard. Trae mi bicicleta por el camino principal. Tiene el cabello alborotado y las mejillas sonrosadas, como si volviese de una excursión en bici.

Me pongo firme en el descansillo.

—¿Dónde estabas?

Levanta la vista para mirarme con su habitual expresión de aburrimiento.

—Por ahí.

—¿Por ahí? —Me quedo boquiabierta—. ¡Me dijiste que cuidarías a Evie mientras estaba en mi reunión de trabajo! ¡No le has dado de comer y ha empezado a llorar cuando estaba en plena videollamada!

Pone sus cosas en el guardarropa... Y, sí, las botas son mías. Se las cambia por unos zapatos normales.

—No soy adivina, Joanne. Si ibas a trabajar hoy, deberías habérmelo dicho. No voy a quedarme en casa esperando, a tu entera disposición. Tienes que avisarme antes.

Se me van a salir los ojos de las órbitas.

—¡Chloe, hemos hablado de esto hace unas dos horas!

—No, no es cierto.

Sube las escaleras.

—Chloe —digo despacio cuando llega al descansillo—. Estábamos delante de tu habitación. Te traje un sándwich de queso fundido para desayunar y te pedí que me ayudaras con Evie porque tenía una reunión. Me dijiste que le darías el biberón, ¿no te acuerdas?

Desaparece en su habitación.

—¿Chloe?

Sale de nuevo, esta vez con la bandeja con su plato y su taza sucios. Me la entrega.

—Creo que estás perdiendo la cabeza, Joanne. Como tu madre.

## Capítulo Quince

---

Chloe cierra la puerta y yo me quedo ahí con la bandeja en la mano y la cabeza dándome vueltas. ¿La he escuchado bien? ¿Chloe *sabe* lo de mi madre? Si así es, ¿de dónde ha sacado esa información?

Solo hay una única respuesta posible, obviamente. Paso el resto del día con Evie, *deseando* que Richard llegue a casa pronto. Pongo a Evie en el parquecito, que he trasladado a mi despacho para tenerla cerca mientras llamo a Gourmet Catering, una empresa local que ya he contratado antes, y organizo el menú para el sábado. He incluido platos veganos y sin frutos secos ni gluten, por si acaso.

—¿Necesitará camareros? —pregunta Chris—. Voy a serle sincero, señora Atkinson, normalmente con tan poca antelación sería imposible, pero este fin de semana no tenemos mucho movimiento, así que podríamos arreglarlo si necesita ayuda.

Cielo santo, normalmente diría que no, que pueden apañárselas solos, pero Richard querrá que todo salga perfecto y no le importará cuánto cueste, así que acepto. Después, llamo a la confitería y pido un pastel de cumpleaños gigante de selva negra.

Satisfecha con tenerlo todo listo, me centro en los documentos que me ha enviado Shelley.

Imprimo las hojas de cálculo, reviso mis notas y las paso al ordenador. Es entonces cuando Richard llega a casa. Saluda como siempre desde la entrada:

—¿Cómo están hoy mis chicas?

Cierro los ojos por un segundo, anticipándome a la inevitable discusión porque, por supuesto, tengo que contarle lo que ha ocurrido. Chloe no puede seguir de niñera si no está capacitada para ello. No creo que sea mucho pedir. Además, quiero saber por qué le ha contado lo de la enfermedad de mi madre, que considero un tema muy personal.

Me encuentro con él abajo.

—Hola, cariño. Estaré en mi despacho una media hora o así. Tengo que hacer unas llamadas. ¿Dónde está Chloe?

—Está en su habitación.

—Voy a subir a saludarla.

—¿Puedo hablar contigo un segundo antes? Espera, dame eso. — Le ayudo con el abrigo y lo cuelgo en el perchero.

—¿No puede esperar?

—No, la verdad es que no.

—Entiendo... —Se desabrocha la chaqueta del traje y se afloja la corbata. Le cojo de la mano y lo conduzco hasta el salón—. ¿Qué ha ocurrido?

—¿Qué le has contado a Chloe de mi madre?

Niega con la cabeza con cierta confusión.

—No sé a qué te refieres. ¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

—Hemos tenido un roce antes. Chloe y yo.

Él suspira, y a decir verdad, me resulta molesto. Me hace sentir como si ya hubiese decidido que es culpa mía.

—¿De qué iba la discusión?

—Le he pedido que me ayude mientras estaba en una reunión de trabajo.

—¿Una reunión de trabajo? ¿No empezabas la semana que viene?

—Sí..., pero Shelley me ha llamado esta mañana y me ha pedido que tengamos una reunión para ponerme al día. —Niega con la cabeza—. Mira, ese no es el tema. Le he pedido a Chloe que me

ayude a vigilar a Evie. Pero ha desaparecido y Evie tenía hambre y estaba irritable, por lo que la reunión ha sido un completo desastre.

—¿En serio?

—¡Papi!

Nos damos la vuelta. Chloe ha aparecido en la puerta.

—¡Papi! No te he oído llegar. —Se acerca a él dando saltitos como una niña, con los brazos abiertos.

—Perdona, Chloe, ¿te importa? —digo. Se le cuelga literalmente del cuello. Gira la cara hacia mí.

—¿Qué?

—Tengo que hablar en privado con tu padre.

—¿Sobre qué?

—Joanne me ha dicho que ha habido un malentendido entre vosotras —dice Richard con seriedad.

Chloe me mira con aire lastimero.

—Siento que estés molesta, Joanna...

—Es Joanne.

—... pero no es culpa mía.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Habéis tenido un encontronazo? —pregunta Richard.

Tomo aire abruptamente y me giro hacia él.

—Por desgracia, Richard, creo que lo hizo aposta.

—¿Aposta? —exclama Chloe con los ojos abiertos como platos—. Metes la pata, ¿y ahora me culpas *a mí* por ello?

—¿Cómo ha metido la pata? —pregunta Richard.

—Yo no he...

—Se ha olvidado de decirme que tenía una reunión, papi. No tenía ni idea de que necesitaba que cuidase a Evie. Si no, lo hubiera hecho encantada. Entendí que podía hacer lo que quisiera. Cogí su bici... —Se vuelve hacia mí—. ¡Lo siento! ¿De acuerdo? ¿Por eso estás cabreada conmigo?, ¿porque te he cogido prestada la bici?

—Bueno, bueno —dice Richard, con los labios apretados y el ceño fruncido—. Estoy seguro de que a Joanne no le importa que cojas su bici. Siempre y cuando hayas pedido permiso. ¿No es así, Joanne?

Levanto las manos.

—¡Esto no tiene nada que ver con la bicicleta! —Las dejo caer.

Chloe engancha el brazo en el de su padre y se apoya en él. Él le da unas palmaditas afectuosas en la mano.

—Papi, le dije que estoy encantada de trabajar cuando quiera, pero me tiene que decir cuándo. ¿Qué quiere que haga? ¿Que espere como un soldado hasta que se decida? Pensé que podía salir de casa cuando no estuviese trabajando.

No puedo creer lo que oigo.

—Eso no es lo que ha ocurrido, Chloe, y lo sabes.

Abre bien los ojos y suelta a Richard.

—Espera. ¿Estás así de molesta por Simon?

—¿Por Simon?

—Porque Simon y yo estuvimos tonteando esta mañana. ¡Dios mío! Estás *celosa*.

Richard mueve con brusquedad la cabeza.

—¿Simon?

Es una idea tan indignante que me sonrojo.

—Eso es ridículo. —Resoplo.

—¿Qué es eso de Simon? —pregunta Richard en tono algo más frío. Aunque tampoco es que antes fuese mucho más cálido.

—¡No es nada! Chloe se hizo unas fotos con él esta mañana, pero no tiene nada que ver con...

Se gira hacia Chloe.

—¿Unas fotos? ¿Con Simon?

—Tranquilo, papá, que teníamos la ropa puesta.

—De todas formas, ese no es el tema —salto—. Olvídate de Simon. —Pero he perdido el hilo de lo que iba a decir y parpadeo un par de veces—. Eres la niñera, Chloe, ¿te acuerdas? Si no estás aquí cuando te necesito, tendré que buscar a otra persona.

Richard se vuelve hacia mí.

—No lo entiendo. ¿Lo hablaste con Chloe o no?

Estoy a punto a ponerme a gritar.

—Sí lo hice, te lo acabo de decir.

—Pero me dijiste que no trabajabas hasta la semana que viene —dice Chloe.

—Pero me llamaron, como ya sabes.

—Espera un momento. A mí también me dijiste que empezabas a trabajar la semana que viene —interviene Richard—. No me dijiste nada de que empezabas hoy. ¿Es posible que te hayas equivocado?

—¿Equivocado? ¿Cómo voy a equivocarme con una videollamada de media hora en la que tenía que estar? Además, y, por cierto, me gustaría saber qué le has contado de mi madre.

—No sé a qué te refieres.

—Chloe dijo que se me olvidaban las cosas y que me iba a volver loca como mi madre. —La perforo con la mirada.

—Me dijiste que acabó en el manicomio, ¿no, papi?

Paso la mirada de uno al otro.

—¿Perdona?

—Lo dijiste —le dice Chloe a Richard.

—¡Por Dios bendito! —salta Richard. Se sienta en el sofá y cruza una pierna encima de la otra—. No dije que acabó en el manicomio. Dije que tenía problemas mentales que requirieron tratamiento en un hospital.

Se me abre y cierra la boca de la impresión.

—¿Por qué has dicho algo así?

—¿Que internaron a tu madre? Porque es verdad, Jo. No sabía que era un secreto de estado. Y, de todas formas, solo lo mencioné de pasada.

—Exacto. No pensé que fuese para tanto —dice Chloe, examinándose las cutículas.

—¿De pasada? ¡Es un tema muy personal para mí!

—Tesoro. Estaba hablando con Chloe. Solo le estaba describiendo la infancia difícil que tuviste, eso es todo. No iba con mala intención.

—Haces que parezca que mi madre estaba loca.

—Claro que no. Pero dijiste que tuvo problemas desde que naciste. Que tuvieron que llevarte con tu abuela. ¿No es eso verdad?

—¡No! ¡Sí! —Niego con la cabeza—. ¡No fue así! Y de todas formas, nos estamos desviando. —Señalo a Chloe—. ¡No puedo creer que se lo contases *a ella*!

—¿Por qué? —dice Chloe—. O es verdad o no lo es. Creo que necesitamos saberlo, porque tú misma eres algo inestable. Puede

ser, como, hereditario, ¿no? Solo pregunté porque te comportas de forma muy rara.

Pone los ojos en blanco y va a sentarse junto a su padre para apoyar la cabeza en su hombro.

—Lo siento, papi, de verdad que no sabía que trabajaba hoy. No lo hice con mala intención, te lo juro.

Richard la rodea con el brazo y le besa la coronilla.

—Lo sé, pastelito. No pasa nada, no has hecho nada malo.

A estas alturas, estoy tan enfadada que no puedo ni hablar. Salgo hecha una furia y voy a ver cómo se encuentra Evie. Tiene los ojos cerrados, pero mueve la boca. Pronto se despertará para la última toma del día.

—¿Joanne? —Es Richard. Su tono de voz es suave y conciliador. Se acerca por detrás y me pone las manos sobre los hombros—. ¿Estás bien?

—No. No estoy bien. ¿Cómo voy a estarlo? Es maleducada e informal. Y siempre te pones de su parte.

—No me pongo siempre de su parte.

Me zafo.

—Sí lo haces, Richard. No intentes manipularme.

—No estoy tratando de manipularte. Por favor, habla conmigo.

—Vámonos de aquí, no quiero despertar a Evie. —Bajo las escaleras y solo entonces dudo. Estoy a punto de preguntar «¿Chloe sigue ahí?» porque ahora mismo no quiero verla. De repente recuerdo que, con toda la tensión de hoy, he olvidado poner una secadora esta mañana. Voy directa al cuarto de la colada, saco la ropa mojada y la pongo en una cesta.

Richard chasquea la lengua detrás de mí.

—Jo, por favor. No quiero discutir.

—Entonces confía en mí cuando te digo algo. No te pongas automáticamente de su parte. Se está volviendo algo ridículo.

—Lo siento. De verdad que sí. No estoy acostumbrado a teneros a las dos en la misma casa. Solo quiero que todos nos llevemos bien.

Me quita la cesta de las manos y la deja en el suelo, me acerca a él y yo claudico, dejándome caer en sus brazos.

—Yo quiero lo mismo —digo.

—Lo sé. —Me aparto de él, estudio su expresión y decido que parece suficientemente arrepentido—. Deja que termine con esto y me pondré con la cena.

El asiente y desaparece en su despacho. Doblo la ropa limpia y la subo a nuestra habitación, dejando la de Chloe en la cesta. Que la suba ella. Cuando paso por el despacho de Richard, lo oigo hablar por teléfono. Me paro y escucho, solo por si se trata de... No lo sé. ¿Simon? ¿No irá a despedirlo?

—Ah, ¿eso hizo? No, no me lo mencionó. Gracias, Solomon. Estoy seguro de que no es nada. Solo está curioseando.

Solomon es el abogado de la familia. Me quedo escuchando porque es una conversación extraña y me muero por saber *quién* está curioseando. Estoy bastante segura de que no se trata de mí. Hace meses que no hablo con Solomon.

—¿Cuándo te llamó exactamente? Sí. Por favor. Gracias.

Se hace el silencio. Debe de haber colgado. Oigo cómo empuja la silla hacia atrás y me alejo rápidamente. Imagino que a Richard no le haría ninguna gracia encontrarme escuchando tras la puerta, y no puedo culparle por ello.

Me llevo la ropa limpia a la habitación y la guardo, pero no dejo de darle vueltas a aquella extraña conversación. «Solo está curioseando. Estoy seguro de que no es nada». ¿Estarían hablando de Chloe? Debería preguntarle. Le diré que pasaba por ahí y lo escuché, que es justo lo que ocurrió. Me saltaré la parte donde me detuve para poner la oreja.

Media hora después, vuelvo a echar un vistazo a Evie, pero cuando llego a la cuna, ya no está. Mi pulso se dispara cuando me precipito hacia el descansillo y me asomo por la barandilla. Lo único que me viene a la mente es «se la ha llevado».

—¿Richard? —chillo.

Bajo corriendo las escaleras y lo encuentro en la cocina, con Evie apoyada en el pliegue del codo, mirándolo sin parpadear mientras bebe felizmente del biberón que le ha preparado.

—Ay, Dios. ¡Me he llevado un buen susto! —Río con alivio.

—¿En serio? ¿Por qué?

Me llevo la mano al pecho.

—He ido a buscarla y no estaba.

—Te he llamado. No me habrás escuchado.

Un sonido detrás de mí me paraliza. Cuando me doy la vuelta, Chloe está apoyada contra la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho. No la he visto al entrar, pero mira fijamente a Evie con una expresión que me hiela la sangre.

Es una mirada de puro odio.

—No creo que Chloe deba ser la niñera. —Llevo toda la cena mordiéndome la lengua y ahora Richard y yo estamos arriba, en nuestro dormitorio. Estoy ahuecando las almohadas. A puñetazo limpio—. Lo siento, pero es mi decisión. Y, de todas formas, no creo que quiera hacerlo.

—Claro que quiere.

—Puede quedarse todo el tiempo que quiera —digo, sin desearlo realmente—. Pero no quiero que sea la niñera de Evie.

*No la quiero cerca de Evie.*

Richard alza los ojos al techo, en plan «ya estamos otra vez».

—¿Esto es por el malentendido de hoy?

—No ha habido ningún malentendido, ¿vale? No confío en ella, eso es todo.

—¡Por Dios, Jo! ¿Qué mosca te ha picado? ¡Chloe adora a Evie! ¡Por eso ha venido, por su hermana pequeña!

Por algún motivo, esas palabras me arrancan un escalofrío.

—Lo siento, Richard, pero ya me he decidido.

—Solo te estoy pidiendo que le des una oportunidad. Sé que piensas que ha sido arisca contigo, pero es solo una niña.

—No es una niña.

—Joanne, escucha. —Me coge de las manos—. Es una niña adorable que está contenta de estar aquí y que lo está haciendo genial. Solo necesitas conocerla un poco más y lo verás. Es un encanto. Es una chiquilla maravillosa.

—No es una chiquilla. Solo se comporta como una para que te creas todo lo que te cuenta. Te está manipulando.

—¡Cómo te atreves!

Es un cambio tan repentino en él que me hace detenerme en seco. Mueve la mandíbula hacia atrás y hacia delante. Me ha agarrado tan fuerte de las manos que se le han puesto blancos los nudillos.

—¡Me haces daño!

Después de mirarme fijamente durante uno o dos segundos, me suelta y me arranca su almohada de las manos.

—Eres tú la que está siendo ridícula. Y la que está celosa. Esperaba más de ti.

—¿A dónde vas?

—Voy a dormir a la otra habitación.

—¡No te marches! —le suplico justo cuando abre la puerta. Y, ni a un metro de distancia, está Chloe con una cara inexpresiva que me pone los pelos de punta. Apuesto a que nos ha estado escuchando desde el principio.

Tumbada en la oscuridad, recuerdo algo que ha dicho Richard, algo que me ha chirriado un poco.

«Lo está haciendo genial».

¿A qué se referirá?

## Capítulo Dieciséis

---

Evie ha dormido como un lirón. Solo se ha despertado un par de veces cuando tocaba darle de comer. Tuve que ir a su dormitorio para preparar el biberón, y al entrar en el baño a lavarme las manos, pisé un pedazo de cristal. Había limpiado el suelo a conciencia, pero debí de pasar por alto aquel trozo.

Lo recojo y lo levanto para examinarlo a contraluz. ¿Qué estaba haciendo Chloe esa noche con la medicina de Evie? ¿Sería todo tan inocente como dijo?

Pero... ¿Y si no lo era?

Todavía es temprano. Preparo el desayuno para Richard. No hay ni rastro de Chloe, como es habitual. Nunca se levanta temprano. No me puedo quejar, así me concentro más en Richard.

—No puedo creer que dijeras esas cosas sobre Chloe anoche — dice. Tiene las ojeras muy marcadas y aparenta diez años más.

—Lo siento, Richard. Como dije, puede quedarse tanto como quiera, pero no quiero que cuide a Evie.

—Y yo he dicho que puede quedarse para ser la niñera de Evie, así que eso es lo que va a ocurrir. ¿Me he expresado bien?

—¿Por qué te pones así? ¿Por qué no confías en mi criterio?

—Creo que ya sabes por qué. —Deja su plato cerca del fregadero.

—¿Qué significa eso?

—Creo que deberías ir a ver a la doctora Fletcher. Cuanto antes, mejor. Estás sacando las cosas de quicio y olvidas otras. Creo que estás...

—¿Que estoy qué? ¡Dilo!

—Estás siendo desconfiada de forma obsesiva.

—Quieres decir que estoy paranoica. Como mi madre.

—Lo has dicho tú, no yo.

Richard se marcha al trabajo sin darme un beso de despedida.

Me voy a volver loca, si no lo estoy ya. Parece que soy la única que ve la verdad y él no me cree. ¿Y si es algo aún más preocupante? Richard cree que estoy siendo paranoica, pero ¿y si se equivoca?

¿Y si Chloe tiene algún tipo de intención perversa?

Me estremezco. Necesito saberlo. No puedo seguir dudando de mí misma. Al final, decido que tengo que hablar con alguien.

Llamo a Robyn.

Conozco a Robyn de toda la vida. Bueno, desde la secundaria. Nos hicimos mejores amigas desde el primer día. Solía pasar más tiempo en su casa que en la mía. La mía era una casa triste y solitaria, abandonada. Puede que mi madre se recuperase del trauma posparto, pero siempre ha estado un poco perdida, con la cabeza en las nubes. Los quehaceres domésticos no eran una prioridad en mi casa. Tampoco los deberes, la comida saludable ni salir a hacer deporte. Pero todas esas cosas sí eran esenciales en casa de Robyn, y me encantaba ir después de la escuela, con la certeza de que su madre estaría haciendo magdalenas de limón, un bizcocho *red velvet* o algo igual de increíble. Los sábados por la mañana, su padre nos llevaba a montar en bici por el pueblo o a jugar a la pelota en el parque. Más adelante, ella se marchó a la universidad para estudiar Derecho y yo conseguí trabajo como cuidadora a domicilio mientras trataba de averiguar qué hacer con mi vida. Pero nunca dejamos de

ser mejores amigas. Ahora Robyn es abogada en un gran despacho de La City y madre de gemelos.

—Tengo una pregunta para ti —digo después de intercambiar saludos.

—Dispara.

—Si quisieras analizar el contenido de una botella, por ejemplo, de un frasco de jarabe, ¿cómo lo harías?

Se toma un momento para responder.

—¿Si quisiera analizar algo en concreto?

—Para asegurarte de que el contenido se corresponde con lo que dice en la etiqueta. ¿Hay algún sitio donde puedas hacerlo?

—Sí que los hay. Tuvimos un caso así una vez. Un fabricante de suplementos alimenticios acusó a la competencia de mentir sobre el contenido de sus productos. Nuestro cliente aseguraba que era imposible que lo vendiesen tan barato, a no ser que estuviesen mintiendo.

—Suenas justo como lo que estoy buscando. ¿Pueden hacer pruebas si solo hay trazas del producto en unos pedazos de cristal roto?

—No lo sé, supongo que sí. Te mandaré la información de la empresa que contratamos. —Y, después de una pausa, añade—: ¿Puedo preguntar por qué?

—Mmm, simple curiosidad —respondo, sin convicción.

—¿Estás bien, Jo?

—¡Sí! Estoy muy bien, gracias. Es solo que estoy muy ocupada. Ya sabes cómo es. —No lo sabe, ahora que lo pienso. Robyn hace malabarismos con dos niños menores de cinco años y una exitosa carrera de abogada corporativa a tiempo completo, y lo hace sin despeinarse. Yo solo tengo que preocuparme por Evie.

—De acuerdo —dice despacio—. Te mandaré un par de enlaces. Pero tenme al corriente. ¿Seguro que estás bien?

—Absolutamente. —Vale, se lo podría decir, ya que es mi mejor amiga, pero creo que es más inteligente averiguar si mi hijastra es una psicópata antes de empezar a airearlo a los cuatro vientos.

—«Sí» es reconfortante —dice—. «Absolutamente», no tanto.

Me echo a reír. Es una frase de una de nuestras películas favoritas, *El paciente inglés*. Habremos visto esa película un millón de veces, llorando a lágrima viva y atiborrándonos a palomitas de caramelo.

—Sí —digo entonces—. Sí, estoy bien.

Fiel a su palabra, Robyn me envía por mensaje el enlace a una empresa que analiza materias primas para la industria farmacéutica. Los llamo desde el dormitorio de la niña y les explico qué es lo que busco. Quiero saber si ese frasco de verdad contenía Calpol en suspensión pediátrica y nada más. Sin problema, me dicen. Al parecer, se pueden analizar cantidades mínimas de líquido. Decido pagar más por un análisis urgente. Un mensajero vendrá hoy a recoger la muestra.

Cuando limpié el suelo del baño la otra noche, puse los pedazos rotos en la basura para vaciarla más tarde. Subo las escaleras para ver cómo está Evie, que está despierta pero contenta, y me encierro en el baño del dormitorio. Uso unas pinzas para recoger con cuidado los trozos de cristal y los guardo en una bolsa de plástico con cierre. Una vez he recogido todos los que consigo encontrar, envuelvo la bolsa en servilletas blancas de papel. Entonces bajo, lo meto todo en una caja pequeña de cartón y añado algo de papel de periódico arrugado para que quede bien protegido. Ya está. Hecho. Lo escondo bajo el fregadero. Es un sitio donde puedo estar segura de que Chloe no fisgoneará.

El mensajero no llegará hasta por la tarde, y necesito otra cosa más. Cámaras de vídeo. Si Chloe trama algo, la manera más fácil de averiguarlo es espiándola. Mejor voy a comprarlas ahora mismo. Hay un Argos en el centro comercial de Staines. Ahí tendrán lo que necesito.

Coloco a Evie en la sillita del coche. Me he puesto el abrigo y estoy a punto de cerrar la puerta delantera cuando aparece de repente.

—¿Vas a salir?

Doy un salto.

—¡Chloe! Me has asustado. ¿Cuándo te has levantado?

—No hace mucho. ¿Vas a salir?

—Sí.

—¿A dónde?

—Voy a dar una vuelta en coche. —Me mira con el ceño fruncido.

Las dos sabemos que es poco creíble, así que añado—: Voy a hacer la compra. Hay comida de sobra en el frigorífico para la hora de comer. Te las apañarás sola, ¿no?

—Claro —dice, mordiéndose una uña—. ¿Te llevas a Evie?

—Sí. Claro.

—¿Quieres que os acompañe?

—Te aburrirías, Chloe. Además, tengo que ir al ayuntamiento. He pedido cita.

—¿Para qué?

Vacilo, pero solo un segundo.

—Tiene que ver con la casa. Quiero añadir unas puertas vidrieras que den al patio. —Lo cual es verdad, estaba pensando en hacerlo. Aunque no tan pronto—. Puede que tarde un rato.

—¿Y por qué no dejas a Evie aquí conmigo? Así estarás más libre. Puedo cuidarla mientras te diviertes yendo de compras, en el ayuntamiento o donde sea.

—Quizás la próxima vez —digo con una sonrisa forzada.

Chloe da media vuelta y se marcha escaleras arriba de mala gana, sin decir ni una palabra más.

## Capítulo Diecisiete

Encuentro justo lo que busco: unas cámaras pequeñas, discretas e inalámbricas que funcionan con pilas. Son cuadradas, blancas y fáciles de configurar y esconder. Me llevo las cinco que hay en la tienda.

De camino a casa, paro en el pueblo para comprar la cena de esta noche. Quiero hacer algo especial para Richard, para compensarle por lo de ayer. Sé que le encanta mi quiche de boniato, queso feta y cebolla caramelizada, así que me decido por eso.

Aparco el coche al otro lado de la carretera que da al supermercado y solo cuando salgo veo a Chloe. Está apoyada contra una pared de ladrillos junto a la carnicería, fumando un cigarrillo. A su lado está Roxanne, con el hombro contra la farola. Se vuelven hacia mí a la vez y levanto la mano en un saludo tímido, pero ninguna de las dos me responde. Es como si no me vieran. Chloe tira el cigarrillo al suelo y lo aplasta con la punta de la bota, antes de marcharse con Roxanne en dirección opuesta. ¿Qué diantres ha sido eso? ¿No me ha visto? Pero ¿cómo no me iba a ver? Me ha mirado directamente y conoce el coche. Quizás le preocupaba que le pidiera ayuda con la compra.

Pongo a Evie en el carrito y voy a por mis cosas. Ya de vuelta en casa, reparo en que mi bicicleta no está donde la dejé, lo que explica cómo ha conseguido llegar Chloe al pueblo.

Me llevo a Evie al piso de arriba para su siesta. Está siendo un cielo, va tan contenta que me regala montones de sonrisas. No ha estado así de feliz desde hace días. Quizás debería salir más con ella. Puede que le pida a Richard que la deje dormir en nuestra habitación. Refunfuñará, pero acabará aceptando, sé que lo hará. Ni siquiera pondrá mucha resistencia.

Cuando paso por delante de la puerta de Chloe, dudo un segundo. Por una vez estoy sola, y de repente me muero por echar un vistazo rápido. Por supuesto, si vuelve y me encuentra en su habitación, se lo dirá a Richard y este no me dejará olvidarlo. Podría darme prisa. O, incluso mejor: una pila de ropa limpia de Chloe sigue en el cuarto de la colada, ya que le he pedido que la lleve a su habitación y no lo ha hecho. Corro al lavadero, la doblo a la perfección y la llevo a su cuarto. Ya que me trata como si fuera una criada, no sospechará nada. Le diré que está incluido en el servicio.

Me detengo delante de la puerta cerrada y llamo dos veces, por si ha vuelto sin que la viese en el camino a casa, pero no hay respuesta. Empujo la puerta con suavidad y me quedo boquiabierta. No puedo creer lo que veo. La habitación es un absoluto desastre. La cama no solo está deshecha, sino completamente arrugada; como si hubiera cogido las sábanas, hubiese hecho una pelota con ellas y las hubiese tirado desde una gran altura. Sus maletas todavía están en el suelo, y hay ropa tirada por todos lados. Hay una cantidad ingente de maquillaje sobre su cómoda. El ramillete de campanillas de invierno que le dejé está más que muerto. Entro con cautela, pongo la ropa limpia en el único rincón de la cama que no está hecho un desastre y miro a mi alrededor. Mis ojos aterrizan en la maleta abierta en el suelo. Busco con cuidado en su interior, aunque es imposible que note si algo está fuera de lugar, ya que todo está desordenado hasta decir basta.

Mis dedos rozan algo. Lo cojo. Es una foto de un bebé sonriente tumbado boca abajo, con la cabeza orientada hacia la cámara. Está

arrugada y desgastada por los bordes. Parece vieja, aunque es imposible saber cuánto.

—¿Qué coño haces en mi habitación?

Sigo agachada e intento devolver la foto a su sitio con torpeza, pero su mano baja rápidamente de algún sitio por encima de mí y cuando me doy cuenta, me la ha arrancado de las manos.

—¿Cómo te atreves a tocar mis cosas?

—Lo siento —digo levantándome y sacudiéndome las rodillas—. He entrado a dejar tu ropa limpia. Ahí está —señalo la esquina de la cama.

Levanta el mentón.

—¿Y qué haces rebuscando entre mis cosas?

—He visto que sobresalía esa foto de la maleta. Solo tenía curiosidad.

—Querrás decir ganas de cotillear.

Intento sonreír.

—Vale, me has pillado. ¿Quién es?

Cruza los brazos sobre el pecho.

—Soy yo.

—¡Ah! Vale. ¿Siempre llevas una foto tuya de bebé?

Vacila durante un segundo.

—Quería ver si Evie se parece a mí de pequeña.

Inclino la cabeza.

—¿De verdad?

—¿Y qué pasa?

—Nada. ¿Puedo echarle otro vistazo?

—No, no puedes. ¿Le has dicho a mi padre que quieres que me vaya?

—¿Qué? ¡No!

—Lo has hecho, ¿a que sí?

—No tienes que irte a ningún lado. Puedes quedarte el tiempo que quieras.

—Eso no es lo que he preguntado. Ya sé que puedo quedarme el tiempo que quiera. Mi padre es el que ha comprado esta casa, por si no lo recuerdas. ¿Le has dicho que quieres que me marche, o no?

Tomo aire.

—No, no lo he hecho. Pero...

—¿Pero qué?

—Pero creo que es mejor que busquemos a otra persona para que cuide de Evie. Y sí que he hablado de eso con tu padre.

—¿Por qué?

—Bueno, porque desapareciste cuando te necesitaba.

—Pero eso fue error tuyo.

—Vamos, Chloe, estamos solas. Las dos sabemos que no fue un error.

Me mira con los ojos entrecerrados y se da unos golpecitos en la barbilla con el dedo índice.

—¡Oye, se me ha ocurrido algo! —Me señala con el dedo—. Puede que la que tenga que irse seas tú. Y de paso, te llevas a tu hija contigo.

Estoy tan anonadada por su descaró que me quedo sin habla un segundo.

—¿Disculpa?

—Que quizás eres tú la que tiene que irse. —Enarca una ceja—. O puedes quedarte, pero ¿sabes qué?, me gusta este sitio. Pienso quedarme para siempre. Es mi casa. —Echa un vistazo a su foto de pequeña—. Nunca te librarás de mí. ¿Eso es lo que quieres?

—Bueno...

—Exacto. Piénsatelo, es todo lo que te pido.

—¿Que me piense el qué?

—Lo de marcharte.

Resoplo, incrédula.

—Vivo aquí, Chloe. No me voy a ir a ninguna parte. —Me aparto unos mechones de la cara con una mano, recojo la cesta de la ropa vacía y empiezo a caminar hacia la puerta.

—Dile a papá que has cambiado de opinión y que quieres que cuide de Evie, ¿vale?

—Eso es algo entre tu padre y yo.

—Espera. —Coge el teléfono y desliza el dedo rápidamente por la pantalla. Cuando encuentra lo que quiere, me pone el teléfono en la cara. Me echo hacia atrás, entornando los ojos.

—¿Qué es eso?

—¿A ti qué te parece?

Se me encoge el estómago. Es una foto mía, hecha fuera de casa. Tengo puestas las gafas de sol y el cabello agitado por el viento. Y le estoy besando la mejilla a Simon mientras él sonríe a la cámara.

—¿Qué demonios es esto? —Nunca he besado a Simon en la mejilla. Ni en ninguna otra parte, para el caso. No tengo ni idea de dónde ha salido esa foto. Entonces me viene a la cabeza. La parte donde salgo yo es de unas vacaciones que Richard y yo pasamos en Bretaña, antes de que naciera Evie. Pero Simon no estaba con nosotros. En la foto real, la que no incluye a Simon, le estoy besando la mejilla a Richard—. No entiendo nada.

Se guarda el móvil.

—Solo es un poco de Photoshop. He pillado la foto tuya del móvil de papá. He borrado la original, por cierto, así que no hay manera de comparar las dos. La foto de Simon es de ayer. Lo que se me ha ocurrido es que le digas a papá que has cambiado de opinión y así yo me quedo y cuido de Evie. ¿Qué te parece?

Me quedo mirándola. ¿Está de guasa? ¿Es una broma pesada?

—¿No querías que Evie se fuera?

—Tú y Evie, sí. Pero, si no os vais, entonces seré su niñera.

—Pero ¿por qué? —chillo—. ¿Quieres hacerle daño? ¿Es eso?

—¡No! Dios, Joanne. No te pongas tan dramática. Solo quiero pasar tiempo con mi hermana, eso es todo. No voy a hacerle daño a Evie. Adoro a Evie.

—¿La adoras?

—Sí.

—¿Vas a enseñarle a Richard esa foto?

—Solo si no me dejas cuidar de Evie.

—Es una locura. ¡Nunca te creerá!

—¿Estás segura? —Me mira con la cabeza inclinada—. Podría contarte alguna que otra cosa, ¿sabes? Puede que solo tuviera once años cuando murió mi madre, pero todavía recuerdo las peleas por celos que tenían. Y a juzgar por tu expresión, sabes justo de lo que hablo. Así que te lo preguntaré otra vez: ¿estás segura de que no se lo tragará?

El corazón me golpea con fuerza en el pecho, como una bola de fuego y de rabia. No puedo dejar que se salga con la suya. Pero tiene razón con lo de Richard. Tiene un punto celoso, y viendo cómo están las cosas entre nosotros...

Me muerdo el nudillo del pulgar. Ojalá pudiese echar otro vistazo a la foto, ver si hay algún fallo evidente, como las pifias de Photoshop que se ven en Instagram de *influencers* que han intentado reducirse la cintura y acaban con el mar a sus espaldas convertido en un tsunami.

El caso es que, aunque no se lo crea, le quedará la duda. Y por supuesto despedirá a Simon, por si acaso. A Simon, que cuida de su padre y necesita el trabajo.

—Genial —dice ella—. Veo que tenemos un trato.

—Es... perverso.

—Tampoco hay que pasarse. Estamos negociando, eso es todo.

Apenas puedo sostenerme en pie. Mis piernas son dos columnas de gelatina. Tengo que pensar. Tengo que encontrar una solución a este desastre. Me vuelvo para marcharme.

—Espera un segundo.

Dios, ¿y ahora qué? Me giro. Está recogiendo montones de ropa sucia del suelo para echarlos en la cesta.

—Así no habrás hecho el viaje en balde —dice. Se sienta frente al tocador y empieza a cepillarse el pelo—. Por cierto, te vi en el supermercado antes. ¿Qué hay de cena?

Todavía estoy digiriéndolo todo. La miro en el espejo. Tiene una ceja enarcada, como si fuera una pregunta completamente normal.

—Mmm... —Me froto la frente con los dedos—. Voy a hacer quiche.

—¿Quiche?

—La favorita de tu padre, con queso feta y boniato.

—Guay.

Cuando llego a la puerta, repite:

—No se lo digas a papá.

—¿Qué no le diga el qué? —pregunto con la mano en el pomo. Hay tantas cosas que no debo decirle que ya he perdido la cuenta.

—Lo de mi foto de pequeña.

—¿Y por qué le iba a importar?

Me mira con los ojos entrecerrados.

—No le gusta hablar del pasado, ¿vale?

—Pero es solo una foto.

—¡Madre mía, Joanne! ¿Es que no te enteras? Todavía echa de menos nuestra familia y a mi madre, ¿no lo pillas? ¡Sigue enamorado de ella!

## Capítulo Dieciocho

Me da vueltas la cabeza mientras intento asimilar todas las cosas espantosas que ha dicho Chloe. Incluida la parte de que Richard sigue enamorado de Diane. ¿Será cierto? Nunca me ha dado esa impresión. Y no puedo evitar pensar en la foto mía y de Simon. ¿Por qué haría algo así? Está loca, por eso. ¿Me creería Richard? Intento imaginar su reacción si le enseñara la foto y la verdad es que no sé qué le pasaría por la cabeza. ¿Y de dónde viene esa obsesión por ser la niñera de Evie? Le dijimos que podía quedarse el tiempo que quisiera, aunque ahora la idea me da escalofríos. Es increíble que quiera que me vaya *yo*. A ver, tiene su lógica. ¿Podría aguantar toda la vida con ella cerca? Solo si comprásemos una casa más grande. Con edificios anexos y hectáreas entre nosotras, donde podamos existir sin tener que vernos las caras.

Oigo un coche aproximándose. Me había olvidado por completo del mensajero. De repente desearía haberle pedido que me esperase en la verja, pero ya es demasiado tarde.

Voy corriendo a la puerta antes de que pueda llamar al timbre. Le doy el paquete al conductor y él se toma su tiempo en

entregarme un albarán para que lo firme. Cuando me da el bolígrafo, veo a Simon amontonando las hojas caídas cerca de los setos.

—¡Hola! —grita alegremente. Y aunque no tiene nada que ver con la foto y dicha foto ni siquiera es real, siento una oleada de vergüenza. Levanto la mano y lo saludo con timidez. Por fin, el conductor vuelve a la furgoneta y se marcha.

Cierro rápidamente la puerta a sus espaldas.

Paso el resto de la tarde en el dormitorio, prácticamente pegada a Evie. Oigo a Chloe bajar las escaleras y después, el golpeteo de los armarios al abrirse y cerrarse. Creo que está en la cocina y no puedo parar de preguntarme qué estará haciendo. ¿Estará preparándose algo de picar? Sé que ha comido; puedo intuirlo por cómo ha devuelto el jamón al frigorífico sin taparlo bien y, por si no fuera suficiente, también porque ha dejado el plato y el vaso sucios en la mesa de la cocina.

A las cinco en punto, bajo las escaleras para empezar a preparar la quiche. Lo primero que noto es una pizca de chocolate en polvo esparcido por la mesa. Lo limpio y abro el frigorífico para coger los huevos, pero no están. Rebusco y aparto algunas cosas por si han acabado al fondo.

No hay ni rastro de los huevos.

—Evie se ha despertado.

Me doy la vuelta bruscamente. Chloe coge un vaso del armario de arriba.

—¿Me has oído? —pregunta. Abre el grifo.

Se me hace un nudo en el estómago. Echo un vistazo al monitor: es cierto que Evie está despierta.

—¿Está llorando? —pregunto.

—No. Solo está despierta.

—Vale. —Creo que lo mejor será actuar con normalidad hasta que averigüe qué hacer con esa estúpida foto. Me limpio las manos con un paño—. Por cierto, esta tarde compré huevos. ¿Sabes dónde están?

Da dos o tres tragos de agua antes de limpiarse la boca con el dorso de la mano.

—Tenía hambre y me he hecho una tortilla.

—¿Cuándo?

—Hace una hora.

—Estarás de broma.

—No, ¿por qué?

—¿Has usado los seis huevos?

Se apoya en el fregadero.

—Como he dicho, tenía hambre.

Cierro los ojos por un segundo.

—Ojalá me hubieses preguntado. Te habría hecho otra cosa.

—Me dijiste que podía coger lo que quisiera cuando quisiera.

—Lo sé, pero... Necesitaba los huevos para hacer la quiche que íbamos a cenar esta noche. —Abro la puerta del congelador con ímpetu y después uno de los cajones, buscando ruidosamente algo que podamos comer.

—Bueno, pues lo siento. Todavía no soy adivina. Culpa mía.

Estoy a punto de soltarle algo mordaz, pero me interrumpe la voz de Richard desde el pasillo.

—¡Hola! ¿Cómo están mis chicas hoy?

—Olvídalo —digo.

Richard parece más estresado de lo normal, o quizás solo sea el ambiente de la casa. Sirvo un guiso de pollo recalentado para cenar. Richard se preguntará qué hago todo el día si ni siquiera soy capaz de poner una comida casera decente en la mesa.

—¿Y qué habéis hecho hoy? —pregunta.

—No mucho, he ido de compras.

—Yo he ido a dar una vuelta en bici —dice Chloe.

—Qué bien —dice él—. ¿Al pueblo?

—Sip. Joanne no estaba en casa y me sentía sola aquí.

Richard me mira con las cejas alzadas.

—Tenía recados que hacer.

—¿Recados?

—Sí, recados. Compras y eso.

—Joanne ha ido al ayuntamiento por algo de la casa —dice Chloe.

—Ah, ¿y eso?

Me llevo la mano al cabello.

—No es nada, lo típico que hay que rellenar para enviar los planos de la reforma.

—¡Qué interesante! No sabía que ibas a hacerlo. —Se vuelve a apoyar en el respaldo, con aspecto satisfecho—. ¿Qué parte estás mirando?

—Sí —se suma Chloe—. ¿Qué parte?

—La ampliación de la cocina, con la apertura al patio de la pared norte.

—Pero ¿por qué no me lo has contado? —pregunta Richard. Parece entre sorprendido y maravillado.

Chloe echa un brazo por el respaldo de la silla y exhibe una sonrisilla.

—Eso, Joanne, ¿por qué no nos has contado que habías pedido cita en el ayuntamiento?

Lo sabe. Siento que me arden las mejillas. Seguramente estoy como un tomate. Richard la mira con el ceño fruncido y su sonrisita se transforma en una adorable sonrisa.

—¿Y te llevaste a Evie contigo? —pregunta Richard.

—Sí.

—Creo que es genial. Es bueno que salgas con Evie. Espero que no haya estado muy revoltosa en el ayuntamiento.

Tiene razón. Nunca salgo con Evie a no ser que no sea absolutamente necesario. La experiencia de cargar y descargar el cochecito y el resto de la parafernalia asociada al bebé me resulta angustiosa. Que la haya llevado por mi propia voluntad a una aburrida reunión en el ayuntamiento no tiene ni pies ni cabeza.

—Me ofrecí a cuidar de Evie para que Joanne pudiese ir sola —dice Chloe.

—Es muy amable de tu parte, tesoro —dice Richard. Como si ofrecerse fuese un favor en vez de su trabajo. Un trabajo por el que le pagamos. El trabajo que insistió en conseguir y que Richard

insistió en ofrecerle. Un trabajo con el que ahora me está chantajeando.

—Me sorprende que no aceptases la ayuda de Chloe si se ofreció, Jo.

Me voy a volver loca de verdad.

—Tenía ganas de ir con Evie.

Richard asiente. Visto que todos hemos terminado de comer, recojo los platos y los amontoño, aliviada por la distracción. Entonces, noto que Richard le hace a Chloe un pequeño asentimiento y ella echa la silla hacia atrás.

—Voy a por algo. Ahora vuelvo.

Desaparece en la despensa. Digo despensa, aunque es más bien una segunda cocina, ya que dentro cabe una mesa y un congelador de arcón. Eso, además de las estanterías de pared a pared.

Richard sonríe para sí mismo, mirando hacia donde estaba Chloe hace solo un momento.

—Se ha comido todos los huevos —digo.

—¿Cómo?

—Quería hacerte la quiche que te gusta tanto. Fui al pueblo y lo compré todo. Y cuando bajé para preparar la cena, habían desaparecido. Se ha comido los seis, simplemente porque tenía hambre.

—¿Estás bien?

—¡Sí! Bueno, no del todo. Es que me hubiese gustado que preguntase antes, ¿sabes? —Niego con la cabeza.

—¡Sorpresa! —dice Chloe.

Me vuelvo.

—¿Qué es esto?

—¡Una tarta! —dice ella. Y así es: una tarta de chocolate—. Para esto quería los huevos, Joanne. Lo siento, no sabía que los necesitabas. O sea, pensé que tendrías algunos de sobra. No iba con mala intención, lo juro.

—¿Has hecho una tarta?

—Así es, Joanne —dice Richard—. Chloe ha hecho una tarta. Para ti.

¿Y por qué diantres me haría una tarta? Los dos me miran con expectación.

—Deberías habérmelo dicho. Así habría comprado suficientes huevos para la quiche y la tarta.

—¡No sabía que los necesitabas! —insiste.

—¡Pero si te dije que iba a hacer quiche!

—No, qué va.

—¿Perdona?

—Lo que digo es que no sabía que necesitabas los huevos. Dijiste algo de... ¿qué era? ¿Una quiche? ¿Eso es francés? No sé ni qué es. ¿Tú sabes lo que es, papi?

—Sí —responde Richard con seriedad, como si fuese una pregunta completamente normal.

—¿Sabías que necesitaba cien huevos para hacerla?

—No son cien, Chloe, pero sí que lo sabía.

—Ah. Bueno, pues yo no. Nunca he hecho una, así que no lo sabía, perdona. Lo siento mucho, ¿de acuerdo? Lo siento muchísimo.

—Deja caer la tarta sobre la mesa, haciendo pucheros y con los ojos anegados de lágrimas.

—Pero dije...

—¡Por Dios! —ladra Richard—. ¡Ya está bien de hablar de la bendita quiche! ¿Qué te pasa?

—Lo siento, pero...

—Es imposible acertar contigo, ¿no? —llora Chloe—. Solo quería tener un detalle, pero da igual porque no te caigo bien y no quieres que esté aquí. Puede que lo mejor sea que me vaya. Quizás es lo que quieres en realidad. Quizás eso te haga feliz

Richard se levanta de improviso.

—Tesoro, ven aquí. —La rodea con los brazos y ella llora contra su pecho mientras él le da palmaditas en la espalda y trata de consolarla.

—Voy a subir un momento, papi —dice entre sollozos—. Para lavarme la cara, ¿de acuerdo?

Él le sujeta el rostro entre las manos.

—Lo siento, cariño. Sube, yo iré a verte en un momento. —Saca su pañuelo de tela y le limpia los ojos.

—Vale —dice con voz casi inaudible. Pero antes de marcharse, coge el plato con la tarta y la tira a la basura, para después casi lanzar el plato contra el fregadero y correr hacia la puerta ahogando un sollozo.

—Dios mío, Jo. ¿Qué demonios te ocurre?

Enarco una ceja.

—¿Ha pensado en dedicarse a las artes escénicas? Porque, en serio, esa niña se merece un BAFTA. Se lo ha ganado.

—¿Has perdido la cabeza por completo?

Suspiro.

—Te está manipulando. Sabía que había comprado los huevos para hacer una quiche. Hemos hablado de ello antes. Sabía que quería hacértela porque es tu favorita. Por eso ha usado los huevos. Quiere quedar bien y hacerme quedar mal a mí.

Él no dice nada. Cuando levanto la vista para mirarlo, tiene la boca entreabierta.

—Ya no sé qué decirte. Has perdido el juicio. En serio.

Tomo un sorbo de vino.

—Te estoy diciendo la verdad.

—¿Sabes que Chloe piensa que la odias? ¿Eres consciente de ello? Porque creo que quizás tenga razón.

—¿Le pasa algo?

—¿Qué?

—A Chloe. ¿Está..., ya sabes, mentalmente inestable?

Me mira con verdadera preocupación en la cara.

—¡Te ha hecho una tarta, por Dios! ¿Y ahora me vienes con que Chloe es la mentalmente inestable?

—No me has contestado.

Niega despacio con la cabeza.

—Chloe me llamó al despacho esta tarde. Me dijo que quería hacer una tarta para darte una sorpresa, ya que te molestaste tanto anoche. Es su forma de disculparse. Entonces me preguntó: «¿Crees que a Joanne le gustará?». Y le dije que sí, que le gustaría mucho. Es un gesto muy bonito. Todo un detalle. Pero ahora veo que siempre que Chloe intenta hacerte algo bonito, te empeñas en arruinarlo. No te cae nada bien, ¿verdad?

Es inútil, ahora lo entiendo. Y si insisto, le enseñaré la foto a Richard. ¿Y entonces? No lo sé. Quizás pida el divorcio, porque ahora está convencido de que su preciosa niñita es un ángel y yo soy la madrastra celosa. Si le enseña la foto, pensará que encima de todo, me lo he estado montando con el jardinero a sus espaldas.

Me escuecen las lágrimas en los ojos cuando tomo consciencia de que nunca voy a ganar esta discusión. Chloe quería hacerme parecer la mala, y lo ha conseguido. Me ha puesto una trampa y me he lanzado a ella de cabeza. Debería haberle dado las gracias y haberme comido la maldita tarta.

—Lo siento —murmuro.

—No me lo digas a mí, Jo. Díselo a Chloe.

Asiento con cierta dificultad.

—Lo haré. De verdad que lo siento.

Richard se levanta, va al aparador y descorcha otra botella de vino. Me levanto para quitar la mesa. Se sirve otra copa sin preguntarme si quiero una.

—Voy a ver cómo está mi hija —dice. Por un segundo, pienso que se refiere a Evie, antes de darme cuenta de que habla de su hija psicópata de veinte años.

Me aguanto un suspiro y asiento. Entonces algo se mueve cerca de la puerta. Una sombra. Ya ha desaparecido.

Estoy segura de que era Chloe. Estaba ahí plantada, escuchando cada palabra de nuestra discusión y posiblemente, disfrutando de cada segundo.

Más tarde, cuando subo las escaleras, les oigo hablar en su dormitorio y me detengo un instante delante de la puerta. El parqué cruje. Hago una mueca y aguanto la respiración.

—¡No sé qué más hacer, papi! ¡No consigo hacer nada a derechas!

—Shhh. Tesoro, todo irá bien —la calma Richard.

—¡No, claro que no! No sé qué hacer para caerle bien. ¡Todos los días me pregunta cuánto tiempo voy a quedarme! ¡Todos los días! Pero tú dijiste que puedo quedarme el tiempo que quiera y me gustaría conocer a mi hermana, ¿sabes? ¿Tengo que irme, papi? ¿Puedo quedarme y pasar tiempo con mi hermanita?

Menuda rata mentirosa. Richard responde con voz tensa y furiosa.

—¿Eso ha dicho? Bueno, no te preocupes, cariño. Tendré unas palabras con ella.

Me entran ganas de vomitar. Llevo a Evie a nuestra habitación, porque le guste o no a Richard, va a dormir con nosotros. Al final no importa porque, por segunda noche consecutiva, Richard coge la almohada sin decir palabra y se va a dormir a una de las habitaciones de invitados.

## Capítulo Diecinueve

Tengo que instalar las cámaras por la casa y tengo que hacerlo esta noche. El único problema es lo mucho que cruje esta casa. Es un escándalo. Necesito una buena excusa por si Chloe o Richard se levantan a investigar.

Y da la casualidad de que tengo una a mano.

Observo a mi niña dormir, me siento en el borde de la cama y espero. Entonces, unos minutos después de la medianoche, Evie se despierta para la toma de las doce. Le doy el biberón y al acabar, en vez de ponerla de vuelta en la cuna, me levanto con ella en brazos y la acuno suavemente, apoyándola en la cadera.

—Vamos a dar un paseo, ¿vale, cariño? —Ella se frota los ojos con los puñitos. Apuesto a que se volvería a dormir si la dejase, lo que normalmente me haría llorar de felicidad.

Pero esta vez no.

—Nos vamos de aventura. ¿Qué te parece?

Emite un pequeño gimoteo mientras me guardo el teléfono en el bolsillo de la bata. Abro la puerta del dormitorio una rendija. Solo hay silencio. Con Evie firmemente asentada en la cadera, camino con cuidado por el pasillo hasta la habitación de la niña. Tengo un

ojo puesto en la puerta mientras rebusco en el armario y saco las cámaras de donde las había escondido, detrás de las mantitas de Evie.

Ya he decidido que el mejor lugar para esconder una será en el osito de peluche. La verdad es que le he dedicado bastante tiempo a planearlo. No es lo ideal, ya que es lo que siempre hacen en las películas, así que sería el primer lugar donde miraría cualquiera, pero no se me ocurre ningún otro sitio. El osito es demasiado grande para Evie, así que está arrumbado encima del armario, acumulando polvo.

Pongo a Evie en su cuna y acto seguido acuchillo al pobre osito, le saco el relleno, introduzco la cámara y devuelvo el relleno a su sitio.

Oigo un ruido detrás de mí. O puede que lo haya imaginado. Aguanto la respiración, con los ojos fijos en la puerta. Si alguien entrase en este mismo momento, no habría manera de inventar una excusa razonable para lo que estoy haciendo.

Solo hay silencio. Dejo escapar el aire y vuelvo a mi tarea. El pobre osito está algo maltrecho cuando lo devuelvo a su estante, dirijo la cámara directamente a la cuna y compruebo que el ángulo sea el correcto desde la aplicación de mi iPhone. Entonces, pongo las otras cuatro cámaras en una enorme bolsa de algodón azul que suelo utilizar para llevar las cosas del bebé cuando vamos de compras. Las escondo bajo unos paquetes de pañales, me echo la bolsa al hombro y recojo a Evie, que acababa de quedarse dormida, para después salir por la puerta.

Siguiente parada, la sala de estar.

Hago tanto ruido al bajar las escaleras que tengo que parar a cada paso, con el corazón en la boca.

Oscar nos espera al pie de las escaleras. Sabe que no le dejamos que suba y es muy obediente en ese aspecto. Pero ahora empieza a dar botes a nuestro alrededor, amenazando con derribar un jarrón o dos con la cola en el proceso. Puede que haya sido mala idea hacer esto ahora. Evie se ríe porque Oscar no para de saltarme encima. Si nadie se ha despertado antes, ahora es cuestión de minutos.

Primera parada, la despensa. Si Chloe quiere envenenarnos, es el primer sitio donde iría. ¿Qué dificultad tiene echar un poco de

matarratas en un tarro de café? Quizás haya sido buena idea no comerme esa tarta de chocolate.

Acuesto a Evie boca abajo en una manta y me pongo de puntillas para esconder una cámara entre los paquetes de harina y quinoa. Los paquetes son más bien blancos, así que espero que la cámara no destaque mucho. Me cuesta varios intentos disimularla todo lo posible y a la vez conseguir un buen ángulo, pero lo consigo más o menos.

La siguiente parada es la sala de estar. Recojo a Evie, meto su manta en la bolsa y doy un paso atrás para admirar mi trabajo.

—¿Qué diantres está pasando aquí?

Me quedo sin respiración y me vuelvo. Richard está ahí de pie, con su pijama de rayas blancas y azules y el pelo despeinado hacia un lado.

—Yo... —Examino su cara con el corazón en un puño, intentando averiguar cuánto ha visto. Pero sus ojos no se despegan de los míos mientras espera una respuesta. No mira hacia la estantería, ni hacia la cámara que acabo de esconder—. No conseguía que se durmiese. Lo he intentado todo. Así que he bajado para no despertarte.

—Bueno, pues ya estoy despierto. Llevas toda la noche dando pisotones por la casa.

—Ah, ¿sí? Lo siento... —Evie descansa la cabeza en mi hombro. Le tiemblan los párpados; en apenas unos segundos se dormirá—. ¡Por fin! —digo poniendo los ojos en blanco de forma exagerada.

Richard suspira.

—¿Podemos irnos todos a la cama ya, por favor?

—Sí. Supongo que sí. —Estoy a punto de recoger la bolsa, pero vacilo. No he tenido cuidado al volver a colocar la manta, y se ve cómo sobresale claramente una de las cámaras. Querrá saber qué es y para qué. Se vuelve.

—¿Vienes?

—Sí, ya voy. —Empujo la bolsa con el pie y la aparto de la vista, bajo la última estantería. Ya la recogeré luego.

Le sigo por las escaleras. Casi esperaba que volviese a nuestra habitación conmigo, pero cuando llegamos al descansillo, él gira a la

izquierda y no me queda más remedio que girar a la derecha. Parece que todavía no me ha perdonado.

Acuesto de nuevo a Evie y me meto en la cama mientras reviso la aplicación de las cámaras. Lo he conseguido. He colocado dos cámaras en los sitios más importantes. Las configuro para que todas las grabaciones se guarden en la nube y, por fin, me quedo dormida.

## Capítulo Veinte

---

—Tenemos que hablar —digo.

Richard mira el reloj con un rápido movimiento de muñeca. Son las primeras palabras que le dedico desde que me envió a mi habitación anoche. Me sorprende encontrarlo levantado y vestido en la cocina. No son ni las siete de la mañana. Enciendo la cafetera y echo los granos de café en el dispensador.

—No puedo. Tengo que ir a trabajar. Te veré esta tarde.

—Pero si no has desayunado.

—Ya tomaré algo en la ciudad.

Si pensaba que ayer estaba enfadado conmigo, esto es otro nivel. Ni siquiera es capaz de mirarme.

—Tenemos que hablar de verdad, Richard. —Lo que quiero decir es que tenemos que hablar de verdad sobre Chloe, porque anoche decidí que se lo contaría todo. Le voy a contar lo de la foto manipulada; incluso traeré a Simon para que confirme que la foto es falsa. Le voy a contar que me ha pedido *a mí* que abandone esta casa con mi niña. Le diré que algo ella Chloe le pasa algo, y que creo que lo sabe, y que tiene que irse.

—¿A qué hora llegarás a casa?

—Intentaré estar para las cuatro. ¿Todo listo para la fiesta de esta noche?

Me quedo de piedra.

—¿Qué fiesta?

Ya está de espaldas a mí, camino de la puerta, con su fastuosa cartera de cuero en una mano y dándose un tirón de la corbata con la otra.

—Por favor, idime que no te has olvidado!

—¿La fiesta de cumpleaños? Es mañana —balbuceo.

—¿Mañana? —Inclina la cabeza—. ¿Es una broma? ¡Joanne! ¡Es esta noche!

Rompo a llorar.

—¿Chloe? —digo en voz baja, tocando en su puerta. Sigo temblando de lo enfadado que estaba Richard hace un momento. «Más te vale arreglarlo, por lo que más quieras», gruñó.

Abre la puerta.

—Qué.

—Tu fiesta de cumpleaños es mañana, ¿no? —No puedo evitar hacer un mohín mientras se lo pregunto.

—¿Mañana? —chilla—. ¡No! ¡Es hoy! ¿Por qué?

—¡Pero si me dijiste que era el sábado!

—Madre mía, es como si no tuvieras cerebro. Llevo diciendo que era el viernes desde que llegué. Pregúntale a mi padre.

Me muerdo el labio inferior.

—Sí, eso es lo que me ha dicho.

Quiero discutir, me matan las ganas. Sé que me dijo el sábado y que me está poniendo a prueba. Quiere dejarme en ridículo. Quiere demostrarle a su padre lo mala madrastra que soy, incapaz de molestarme siquiera en organizar una simple fiesta para una docena de personas para el veintiún cumpleaños de su hijastra. De hecho, si Richard no lo hubiese mencionado, sus invitados habrían llegado y no habría habido fiesta, solo yo con un plato de olivas en una mano y una botella de vino rosado en la otra.

Me doy cuenta de que tengo dos opciones. Defiendo mi argumento y provocho la Tercera Guerra Mundial, porque estoy completamente segura de que Richard se pondrá de su lado, o salvo la situación y me saco de la manga una fiesta de cumpleaños para trece personas (un mal augurio, sin duda alguna) en menos de doce horas.

Me quedo con la opción dos.

Chloe me mira con los ojos entornados.

—¿Eso significa que lo hemos encargado todo para el día equivocado? O sea, ¿que cuando vengan mis amigos no habrá nada para comer ni beber?

—No, no. Todo está controlado.

—Más te vale —replica, antes de cerrarme la puerta en las narices.

Me siento a mi escritorio y llamo a Chris, de Gourmet Catering. Le explico el malentendido y le pregunto si podemos hacerlo esta noche, con camareros y todo.

—Por desgracia, señora Atkinson, es imposible ofrecerle el servicio para la fiesta esta noche. Ya estamos completos.

Me muerdo el labio inferior.

—Qué pena.

—¿Va a cancelar el pedido de mañana? —pregunta—. Porque se cobra la cantidad íntegra si no se cancela antes de cuarenta y ocho horas. Lo pone en nuestra página web.

—Ya veo. No hay manera de evitarlo, supongo.

—Me temo que no, señora Atkinson.

Cuelgo y llamo a otros servicios de *catering*, cada uno más lejos que el anterior, y más caro. Por fin consigo encontrar una empresa dispuesta a organizarlo por ochocientas libras más de lo que había presupuestado. Llegados a este punto, estoy tan aliviada que casi lloro mientras la chica me detalla una propuesta de menú, que tengo que admitir que suena perfecto. Menciona los nombres de los vinos, algo del champán, unos cócteles...

—¿Qué le parece? —pregunta.

—¡Genial! —digo—. Sí, es genial. ¡Todo suena estupendo! Muchísimas gracias. ¡Me ha salvado la vida!

Ella se echa a reír.

—No se preocupe, señora Atkinson. Es algo que ocurre mucho. Nos vemos esta tarde a las cuatro.

Después llamo a la pastelería y les explico la situación.

—Lo siento, pero es imposible que tenga la tarta lista a tiempo.

—Lo entiendo —respondo, todavía eufórica por la anterior victoria. Canelo el pedido de mañana (con una penalización de solo el cincuenta por ciento, una ganga) y busco una receta de tarta Selva Negra en internet.

Paso toda la mañana comprando con Evie en el carrito y la mayor parte de la tarde haciendo la tarta con Evie en el parquecito, que he colocado en la cocina. La dejo en la sala matinal mientras extendiendo un bonito mantel en la mesa y organizo la disposición de las sillas y los sofás. Entre una cosa y otra, le he dado el biberón, le he cambiado el pañal y la he acostado.

No hay ni rastro de Chloe.

Simon me ha ayudado: le he pedido que se acerque para recoger a los amigos de Chloe de la estación. Son casi las cuatro y sigo sin tener ni idea de cuánta gente habrá, cuándo llegarán ni cómo se llaman.

—Está montando una fiesta muy bonita para Chloe —dice Simon, colocando las copas de champán en la mesa.

—Gracias. Espero que le guste —digo. Y más le vale. No he dejado nada al azar.

El personal del *catering* llega cuando faltan tres minutos para las cuatro. Lo organizan todo mientras subo a cambiarme con Evie a la cadera. No pienso despegarme de ella, ni ella de mí. Chloe sigue sin aparecer. A las cuatro y cuarto, Richard llega a casa y se reúne conmigo arriba.

—Todo está precioso, cariño —dice él—. Tú incluida. —Me deajo caer en sus brazos, tan aliviada que podría llorar. Tengo el regalo de

Chloe justo aquí: los dos coincidimos en que lo mejor sería una tarjeta regalo de Harrods de doscientas cincuenta libras, así podrá elegir lo que más le guste.

—¿Dónde está la cumpleaños? —pregunta.

—No tengo ni idea.

Richard sale en busca de Chloe mientras yo termino de prepararme. A las cinco, vuelvo a bajar las escaleras. Evie está dormida en la cuna de mi habitación.

—Espero que no haya ocurrido nada —dice Richard con aire preocupado. Le ha dejado algunos mensajes, pero no ha devuelto las llamadas.

—Ahí está. —Señalo por la ventana. Chloe empuja mi bicicleta por el camino y parece alterada. Nos encontramos en el pasillo.

—¿Qué ocurre? —pregunta Richard—. ¿A qué hora vienen tus invitados?

—¿Mis invitados? —Le tiembla el labio inferior. Tiene los ojos rojos de llorar. Me señala con un dedo tembloroso—. ¡Se ha equivocado de día! Y he tenido que llamar a todos mis amigos para decirles que no vengan. ¡Nunca en mi vida he pasado tanta vergüenza!

Me quedo boquiabierta.

—¿Qué? Pero si...

—¿De qué estás hablando? —dice Richard—. Joanne lo ha arreglado todo. ¡La fiesta está lista para comenzar en el salón!

Se quita la chaqueta con movimientos furiosos y abruptos y la tira al suelo.

—Pues eso no me lo ha dicho. Me dijo que la fiesta se cancelaba porque se había equivocado de día.

—Eso no es verdad —suelto, preparándome para la mirada de odio de Richard.

En su lugar, mira muy serio a Chloe.

—Joanne se ha pasado todo el día preparando tu fiesta.

—No lo sabía. Nadie me lo ha dicho.

—¿Me estás diciendo que no va a venir nadie? —pregunto, incrédula.

—¡No puedes ir en serio, Chloe! —salta Richard—. Joanne se ha esforzado mucho y te estás portando como una niña malcriada.

Ella le lanza una mirada de puro odio, pero se controla enseguida. Se le escapa un sollozo tan intenso que le sacude los hombros. Entonces, se tapa los ojos con un brazo y grita un «¡te odio!» ahogado antes de correr escaleras arriba, llorando a lágrima viva.

Evie empieza a llorar también.

Los dos camareros están de pie en la puerta de la sala de estar, cada uno con una bandeja con copas de champán.

—Ah, al cuerno —murmuro y me acerco para coger dos.

—Has tirado la casa por la ventana —dijo Richard entre risas. Me alegra tanto que se haya puesto de mi parte por primera vez en mucho tiempo que he pasado la mejor tarde desde que apareció Chloe.

Chloe se enfurruñó y se negó a salir de su cuarto, ignorando todos los intentos de Richard. Enviamos a los camareros a casa y cenamos *koftas* de cordero y menta con un aderezo de yogur y *arancini* italianos con beicon. Le dimos a Simon los platos de peras envueltas en jamón curado con rúcula y mermelada de granada, porque sabía que no iban a aguantar, y también los quesos y embutidos, un salmón entero y a saber qué más. Guardamos lo que pudimos en el congelador y después, me puse las botas con la tarta Selva Negra y el champán.

Aquella noche, Richard volvió al dormitorio conmigo. Ni siquiera discutió cuando le dije que quería que Evie durmiese en la cuna junto a nosotros.

—Duerme mucho mejor aquí —expliqué. Lo cual era cierto, aunque omití decir que el verdadero motivo era que tenía miedo de dejarla sola en el otro cuarto. Me acurruqué en sus brazos.

—Supongo que solo ha sido un malentendido de su parte —susurró.

Sabía que esto no duraría para siempre, pero aun así, no esperaba que cambiase de opinión tan deprisa. Me aguanté un

suspiro y lo dejé pasar. Había pasado una noche tan fantástica que podría haber sido mi propio cumpleaños, y no iba a arruinarla.

## Capítulo Veintiuno

---

—Lo hizo a propósito —le digo a Richard. Es la mañana siguiente y sigo extasiada de que por una vez, Richard se haya puesto de mi parte. Cuando nos levantamos y bajamos las escaleras, encontramos la tarjeta de regalo de Harrods donde la habíamos dejado, sobre la repisa de la chimenea. Chloe la había cortado en trocitos y la había devuelto al sobre. No sabía si reír o echarme a temblar.

—Es una puñetera consentida —murmuró Richard cuando se lo enseñé. Me sorprendió su reacción. Richard solo dice tacos en muy raras ocasiones.

Hace un día fresco y precioso, y estamos paseando por los jardines con Evie en el cochecito y Oscar junto a Richard.

Me encantan estos paseos que Richard y yo damos por el terreno. Siempre me cuesta creer que todo esto nos pertenezca. Parece abarcar tanto... Casi una hectárea de césped verde y abundante, macizos de flores hermosos, castaños, unas vistas espectaculares. Nos detenemos junto al estanque de peces y Richard rebusca en el bolsillo y les echa un poco de comida. Normalmente, los llama por sus nombres. Sí, mi marido, tan tontorrón como maravilloso, les puso nombre a los peces cuando los

compramos, y asegura que siempre acude el pez al que llama, lo que siempre me hace reír porque todos parecen iguales.

Pero hoy no los llama, aunque eso no les impide apresurarse hacia la superficie y llevarse toda la comida que haya.

—¿Qué hizo a propósito?

Apoyo mi hombro contra el suyo.

—Ya sabes, idarme la fecha incorrecta! Me dijo que era hoy. — Abro los ojos como platos—. ¿Te imaginas lo que hubiera pasado si no lo hubieras mencionado de pasada ayer por la mañana? ¡Menudo drama! Se habrían presentado una docena de personas a una fiesta para la que no tenía absolutamente nada preparado. Era lo que quería: humillarme. Me odia con toda su alma.

Entonces empiezo a preguntarme: ¿tendrá siquiera una docena de amigos? ¿O diez? ¿O *alguno*?

Me vuelvo para mirar a Richard. Le palpita una vena del cuello.

—Estás diciendo que Chloe te dijo el día incorrecto a propósito. —Su tono de voz es gélido y las palabras le salen entre los dientes apretados. Es justo lo que estoy diciendo. Pensaba que lo había dejado bastante claro.

Quién me mandaba decir nada. De todas formas, ya es demasiado tarde. Me pongo muy derecha.

—Eso me temo. Es como cuando me acusó de no pedirle ayuda con Evie mientras trabajaba. O cuando quedamos fuera del supermercado y se fue al coche, y luego insistió en que le había dicho eso. O cuando...

Se para en seco.

—¿Qué demonios te pasa? Has estado despistada, Joanne. Y no pasa nada, son cosas que pasan, pero creo que también tienes que asumir algo de responsabilidad, ¿no? Es un poco infantil y vengativo, la verdad, culpar a Chloe de tus errores. Y eso incluye el equivocarte de día con la fiesta de cumpleaños. Estoy de acuerdo en que Chloe se comportó de forma inmadura al montar ese numerito, pero no puedes seguir culpándola por *tus* errores.

—Lo que quiero decir es...

—No me importa lo que quieras decir —salta él, volviéndose. Había cogido otro palo para Oscar, pero lo tira con rabia a un lado.

Da una zancada hacia la casa, pero lo retengo poniéndole una mano en el brazo.

—¡Espera! Richard, por favor.

Se da la vuelta y me toma la cara entre las manos.

—Esto no es propio de ti. Estoy empezando a preocuparme, y mucho.

Me escuecen los ojos de las lágrimas.

—No sabes lo difícil que es. Chloe...

Pero no me deja terminar.

—¿Qué? ¿Lo difícil que es? Te doy todo lo que quieres. Y no pido nada a cambio, ¡excepto esto! —Agita un dedo frente a mi cara—. Que mi hija se sienta bienvenida y como en casa. ¡Pero no dejas de acusarla de sabotaje! Y es una crueldad.

Me mira con los ojos entrecerrados.

—Estás cansada, Joanne. Siempre. No piensas con claridad, ese es el problema. Deberías dejar que Chloe asuma más responsabilidades. Dice que ni siquiera le confías a Evie. ¿Es verdad?

Estoy atónita por que me haya hecho esa pregunta, teniendo en cuenta que llevo días diciéndolo. *No confío en que pueda cuidar de Evie.* Cierro los ojos y me apoyo en su pecho. «Dile a papá que has cambiado de opinión y que no te importa que me quede y que cuide de Evie, ¿vale? Si no...».

—No, no pasa nada. Confío en ella —digo.

Más tarde, compruebo la aplicación de las cámaras. Me he encerrado en el baño y estoy sentada en el borde de la bañera. Salto directamente al minuto donde la cámara detecta movimiento. Hay mucho, claro. Todos vivimos y nos movemos por la casa. Ya lo he revisado todo antes, así que acelero las grabaciones en las que salimos Richard y yo, muchas donde se me ve entrando al dormitorio de la niña, dos de cuando Richard ha ido a cambiarla. La adelanto y, de repente, me incorporo. Hay algo que he pasado por alto de ayer: Chloe fue al dormitorio de la niña cuando Richard y yo estábamos abajo. Siempre me llevo a Evie conmigo por la noche —al menos durante estas últimas—, pero hasta el momento de irme a la cama,

la dejo en su cuarto. Miro la hora. Fue a las 6:32 de la tarde. Richard y yo estábamos en el salón, bebiendo champán y apilando los platillos a rebosar de comida para picar. Debí apartar la vista del monitor en ese momento exacto.

Veo horrorizada cómo Chloe extiende los brazos hacia la cuna. Soy consciente de que es algo irracional, ya que desde entonces apenas me he despegado de Evie, así que sé que está bien, pero no puedo evitarlo. Mientras observo la grabación, me llevo la mano a la boca. Por un espantoso momento, creo que va a ponerle las manos en la garganta.

—Ya está, preciosa. Ya está, mi niña —murmura Chloe. La levanta de la cuna y la sostiene con cuidado contra su hombro, paseándola por la habitación mientras Evie entierra la cara en el cuello de Chloe. No está llorando, solo molesta. En esos casos, suele ser mejor dejarla y esperar.

No puedo dejar de mirar mientras Chloe la sostiene con mucho cariño y delicadeza. Es impactante, en cierto modo. Le canta una nana y me esfuerzo en escucharla.

—*Había diez en la cama y el más pequeño dijo...* —La reconozco; es la nana que le canta Richard a menudo a Evie. Se calma enseguida.

Chloe la vuelve a acostar en la cama poco a poco y la arropa con la manta hasta los hombros. Espera unos minutos, acariciando la cabeza de Evie con suavidad, y acto seguido abandona la habitación. Todo ello no dura más de cinco minutos.

No tengo ni idea de qué está ocurriendo.

## Capítulo Veintidós

Es lunes, así que hoy trabajo. Chloe incluso lo mencionó durante el desayuno, y sentí la mirada de Richard sobre mí.

—Entonces cuidaré a Evie hoy, ¿no? —preguntó. Estaba a punto de contestar cuando añadió—: No quiero equivocarme de fecha.

Me aguanté un suspiro.

—Sí, así es. Necesito que cuides a Evie durante unas horas.

No podía decir nada más, sobre todo porque he recibido los resultados del laboratorio esta mañana. El correo electrónico apareció en mi teléfono a las siete en punto, mientras Richard se duchaba. Yo estaba sentada en la cama, mirando el móvil —como llevaba haciendo toda la noche, volviendo a repasar las grabaciones. Había una parte donde Richard daba de comer a Evie en el salón, y era tan bonita que tuve que volver a verla unas veinte veces. La mira con tanto amor que hace que se me salten las lágrimas. Después, me pasé horas repasando la parte de Chloe en el dormitorio. Mentiría si dijera que no quería encontrar algo, algo que hubiese pasado por alto antes.

Algo que pudiese enseñarle a Richard y que le hiciera ver a la verdadera Chloe. Pero por mucho que lo intentase, era inútil. Se

comportaba con delicadeza, cuidado y dulzura.

Sé que no soy yo la que se está volviendo loca, pero si Chloe no me hubiese mostrado aquella foto retocada, definitivamente pensaría que necesito revisarme la cabeza. Mi abuela me contaba que mi madre comenzó sospechando de los detalles más insignificantes. Caminaba por el vecindario agarrándome con fuerza, mirando en todas direcciones como si esperase que alguien saliera de un salto de detrás de un árbol para arrancarme de sus brazos. Si no hubiese sido por aquella foto manipulada, pensaría que iba por el mismo camino.

Abro el informe con el corazón en un puño y leo una lista de ingredientes que no me dicen absolutamente nada: sorbitol, propilenglicol, metil p-hidroxibenzoato... Me entran ganas de gritarle a la pantalla: «¿cuál de ellos es el veneno?».

Entonces, al final del informe, diviso una línea: «La totalidad del contenido coincide con el producto comercializado como Calpol solución pediátrica».

Fantástico. Entonces sí que soy yo. Me estoy volviendo loca de verdad.

Tras desayunar, dejo que Chloe le cambie el pañal a Evie bajo mi atenta mirada, y tengo que admitir que hace un buen trabajo. Se desenvuelve con soltura y cuidado, y Evie no puede dejar de observarla fascinada. Chloe cierra el pañal y Evie suelta una risa de puro gozo. En cuanto acaba de comer, se vuelve a dormir enseguida (algo insólito) y yo me preparo para trabajar.

—¿Cómo estás hoy, Jo? —pregunta Shelley desde la pantalla. Ben todavía no se ha unido, ya que al parecer llega tarde, y Shelley quiere repasar un par de cosas conmigo.

—Estoy bien, gracias. ¿Y tú?

Frunce el ceño y se inclina ligeramente hacia la pantalla, como si quisiera verme más de cerca.

—¿De verdad estás bien?

—Sí —digo alegremente—. ¿Por qué lo preguntas?

Inclina la cabeza.

—Estás un poco pálida. —Lo cual es una manera cortés de decir que tengo un aspecto horrible. Intenté deshacerme de las ojeras esta mañana al maquillarme, pero creo que solo lo he empeorado.

De repente, Ben se une a la llamada y Shelley me hace un resumen de las instrucciones, que escucho solo con un oído porque Evie se ha despertado. Shelley abandona la reunión y Ben repite de nuevo más o menos lo que ha dicho ella. Acerco el teléfono con la aplicación a la vista para poder vigilar a Evie. Es entonces cuando Chloe entra en la habitación.

—¿Va todo bien, Joanne? —pregunta Ben.

Levanto la mirada súbitamente.

—¡Sí! ¿Por qué?

—No me has respondido.

—Perdona, sí. Dame un segundo. —Intento recordar la pregunta desesperadamente. Algo sobre el tasador. ¿Podré manejarlo directamente con ellos? Sí, eso era—. Quieres que hable con el tasador de la propiedad de Dennis Street. No hay problema.

—Bien.

Ben sigue hablando y finjo tomar notas para poder echar un vistazo al móvil. No puedo apartar la vista. Noto cómo Ben se empieza a molestar, pero es inevitable. Chloe ha cogido a Evie. Tengo el volumen al mínimo, pero aun así puedo escucharla canturrearle la misma canción de cuna otra vez. *Había diez en la cama y el más pequeño dijo...*

—¿Joanne?

Todavía canturreando, Chloe se vuelve mientras da palmaditas en la espalda a Evie. Por un instante, mira directamente a la cámara. Me mira a mí.

Me aparto.

—¿Sigues conmigo, Joanne?

—Sí, un segundo.

¿Sabrá Chloe que he puesto una cámara ahí? Ha sido solo un segundo. Puede que estuviese mirando al osito, eso es todo. Evie se ha calmado y ahora descansa la cabeza en el hombro de Chloe. Acuesta a Evie de nuevo en la cuna y sale del dormitorio. Evie se vuelve a dormir, pero sigo sin poder apartar la mirada, aunque Ben

esté intentando captar mi atención. Está molesto y no me concentro. No estoy con la cabeza en el trabajo.

Por fin acabamos la videollamada y me precipito hacia el dormitorio. Evie está profundamente dormida y sus ojitos se agitan en un profundo sueño. Le doy un beso en la mejilla y suspiro hondo.

Esa noche a la hora de la cena —ternera Bourguignon seguida de tarta de limón; debería haber trabajado, pero he terminado por cocinar toda la tarde—, Richard está de un humor especialmente bueno mientras habla con Chloe, que ha vuelto a ser la misma niña risueña, al menos con su padre.

Saco la tarta de limón.

—¿Y tú, Jo? —dice Richard—. Cuéntame qué tal el día.

—Ha ido muy bien, gracias. He estado ocupada.

—Tienen mucha suerte de tenerte —dice solemne—. ¿Qué habría hecho Shelley si no hubieses estado disponible?

Corto un trozo de tarta para Richard y se lo sirvo.

—Habrían contratado a otra persona, seguramente.

—Pero eres tú quien les pidió trabajo, ¿no? —interviene Chloe.

Me quedo mirándola.

—¿Qué quieres decir?

Pero Richard le responde:

—Shelley estaba desesperada buscando personal. Le pidió a Joanne que trabajase dos días a la semana para echarles una mano.

Corto otro pedazo de tarta para Chloe.

—¡Anda! Eso no es lo que dice Roxanne. —Me quita el plato de las manos.

Estoy tan atónita que por un momento, no puedo ni hablar.

—¿Por qué te diría Roxanne algo así? —pregunto cuando consigo recuperar la voz.

—No sé. Estaba sacando conversación.

—¿Sacando conversación? ¿Qué significa eso? ¿Estabais criticándome por la espalda?

Richard levanta la cabeza abruptamente.

—¡Joanne!

Chloe me mira con la cabeza inclinada.

—¿Estás bien, Joanna? ¿He dicho algo que no debía?

—Es...

—Siento si he metido la pata, pero Roxanne me preguntó qué te movió a mudarte aquí, ya que siempre te ve muerta de aburrimiento.

Me quedo boquiabierta.

—¿Muerta de aburrimiento?

—Bueno, ¿no es así? Dice que nunca haces nada, aparte de vigilar cómo limpia. Le expliqué que papá insistía en que esta es tu casa y tu vida de ensueño y que te encanta vivir aquí, o al menos eso es lo que dice él. Dijo que te oyó hablar con tu antigua jefa, que querías volver a tu antiguo trabajo porque te estabas volviendo loca de aburrimiento.

—¿Eso dijo?

Richard me mira sombrío.

—¿Es verdad eso?

—¡No! O sea, ¡no exactamente! ¡No lo dije *así*! —Pero me arde la cara y apuesto a que estoy como un tomate. Recuerdo aquel día: Roxanne estaba en casa y debió de oírme incluso con los auriculares puestos. ¿Por qué sentí la necesidad de mentir a Richard? ¿Por qué no le dije que quería trabajar un poco de vez en cuando para mantener el cerebro activo? No le hubiese importado. Solo quiere que sea feliz.

Chloe divide con cuidado su tarta de limón.

—A ver, me sorprendió. No creo que papá quiera esta vida. ¿No, papá?

—¿Qué dices? —pregunto.

—Después de todo lo que pasó, debe de ser horrible vivir aislados en un caserón como este. Sé que no eres feliz, papi. Lo noto. Quizás ella no, pero yo sí.

—Eso no es verdad —dice Richard frunciendo el ceño, aunque no de forma tan contundente como me hubiese gustado.

—Debe de ser insoportable —añade ella, llevándose el tenedor a la boca.

—¿Insoportable? —suelto.

—Sé que le tienes cariño a Evie, papi. Todos le tenemos cariño. Pero no querías otra hija, ¿no es así? Sé que no, después de todo lo

que ocurrió.

—¿*Cariño* a Evie?

Se vuelve hacia mí.

—Sé que no es lo que quieres oír, Joanna...

—En realidad, es...

—... pero es mi padre, y solo intento protegerlo. Porque no es justo. No es nada personal, es lo que quiero decir.

—Chloe, tesoro. Ya es suficiente.

—¿Cómo puedes vivir así después de lo que le ocurrió a mamá?  
—dice Chloe.

—¿Qué le ocurrió a tu madre? —pregunto.

Me mira con verdadera sorpresa.

—¿Es que no lo sabes?

Richard parece enfermo. Se pasa las manos por la cara.

—¿No se lo has dicho? Vaya. Creo que deberías contárselo, papi.

—¿Contarme el qué?

—Es demasiado para ti. No es justo que te sacrifiques así por ella.

—¿Puede alguien decirme qué está pasando?

—Chloe, cariño. ¿Puedes ir a buscar el azúcar glas a la despensa, por favor? —dice Richard.

Me vuelvo hacia él.

—¿Eso es todo lo que vas a decir? ¿Que quieres azúcar glas?

Richard me pone la mano en el brazo.

—Está en la estantería de arriba, ¿no? Ve y echa un vistazo, tesoro. Seguro que lo encuentras.

Chloe echa atrás la silla y abandona la habitación.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto.

—Quiero que Chloe salga de la habitación un momento. Es una chica muy sensible. Siempre lo ha sido. —Hace una pausa y se pasa los dedos por el cabello—. Hay algunas cosas que no te he contado.

—¿Como qué?

Chloe aparece en la puerta. Tiene un pequeño cubo blanco en la mano.

—¿Qué es esto?

Cierro los ojos.

## Capítulo Veintitrés

—¿Nos has estado espiando? —brama Richard.

Creo que nunca lo he visto tan enfadado. Ni siquiera cuando le conté que había besado a Anthony en la cena de Navidad.

Da un puñetazo en la mesa.

—¡Contéstame!

Chloe, al fondo, exhibe una sonrisita.

Tomo aire.

—Solo estaba siendo precavida porque Evie y yo pasamos la mayor parte del tiempo aquí solas —digo. Después de todo, era Richard quien siempre insistía en añadir más seguridad. Se lo recuerdo ahora.

Se vuelve hacia Chloe.

—¿Puedes esperarme en tu habitación, por favor?

Ella vacila un segundo. Su cara ha recuperado su expresión neutral de siempre. No tengo ni idea de qué opina de tener cámaras por la casa, o si le importa en absoluto.

De hecho, me pregunto si no lo habrá sabido desde el principio.

Se marcha y Richard se sienta con pesadez, dejando caer la frente entre las manos.

—Lo siento —digo—. No quería...

Me mira con los ojos entrecerrados.

—¡Siempre lo sientes, Joanne! Estás tan paranoica que nos espías, ¡en mi propia casa! ¿Crees que con disculparte se arreglará todo?

—No os estaba espiando.

Él niega con la cabeza.

—Debería darte vergüenza.

—¡Estaba preocupada! —Echo un vistazo a la puerta en busca de alguna sombra en movimiento—. Pensé que quería hacer daño a Evie —susurro.

—¿Hacer daño a Evie? ¿Otra vez con eso? ¿Qué te pasa? ¿Hace cuánto que las instalaste? ¿Y cuántas hay?

—No mucho —murmullo—. Las puse hace nada.

Coge una copa de la mesa y la estrella contra la pared. Doy un bote en la silla.

—¿Has estado espiando a mi hija en mi propia casa? ¿Dónde están? ¿Dónde has escondido las cámaras?

Le digo dónde está la cámara del dormitorio. Coge una bolsa de basura del armario de la cocina y mete con rabia la que ha encontrado Chloe.

—¿Qué estás haciendo?

—A ti qué te parece que estoy haciendo. Se van todas las cámaras a la basura.

Lo sigo mientras sube las escaleras enérgicamente.

—Por favor, no despiertes a Evie —le ruego.

Pero es como si no me escuchase. Está murmurando para sí mismo. «Espiendo a mi propia hija, en mi propia casa. Debería darte vergüenza». Abre el osito de peluche en dos y lo tira al suelo. Los ojos de Evie se abren de golpe y, por supuesto, empieza a hacer pucheros y rompe a llorar.

—¿Chloe? —la llamo cuando pasamos por delante de su puerta cerrada—. ¿Puedes ayudarme con Evie, por favor?

—¡Ah, ahora quieres que Chloe te ayude! —replica Richard.

Chloe abre la puerta.

—No pasa nada, ya voy.

—¿Cómo te atreves? —murmura Richard mientras baja las escaleras. Corro tras él. Cuando llega abajo, se vuelve y extiende la mano.

—Tu teléfono.

—¿Para qué? —gimo.

—Quiero ver la aplicación. Comprobar si me has mentido con el número de cámaras que has colocado.

Voy a la cocina y le entrego mi teléfono. Estoy temblando.

—No he mentido —le digo.

—Y una mierda —salta él—. No puedo confiar en nada de lo que dices. Ni siquiera sé quién eres ya. —Da unos golpes a la pantalla y me devuelve el móvil—. Los he borrado. Si vuelves a hacer algo así, si se te ocurre esconder cámaras en esta casa sin hablarlo conmigo primero... —Se pasa los dedos por el pelo—. No sé lo que haré, Jo. De verdad que no.

Acto seguido, sale por la puerta y tira la bolsa al contenedor.

Después, cuando ya se ha calmado, nos sentamos en la mesa de la cocina. Sigo temblando. Me limpio la nariz con una servilleta.

—Tienes que entender que me odia.

—¿Odiarte? —Me mira como si me hubiera salido una segunda cabeza—. ¿Cómo puedes decir algo así? ¡No te odia! ¡Te tiene mucho cariño!

Dios santo.

—Eso dices, ¡pero ya la has escuchado esta tarde! Estaba intentando sembrar la discordia entre nosotros. Te acusa de no querer estar aquí, de no querer tener otra niña... ¿Y a qué se refería con lo de Diane? Me dijiste que hay cosas que no me has contado. ¿El qué?

Se pasa las manos por las mejillas y mira al techo.

—Oficialmente, dictaminaron que la muerte de Diane había sido un suicidio.

Me quedo atónita.

—¿Suicidio? ¡Me dijiste que murió de cáncer!

—Por supuesto que no. Fuiste tú la que ató cabos.

—Pero me dijiste que estaba enferma, que murió después de una larga enfermedad.

—Sí, porque así fue. Estaba muy deprimida y bebía demasiado. Llevaba así un tiempo.

—No me puedo creer lo que escucho. ¿Por qué no me lo dijiste?

Se frota los párpados con dos dedos.

—Porque no me gusta hablar de ello. ¿Tan difícil es de entender?

Le doy vueltas al anillo que llevo en el dedo, intentando encontrar sentido a lo que ha dicho.

—¿Cómo murió?

—En la casa donde vivíamos, el recibidor tenía varios tramos de escaleras con pasamanos. Diane se cayó por la barandilla del tercer piso. Aterrizó de cabeza en el suelo de baldosas, así que murió por el impacto.

—Dios mío.

Sus ojos se llenan de lágrimas.

—Sabía que estaba mal. Sabía que bebía. Tuve que ausentarme para ir a una conferencia, pero la llamaba todos los días, dos veces como mínimo. Quería asegurarme de que todo iba bien, ¿lo entiendes? La llamé ese día. La llamé varias veces, pero Diane no contestaba... Supuse que habrían salido. Debería haber llamado a uno de los vecinos y pedirle que se acercase en coche para asegurarme.

—Era imposible que lo supieras. —Ahora me siento fatal por hacer que lo reviva todo de nuevo. Le cojo de la mano y nos quedamos sentados en silencio un segundo—. Debe de haber sido una conmoción terrible para Chloe —susurro.

—Lo fue. —Me aprieta la mano—. Chloe es buena chica, de verdad. Ojalá pudieras verlo.

Suspiro.

—Ya la has oído en la cena. Te estaba suplicando que admitieras que nunca quisiste más hijos. Al menos reconoció que le tienes cariño a Evie —añado con ironía.

Se vuelve hacia mí y examina mi rostro.

—Ha sido algo muy raro esconder todas esas cámaras por la casa para espiarla, Jo. Es que no me cabe en la cabeza cómo has podido hacerlo.

—Mira, siento mucho todo por lo que ha pasado Chloe. De verdad. Sobre todo porque no tenía ni idea, y, sinceramente, ojalá me lo hubieras contado. Pero ya es adulta. —Bajo la voz—. Me aconsejó marcharme de la casa. Me dijo que se quedaría indefinidamente y que haría todo lo posible por hacerme la vida imposible.

—De acuerdo, ya es suficiente. —Se levanta de repente—. Quiero que vayas a ver a la doctora Fletcher. —Algo en su tono de voz me dice que no va de broma.

—No me lo estoy inventando, Richard. No... No soy así.

—¡Lo niegas, pero está claro que sí! —brama—. ¡No sabes lo que dices!

Por su forma de mirarme, por un momento me pregunto si no hará conmigo lo que nuestra vecina, la señora Delaney, hizo con mi madre: poner una denuncia que acabó con mi madre internada. Lo cual sería una barbaridad. Es decir, la señora Delaney tenía buenas intenciones e hizo lo correcto. Pero yo no estoy loca.

¿No?

## Capítulo Veinticuatro

---

Esa noche, Richard y yo estamos tumbados en la cama, a oscuras. Yo estoy desvelada, mirando el techo. Apenas hemos hablado desde la discusión de antes. Pensaba que se había dormido, cuando de repente dice:

—Puede que Chloe esté un poco celosa de que me haya vuelto a casar.

Lo cierto es que a estas alturas, es como si llevase días arrastrándome por el desierto y me acabase de ofrecer una botella de agua. La gratitud que siento es abrumadora.

—¿Un poco? —digo, esforzándome por hablar en tono despreocupado—. Quiere que admitas que este matrimonio te hace miserablemente infeliz. ¿Te sientes miserablemente infeliz, Richard?

—No era eso lo que Chloe quería decir.

Qué poco dura lo bueno.

—¿Te sientes así?

Se apoya sobre un codo.

—Mírame a los ojos, Joanne. Te quiero, quiero a mi familia y adoro mi vida con vosotras. Me has hecho más feliz de lo que lo había sido en años. En décadas.

—Entonces ¿no echas de menos a Isabella?

Da un respingo.

—¿Isabella? ¿Qué demonios pinta ella aquí?

Pellizco la manta.

—Sé que se arrepiente de haber terminado contigo.

—¿Y? Ese es su problema.

—¿No la echas de menos?

—No, Dios santo.

—¿No quedas con ella?

—¡No! ¿A santo de qué viene eso ahora? No he visto a Isabella desde que terminó la relación. —Apoya la cabeza en la palma de la mano—. ¿Por qué de repente estás tan preocupada por Isabella?

—No lo sé. No lo estoy, es solo que... —Dejo escapar un suspiro

—. Chloe me dijo que todavía querías a Diane. Que todavía la echas de menos.

—Espera un segundo. Creía que de quien seguía enamorado era de Isabella.

—¿Y bien? ¿Todavía quieres a Diane?

—Jo, amor mío, escúchame. Te quiero a ti. Solo a ti.

—Eso no es una respuesta.

—De acuerdo. No echo de menos a Diane. No sigo enamorado de Diane. Y no veo a Chloe capaz de decir algo así.

—Pues no me lo he inventado...

—He consentido demasiado a Chloe en el pasado, eso es cierto. Intenté compensarla por lo que le ocurrió cuando era pequeña. Nunca imaginó que me casaría de nuevo, no digamos ya que formaría otra familia... Pero ese no es el tema. El tema es que no le tocaría un pelo a Evie. Es importante que lo sepas.

Asiento.

—Lo sé. La he visto con Evie y es un cielo con ella.

Él deja escapar el aire.

—Eso dices ahora, pero teniendo en cuenta que instalaste cámaras por toda la casa y la escenita del baño la otra noche, cuando la acusaste de... —Suspira—. Es demasiado, Jo.

—Lo sé.

—Dime que no crees que Chloe sea capaz de envenenar a Evie. Necesito escucharlo de tu boca.

—No creo que Chloe sea capaz de envenenar a Evie.

—Prométeme que irás a ver a la doctora Fletcher.

Pongo los ojos en blanco.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

La doctora Caroline Fletcher no puede verme hasta el próximo jueves por la mañana. Cuando se lo digo a Richard, se alegra mucho.

—Me tomaré el día libre en el trabajo para cuidar de Evie mientras no estás.

—¿En serio? Pensaba llevarla conmigo. Está muy cerca.

Me toma el rostro entre las manos. Parece mucho mayor que ayer mismo. Es como si le hubieran salido más canas durante la noche.

—No quiero que te preocupes. Quiero que sepas que estoy aquí y que cuidaré de Evie.

—Gracias. —Asiento contra su pecho—. ¿El día entero?

—Sí.

—En ese caso, ¿te importaría que vaya a Londres? Quiero comprar unas cosas y así podría comer con Robyn si está libre.

—Creo que es una idea fantástica —dice.

Durante los siguientes tres días, hago todo lo posible por ser amable con Chloe. En parte para apaciguar a Richard y en parte porque ahora que sé lo que le ocurrió cuando era pequeña, no puedo evitar pensar que no todo es culpa suya, que esté tan tocada.

Le pregunto si quiere darle de comer a Evie y después, la alabo por el buen trabajo que está haciendo. El miércoles, Roxanne llama para avisar de que no podrá venir y que vendrá el viernes en su lugar. Le digo que no pasa nada. Después de comer, Chloe coge mi bicicleta sin pedirme permiso y no vuelve hasta que oscurece. Sin problema, le digo, aunque ya ha subido las escaleras para cuando

termino de hablar. Durante la cena, Richard le pregunta a Chloe qué ha hecho hoy, y ella murmura algo sobre ir al pueblo, a ver a una *amiga*, añade con retintín. Entonces me observa y le tiembla el labio inferior. Richard me lanza una mirada, como si me hubiese pillado ahogando cachorritos.

Me recuerdo a mí misma que los dos están un poco traumatizados y que tengo que ser paciente.

Cuando la doctora Fletcher me pregunta cuál es el problema, le cuento que últimamente, he tenido ansiedad. Me hace unas cuantas preguntas más para aclarar si hay algún desencadenante. Menciono que la hija de mi marido está pasando unas semanas con nosotros. Es algo importante, le explico, ya que no hablaban desde hace casi dos años. No menciono que por lo visto, es culpa mía, aunque nunca le dije o le hice nada a ella.

—Nos estamos conociendo.

La doctora Fletcher asiente.

—Mira, todo lo que describes es completamente normal —dice—. Parece que tener a tu hijastra en casa es una alteración importante en tu rutina y la de Evie, sin duda. Yo no me preocuparía. ¿Cuánto tiempo se quedará con vosotros?

—No estoy segura. ¿Indefinidamente? —Mientras digo la palabra, se me cae el alma a los pies. ¿Cuánto tiempo es indefinidamente? ¿Un mes? ¿Un año?

¿Para siempre?

Se me hace un nudo en la garganta. La doctora Fletcher frunce el ceño.

—Te recetaré algo para aliviar la ansiedad. —Garabatea en su cuaderno.

—Gracias —respondo. Al menos podré enseñarle algo a Richard cuando llegue a casa. ¿Ves? Estoy tomando algo para mi trastorno, sea cual sea.

—¿Quieres hablar de alguna otra cosa? —pregunta cuando me entrega la receta.

—No.

---

Mientras conduzco hasta la estación para ir a comer con Robyn, me siento tentada de dar la vuelta y ver cómo está Evie.

Pero me contengo. Richard lo tiene todo bajo control. Lo que sí hago es llamarlo para asegurarme de que todo va bien. Cuando Richard lo coge, oigo a Evie riéndose de fondo.

—Pásalo bien —dice—. Y saluda a Robyn de mi parte.

## Capítulo Veinticinco

---

Robyn y yo hablamos de todo y de nada mientras esperamos la comida. Me pide ver los últimos vídeos que tengo de Evie y las dos nos quedamos embobadas mirando el móvil.

—¡Ahí está! ¡Oh, mírala! Se ha puesto aún más adorable. ¡Mi ahijada favorita!

—Tu única ahijada —la corrijo. Ella sonríe sin dejar de mirar la pantalla. Solo me devuelve el teléfono cuando el camarero nos trae las ensaladas.

—Bueno, ¿y cómo va todo? Pareces cansada. ¿Evie todavía no duerme bien?

—Va y viene. Ya sabes cómo es.

—Me acuerdo demasiado bien —dice—. Aguanta un poco, enseguida pasará. Y después, tendrás un montón de problemas nuevos. —Se echa a reír—. ¿Y qué tal con tu hijastra?

Me muerdo el labio inferior.

—Estoy preocupada, Rob.

—¿Y eso? ¿Qué ocurre?

Es como si hubiese abierto las compuertas de una presa. Le cuento todo lo que pasa con Chloe, sus malas formas, cómo se

comporta conmigo. No puedo parar de hablar.

—Me trata como si fuese la madrastra malvada que le ha arrebatado a su padre. No puede ni verme, en serio. En cuanto señalo que, como es la niñera, debería cuidar de Evie, me mira como si le hubiese ordenado que limpie el suelo con un cepillo de dientes. Richard dice que estoy paranoica. Porque cada vez que Richard está cerca, ella se porta como un angelito.

Le cuento a Robyn lo de la fiesta de cumpleaños, que me dijo mal la fecha y el desastre aún mayor que se habría montado si Richard no lo hubiese mencionado aquella mañana.

—Ha sido el único momento en el que ha reconocido que quizás sea un poco malcriada. —Pongo los ojos en blanco—. Y sigue sin creer que lo hiciese a propósito. Todo es un malentendido para él. Como padre, es bastante permisivo. Entiendo que le emocione tenerla de vuelta en su vida, pero aun así, tiene veintiún años. Es una adulta, aunque nadie lo diría. Se comporta como una niñita de papá de doce años cuando está con Richard, así que él piensa que el problema es mío. Que veo lo peor de Chloe. Piensa que puedo llegar a los niveles de paranoia de mi madre.

—¿Eso ha dicho él?

—Digamos que lo ha dejado bastante implícito. —Me inclino con aire de complicidad—. Es una chica muy astuta, muy lista. ¿Sabes lo que hizo el otro día? Editó una foto de Simon y mía...

—¿De Simon?

—El jardinero. Para que pareciese que lo estaba besando.

—¿Qué? —Robyn deja caer el tenedor—. ¿Se lo has contado a Richard?

Me masajeo la frente.

—Pues no. Todavía no. Ya sabes cómo se pone Richard. Tengo que encontrar el momento adecuado.

Está a punto de decir algo, pero la interrumpo.

—Y hay algo más. La primera vez que tuvo en brazos a Evie, se puso como loca. Quería devolvérmela al segundo. Se comportaba como si estuviese aterrorizada de ella.

—¿Cómo?

—Y no quiso que se lo dijera a Richard, así que no se lo mencioné. Pero unos días después, la pillé de madrugada en el baño del dormitorio de la niña, haciendo a saber qué con los frascos de Calpol porque Evie estaba llorando.

—¡Madre mía! Jo, ¿eso es lo que has pedido que analicen?

—¡Sí! Pero todo estaba bien, solo contenía Calpol.

—Es terrorífico. Creo que esa chica tiene que irse ya —dice Robyn.

—Bueno, sí, sería lo ideal. Pero no va a pasar. Richard quiere que se quede.

Ella niega con la cabeza.

—Tienes que convencerlo.

—Me gustaría, pero no puedo. Y además, Richard me ha dicho que Diane se suicidó. Todo este tiempo pensaba que había fallecido de cáncer.

—¿Qué? ¡Dios mío! ¿Cómo murió?

Me estremezco.

—Vivían en una casa enorme de tres plantas, con un gran recibidor de varias alturas y una galería a lo largo de cada piso. Richard se fue a una conferencia en España y Diane saltó de uno de los pisos superiores. Murió al instante.

—Ay, Dios. Es horrible. ¿Cuántos años tenía Chloe?

—Once. Pero eso no es lo peor.

—¿Hay más?

Asiento.

—Vivían a kilómetros del resto, así que tuvo que esperar horas junto a su madre muerta hasta que alguien las encontró.

Robyn se lleva la mano a la boca.

—¿Por qué no llamó a alguien? A la policía, o a quien sea. Seguro que tenían teléfono.

—No lo sé. Estaba conmocionada, supongo. —Nos quedamos en silencio un momento—. Sé que lo ha pasado mal. Entiendo por qué es tan posesiva con su padre, pero aun así... —Sacudo la cabeza—. Estoy intentando ser más comprensiva, pero es difícil.

—Suenas a que estás trastornada, Jo.

—Lo sé, pero al final la que siempre queda mal soy yo. —Le cuento que Chloe encontró la cámara que había escondido en la despensa—. Richard se puso furioso, como puedes imaginar. Me obligó a quitarlas todas y tirarlas.

—¿Pero viste algo mientras estaban encendidas? —dice tomando aire.

—¿Sabes qué es lo más curioso? He visto grabaciones de Chloe cuando está sola con Evie en el dormitorio, y no podría ser más adorable. La trata con mucho cuidado.

—¿Y si sabía que las habías colocado?

—No creo.

Extiende la mano.

—¿Puedo verlo?

—Richard ha borrado la aplicación. —Pero entonces, recuerdo que Chloe fijó la mirada en el osito de peluche unos segundos más de lo necesario. ¿Podría haberlo sabido? ¿Habría sido tan cuidadosa con Evie porque sabía que la estaría observando?

—No sé qué hacer, Rob.

—Tienes que echarla. No hay otra solución.

Noto cómo se me empañan los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Qué he dicho?

—Eres la única persona que me escucha, eso es todo. Eres la única que me entiende. —Me enjugo una lágrima con los dedos—. ¿Y sabes qué? —Le hablo de la foto de una niña que encontré en la maleta de Chloe—. No es Evie, menos mal. Eso sería demasiado raro. Dice que es una foto suya. ¿No crees que es extraño? ¿Quién lleva a todos sitios una foto suya de niña?

Robyn niega con la cabeza.

—Algo huele a chamusquina.

—Exacto. Pero Richard...

—Oh, al cuerno con Richard. Confía en tus instintos. ¿Recuerdas a Lucille, la de la escuela?

—Claro que sí. —Lucille era una amiga nuestra de la misma clase.

—¿Recuerdas aquel día que la esperamos después de las clases y no apareció? Esperamos un buen rato, y yo quería irme a casa. Ya

me había cansado. Pensaba que se habría ido. ¿Te acuerdas?

Asiento.

—Pero tú tenías un presentimiento, por lo que no diste tu brazo a torcer. Pensabas que algo pasaba. Eso dijiste. «Pasa algo, tengo un mal presentimiento». Así que entramos a buscarla y resultó que se había quedado atrapada en la salida de incendios. Un viernes por la tarde. ¿Te acuerdas?

—Por supuesto. —Pobre Lucille. Había entrado en pánico total. Pensaba que se quedaría atrapada hasta el lunes, y probablemente así habría ocurrido. Estaba segura de que se iba a morir de hambre y de que la encontrarían ya muerta.

—Tienes buen instinto, Jo. Siempre lo has tenido. Confía en él. Haz lo que tengas que hacer para sacarla de tu casa.

—Pero ¿cómo?

—No lo sé, Jo. Pero te las apañarás. Sé que lo harás.

## Capítulo Veintiséis

---

Cuando vuelvo, Richard está dando de comer a Evie en la sala de estar. Se miran el uno al otro con absoluta adoración, tanto que no me escuchan llegar hasta que se me acerca Oscar meneando la cola y golpea la estantería.

Richard levanta la vista.

—¿Cómo ha ido?

—Bien, muy bien. —Murmullo algo de una receta y algo más sobre la comida con Robyn—. ¿Y Chloe?

—Ha salido con su amiga.

—¿Roxanne?

—Sí, esa. Cuéntame qué te ha dicho la doctora.

—Me ha recetado algo que me ayude con la ansiedad. —Le enseño las pastillas que he comprado en la farmacia de camino a casa.

Él asiente, serio.

—Bien, bien. ¿Por qué no te tomas una y te tumbas un rato?

¿Por qué querría tumbarme un rato? No quiero tumbarme. He estado pensando en lo que dijo Robyn durante el trayecto de vuelta: «Confía en tus instintos, Jo. Y sácala de tu casa».

Me levanto del sofá.

—La doctora Fletcher me ha recomendado buscar algunos vídeos de meditación —miento—. Voy a hacer eso y después descansaré.

—Buena idea —dice Richard—. Mientras, yo pasaré un rato con mi angelito hasta su hora de la siesta. —Levanta a Evie para que se ponga de pie sobre sus muslos. Ella se echa a reír y arrastra los pies de inmediato.

—Te quiero —le digo, besándole la cabeza.

Él me sonríe con calidez.

—Yo también te quiero, Jo. Todo saldrá bien, ya verás. Te pondrás bien pronto.

En mi ordenador, abro una ventana del navegador y escribo el nombre de Diane. El primer artículo que encuentro es un reportaje en la página de un periódico local, publicado la semana después de su muerte en noviembre de 2013. No contiene mucha información, solo menciona que una mujer cayó de un balcón en el tercer piso de su casa cerca de Basildon y murió en el acto.

Nunca había visto fotos de la casa. Es espectacular. Hay una foto del recibidor de tres plantas, que recuerda a una catedral, claramente tomada de la página web de una agencia inmobiliaria. El tamaño del recibidor resulta impresionante.

*Una mujer de Essex muere a los 35 años tras caer de un balcón.*

*Una mujer de 35 años muere en su casa tras caer de un balcón de la tercera planta. El accidente se produjo mientras el marido de la mujer estaba en Madrid, España. El único testigo fue la hija de la pareja, de once años. No se halló a la mujer hasta la mañana siguiente, aproximadamente nueve horas tras la caída, cuando un repartidor local llegó a la casa con un pedido.*

*La policía afirma que la causa de la muerte de la mujer está bajo sospecha.*

Me incorporo. ¿Bajo sospecha? Es la primera vez que esas palabras aparecen en el horizonte. Al principio, Richard dijo que Diane murió después de una larga enfermedad, después que fue un suicidio.

Desde luego, nunca mencionó que estaba investigándose bajo sospecha.

El artículo acaba ahí, pero encuentro otro publicado cuatro meses más tarde en el mismo periódico. Este dice que, inicialmente, la policía pensó que podría haber un intruso, según el testimonio de la hija. Había oído a alguien más en la casa y creyó ver a un hombre vestido de negro en el balcón superior justo antes de que cayese su madre, aunque no estaba del todo segura. No obstante, la investigación reveló que no había pruebas de que hubiese otra persona en la casa tras revisar las grabaciones de las cámaras de seguridad del exterior. Además, las puertas estaban cerradas con llave desde dentro. Teniendo en cuenta todo esto, junto con la juventud y el estado de conmoción de la testigo, la policía desestimó la alegación.

Una investigación del tribunal forense de Essex, realizada tras el informe de la autopsia, declaró el suicidio como causa de la muerte.

Lo que no me encaja al leer esto es, ¿por qué Diane lo hizo cuando estaba sola con su hija? Debió de haber sabido que la estaba condenando a una vida de sufrimiento. Si estaba decidida a suicidarse, podría haberlo hecho de forma que la encontrase Richard, no su hija pequeña.

Pero eso no es nada en comparación con lo que leo después. Me quedo tan impactada por lo que descubro que no oigo entrar a Richard.

—Acabo de acostar a Evie —dice detrás de mí—. Estaba cansadísima, mi pobre bichito.

Me vuelvo y noto cómo la sangre abandona mi rostro.

—¿Por qué no me lo contaste?

—¿Contarte el qué?

—Que Diane y tú tuvisteis otra hija.

## Capítulo Veintisiete

—¿Por qué no me lo contaste?

Estamos en la sala de estar. Richard ha vuelto del sótano con una botella de vino tinto y dos copas grandes. Me sorprende ver lo agotado que parece. Me pregunto si será por Evie. Cualquiera tendría ese aspecto cansado después de un día con Evie.

Richard no me pregunta si quiero vino. Se limita a servirme una copa y ofrecérmela.

—Sé que no deberías beber con la medicación, pero...

No he tomado ninguna pastilla, pero eso no se lo digo. Acepto la copa.

—Gracias.

Se coloca junto a la ventana, mirando al exterior.

—¿Por qué estás revolviendo en mi pasado, Joanne?

Su tono gélido me pone un nudo en la garganta. Trago saliva.

—No estoy revolviendo. Estoy intentando entender mejor a Chloe. —Lo cual es cierto en parte, aunque seguramente no como él se imagina—. Estoy intentando conocerla mejor para poder acercarnos y tener una mejor relación. Además, las parejas se lo cuentan todo, ¿no? Yo te he hablado de cómo es crecer con una

madre soltera, y tú se lo has dicho a Chloe. No me importa, por cierto, pero Chloe sabe más de mí que yo de ti.

—¿Esto ha sido idea de tu doctora? ¿Esta repentina necesidad de entender a Chloe?

—No me has respondido —digo, esquivando la pregunta—. Tuviste otra hija que murió. No puedo creer que nunca me lo hayas contado.

Vacila un momento antes de sentarse a mi lado en el sofá.

—¿Tan raro te parece? Jo, cariño. —Ya no está enfadado. Me besa la palma de la mano—. ¿Por qué te contaría algo así? Es la parte más triste de mi vida. Y fue hace mucho tiempo. No me gusta pensar en ello. Y cuando te quedaste embarazada de Evie, ni se me habría ocurrido decírtelo. ¿De verdad hubieses querido saber entonces que ya había perdido una hija?

—Sí. Si fuese al revés y yo hubiese perdido un hijo, ¿no querrías saberlo?

—¿La verdad? No. Si ya lo hubieses superado y fuese hace mucho tiempo, no necesitaría saberlo.

Lo veo muy difícil de creer. Pero quizás es uno de esos momentos donde se demuestra que los hombres son de Marte y las mujeres de Venus. Sé que Richard no tiene la misma necesidad de abrirse. A mí me gusta contarle todo a Richard. Bueno, me gustaba, en todo caso; antes de empezar a omitir cosas, como mandar analizar frascos de Calpol en busca de mortífero veneno.

Cambio de postura en el sofá para apoyarme en el reposabrazos y mirarlo a la cara.

—¿Cómo se llamaba?

Se queda mirando su copa.

—Sophie.

—Sophie —repito—. Es un nombre bonito.

Richard bebe un poco de vino.

—El artículo dice que fue una muerte súbita.

—Así es. Fue muy repentino, estas cosas son así.

Le tomo de la mano y la aprieto.

—Lo siento. ¿Cuánto tiempo tenía?

—Tres meses.

—¡Dios mío! Pensaba...

—¿Qué?

—Pensaba que era mucho más pequeña cuando murió. Tan solo unos días de vida.

—¿Crees que así habría sido más fácil? —pregunta con la mandíbula apretada.

—No, por supuesto que no.

Me suelta la mano y se frota los ojos con dos dedos.

—¿Ves por qué no te lo dije? ¿Por qué traer esta pesadilla a nuestra vida? Tenemos a nuestra niña feliz y sana. No hace falta volver al pasado.

—Yo pienso distinto, Richard. Quizás hubiese sido sensato contármelo. Para poder asegurarme, bueno...

—¿De que no le ocurriese lo mismo a Evie? ¿Crees que no lo he pensado?

Ahora entiendo por qué es tan protector con Evie, por qué puso tanto cuidado en elegir el monitor del bebé y por qué comprueba que esté bien día y noche.

Cambia de postura y continúa:

—Las muertes súbitas son muy improbables hoy en día. No quería preocuparte. Ya me preocupo yo suficiente por los dos.

—Lo siento mucho, Richard. Aun así, preferiría que me lo hubieses contado. Especialmente con la llegada de Chloe. ¿Cuántos años tenía ella cuando ocurrió?

—¿No te lo ha dicho el artículo? —pregunta con sequedad.

—No lo sé. Llegaste antes de que pudiera terminarlo.

—Chloe tenía once años.

—¿Once? —Intento encontrarle sentido a lo que dice—. Quieres decir...

—Así es. Sophie murió poco antes que Diane. Dos meses antes, de hecho.

—¡Madre mía! Qué espanto.

Él asiente, mirando fijamente su copa.

—Entonces las dos se llevaban bastante tiempo. Al menos diez años.

—Sophie fue un bonito accidente. Diane no quería otro hijo y estaba tomando anticonceptivos, pero nos convertimos en la excepción a la norma. En cuanto descubrió que estaba embarazada, no cabía en sí de contenta. Los dos lo estábamos. Pero el embarazo fue difícil y a Diane le costó sobrellevarlo. Y la cosa no hizo más que empeorar cuando nació Sophie.

—¿Cómo empeoró?

Se pellizca el puente de la nariz.

—Yo estaba muy ocupado. Estaba montando mi agencia en aquel momento, así que pasaba mucho tiempo fuera. Diane se volvió cada vez más irascible y saltaba a la mínima. No paraba de quejarse de Chloe, lo cual era muy injusto. Dijo que Chloe no se estaba adaptando bien al bebé, aunque estaba claro que Chloe adoraba a Sophie.

—¿Qué hizo Chloe, según Diane?

—Me dijo que, si cogía a Sophie, Chloe gritaba a todo pulmón hasta que volvía a acostar a Sophie en la cuna.

—Madre mía. ¿Y cómo se las apañó Diane? Es decir, ¡tenía que coger a su niña! No iba a dejar que se muriese de hambre con un pañal sucio.

—Chloe iba a la escuela durante la mañana y cuando llegaba a casa, le gustaba pasar el rato conmigo. Se sentaba en silencio en mi despacho mientras trabajaba. Pero, como he dicho, nunca vi ese comportamiento que describía Diane.

Sonríe para sí mismo, como si estuviera recordando algo.

—Hubo una vez que Chloe tiró todos los juguetes y la ropa de Sophie a la basura. Eso sí que ocurrió.

—Vaya, Richard, suena bastante serio. Parece más extremo que la típica situación de rivalidad entre hermanos.

—Diane estaba agotada, eso es todo. Ya sabes cómo es. Tenía poca paciencia con Chloe. —Se pasa la mano por el cabello. Tengo que aguantarme las ganas de peinárselo.

—Quizás Diane dijese la verdad —murmuro—. Quizás, delante de ti, Chloe se portaba de maravilla. Me suena de algo —añado entre dientes.

Él me lanza una mirada iracunda que desaparece casi de inmediato. Posa su mano sobre la mía.

—No digo que Chloe fuese un angelito, pero no sabes cómo era Diane. Le costaba ser madre. Y cuando murió Sophie... Bueno, puedes imaginártelo. Diane no podía gestionarlo. Era incapaz de salir de la cama, fue como si hubiese desistido de vivir. Tras seis o siete semanas, empezó a mejorar un poco. Aquella conferencia fue la primera vez que me alejé de ellas más de unas pocas horas.

Le pongo la mano en la mejilla.

—No es culpa tuya, Richard.

De repente, sus ojos se llenan de rabia.

—Claro que es culpa mía. Nunca debí dejarlas solas. Era demasiado pronto. Nunca me perdonaré por ello. Nunca.

De pronto me pregunto si el hecho de que Richard nunca me haya hablado de Sophie tiene más que ver con su sentimiento de culpa que con su insistencia en no desenterrar el pasado.

—No podrías haber hecho nada —digo—. Tenías que pasar un tiempo fuera. No podías adivinar lo que iba a ocurrir.

—¿No? —Se termina el resto de su copa de un trago.

—No, Richard. No podías.

—Si tú lo dices. En fin, ¿te ayuda eso a entender un poco mejor a Chloe?

Ignoro el sarcasmo en su voz y asiento.

—Ha tenido una infancia traumática. Aún más traumática de lo que pensaba.

—Exacto. Ya entiendes por qué tengo que ser tan delicado con ella. Uno nunca se recupera de este tipo de trauma. Dios sabe que lo hemos intentado. Hemos hecho mucha terapia familiar, los dos, pero nunca volvió a ser la misma. No hasta que pasó un par de años en aquel internado.

—¿De qué estáis hablando?

Estábamos tan absortos en nuestra conversación que no hemos oído volver a Chloe. Está de pie en la entrada con las manos enterradas en los bolsillos, apoyada contra el marco de la puerta. Le sonrío, aunque ella no me devuelve la sonrisa.

—Solo estábamos hablando —digo. Me vuelvo hacia Richard. Se ha puesto pálido. Le ofrece una sonrisa trémula.

Vuelvo a mirar a Chloe, que observa fijamente a su padre con los ojos entornados. Richard se zafa de mi abrazo.

—¿Quieres una copa de vino, tesoro? —Hay algo raro en su tono de voz. Suena forzado, demasiado alegre, y es incapaz de mirarme.

Lo sabe. Sabe cómo es Chloe, aunque finja no hacerlo. O quizás se niega a aceptarlo hasta tal punto que es incapaz de admitirlo. Pero de pronto, una cosa me queda clara como el agua: no quiere provocarla.

## Capítulo Veintiocho

Más tarde, antes de irme a la cama, vuelvo a mi despacho y termino de leer el artículo.

Tal y como ha dicho Richard, la pequeña Sophie murió a los tres meses de vida. Su muerte súbita fue la principal razón que citó el tribunal forense al dictaminar la muerte de Diane como un suicidio.

Me reclino en mi asiento. Puede que haya sido demasiado dura con Chloe. Ha sufrido mucho. Primero la muerte de su hermana pequeña, y después la muerte de su madre en las peores circunstancias. No puedo creer que Richard la mandase a un internado después de todo aquello, por mucho que se pusiese difícil, dependiente o lo que fuera. Comprendo que quería que tuviese más amigos, pero seguro que se sintió abandonada por la única persona que le quedaba.

Tomo una decisión. Voy a hacerme amiga de Chloe. Voy a demostrarle que no tiene nada que temer, que cuenta con nuestro amor y con un sitio donde vivir, un sitio al que llamar hogar. El tiempo que necesite. Lo ha pasado mal y tenemos mucho trabajo por delante, pero voy a cambiar la vida de esta chica. Me aseguraré de que esté contenta y estable, cueste lo que cueste.

---

Roxanne ya está aquí para el día de la limpieza. Tengo a Evie en brazos, con el abrigo y el gorro puestos, y estaba a punto de bajar las escaleras cuando Chloe se encuentra con Roxanne en el recibidor. Debía estar en la sala de estar.

—Sube un rato. Puedes limpiar luego —dice Chloe.

—Pero ¿y qué pasa con la señora A? —pregunta Roxanne.

—No le importará. Ni siquiera se enterará.

—¿Enterarse de qué? —pregunto, aunque lo he oído perfectamente. Bajo las escaleras—. Chloe, voy al mercado. ¿Quieres venir conmigo? Es un mercado muy bonito. Tienen todo tipo de artesanías de la zona, quizás te gusten. Ya sabes, velas, bufandas, ese tipo de cosas.

Me mira un momento con cara de póker. No obstante, noto la perplejidad en sus ojos. *¿Artesanía? ¿Velas? ¿Qué?*

—Ve tú mejor —responde—. Yo me quedo con Evie. —Alarga los brazos para cogerla y Evie extiende los bracitos, inclinándose hacia su hermana.

Pero estoy decidida. Mezo a Evie en mis brazos.

—Me llevo a Evie conmigo de compras. Acompáñame, anda. Te invitaré a un café.

—¿Para qué?

—Ya sabes, para que podamos tener una charla de chicas.

—Ya; no, gracias. —Se vuelve hacia Roxanne.

—Entonces ayúdame con Evie mientras estamos en el mercado.

Pone los ojos en blanco en dirección a Roxanne. Esta saca los auriculares de la mochila y se los pone.

Veinte minutos más tarde, el tiempo que tardamos en salir por la puerta en esta casa, las tres estamos en el coche junto a Oscar.

—Tu padre me ha estado hablando de tu madre —digo—. ¿Cómo era?

Vuelve la cabeza tan rápido que es un milagro que haya parado a tiempo, antes de hacer un giro completo de 360 grados.

—¿Y qué te importa?

—Me gustaría saber más de ella. ¿Cómo era?

Aparta la vista y arrastra la yema del dedo por la ventana.

—Era normal. Era mi madre. Estaba feliz, y de repente se puso triste. Y después se murió.

—Siento lo sucedido, Chloe. Que estuvieses ahí, sobre todo. Tiene que haber sido muy duro.

—Ya, bueno, son cosas que pasan.

Si me hubiera ocurrido a mí, no sé si hubiese descrito el suicidio de mi madre y haberme quedado toda la noche encerrada con su cadáver como «cosas que pasan», pero, claro, yo no he sufrido tanto como Chloe. Seguro que ha tenido que recurrir a todo tipo de mecanismos para lidiar con su trágico pasado.

—Debes de echarla mucho de menos.

—La verdad es que no. ¿Y sabes qué? No quiero hablar contigo de mi madre, ¿de acuerdo?

—Lo entiendo. Entonces, la foto que tienes en la maleta... La foto de la niña. No eres tú, ¿verdad? Debe de ser Sophie.

Noto cómo aumenta la tensión dentro del coche. Es como si el aire estuviese electrizado. Podría pasar cualquier cosa. Continúo a pesar de todo.

—Seguro que también echas de menos a Sophie.

—¿Cómo iba a echarla de menos? Solo tenía tres meses cuando murió. Ni siquiera la recuerdo. ¿A ti qué te importa, de todas formas?

—No sé mucho de ti, eso es todo.

—Pues que siga así.

Me agunto un suspiro.

—Vale.

*Rocket Man*, de Elton John, empieza a sonar por los altavoces. Subo el volumen para demostrarle que no me importa. La conversación ha terminado. De momento.

Chloe coge el teléfono del hueco entre nosotras.

—Lo siento, pero es una horterada de canción, así que voy a cambiarla. ¿Cuál es tu contraseña?

La miro de reojo.

—¿Contraseña?

—Sí. —Señala los altavoces—. Para cambiar la lista de reproducción.

—Llegaremos en unos minutos.

—Exacto.

Niego con la cabeza y bajo el volumen.

—De verdad, Chloe. No nos queda tanto. —Además, no pienso darle mi contraseña.

—Si me dejas cambiar la música, hablaremos de lo que quieras —dice.

—Uno cinco cero uno.

Sus dedos vuelan sobre la pantalla y la música cambia a una canción de hip-hop. Lil Wayne, según la pantalla del salpicadero.

—Háblame de Sophie —le pido por encima del ruido.

Ella se remueve en el asiento.

—¿Y si te hago yo unas preguntas antes?

—Vale, me parece justo. Pregunta.

Baja el volumen.

—¿Cómo conociste a mi padre?

Le hablo de la casa que casi compraron Isabella y él.

—Entonces, ¿estaba con otra persona cuando lo conociste?

—Así es.

—Ajá. Interesante. ¿Y cómo era Isabella?

—No lo sé, solo la vi un par de veces.

—¿Es guapa?

Noto cómo me sonrojo.

—Sí.

—¿Y a qué se dedica?

—Era bailarina. Creo que ahora tiene un estudio de baile.

—Vaya. Debe de tener un cuerpazo. ¿Cómo es físicamente?

Reprimo un suspiro. No me apetece nada hablar de Isabella y no sé por qué hemos sacado el tema, pero Chloe espera una respuesta con una sonrisilla burlona en los labios.

—Tiene el pelo rizado y oscuro, muy abundante y a la altura de los hombros —enumero rápidamente, pasándome los dedos por el cabello fino para darle algo de volumen.

—¿Tiene buen cutis?

—Sí, sí que lo tiene. Un cutis estupendo. —Pienso en mi propia piel, que tira a grisácea todo el año por el cansancio.

—Entonces, ¿es guapa?

—Sí, ya te lo he dicho. Es muy guapa. No sé qué más decirte, Chloe.

—Entonces, ¿cómo es que la dejó por ti?

—No la dejó por mí. Ella lo dejó a él.

—¿Y lo quieres?

—¿A tu padre? ¿Qué clase de pregunta es esa? Claro que lo quiero.

—Pero ¿lo quieres de verdad? ¿De verdad de la buena?

—¡Sí, Chloe! Lo quiero de verdad de la buena.

—¿Y nunca vas a dejarlo?

Ahora soy yo la que gira bruscamente la cabeza.

—Espera un segundo. Pensaba que querías que me marchase. Y ahora, parece que te preocupa que pueda hacerlo.

Ella deja ver una sonrisita.

—No, la verdad es que no me preocupa.

—Bueno, pues la respuesta es no, nunca. ¿De acuerdo? Nunca lo voy a dejar. Así que apeguilla con ello.

—Sabes que tiene una aventura, ¿no?

—¿Perdona?

—Nunca está en casa, siempre está trabajando. ¿A ti qué te parece?

—Se toma muy en serio su trabajo. Y a veces eso significa que tiene que viajar.

—Pero llega tarde todas las noches.

—No, qué va. Y, de todas formas, desde que estás aquí, llega a casa justo después del trabajo todos los días, así que no sé de dónde sacas eso.

—¿Y antes de que llegara?

Parpadeo unas cuantas veces y me rasco la punta de la nariz.

—Están haciendo una gran reestructuración en la oficina. Le exigen mucho ahora mismo.

—Te está engañando, Joanne. Mi padre no te quiere. Cualquiera puede verlo, menos tú.

—¿Por qué demonios tienes que decir algo tan horrible? ¿Cómo ibas a saber si tiene una aventura?

Ahoga una risa.

—Para empezar, imírate! Estás gorda...

—¡No lo estoy!

—Eres aburrida, una tristonra, te aburres hasta a ti misma. Y puede que te repitas que adora a Evie, pero es imposible que papá quisiera más hijos.

Piso el freno. Estoy tan enfadada que salgo del coche y doy un portazo. Obviamente, Evie rompe a llorar de la forma más estridente. Chloe abre la puerta con una sonrisilla que me dan ganas de borrarle de una bofetada.

—Tu padre trabaja mucho, pero eso ya lo sabes. También trabajaba mucho cuando estaba con tu madre, y entonces tampoco estaba en casa.

Me mira con la cabeza inclinada.

—No te enteras de una mierda, Joanne. Tiene una aventura con una chica que parece una supermodelo. Es alta, de piernas largas y pelo rubio y liso y es mucho más joven que tú.

—¡Ah, vaya! Y supongo que tienes fotos que lo prueban, ¿no? —mascullo.

—Lo sé y punto, ¿vale?

—No me creo una palabra.

—En fin, es un país libre, así que haz lo que quieras.

—Vale. ¿Sabes qué te digo? Que puedes irte a casa tú solita.

Estamos en el pueblo, pero no puedo dejar el coche justo aquí, así que vuelvo a entrar y aparco unos tres metros más adelante antes de volver a salir.

Cojo el carrito del maletero y lo sacudo como de costumbre. Y como la última vez, ni se inmuta. Chloe extiende la mano, pero en esta ocasión lo aparto de su alcance.

—Ya puedo yo. —Aprieto el botón y el carrito se despliega con elegancia. Mientras tanto, Chloe se queda ahí parada, con las manos enterradas en los bolsillos. La ignoro y pongo a Evie en el carrito. Sigue llorando, con los brazos extendidos en busca de Chloe. Le bajo los brazos.

El mercado no podría importarme menos. Cruzo la carretera a paso rápido hasta el supermercado y cojo lo primero que pillo sin pensarlo dos veces. Lo que significa que tendré que preparar algo con coliflores, judías verdes y queso para cenar.

Cuando vuelvo al coche, Chloe está apoyada en él fumando un cigarrillo.

—¿No volvías andando? —rezongo.

—Eso lo has dicho tú, no yo.

—Exacto. Yo lo he dicho y soy la que conduce, así que será mejor que empieces a andar.

—O sea, ¿quieres que camine casi diez kilómetros hasta casa?

—Es lo que pasa cuando eres una maleducada con la gente, Chloe. Que hay consecuencias. Supongo que nadie te lo ha explicado antes.

—Vaya, menuda cabrona eres a veces. —Tira el cigarrillo al suelo sin molestarse en apagarlo—. ¿Quieres que camine hasta casa, llegue sobre las diez de la noche y le cuente a mi padre que me has obligado?

Espera con una ceja enarcada. Aprieto los labios.

—Sube al coche.

## Capítulo Veintinueve

---

No veo a Chloe en lo que queda de día. Sé que después de que Roxanne terminase de limpiar, se han encerrado en la habitación de Chloe durante el resto de la tarde. Las oí reírse antes de callar de forma sospechosa y me pregunté qué estarían tramando.

No puedo esperar a que Richard llegue a casa. No puedo esperar a contarle lo que ha dicho su maravillosa hija. Todavía me hierve la sangre cuando llamo a Shelley. Lo coge al primer tono.

—¡Jo, hola! ¿Qué tal? —Habla con tono enérgico, profesional. Parece ocupada.

—Hola, no te entretengo...

—No te preocupes. ¿Necesitas algo? Ben está por aquí... ¿Necesitas su ayuda?

—No llamaba por trabajo... Bueno, en realidad sí.

—¿Qué ocurre?

—Shelley, lo siento, pero las cosas han cambiado y no voy a poder continuar trabajando en este momento —suelto de corrido.

—¿Estás de broma? ¿Por qué?

—Es que estoy teniendo problemas con la niñera. Lo siento de verdad.

—¡Oh! Vale, bueno. Siento escuchar eso.

Me sorprende lo bien que se lo toma. Quizás le preocupaba que volviese a trabajar en la agencia, teniendo en cuenta el rendimiento estelar que he demostrado hasta ahora. Seguramente sea un alivio para ella.

—Gracias, Shelley. Sé que os estoy decepcionando...

—Ah, no te preocupes, Jo, siempre es una locura por aquí, ya lo sabes. Quizás cuando encuentres otra niñera podamos intentarlo de nuevo.

Estoy en el dormitorio de la niña con una Evie sollozante en brazos cuando veo a Roxanne marcharse en su bicicleta. Entonces, Richard me envía un mensaje diciendo que llegará tarde y que se esforzará por estar en casa a la hora de la cena, pero que no le esperemos. Me dice que cene con Chloe y que él ya tomará algo cuando llegue a casa.

Lo cierto es que no se me ocurre nada peor que cenar a solas con Chloe.

Richard llega a casa sobre las ocho y media. Sigo en el dormitorio, aunque por suerte Evie se ha calmado. Salgo al pasillo con Evie en brazos a la vez que Chloe baja las escaleras a saltos.

—¡Papi, ya has llegado!

Es una especie de ritual. Ella le rodea el cuello con los brazos como si no lo hubiese visto en días y él se echa a reír, satisfecho. Levanta la vista para mirarme, sin dejar de sonreír mientras Chloe descansa la cabeza en su hombro. Debería bajar las escaleras y saludar a mi marido, pero no puedo moverme. Estoy muy enfadada con Chloe, y muy molesta por lo que dijo de Richard y su supuesta aventura. Sé que es mentira, como todo lo que sale por su boca, pero quiero contarle a Richard lo que ha dicho. Quiero que *sepa* el mal bicho que es detrás de esa adorable demostración de afecto. Y después, puede enseñarle la foto falsa de Simon y de mí porque no tendrá ningún valor, ya que Richard sabrá que es una mentirosa compulsiva.

—Hola, Joanne —dice Richard, sonriente. Entonces, su expresión se ensombrece—. ¿Todo bien? Pareces molesta.

Sé cómo pinta todo esto: no muy favorecedor. Estoy de pie al final de las escaleras, mirándolos desde arriba, como la segunda esposa celosa con el bebé llorando en brazos. Cualquier observador ajeno pensaría que el problema soy yo.

Fuerzo una sonrisa.

—Todo bien. Solo estoy un poco cansada.

—¿Por qué estás cansada, Joanne? —pregunta Chloe con inocencia, arrimándose más a Richard—. No es que hayas hecho mucho hoy, aparte de ir de tiendas.

Me muerdo la lengua y finjo otra sonrisa.

—Tienes razón.

Richard se desabrocha el abrigo. Está a punto de colgarlo, pero Chloe se lo quita de las manos.

—Ya lo hago yo, papi. Llevas todo el día trabajando, mejor vete a relajarte al salón.

Él le sonríe con cariño y le besa la coronilla.

—Gracias, tesoro. ¿Has cenado ya?

—No —responde, y se vuelve hacia mí—. ¿Y tú, Joanne?

Sabe perfectamente que no. Finjo una tercera sonrisa. Al menos estoy mejorando lo de sonreír en el momento justo, aunque no sé si alguien se lo tragará.

—Pensé que sería mejor esperarte, Richard. Está calentándose en el horno.

Richard se frota las manos.

—¡Genial! Me muero de hambre.

Coloco a Evie en la trona. A estas horas, debería estar dormida, pero ahora que ha llegado Richard, será imposible persuadirla. Lo intentaré de nuevo en media hora más o menos.

En la mesa, Chloe se sienta cerca de Richard y apoya la cabeza en su hombro. Le cuenta qué tal le ha ido el día con voz añorada y aflautada.

—Y después fui con Joanne al pueblo para ayudarla con Evie.

Richard pregunta si lo pasamos bien. Lo cual es una manera de verlo, supongo. Estoy a punto de decirle la verdad: que no lo pasamos bien, que su hija es una niña mimada y mentalmente inestable, que quería acercarme a ella, pero hasta yo tengo mis límites.

—Solo fuimos a comprar comida —digo—. Nada del otro mundo.

Los dos me miran con la cabeza inclinada, sonriendo, pero también ligeramente desconcertados, como si tuviera que decir algo más. Suena un teléfono en la habitación contigua. No es el mío. Chloe da un bote y sale corriendo de la habitación.

—¡Yo lo cojo!

Me inclino hacia delante.

—¿Tienes idea de lo que me ha dicho hoy?

Se le hunden los hombros.

—¿Qué ha dicho ahora? —pregunta a regañadientes.

—Al parecer, tienes una aventura. —Me reclino en el asiento, esperando ver cómo la sorpresa se refleja en su rostro.

Él se echa a reír para sí mismo.

—¿Con quién?

Oigo a Chloe hablando en la otra habitación.

—Una mujer alta, rubia y joven de piernas larguísimas.

Se frota el mentón.

—Ya veo. Te das cuenta de que estaba de broma, ¿no?

Levanto las manos y dejo que vuelvan a caer.

—No estaba de broma.

—No, claro que no. Porque, como imaginarás, las mujeres jóvenes, altas y preciosas de piernas larguísimas hacen cola en la puerta para acostarse conmigo. A menudo me dicen que soy el vivo retrato de Brad Pitt, pero más guapo y con mejor cuerpo.

—No era broma, Richard. —Evie tira su vaso vacío al suelo. Lo recojo y le doy el sonajero en su lugar—. Estaba fascinada y deseando escuchar más de tus exparejas. No dejaba de preguntarme por Isabella. Y me repitió que no me querías.

Suspira como si llevara el peso del mundo sobre los hombros.

—Joanne, por favor. Ya empiezo a aburrirme, y, a decir verdad, no suena en absoluto a algo que Chloe diría. Simplemente no me lo

creo.

Es entonces cuando me doy cuenta de que he caído de bruces en la trampa que me ha tendido. Se ha inventado esa historia de Richard y su aventura porque *quería* que se lo contase para hacerme quedar como la esposa celosa e insegura que está encerrada en casa. Y tiene razón. Es decir, quiero a mi marido con locura, pero la idea de que se lo esté montando con una supermodelo es, en fin, poco creíble.

—No sé por qué vas siempre contra Chloe. No pensaba que fueras ese tipo de mujer, de verdad.

—¿Qué tipo de mujer?

—El tipo que no puede aceptar que un padre tenga una buena relación con su hija de otro matrimonio. Últimamente, solo me vienes con quejas. Chloe ha sido muy amable contigo. Siempre está intentando ayudar. No sé por qué estás tan obcecada con ella.

—Richard. Siento decírtelo, pero creo que no la conoces muy bien.

Deja caer el tenedor con estruendo.

—No te atrevas a hablarme así.

—Es una niñata mimada. Está completamente obsesionada contigo. Odia a cualquiera que se interponga entre ella y tú.

—Nadie puede interponerse entre Chloe y yo.

—Pero ella cree que sí. Y eso nos incluye a mí y a Evie. Cuanto antes se marche de esta casa, mejor.

Justo entonces, Chloe vuelve a la habitación dando saltitos como una niña pequeña. Se inclina para besarle la mejilla a Evie, haciéndola sonreír extasiada.

—*Había diez en la cama y el más pequeño dijo... ¡Rodemos! ¡Rodemos!* —canta Chloe risueña, con las manos entre los muslos mientras mira a Evie. Evie se echa a reír sin control. Maravilloso. Otra actuación digna de un Oscar. Y parece que surte efecto. Richard las mira con adoración, con los ojos húmedos de emoción. Se me ocurre que seguramente se la cantaba a Chloe cuando era pequeña, como se la canta a Evie ahora.

—*¡Entonces todos rodaron y uno se cayó!* —grita Chloe, y lo remata con un beso en la cabeza de Evie antes de sentarse junto a

su padre. Él le pasa un brazo protector por los hombros, mirándome como si fuese el diablo en persona.

—He estado pensando en lo que quiero hacer con mi futuro —dice Chloe.

—¿A qué te refieres, cariño?

—Eso —digo—. ¿A qué te refieres, cariño?

Me echa una mirada de soslayo y me sonrío a medias. Un escalofrío me recorre la espalda.

—La verdad es que estoy aburridísima.

Richard chasquea la lengua.

—Lo siento, cariño. Sé que no hay mucho entretenimiento por aquí.

—Exacto. Por eso estoy pensando en marcharme.

Richard me lanza una mirada horrorizada, como dando a entender que de alguna forma es culpa mía. Intento no dejar ver mi felicidad mientras mi corazón hace un bailecito. De hecho, tengo que esforzarme bastante para no saltar de alegría.

—¡Cariño! ¿Por qué? —exclama él—. ¡Esta es tu casa! ¿No te sientes bienvenida aquí?

—Bueno... —Juega con la comida del plato.

—¿Por qué tan pronto?

—Richard —lo interrumpo—. Deja que se marche si es lo que quiere. Si Chloe está aburrida, debería volver con sus amigos. No sería justo obligarla a quedarse.

Me mira con el ceño fruncido.

—¿Y cómo te las arreglarás?

Sonrío.

—Como siempre lo he hecho, cielo.

—¿Y qué pasa con tu trabajo?

—Oh, no creo que eso sea un problema —dice Chloe—. ¿No es así, Joanne? —Me noto enrojecer. Por la forma en que sonrío, es evidente que ya sabe que he renunciado. Debía estar escuchando a escondidas mientras hablaba por teléfono.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Richard.

He estado observando cómo Evie se inclina hacia un lado en la trona, con los brazos extendidos hacia su padre, pero él la ignora

por completo, algo muy extraño en él. Evie se impacienta y tira su elefante de juguete al suelo. Lo cojo, le soplo un poco, lo sacudo en el aire y se lo devuelvo. Lo vuelve a arrojar al suelo. Richard se esfuerza tanto por fingir que no se da cuenta que es como si Evie no estuviera siquiera en la habitación. Apuesto a que es porque está Chloe. Me he dado cuenta de que procura no prestarle demasiada atención a Evie cuando Chloe está cerca. O, al menos, ya no, porque antes sí se la prestaba, así que intuyo que algo ha notado. Pienso en la forma de mirar a Evie que tenía Chloe cuando Richard le estaba dando de comer, como si le guardara inquina, y me pregunto si Richard lo habrá notado también.

—¿Qué ha pasado con tu trabajo? —insiste Richard.

Me vuelvo a sentar.

—Por desgracia, no tenían tanta tarea como esperaban. —Miro fijamente a Chloe mientras lo digo, desafiándola a contradecirme.

—Qué pena —se lamenta Richard—. Aunque no hay mal que por bien no venga.

—Así tendrás más tiempo para hacer la reforma de la casa —dice Chloe con una sonrisa—. En fin, como ya no me necesitáis, seguramente vuelva a Londres.

—Creo que tiene mucho sentido —digo. Noto que Richard está a punto de protestar.

—Pero tengo que marcharme el miércoles de la semana que viene. ¿Seguirás aquí para entonces? Volveré el viernes por la noche.

Chloe levanta la cabeza para mirarlo.

—¿Te vas? ¿A dónde?

—A Ámsterdam, para la Cumbre de Venture Capital.

—Me las apañaré, Richard —digo con los labios apretados.

—Quizás podría quedarme hasta que vuelva papá —ofrece Chloe.

—Gracias, pero lo digo en serio. Estoy acostumbrada a estar sola con Evie.

—Creo que será mejor que me quede.

—No harías más que darme trabajo. En serio, puedes irte.

—Creo que debería quedarme. ¿Tú qué piensas, papi?

Richard sonríe con orgullo a su hija.

—Te voy a decir qué haremos. Me voy a pedir unos días libres cuando vuelva del viaje y así podremos pasar algo de tiempo de calidad juntos. Solos tú y yo. Ya iba siendo hora.

—No importa, papi. Tienes que trabajar y pagar todas estas cosas tan bonitas. —Extiende un brazo para abarcar la habitación—. Y también tienes que mantener a Joanna.

Estoy tan cansada de este teatrillo que me veo levantando la mano.

—Me llamo Joanne.

Ella se vuelve hacia Richard.

—¡Es lo que he dicho!

Richard la manda a callar con dulzura.

—Además —continúo—, nunca le he pedido dinero a tu padre. Tu padre ha comprado esta casa, es cierto...

—Y todo lo que hay en ella —dice impertérrita.

—Chloe, por favor —la regaña Richard con amabilidad.

—Y todo lo que hay en ella, sí, pero yo le he dejado elegir. —Lo cual no es estrictamente cierto, pero a estas alturas, no puedo andarme con tecnicismos—. Soy capaz de mantenerme yo misma —digo con frialdad.

Chloe inclina la cabeza.

—¿En serio? ¿Cómo?

Me aparto el cabello de la cara.

—Bueno, por ejemplo, me pago mi propia ropa.

Me revisa de pies a cabeza.

—No tienes que jurarlo —murmura.

—Y puede que no te lo creas, Chloe, pero tengo mi propio dinero.

—Vaya, disculpa, pensaba que eras agente inmobiliaria. No sabía que eras heredera, ¡qué pasada!

¿Se acaba de reír Richard? Se vuelve hacia mí con el semblante serio y las cejas muy juntas.

—Es cierto. Joanne tiene un buen colchón.

—Interesante —dice Chloe—. ¿Y cómo lo hiciste? ¿Tenías otro marido rico antes de papá? —Se inclina hacia delante con los ojos muy abiertos—. ¿Lo mataste para quedarte con el dinero?

—Chloe, por favor —dice Richard.

—Solo bromeaba, papi.

—Lo sé, pero aun así.

Miro a Chloe fijamente a los ojos.

—No me importa el dinero de tu padre. Estoy aquí porque lo quiero. Puede que no te lo creas, pero eso dice más de ti que de mí.

Se hace un silencio que parece eterno. Chloe es la primera en hablar.

—En fin, ya que quieres que me quede, papi, te esperaré con mucho gusto hasta que vuelvas.

Richard le besa la coronilla.

—Gracias.

Decido intentarlo una última vez.

—En serio, me las apañaré sola. Estoy acostumbrada. No hace falta que te quedes.

A Chloe empieza a temblarle la barbilla.

—Es imposible acertar contigo, ¿eh? Solo estoy intentando ayudar, que lo sepas. —Sus ojos se anegan de lágrimas, como si hubiese abierto un grifo invisible. Se pasa las yemas de los dedos por la mejilla—. No sé qué más hacer para caerte bien, Joanne. De verdad que no. —Se vuelve hacia Richard haciendo pucheros—. ¿Qué es lo que hago mal, papi?

Creo que voy a gritar. Richard me toma de la mano y la aprieta tan fuerte que se le ponen blancos los nudillos.

—Por supuesto que no estás haciendo nada mal, tesoro. A Joanne le encantará acogerte mientras yo no estoy. ¿No es así, Joanne?

No me suelta la mano. No voy a ganar esta batalla. Quiere creerse cada palabra que sale de la boca de su preciosa hija y nada de lo que diga o haga le convencerá de lo contrario.

—Además, esta es tu casa tanto como la nuestra. ¿A que sí, Jo?

—Claro. Esta es tu casa, Chloe.

Richard me da otro apretón en la mano, esta vez más suave.

—Y claro que puedes quedarte mientras Richard no está. De todas formas, solo serán un par de días. —Respuesta equivocada. Me doy cuenta en cuanto las palabras salen de mi boca—. Aunque,

por favor, quédate el tiempo que necesites después. Esta casa también es tuya.

Ella vuelve a sentarse.

—De acuerdo. Creo que eso haré.

Esa noche, vuelvo a descargarme la aplicación de vídeo en el móvil. Richard, como era de esperar, se ha retirado a la habitación de invitados.

No estoy segura de poder visualizar todavía los vídeos, pero como no he cancelado la suscripción —ni siquiera se me ha ocurrido—, espero que cuando inicie sesión sigan ahí.

Y así es.

Vuelvo a revisarlos. Todos. Tiene que haber algo que pueda mostrarle a Richard, algo que demuestre que Chloe no es tan inocente como él cree. Tengo que encontrarlo antes de que ella le enseñe la foto retocada. No estoy segura de si lo hará, pero no veo un motivo para no hacerlo. Y, aunque Richard me creyera a mí —y lo dudo mucho, ya que eso implicaría que su preciosa hija es una mentirosa— despediría a Simon de todas formas.

Más vale prevenir que curar.

Examino los vídeos hasta que siento los ojos como recubiertos de arena, pero no encuentro nada, al menos nada que no haya visto antes, así que vuelvo a reproducirlos todos. Porque a esa chica le pasa algo, y voy a descubrir qué. No importa lo que tarde.

Dos horas y cincuenta y cinco minutos. Es lo que tardo en encontrar algo que hace que me incorpore en la cama.

Está oscuro, será la última hora de la tarde. Evie está dormida en su cuarto. Seguramente estemos abajo. En cierto momento, hay movimiento. La lamparita de Evie no está encendida, pero, si entornas los ojos, se ve una sombra contra la pared del fondo.

Chloe. Está agachada en un rincón de la habitación. Entonces Evie empieza a llorar y literalmente un segundo después la sombra sale de la habitación.

Me siento, tapándome la boca con una mano. Richard entra en el dormitorio. Enciende la lamparita, coge a Evie y la calma, empieza a

trastear con el calentador de biberones.

Después de eso no ocurre nada más. Solo aparezco yo dos horas más tarde para coger a Evie y llevármela a mi habitación. Pero después de aquello, vigilo cada segundo de grabación con el corazón en un puño. Porque no tengo ni idea de qué hacía Chloe ahí, agachada en la oscuridad.

Pero me pone la carne de gallina.

## Capítulo Treinta

---

Chloe se ha levantado temprano, algo extraño en ella. Especialmente un sábado. Estoy arriba en mi habitación, con Evie apoyada en la cadera. Doy un sorbo al café y me asomo a mirar por la ventana: Richard y Chloe están en el jardín. Ambos están de espaldas a mí. Richard hace visera con la mano y echa un vistazo alrededor. Cuando se vuelve hacia mí, me llevo tal sobresalto que doy un paso atrás con el corazón acelerado.

Lleva consigo su escopeta, la que usa para practicar el tiro al plato. La tiene abierta y apoyada con cuidado en el hueco del brazo, pero aun así, odio ese trasto.

Acuesto a Evie y salgo corriendo al exterior.

—¿Qué estáis haciendo?

Ahora es Chloe quien la sujeta. Cerrada. Me apunta con ella.

—Tesoro. Por favor —dice Richard, bajando con suavidad el cañón.

—Solo era una broma.

—Lo sé, pero no tiene gracia.

—¿Estás enseñando a Chloe a disparar? —pregunto, con los puños firmemente apoyados en las caderas.

—Por favor, no dramatices, Joanne. No está cargada.

—¿Que no dramatice? —Estupendo. Mi hijastra está chalada y su padre le está enseñando a disparar. Y soy yo la que dramatiza.

—Voy a llevar a Chloe a practicar el tiro al plato cuando vuelva de Ámsterdam. Había pensado en enseñarle cómo manejar una escopeta.

—¿En Ascot? —dejo escapar, como si eso cambiara algo.

—Esta vez no. Iremos a Brookwood. —Le aprieta el hombro afectuosamente.

—Vaya, eso es maravilloso —espeto, cruzándome de brazos. Mientras, Chloe apunta con la escopeta a todo: al cielo, al perro, a mí. Cada vez que cambia de objetivo, suelta un pequeño «ipium!».

Richard le quita la escopeta y la abre, vuelve a colocársela en el pliegue del brazo y pasa el otro por los hombros de Chloe.

—¿Me haces el *favor* de guardar eso? ¿Bajo llave?

Chloe me lanza una mirada torva, como si fuese el Grinch que robó la Navidad.

—Siempre está bajo llave, Joanne —replica Richard con parquedad. Lo cual es cierto. La guarda en un armario cerrado en su despacho, el cual también está cerrado la mayoría del tiempo.

—Bueno, pues ahora no lo está —salto.

—¿Era necesario mostrarle a Chloe tu escopeta? —pregunto más tarde cuando Richard vuelve a entrar.

—No sé por qué montas siempre tanto revuelo, Jo. De verdad. Te dije que no estaba cargada. ¿Por qué te pones así?

—Quizás porque Chloe estaba escondida en el dormitorio de la niña la otra noche —se me escapa.

Él pestañea unas cuantas veces.

—¿Escondida?

—La vi.

Cierra los ojos durante un segundo.

—Joanne. Por favor.

—Te estoy diciendo la verdad.

—¿Me vienes con estas porque he pasado un rato con Chloe, disfrutando de un poco de tiempo a solas entre padre e hija? ¿Es eso?

Antes de que pueda responder, sale de la habitación.

Acuesto a Evie en su cuna, agarro el monitor y salgo de puntillas por el pasillo hasta mi despacho. Así es como están las cosas: tengo que andar de puntillas por mi propia casa porque no quiero que Chloe sepa dónde estoy. ¿De verdad se irá el próximo fin de semana? Dios, sería maravilloso. Estoy deseando estar a solas con Richard y Evie. Nunca más me quejaré de sentirme sola. Jamás. Pero ¿decía Chloe la verdad? Eso implicaría renunciar a su plan de separarnos, obligarme a marcharme o lo que sea que haya estado tramando, y por algún motivo, me cuesta creerlo.

No confío en ella. Estaba dispuesta a otorgarle el beneficio de la duda y dada su infancia trágica, aceptar que fuese... un bicho raro. Tratar de estrechar lazos con ella. Pero ¿y si ella tuviese *algo* que ver con esa infancia trágica? ¿Y si...? Dios. Ni siquiera puedo soportar la idea, aunque al mismo tiempo, creo que debo contemplarla.

Si Chloe estaba tan celosa de su hermanita como Diane afirmaba, ¿es posible que tuviese algo que ver con su muerte?

Cierro la puerta tras de mí y enciendo el ordenador. Vuelvo a los artículos de internet del periódico de Essex. Ambos tienen al mismo periodista como autor, un tal Jim Preston. Escribo su nombre en la barra de búsqueda y encuentro otras historias con su firma, todas publicadas en el mismo periódico local. Debieron de asignarle todas las noticias de crímenes, porque escribía exclusivamente sobre ello. Eso y accidentes de tráfico mortales. La última historia a su nombre está fechada el 15 de abril de 2014, y después no hay nada más.

Me recuesto en el asiento y me doy golpecitos en el mentón. Ojalá pudiese hablar con este Jim Preston, descubrir si sabe algo de Chloe. ¿Hubo especulaciones sobre la muerte de Sophie? ¿Algún rumor sobre la implicación de Chloe?

Hago clic en la página «Contacto» del sitio, esperando encontrar algunos enlaces a redes sociales y quizás un formulario o una

dirección de correo electrónico, así que me sorprende ver varios números de teléfono de departamentos como ventas o publicidad, incluso un departamento de quejas.

Pruebo con Jeff Stubbs, redactor de contenido, ya que no creo que el personal de ventas sepa de lo que estoy hablando. Pensaba que tendría que esperar hasta el lunes, pero entonces reparo en que es un teléfono móvil, como todos los demás al parecer. Supongo que hoy día, todo el personal teletrabaja.

—¿Quién es? —pregunta Jeff Stubbs. No parece molesto en absoluto porque lo hayan llamado un sábado, solo perplejo. Repito mi pregunta. Me he inventado una mentirijilla piadosa: tengo una historia local que quiero ofrecerle solo a Jim Preston porque ya he trabajado con él en el pasado. Una historia sobre un delito, le digo. Un crimen real. Muy turbio. Jeff Stubbs sigue sin tener ni idea de qué estoy hablando. Menciono el artículo de «Mujer de Essex hallada muerta tras caer de un balcón». Oigo el repiqueteo del teclado.

—Ah, sí, ya veo. Jim Preston. Creo que se retiró del periodismo.

—Oh. —Siento una punzada de decepción. Si se retiró en 2014, ¿estará siquiera vivo? —. ¿Hay un número al que pueda llamarlo? Es muy importante.

Nadie en su sano juicio daría un número de teléfono a una completa desconocida. Está claro que me sugerirá llamar él mismo a Jim Preston para pasarle el mensaje.

—Un segundo. —Otra vez el *tactac* del teclado—. ¿Tiene un bolígrafo?

Me coge tan de sorpresa que me apresuro a buscarlo con torpeza, pero él ya me está dando el número y tengo que pedirle que me lo repita. Cuando levanto la vista hacia la ventana, veo a Chloe con mi bicicleta. Me aguanto el sentimiento de disgusto por que siempre la coja sin preguntarme. Al fin y al cabo, si voy a llamar a Jim Preston, este es el momento ideal. Pero ¿qué le voy a decir? ¿Que sospecho que la hija de mi marido roza lo psicópata, que me preocupa el bienestar de mi niña, y que si tiene algún consejo?

Me recuerdo a mí misma lo que dijo Robyn: «Confía en tus instintos». Mis instintos, ahora mismo, están gritando. Dicen que a

esta jovencita le pasa algo grave y que, si no averiguo lo que es, alguien saldrá herido.

Llamo al número. Una voz de hombre responde al segundo tono.  
—¿Señor Preston? Mi nombre es Joanne Atkinson.

Durante los siguientes diez minutos me explayo y divago, sin elaborar algo mínimamente coherente porque no me he preparado para esta conversación. Al menos, Jim recuerda bien el caso.

—Fue una historia inusual. Un completo drama, como puede imaginar. Pero no sé cómo puedo ayudarla. Toda la información sobre la muerte de la señora Atkinson es de dominio público.

Me incomoda oírle decir «la muerte de la señora Atkinson». Es como una especie de premonición, dado que yo soy, a fin de cuentas, la señora Atkinson.

—Bueno... Como he dicho antes, mi hijastra se ha mudado con nosotros, pero es muy retraída, muy tímida, y me pregunto cómo puedo ayudarla a que se sienta como en casa. —Es evidente que estoy improvisando sobre la marcha—. Estoy intentando entender qué pasó desde su perspectiva. En el artículo, el segundo, dice que pudo haber un intruso. Pero más adelante la policía lo descartó. ¿Sabe usted por qué?

—Porque no había ningún intruso.

—Pero ¿cómo lo sabe?

—Porque la niña cambió de opinión. Hablé con la policía en aquel momento. Me dijeron que cambió la versión de la historia en cuanto le explicaron que ninguno de los vecinos vio pasar ningún coche aquel día. Verá usted, aunque los vecinos estaban a kilómetros de distancia, todos viven a lo largo de la misma carretera. Y cuando un coche pasa por allí, lo notan. Pero aquella noche, nadie oyó ni vio ningún coche. El intruso, si es que existe, presuntamente habría ido hasta allí para robar algo, y habría llegado a pie. Y la verja principal de la propiedad estaba cerrada, como siempre. Las únicas huellas frente a esa puerta eran las del repartidor de la tienda de comestibles, Richard y Diane Atkinson y Chloe. Pero eso no es todo. El señor Atkinson había programado el sistema de seguridad interno antes de marcharse, así que había cámaras por toda la propiedad. La policía revisó las grabaciones y nadie pasó por la casa aquel día.

Solo el repartidor a la mañana siguiente. Y tampoco había señales de que hubieran entrado a la fuerza. En cuanto la policía le expuso todo esto a Chloe, ella cambió de versión. Dijo que quizás se había equivocado y no había ningún intruso. Y le voy a decir algo más: yo mismo tuve mis dudas sobre la historia de esa chica.

—¿Qué dudas?

—Creo que se inventó al intruso para desviar la investigación de sí misma hasta que se dio cuenta de que era una pérdida de tiempo.

Me llevo la mano a la boca. Sabía que a Chloe le pasaba algo, pero nunca se me ocurrió pensar... ¿Su propia madre? No. No es posible.

Tengo los ojos fijos en la ventana. Chloe ya está de vuelta. Ahora mismo, es un punto diminuto a lo lejos, pero llegará pronto. Y, aunque no ande cerca, me descubro a mí misma susurrando:

—Necesito saber más. Tengo una niña pequeña, mi marido pasa mucho tiempo fuera...

—¿Y esa joven vive con usted?

—Sí.

—Entonces no se acerque mucho a ninguna barandilla, señora Atkinson.

Jim Preston no quiere dar más detalles por teléfono.

—Estoy libre para comer el lunes. Hay un restaurante de comida sudamericana cerca de la Catedral de San Pablo. Le mandaré la dirección.

## Capítulo Treinta Y Uno

---

No veía la hora de que llegase el lunes. Tengo a Evie acurrucadita en un portabebés encima del pecho, con la mochila cargada de pañales y fórmula preparada, ya que es imposible ir en coche a Londres con el tráfico que hay. Tardaría horas y jamás conseguiría aparcar cerca de San Pablo.

Normalmente, la idea de hacer un viaje en tren de una hora con Evie me daría espasmos de ansiedad, pero hoy estoy impaciente por salir de la casa y alejarme de Chloe. También por escuchar lo que tenga que contarme Jim Preston.

Dejo una nota en la cocina para avisar de que estaré fuera todo el día y voy de puntillas hasta la puerta principal esperando escabullirme sin que Chloe lo note, cuando Evie empieza a llorar. Posiblemente porque la he envuelto en tantas capas de ropa que parece un *papoose*.

—¿A dónde vas? —pregunta Chloe. Ha aparecido frente a la puerta de doble hoja que lleva a la sala de estar. Oigo la televisión desde aquí. Da un mordisco a una manzana.

—Voy a salir —digo, tratando de sonar alegre y despreocupada, algo difícil de conseguir con un bebé berreando y atado a mi pecho.

—Ya, eso lo veo, pero ¿a dónde?

¿Por qué esta obsesión con saber dónde estoy y a dónde voy a todas horas?

—Voy a Londres.

—¿Por qué?

—Tengo cita con mi... —Iba a decir mi médico, pero sabe que pillará cerca de aquí. Querrá saber por qué he tardado tanto. En serio, vivir con una psicópata en potencia es agotador. Hay que tenerlo todo bien atado.

—Un especialista —termino diciendo.

Ella frunce el ceño.

—¿Qué tipo de especialista?

—Un especialista médico. —Echo un vistazo a mi reloj—. Tengo que irme ya.

—Puedes dejarla aquí si quieres. —Apunta con el mentón a Evie, que para de llorar de inmediato—. No me importa.

Me estremezco.

—No hace falta. Voy a quedar de nuevo con mi amiga Robyn y se muere de ganas de ver a Evie, así que comeremos juntas.

—Qué bien. Así que vas a comer con una amiga y quizás vayas de compras ya que estás allí.

—Sí. A lo mejor.

—Echo de menos la ciudad, al estar aquí atrapada. —Suspira de forma dramática—. ¡Eh, ya lo tengo! Iré contigo.

—¡No! O sea... Es que no sé cuánto tiempo estaré con el especialista. A veces puede alargarse horas.

—No me importa, tengo muchas compras pendientes. ¡Podemos vernos luego y así como contigo y tu amiga! —Me pasa el corazón de la manzana—. Voy a por mi bolso.

—Mira, Chloe, es que hace mucho tiempo que no veo a Robyn y...

Se vuelve cuando ya va por la mitad del tramo de escaleras.

—¿A tu amiga Robyn? Pero si comisteis juntas la semana pasada. Me paso el dedo por la ceja y froto.

—Quería pasar el rato...

—¿Haciendo qué? Solo vas a comer con una amiga que ves siempre, ¿no? ¿O le digo a mi padre que odias tanto mi compañía que ni siquiera quieres presentarme a tu amiga? Que has insistido en dejarme sola en casa todo el día. ¿Eso es lo que quieres que le diga?

Como si Richard necesitase más excusas para creer que soy la madrastra malvada del cuento.

—Pensándolo mejor, parece que va a llover. Creo que me quedaré en casa. Como has dicho, solo es una comida...

—Pero, Joanne, te olvidas de tu cita médica.

Me muerdo el labio inferior.

—Mira. Tengo mucho que hacer en la ciudad y bastantes cosas en la cabeza. Lo cierto es que me gustaría estar sola.

Las comisuras de su boca se vuelven hacia abajo y empieza a temblarle la barbilla.

—No irás a llorar en serio, ¿no?

Sacude una mano.

—Nah, solo era una broma. Vale, haz lo que quieras.

Casi dejo caer la cabeza del alivio. Me vuelvo y me apresuro hacia la puerta antes de que cambie de opinión.

—No todo es lo que parece, ¿sabes?

Me paro en seco. Está apoyada en la pared, examinándose las uñas con toda tranquilidad.

—¿Y eso qué significa?

—Tendrás que averiguarlo tarde o temprano. —Se vuelve para subir el tramo de escaleras que le queda—. Cuanto antes, mejor.

Llego tarde a la comida por unos pocos minutos.

—¿Joanne?

El hombre que me sonríe a la espera parece estar entrando en los cuarenta como mucho; tiene el pelo moreno salpicado de unas pocas canas, orejas prominentes y una amplia sonrisa que enseña todos los dientes. Lleva un traje oscuro.

Se levanta para estrecharme la mano.

—Jim Preston. ¿Cómo está?

Niego con la cabeza.

—Lo siento. Esperaba a alguien más mayor. Pensaba que se había retirado. Es lo que me dijeron cuando me dieron su número.

—¿En serio? —Aparta una silla para mí mientras me quito la mochila. Una camarera trae una trona a la mesa y libero a Evie del portabebés. Parece encantada y le sonrío a Jim Preston, que agita los dedos en su dirección.

Quizás deberíamos salir más.

—Me he retirado de escribir sobre accidentes de tráfico y altercados con las drogas en pueblos pequeños, si se refiere a eso —dice Jim, sentándose de nuevo—. Cuando era joven, soñaba con desvelar grandes exclusivas, quizás ganar algún premio de periodismo, pero acabé cubriendo las noticias locales. Entonces, mi mujer y yo tuvimos un bebé... —Sonríe a Evie y vuelve a mirarme—. En fin, no hace falta que se lo explique. Necesitaba un trabajo de verdad, uno con beneficios laborales. Ahora soy analista de datos. Trabajo cerca de aquí para uno de los grandes bancos.

—Oh, mi marido también se dedica a las finanzas.

Él asiente.

—Sí, me acuerdo. ¿Se ha retirado?

—¿Retirado? Dios, no. No es tan mayor. —Sonrío.

—No quería decir... Solo recuerdo algo de su empresa por entonces, estaban cerrando o algo por el estilo.

Niego con la cabeza.

—No estoy segura. Ahora lleva su propio banco de inversión con servicios especializados.

Llega la camarera. Jim pide un plato de pollo marinado a la parrilla y arroz. Yo lo imito.

—En fin —dice cuando ya se ha marchado—. No era de eso de lo que quería usted hablar. ¿Cómo puedo ayudarla?

—Me preocupa tener a Chloe en casa. Tiene un comportamiento muy extraño, sobre todo con Evie. —Ambos la miramos. Tomo aire—. Estoy muy preocupada, Jim. ¿Puedo llamarte Jim?

—Por supuesto. Y no te culpo, Joanne. Yo también estaría preocupado si estuviera en tu piel.

—Dijiste que se retractó de la primera versión que contó a la policía. ¿Puedes contarme más? Pareces insinuar que mentía.

Se rasca la barba incipiente de la barbilla.

—Según lo que me contó la policía, al principio dijo que había alguien más en la casa y que oyó a su madre discutir con alguien antes de caer. Cuando le explicaron lo difícil que era corroborar algo así, se aturulló. Admitió que se había equivocado, que quizás no oyese a nadie, solo a su madre. Cada vez que abría la boca, contradecía lo que había dicho minutos antes. Fue entonces cuando intervino su padre. Contrató a un abogado, uno de los buenos, y pusieron fin a las entrevistas. Alegaron que era demasiado angustioso para ella, pero conocía bien al detective a cargo del caso, y dejó caer que creían que estaba mintiendo.

La camarera nos sirve los platos. Creo que voy a vomitar.

—¿Crees que empujó a su madre? —dejo escapar.

Él no responde.

—En tu artículo no mencionabas que la policía pensaba que mentía.

—Nadie fue capaz de demostrarlo. ¿Y si me equivocaba? Quizás estaba conmocionada y confusa de verdad. —Se encoge de hombros.

—Pero no crees que estuviese confusa.

—Míralo de esta manera. ¿No te parece extraño que esperase junto a su madre muerta todo el día? Tenía once años, no tres. Podría haber conectado uno de los teléfonos y haber pedido ayuda. Pero no lo hizo. Cuando...

Levanto la mano.

—Espera. Retrocede. ¿Conectar los teléfonos?

—Ah sí, eso tampoco llegó a aparecer en el artículo. Todos los teléfonos de la casa estaban desconectados del enchufe. Todos. Al parecer, era un jueguito que le gustaba a Chloe: desenchufar todos los teléfonos cuando sus padres estaban en casa para que no sonasen. Lo había vuelto a hacer, pero por algún motivo... —Levanta el cuchillo y el tenedor—. Se le olvidó.

—¿Se le olvidó?

—Que los había desconectado, sí. —Se inclina hacia delante—. Podría haber salvado la vida de su madre si hubiese llamado a emergencias.

—¿Qué? —Levanto demasiado la voz y Evie suelta el biberón. Bajo el tono de nuevo—. Pero si murió con la caída.

—No, qué va. Nadie sabe exactamente cuánto tardó en morir, pero pudieron ser hasta unos veinte minutos.

Mi mano vuela directa a la boca.

—Y te contaré otra cosa que no llegó a aparecer en el artículo. Estaban reformando esa casa.

—¿En serio?

Él asiente.

—Estaban en proceso de reemplazar todos los pasamanos. En el tercer piso, la mitad ya estaban desmontados. Cualquiera que se apoyase contra esa barandilla, dejaría su vida en sus propias manos. Literalmente. —Levanta una mano—. Lo sé, sé que había tomado una copa. Vi el informe de la autopsia.

Me masajeo la frente.

—Creo que fueron varias copas —digo, haciendo de abogada del diablo—. Estaba deprimida. Tenía conductas suicidas.

—Le puso un chorrito de ron al café aquella tarde. No iba borracha. Toda la historia daba muy mala espina. Más tarde, intenté acceder al historial médico de su estancia en la unidad de psiquiatría, pero, ya sabes, hay leyes que lo prohíben.

—Entonces debes saber lo mal que estaba Diane —digo, sin dejar de ser la abogada del diablo—. Una no va a la unidad de psiquiatría a no ser que tenga problemas muy graves.

—No hablaba de la señora Atkinson. Hablaba de la niña.

Me quedo boquiabierta.

—¿Una unidad de psiquiatría? ¿Para Chloe?

—Verás, decidí hacer un seguimiento de la historia un año después. Llámalo curiosidad profesional. No escribí sobre ello, pero descubrí que habían derivado a Chloe a un hospital psiquiátrico infantil, y que estuvo ingresada tras la muerte de su madre. Averigüé el paradero del señor Atkinson para preguntarle al respecto, pero no me devolvía las llamadas. Entre tú y yo, creo que

movió algunos hilos. Opino que había alguna sospecha sólida de que Chloe tuvo algo que ver con la muerte de su madre. Creo que llegaron a algún tipo de acuerdo. De que, si conseguía ayuda, las autoridades no seguirían investigando.

—¿Es posible que hiciese algo así?

—Tenía contactos y tenía dinero. No estoy diciendo que lo hiciese, no. Solo es una hipótesis.

Evie aparta el biberón. Lo dejó en la mesa y bajo la mirada a mi plato. Es imposible que pueda comer después de algo así.

—Sé que tuvieron otra hija, Sophie, que murió a los pocos meses de nacer.

Él asiente.

—Sí, de muerte súbita. Se mencionó durante la investigación. Apuntaba al estado mental de la señora Atkinson.

—¿Crees que Chloe tuvo algo que ver con eso? —Me muerdo el labio.

Él parece meditarlo.

—No lo sé, la verdad. ¿Que si creo que es posible? Sí. ¿Que si creo que mató a su madre? No lo sé, pero hay demasiadas preguntas abiertas como para descartarlo. Te diré algo más, eso sí. Vi al señor Atkinson y Chloe juntos una vez, cuando fui a la casa a hablar con él para mi artículo. La despachó enseguida a su habitación, pero vi cómo lo miraba. Con absoluta frialdad. Como si estuviese muerta por dentro. Me dio escalofríos. Entonces capté la mirada del señor Atkinson y créeme, Joanne, estaba aterrado. Ese hombre tenía miedo de su hija de once años.

## Capítulo Treinta Y Dos

—¿Malas noticias?

Chloe está en la entrada del dormitorio de la niña. Se mete una uva en la boca y me arranca un escalofrío.

—¿Por qué lo dices? —pregunto con inocencia mientras acuesto a Evie en el cambiador.

—Has tardado siglos en volver. Así que los resultados de las pruebas serán malos, ¿no?

Los resultados de las pruebas.

—No; o sea, sí, malos. Malas noticias. No quiero hablar de ello.

—¿Y qué te pasa, si puede saberse? —pregunta.

—Ya te lo he dicho. Necesitaba hacerme unas pruebas, eso es todo. —Le acaricio la mejilla a Evie. Le tiemblan las pestañas como si estuviese a punto de dormirse—. Como decía, Chloe, ahora mismo no quiero hablar del tema.

Se despegas del marco de la puerta.

—Pues vale.

Cuando se marcha, repaso mentalmente lo que me ha dicho Jim. Vivo con una joven demente que, con mucha probabilidad, ha

matado a su hermana pequeña y a su madre.

¿Será que Richard le tiene miedo? ¿Por eso siempre se pone de su parte? Es lo que ha dicho Jim, pero no sé si estoy de acuerdo. Hoy me he enterado de muchas cosas, y sospecho que Richard se niega a aceptarlo hasta tal punto que está dispuesto a hacer y decir lo que sea para convencerse de que Chloe es una chica normal, dulce, genial y todo lo demás, porque la alternativa es simplemente inconcebible.

Richard llega a casa temprano y le cuento que mi médico de cabecera me ha derivado a un especialista en Londres, alguien que pueda hacerme unas pruebas para ver si he heredado el trastorno de mi madre. Odio mentirle. Siento que nos estamos distanciando y que, si todo sigue igual, lo perderé.

—¿Por qué no me lo has dicho? —me pregunta.

—No quería preocuparte.

—Bueno, ¿y qué te han dicho?

—Todavía no lo saben. Me han tomado una muestra de sangre.

Más tarde, cuando estoy acostando a Evie en la cuna de nuestro dormitorio (a este ritmo, dormirá conmigo para siempre), Richard entra y coge su maleta del vestidor.

—Es mañana. —Caigo en la cuenta—. Te vas mañana. —Por algún motivo, pensaba que nos quedaba un día más.

Me mira con tristeza y el ceño fruncido.

—No me digas que...

—No, no me he olvidado. —Cierro la puerta y me apoyo en el tablero—. No me habías dicho que Chloe estuvo encerrada en un psiquiátrico.

Vuelve la cabeza súbitamente. Intento leer su expresión. ¿Está confuso? ¿Sorprendido?

—¿Dónde has oído eso?

—Por favor, no cambies de tema, Richard.

Saca dos corbatas y las examina.

—No estuvo encerrada. Pasó por una experiencia traumática y le busqué ayuda. Me aseguré de reservar unas cuantas sesiones con

un profesional. ¿Qué tiene de malo?

Cruzo los brazos sobre el pecho.

—¿Por qué me lo has ocultado? —Pero de repente, ya no siento la confianza de antes. Cuando Jim Preston me dijo que había estado en un centro psiquiátrico privado para niños, me imaginé a Chloe con una camisa de fuerza, atada a una cama de metal y un guardia vigilando la puerta.

—¿Y por qué iba a decírtelo? No es asunto tuyo. Es algo que debe contar Chloe. Su madre murió y ella se quedó atrapada con ella durante horas. ¿Puedes imaginarte cómo afecta algo así a una niña?

—Pero me dijiste que fue a un internado privado justo después del accidente.

—No, Joanne. Fuiste tú la que ató cabos. —Dobla una camisa con cuidado sobre la cama—. Estaba conmocionada. Necesitaba terapia, muchísima terapia. Fueron unos momentos terribles. ¿Y cómo te has enterado de eso, de todas formas?

—No importa el cómo. —Dios, si Richard descubre que he localizado al periodista que cubrió la historia, creo que nunca me lo perdonaría.

Decido cambiar de estrategia.

—¿Por qué dijo que había un intruso en la casa si no era cierto?

Se queda mirándome fijamente, con esas preciosas cejas juntas en un gesto de confusión.

—¿Te lo ha contado ella?

—Lo ponía en el artículo. Mi pregunta es, ¿por qué cambió de opinión? ¿Por qué dijo que había un intruso y después lo negó?

—Estaba confundida. Teníamos cámaras de seguridad alrededor del perímetro de la casa. Nadie vino a nuestra casa aquel día.

—Entonces se lo inventó.

—No, estaba confundida. Se dio cuenta de que era imposible que hubiese habido un intruso. Las pruebas lo demostraron.

—¿Y no te parece extraño? Si tu madre muriese y estuvieras seguro de haber oído a alguien más en la casa, ¿por qué cambiarías de versión? Dejando al margen las cámaras de seguridad. ¿No crees que es extraño?

—No, no lo creo. —Se pasa una mano por el cabello—. ¿Puedes parar de una vez con esta locura? Porque no lo aguanto más.

—Mírame, Richard. —Le tomo la cara entre las manos—. Mírame a los ojos y dime que crees de corazón que la muerte de Diane fue un suicidio.

—¿Qué quieres decir?

—Dímelo y punto.

—¡Diane se mató! ¿A dónde quieres llegar con esto?

—¿Y qué pasa con Sophie?

—¿Cómo?

—¿Qué le ocurrió a Sophie? ¿No crees que Chloe tuviese nada que ver con la muerte de Sophie? Dilo, Richard.

El estupor de su rostro me hace vacilar. Me toma de las muñecas y se zafa de mi abrazo.

—No puedo creer que hayas dicho eso.

—Dilo y punto. Quiero ver en tus ojos que no tienes la más mínima duda. Dilo.

—¿Qué demonios estás sugiriendo?

—Ni siquiera puedes decirlo. ¿Qué me estás ocultando, Richard?

—¡No tienes ni idea de lo que estás hablando!

—Sé que hay algo, lo sé. ¡Dímelo! Sé que algo no encaja con Chloe y empieza a preocuparme mucho, Richard. Me preocupa mucho tenerla en casa ahora mismo, ¡así que dime la verdad!

—No tuvo nada que ver con la muerte de Sophie, por los clavos de Cristo. ¡Ni siquiera estaba allí!

Me quedo helada.

—¿No estaba?

—Chloe estaba con sus abuelos, los padres de Diane, cuando murió Sophie. No estaba ni remotamente cerca de su hermana.

Me siento en el borde de la cama e intento asimilar lo que acaba de decir.

—¿Qué está pasando, Jo? ¿De verdad crees que Chloe haría daño a su hermana pequeña? ¿Te das cuenta de lo desquiciado que suena eso?

—Lo siento, yo...

—¿Cómo puedes pensar algo así? —Me mira con los ojos entornados—. ¿Te has estado tomando la medicación?

La medicación. Se refiere a la medicación para la ansiedad que me recetó la doctora Fletcher.

—Esto no tiene nada que ver con eso, ¿de acuerdo?

—¿No?

—No, claro que no. —Pero de repente, ya no estoy tan segura. Hace un momento, estaba completamente convencida de que Chloe había asfixiado a su hermana pequeña por pura envidia y que estaba pensando en hacerle lo mismo a Evie. Y ahora, he descubierto que ni siquiera estaba allí cuando Sophie murió. ¿Qué dice eso de mí?

—Ay, Jo... —Richard parece estar al borde de las lágrimas. De pronto, esta conversación me resulta inquietantemente familiar—. No te has tomado la medicación.

—Se me... Se me olvidó tomarla.

—¿Se te olvidó? ¡Joanne! ¿Cómo puedo confiar en que cuides de nuestra hija y de Chloe, si ni siquiera puedes cuidar de ti misma? ¿Cómo puedo saber lo que te ocurre? ¿Qué dijo el médico?

Me retuerzo las manos.

—¿El médico?

—¡El especialista al que viste hoy! ¿Le dijiste que estás paranoica como tu madre? ¿Que sospechas que mi hija es capaz de los peores crímenes imaginables? ¿Que piensas que mató a su propia madre y a su hermana pequeña?

—No son imaginaciones mías, Richard —respondo, mordiéndome la uña.

—¿Estás segura?

De pronto me acuerdo.

—Tengo que enseñarte algo. —Me apresuro a buscar el teléfono, pero pronto recuerdo que me lo he dejado abajo—. Enseguida vuelvo. —Bajo corriendo las escaleras y lo encuentro en la mesa de centro de la sala de estar, algo extraño porque no recuerdo haberlo dejado ahí.

Cuando vuelvo escaleras arriba, estoy sin aliento.

—Echa un vistazo a esto. —Abro la aplicación de las cámaras de seguridad y bajo por los vídeos hasta que encuentro el que quiero,

el de Chloe agachada en un rincón del dormitorio.

Richard se asoma por encima de mi hombro.

—¿Qué demonios es esto?

—Es la aplicación de las cámaras. Quiero enseñarte este vídeo para que lo veas con tus propios ojos.

—Pensaba que habías borrado esa aplicación de tu teléfono.

—La he vuelto a descargar.

—¡Por todos los santos, Joanne! ¿Por qué?

—Espera un segundo, te lo enseñaré.

Pero ya no encuentro el vídeo. Por mucho que busco, navego de arriba abajo en la aplicación y reviso las fechas, ha desaparecido.

—Chloe —susurro.

—¿Qué ha hecho ahora?

—El otro día le di mi contraseña. Seguro que ha accedido a mi teléfono y lo ha borrado.

Richard levanta las manos y las deja caer.

—¡O quizás nunca haya estado ahí! ¿Se te ha ocurrido esa posibilidad?

—¡Sí que estaba! ¡Lo ha borrado!

—¡No, Joanne! No lo ha hecho. ¡Te estás imaginando cosas! Estás usando una tragedia de mi pasado para pintar a Chloe como una presencia maligna que quiere hacer daño a Evie. ¿No ves lo trastornado que suena? ¿No ves el patrón? ¿No ves que te estás comportando igual...?

Se detiene abruptamente. Pero no importa, puedo terminar la frase por él. *Igual que tu madre*. Me viene un recuerdo distante y poco nítido de cuando era pequeña: mi abuela llorando, diciéndole a mi madre que no era real. Oigo su voz en este mismo momento, fuerte y clara: «No es real. No está ocurriendo. Son imaginaciones tuyas».

—No estoy loca, Richard —murmullo.

—¿No? —Desaparece en el vestidor y vuelve con un par de camisetas que tira sobre la cama—. Chloe no mató a su madre. No mató a su hermana. Son cosas tuyas. Chloe es una malcriada, sí. Seguramente sea demasiado posesiva con su padre, sí. Lo admito, aunque no es ningún crimen. Pero lo que tú estás haciendo sí es

criminal. Esas acusaciones repugnantes hacia ella, con apenas veintiún años que tiene... En realidad, sigue siendo una niña. Lo que estás haciendo es horrible y, sinceramente, no sé si puedo dejar a mis hijas contigo en esta casa.

Me pongo de pie.

—¿Eso significa que no te irás de viaje?

—Estoy pensando en llevarme a las niñas. Podemos quedarnos en un hotel mientras tú buscas ayuda.

—¡Pero eso es una locura! ¿Cómo se te ocurre algo así?

Entrecierra los ojos para mirarme.

—Porque no sé si puedo confiar en ti. No sé lo que estás haciendo.

Me duele la cabeza. Si no fuese por Jim Preston, seguramente empezaría a preguntarme si el problema soy yo.

—Está intentando...

—¿Qué, Joanne? ¿Qué está intentando hacer?

Iba a decir «distanciarnos», pero eso alargaría la discusión eternamente. Nunca me creerá, y, por supuesto, en algún momento Chloe sacará la foto falsa de Simon y yo, como un conejo de la chistera. ¿Creerá Richard lo que ve? Por supuesto que lo hará. «No sé si puedo confiar en ti».

Me siento en el borde de la cama y presiono dos dedos contra los párpados.

—Lo siento, de verdad. No sé qué me ocurre. —Bajo la vista a mi teléfono, al vídeo que falta. Joder, es buena—. No soy como mi madre —digo con un hilo de voz—. Solo estoy cansada, eso es todo. Mañana estaré mejor.

—Me estás asustando, mi amor, de verdad que sí.

—Lo sé. Pero todo saldrá bien.

## Capítulo Treinta Y Tres

—¿Quieres llamar a la doctora Fletcher? —pregunta Richard—. Estoy seguro de que te puede derivar a Hopevale unos días, si quieres ir. Te vendría bien un descanso.

—¿A Hopevale? ¿Te refieres al hospital? ¡No! Richard, por supuesto que no. ¿Qué pasa con Evie?

Dios, por favor, que no diga que Chloe cuidará de Evie.

—Me quedaré aquí con Evie, por supuesto. ¿No crees que te vendría bien?

—No, en absoluto.

Se sienta con pesadez a mi lado.

—Quizás no deba irme.

—Claro que tienes que irte. —Si Richard piensa de verdad que no puede dejarme sola con Chloe y Evie, estoy a un paso de que me internen en contra de mi voluntad. Tengo que demostrarle que estoy en mis cabales y que no hay nada de lo que preocuparse—. No puedes cancelar el viaje. Vas a dar la presentación de apertura. Es importante que vayas. —Él no responde. Niego con la cabeza—. Mira, sé que he dicho cosas terribles, y lo siento mucho. Pero vas a ir a tu viaje de negocios y las tres estaremos estupendamente.

A la mañana siguiente, termino de hacer las maletas de Richard mientras él va a despedirse de Chloe. Cuando miro por la ventana, los veo dando un paseo, él rodeándole los hombros con el brazo. Se paran junto al estanque y Richard saca su bolsa de papel con comida para los peces y la esparce por el agua. Por la forma en que mueve los labios, debe de estar hablándole a los peces. Los señala, seguramente le dice a Chloe cómo se llaman. Ella se echa a reír. Le ofrece la bolsa de papel y ella asiente y se la guarda en el bolsillo de la chaqueta.

—Ya está, todo listo —digo cuando regresa. Me mira de reojo mientras le cierro la maleta y vuelve a revisar el correo en su teléfono.

—¿Por qué no llamas a Robyn? —dice—. Podría acercarse.

—¿Para qué?

—Es tu mejor amiga, confías en ella, y yo me quedaría más tranquilo. Además, alguien tiene que hacerte entrar en razón —añade, con una sonrisa torcida.

No menciono que es precisamente Robyn la que insiste en que confíe en mi instinto. Niego con la cabeza.

—Robyn está ocupada con su trabajo. Tiene un juicio dentro de poco y no quiero hacerle algo así.

Se frota el mentón.

—¿Y Roxanne? Podría quedarse en una de las habitaciones de invitados.

—¿Roxanne? ¿Por qué?

—Porque no quiero que estés sola, Jo, ¿de acuerdo? Si voy a irme, necesito que alguien más esté aquí contigo y las niñas.

Pienso en ello. No soy la mayor fan de Roxanne, pero vive cerca y es cierto que me sentiría mejor si estuviese aquí. Mantendrá ocupada a Chloe. Con un poco de suerte, se encerrarán en la habitación de Chloe durante tres días. Estoy dispuesta a llevarles la comida en bandeja si quieren.

—Vale, de acuerdo. La llamaré —claudico.

—Déjame a mí. —Todavía tiene el teléfono en la mano—. ¿Cuál es su número?

Chasqueo la lengua.

—¿No confías en mí?

Sonríe, inclinando ligeramente la cabeza. Cojo mi teléfono de la mesilla de noche y leo su número en voz alta. Puede que sea mejor que la llame él, de todos modos. Tengo la corazonada de que, si llamase yo, podría negarse.

Camina hasta las ventanas y me limito a escuchar mientras él habla de su viaje y de que Evie no está durmiendo bien, por lo que se quedaría más tranquilo si Roxanne pudiera quedarse en casa durante su ausencia. Por supuesto, le pagaríamos las horas extra.

—¿Papá?

Richard se vuelve hacia la puerta, donde se encuentra Chloe. Levanta un dedo y confirma el acuerdo con Roxanne antes de acabar la llamada.

—Enseguida voy, tesoro. Déjame hablar un momento con Joanne.

Chloe pone los ojos en blanco y se gira para marcharse.

—¿Has visto eso? —le pregunto cuando ya se ha ido. Señalo la puerta.

Él frunce el ceño.

—¿De qué hablas?

—No importa. ¿Qué te ha dicho Roxanne?

—Estará aquí a media tarde. ¿Te sientes mejor así?

—Sí. Gracias, Richard, sí que me siento mejor. Ahora, vete, que vas a perder el vuelo.

—¿Me prometes que te cuidarás mientras no estoy?

—Sí, lo prometo.

—¿Me prometes que te tomarás la medicación?

—Te lo juro. —Le rodeo el cuello con los brazos—. Deja de preocuparte. Te quiero.

Media hora más tarde, veo llegar el taxi que llevará a Richard al aeropuerto y se me hace un nudo en el estómago. No quiero que se

marche. Quizás debería pedirle que se quede ahora que aún puedo. No, sería una bobada. Seguro que puedo apañármelas tres días con Chloe. Además, Roxanne estará aquí.

Lo encuentro en la sala de estar, hablando con Chloe. Están sentados juntos en el sofá y ella tiene la cabeza apoyada en su hombro. Tiene aspecto huraño, y juega con el teléfono de Richard mientras este le habla en voz baja.

—Ya ha llegado tu taxi —le digo.

Richard levanta la mirada.

—Enseguida voy. —Chloe deja el teléfono en su regazo y pasa por mi lado sin decir palabra. Se me pasa entonces por la cabeza que ella tampoco quiere pasar tres días a solas conmigo.

Un par de horas más tarde, estoy haciéndome una taza de té cuando Chloe entra en la cocina.

—¿Quieres una? —le pregunto. Me siento culpable de haberla creído capaz de asfixiar a su hermana pequeña, cuando ni siquiera estaba allí.

—No, no hace falta.

Está a punto de decir algo más cuando mi teléfono empieza a sonar sobre la mesa. Las dos miramos la pantalla. Es Solomon, el abogado de la familia. Lo sostengo en la mano, recordando los fragmentos de la conversación que escuché el otro día. Se me olvidó por completo mencionárselo a Richard. Ojalá se marchara Chloe para poder preguntarle a Solomon.

—¿No vas a contestar? —dice, dando un salto para sentarse en la encimera de la cocina.

Descuelgo. Tras intercambiar saludos, Solomon me pregunta si puede hablar con Richard.

—Está en un vuelo —digo, echando un vistazo al reloj de pulsera.

—Ah, por eso no he podido contactar con él.

—Aterrizará enseguida —respondo—. ¿Quieres que le pase algún mensaje?

—Probaré a llamarlo de nuevo, pero, si hablas con él, quería saber cuándo me llamó Chloe para hablar del testamento. ¿Puedes

decirle que fue el veinticuatro de noviembre?

Mis ojos se van inmediatamente hacia Chloe. Ella me mira con la cabeza inclinada y las cejas enarcadas balanceando los pies en el aire.

Trago saliva.

—Se lo diré.

Tras colgar, Chloe pregunta:

—Bueno, ¿y qué quería el bueno de Solomon?

Estudio su expresión.

—¿Algo de un testamento sobre el que preguntaste? Richard quería saber cuándo fue.

Ella asiente despacio, sin apartar su mirada de la mía.

—Interesante. Me pregunto por qué papá no lo consultó directamente conmigo. —Se examina las uñas—. ¿Y cuándo llamé al vejestorio de Solomon?

Hago un mohín ante el insulto.

—El veinticuatro de noviembre.

Ella asiente pensativa.

—Me había olvidado de que fue hace tanto tiempo. Interesante.

Tras un momento de vacilación, pregunto:

—¿De qué va todo esto?

—Es por la mitad de la herencia de mi madre —dice, dándose impulso para bajar de la encimera—. La recibí el otro día.

—¿El otro día?

—Cuando cumplí los veintiuno.

Más tarde, vigilo cómo Evie juega alegremente en su parquecito. Cuando echo un vistazo al exterior, veo a Chloe de pie junto al estanque, con la cabeza gacha y las manos enterradas en los bolsillos. Oscar está a su costado. Me pregunto vagamente si estará dándole de comer a los peces de nuevo cuando de repente se agacha y hace algo con un palo. Mi teléfono suena en ese momento, así que me alejo.

## Capítulo Treinta Y Cuatro

---

Seguramente sea Richard. Debe de haber llegado al hotel. Ya lo echo muchísimo de menos. Busco mi teléfono, decidida a parecer animada. Solo quiero oír su voz.

Pero no es Richard, sino Jim Preston. Me acerco a la ventana del dormitorio, donde hay mejor cobertura, y bajo la vista. Chloe sigue ahí, muy quieta, mirando el estanque.

—Prometí que volvería a llamar con información del centro donde estuvo internada Chloe —dice Jim—. Era una clínica psiquiátrica privada en Yorkshire que se llama Vincent Gardens. Muy cara y, podría decirse, exclusiva.

Dios, lo último que necesito ahora mismo es esto.

—Gracias, Jim, pero he hablado con mi marido sobre el tema. Richard dice que solo acudió a unas cuantas sesiones, eso es todo. Dadas las circunstancias, no me extraña nada.

Hay un momento de silencio y alejo el teléfono, pensando que lo he perdido.

—... meses.

—Perdón, ¿puedes repetirlo?

—He dicho que estuvo internada allí tres meses.

—¿Tres meses? ¡No! No puede ser. Según Richard, fueron unas pocas visitas.

—Tres meses y una semana —dice—. Tengo las fechas exactas aquí. Escucha, no tiene por qué significar nada ni ser una mala señal. Prometí que volvería a llamar, eso es todo.

Vuelvo a mirar por la ventana. Chloe todavía no se ha movido un centímetro.

—Pero ¿por qué Yorkshire si vivían en Londres? ¿Lo sabes?

—No, supongo que fue por discreción.

Niego con la cabeza.

—Mira, te lo agradezco mucho y aprecio la llamada, pero ya no tiene importancia.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Richard me dijo que Chloe ni siquiera estaba cerca de Sophie el día en que murió —explico con formalidad—. Estaba con sus abuelos. Es imposible que tuviese algo que ver con la muerte de su hermana.

«Ahí lo llevas. Métete el Pulitzer por donde te quepa».

—Mmm... No creo que eso sea del todo cierto.

—Bueno, pues así es. Lo sé de primera mano, por así decirlo.

—Chloe estaba en casa con sus padres la noche en que murió Sophie.

Me retumba el corazón en la garganta. Trago saliva.

—No lo estaba. Richard me dijo que no lo estaba. Además, ¿cómo ibas a saber algo así?

Justo en ese momento, Chloe se gira y alza la vista. Cuando nuestros ojos se encuentran, tengo el claro presentimiento de que siempre ha sabido que estaba ahí observándola. Sonrío con nerviosismo, sintiéndome culpable por estar hablando de ella. No me devuelve la sonrisa.

—Se mencionó durante la investigación de la muerte de la señora Atkinson —dice Jim—. La muerte de Sophie se consideró la razón principal para declarar la causa de la muerte como un suicidio. Lo recuerdo bien, estaba todo documentado en el informe de la investigación. La familia entera se encontraba en la casa cuando murió Sophie, Chloe incluida. Es cierto que se quedó con sus abuelos

y pasó con ellos un tiempo, pero eso fue tras la muerte de la pequeña Sophie. Estoy seguro.

—¿Y por qué Richard me dijo que estaba con sus abuelos aquella noche?

—Quizás se confundiera con las fechas. O quizás, y espero, Joanne, que no te importe que te lo diga, quizás tu marido se niegue a admitir lo que tiene delante de las narices. Quizás eso afecte a su recuerdo de los hechos.

Tiene razón en una cosa: Richard se ha negado a aceptar la realidad sobre Chloe desde el primer día. Puede que se haya acostumbrado a defenderla tanto que ya lo hace por inercia. *Chloe está bien, está genial, es perfecta, es una chiquilla maravillosa, ha pasado un mal trago, así que ¿qué esperas? Es un encanto.*

¿Por qué la enviaste a un psiquiátrico durante tres meses si era un encanto, entonces? ¿Por qué la enviaste a un internado tan pronto, si todavía estaba conmocionada por la muerte de su madre?

Tengo muchas preguntas sin respuesta, y todas apuntan en la misma dirección. *¿Qué es lo que no me estás contando?*

Me abrazo a mí misma. Estoy temblando, aunque no de frío.

Ojalá Richard no hubiese tirado todas las cámaras de seguridad.

—Y otra cosa sobre tu marido, si no te importa que lo diga...

*Las cámaras.*

—Lo siento, Jim, tengo que dejarte.

Cuelgo.

## Capítulo Treinta Y Cinco

---

Echo un último vistazo y veo que Chloe ha echado a andar hacia la verja con Oscar a su lado.

El corazón me late enloquecido mientras bajo a la despensa. Saco la bolsa con las cámaras que quedan de donde las escondí, al fondo bajo las estanterías. Le sacudo el polvo y reviso su contenido: las tres cámaras siguen ahí.

Corro de nuevo escaleras arriba. Pongo una de ellas en el dormitorio de la niña, y esta vez la escondo en el armario de casa de galleta. Hay un agujero con forma de rombo en cada puerta, y para que no se vea la cámara al abrir el armario, la envuelvo en una de las mantas de verano de Evie. Elijo una de ganchillo con bastantes huecos, y la pongo justo detrás del agujero con forma de rombo de la derecha. No es perfecto, pero no puedo hacerlo mejor. Chloe solo lo descubrirá si saca esas mantas, y no veo por qué lo haría.

A menos que fuese a la búsqueda.

Miro de nuevo por la ventana y veo a Simon trabajando cerca del estanque. No hay ni rastro de Chloe. Evie se ha despertado de buen humor, y me planteo dejarla en su cuna mientras voy a hablar con Simon, pero enseguida cambio de opinión. No me siento cómoda

dejándola sola en casa, ni siquiera unos minutos. La abrigo y salgo con ella. A estas alturas, me estoy planteando seriamente amarrármela al cuerpo para tenerla siempre junto a mí.

—Hola, Simon. ¿Puedo pedirte un favor?

Estaba limpiando el fondo del estanque con una especie de escoba. Se incorpora. Este hombre nunca tiene frío. Solo lleva puesta una camiseta y se le marcan los bíceps incluso sin darles uso. Me viene rápidamente a la cabeza la fotografía retocada que improvisó mi hijastra desquiciada y siento cómo me arden las mejillas.

—Claro, ¿qué puedo hacer por usted, señora Atkinson?

Por algún motivo, sus palabras consiguen que me vuelva de una tonalidad de rojo aún más profunda. Toso un poco para ocultar mi azoramiento.

—Necesito poner un cierre en la puerta del dormitorio de la niña. Uno que solo pueda abrirse con llave. ¿Puedes ocuparte?

Me mira un segundo más de lo necesario, con los ojos nublados de confusión.

—¿Puedes? —repito—. Ya sabes qué tipo de cerradura es. —Hago un círculo con el índice y el pulgar—. Así de grande, más o menos.

—¿Quiere un cierre en la puerta del dormitorio de la niña?

—Sí, por favor.

Baja la mirada para sonreír a Evie. Ella le devuelve la sonrisa.

—¿Le preocupa que Evie se levante y escape andando?

—¡Ja, ja! Entonces, ¿puedes?

—Claro, no hay problema. Mañana iré a por unas cosas a la ferretería. Puedo instalarlo el martes que viene, cuando vuelva.

—No, no. Lo necesito hoy. —Cambio el peso de Evie de una cadera a la otra—. ¿Puedes encargarte ahora? No te preocupes por los peces. —Los dos bajamos la vista al estanque.

—Están todos muertos, señora Atkinson.

Lo miro parpadeando.

—¿Qué has dicho?

—Los peces. No sirve de nada preocuparse por ellos, están todos muertos.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunto. Él se encoge de hombros. Le cojo del antebrazo—. El cierre. Tienes que hacerlo hoy, ahora mismo. ¿Puedes usar el más discreto que encuentres? Y no le digas nada a Chloe si la ves.

Se rasca la cabeza.

—¿Y si aparece mientras lo instalo?

—Me aseguraré de que no esté. Y, de todas formas, ya se lo diré yo más tarde. Cuando compres el cierre, vuelve aquí, pero no entres en casa. Espérame en el cobertizo.

Me mira como si me hubiese salido una segunda cabeza, pero me trae al paio. Vuelvo a entrar como una exhalación y subo al dormitorio, donde me siento en la mecedora junto a la ventana con Evie en el regazo. Simon está de regreso. Aparca su vieja y maltrecha camioneta en su sitio habitual y camina hacia el cobertizo.

Golpeo con los nudillos la puerta de Chloe y asomo la cabeza. Está tumbada en la cama deshecha con los zapatos puestos, toqueteando su móvil.

—¿Te importa coger mi bicicleta e ir al pueblo a por pañales para Evie? Se me han acabado, así que es algo urgente.

—Creo que debería quedarme aquí —dice.

—¿Por qué?

—Lo creo y punto.

—Por favor, Chloe. Estoy bastante desesperada. No tardarás mucho. Iría yo misma, pero ya sabes el espectáculo que es ir de compras con Evie.

—Creo que debería quedarme por si pasa algo —dice despacio.

Genial. Richard habrá hablado con ella. Seguro que le ha dejado instrucciones. «Hagas lo que hagas, no pierdas de vista a Joanne».

—Estoy bien, de verdad. ¡Y está aquí Simon! —Empiezan a arderme las orejas y tengo que resistir el impulso de tapármelas con las manos.

Vacila y me pregunto qué voy a hacer si se niega, pero finalmente baja las piernas de la cama.

—Vale, de acuerdo.

—Gracias.

Cuando ya se ha ido, cuelo a Simon en la casa y lo pongo a trabajar. Le observo trastear con su caja de herramientas con un nudo en el estómago, deseando que se dé prisa.

—He comprado uno bueno, señora Atkinson. ¿Lo ve? —Levanta el cierre para que lo vea. No me dice nada, para mí es solo un cierre. Debe confundir mi ansiedad con escepticismo, porque añade—: Sé que no parece gran cosa, pero confíe en mí. Es de buena marca. De acero pesado. Evie no se irá a ninguna parte. —Se carcajea.

—Lo siento, Simon, pero ando con un poco de prisa.

—No tardaré mucho.

Quince minutos más tarde, el resultado es perfecto. Un sencillo círculo de plata a la altura aproximada de los ojos. De hecho, da la impresión de que siempre hubiese estado allí, que es lo que pienso decir si Richard, Chloe o incluso Roxanne preguntan. Siempre ha estado ahí. Me sorprende que no te hayas fijado antes.

Cruje una tabla sobre nuestras cabezas. Agarro a Simon del brazo.

—¿Has oído eso?

—¿El qué, señora Atkinson?

—Hay alguien ahí arriba.

Debería haberlo sabido. Chloe no ha ido al pueblo, sino que está escondida en algún sitio, espiándome.

Los dos ponemos el oído durante unos segundos. Silencio.

—Esta casa está llena de ruidos, señora Atkinson. Yo no me preocuparía. ¿Quiere que suba y eche un vistazo?

—Sí, por favor. Gracias.

Mientras está arriba, escondo la llave en el bolsillo de la bata que cuelga de la puerta de mi dormitorio. Simon vuelve unos minutos más tarde.

—Ahí arriba no hay nada, señora Atkinson. Solo una ventana abierta que ya he cerrado. ¿Necesita algo más?

—No, gracias. —Casi lo echo de la casa a empujones. Cinco minutos más tarde, llega Chloe y me entrega un paquete de pañales.

—¿Quieres que la cambie?

—¿Has estado en el pueblo hasta ahora? —pregunto. Trato de sonar inocente, despreocupada. Lo que de verdad quiero preguntarle es «¿Eras tú la que estaba arriba? ¿De verdad has ido al pueblo?».

Arquea una ceja.

—Sí, ¿quieres que la cambie o no?

Estudio su expresión. Es tan buena mentirosa que me asusta. Cojo el paquete de pañales y lo examino de cerca. ¿Será uno de los míos? Tengo algunos de sobra en el armario del dormitorio de la niña. ¿Es posible que los haya encontrado? ¿Lo habrá cogido mientras fui a buscar a Simon?

—No, gracias. Ya lo hago yo.

Pero es mentira. Espero a que se encierre en su habitación y corro por la casa como una lunática con mi bolsa de cámaras en una mano y el monitor del bebé en la otra.

Coloco una cámara encima del aplique de la pared del pasillo del primer piso. Baja más o menos hasta medio camino, así que lo levanto poniéndome de puntillas y descubro que no hay bombilla, solo la toma de corriente. Debe de haberse fundido, lo que explicaría por qué Richard la quitaría sin recordar poner otra. Una pena. Coloco la cámara ahí. En cierto modo, es incluso mejor así. Con menos visibilidad, pero la suficiente para conseguir una buena perspectiva. Me apresuro escaleras abajo con los ojos fijos en el monitor. Todo correcto en el piso de arriba, Evie está bien. Pongo otra cámara en el pasillo de la consola, detrás del jarrón. Hay una pequeña pila de papeles, un par de recibos y un catálogo de jardinería. Lo dispongo a ambos lados de la cámara para camuflarla un poco. De nuevo, no es lo ideal, pero a estas alturas es lo mejor que puedo hacer.

Me vuelvo para coger el teléfono y comprobar la visibilidad en la aplicación de las cámaras, pero no lo encuentro. ¿Qué he hecho con él? Lo tenía en la mano. Lo he puesto en algún sitio. ¿Me lo habré olvidado arriba?

Los tablones de madera crujen encima de mi cabeza.

Reviso el monitor: nada extraño, solo Evie en su cuna tratando de alcanzar los animales del bosque del móvil sobre su cabeza. Subo las escaleras con premura. Huelo algo, un tufillo químico y que no

encaja. Vuelvo sobre mis pasos, intentando identificar el olor, cuando echo un vistazo al monitor y ahogo un grito.

Chloe está en el dormitorio de cara a la ventana. Evie no está en su cuna.

—¿Qué estás haciendo? —grito, corriendo hacia la puerta. Chloe vuelve la cabeza. Tiene a Evie en brazos. Evie parece contenta, satisfecha mientras agarra mechones del cabello de Chloe.

—Tienes que ir con cuidado, Joanne —dice Chloe en una voz inexpresiva que me arranca un escalofrío.

—¿Con cuidado de qué? Por favor, no hagas eso. Te he dicho que ya la cambiaba yo. Vuelve a acostar a Evie, por favor.

—Lo siento, pero no puedo.

—¿Por qué no?

—Tienes que irte.

—¿Irme?

—Me llevo a Evie al sótano.

—Ay, Dios mío. ¡Dame a mi niña, por favor! Por favor, Chloe, dámela.

—No puedo, Joanne. Tengo que esconderla.

—¿Esconderla?

—Antes de que vuelva.

—¿Quién?

Se gira a mirarme con los ojos como platos.

—El hombre feroz —dice en voz baja.

*Dios santo.* Está loca. Abro la boca y grito:

—¡Simon!

## Capítulo Treinta Y Seis

---

Doy un paso adelante y estiro el cuello, inspeccionando los jardines en busca de la camioneta de Simon, pero ha desaparecido. Ahora solo estamos Chloe y yo en la casa, y no sé dónde está mi teléfono móvil. Levanto las manos. Me tiemblan descontroladamente.

—Es solo un bebé. No te supone ninguna amenaza. ¡Tu padre te quiere!

—¿Mi padre? —se burla ella—. Mi padre no me quiere. A mi padre no le importo una mierda.

—Dios mío, Chloe, estás muy equivocada.

—No lo estoy, confía en mí. —Abre la ventana con la mano libre.

—¿Qué estás haciendo? Por favor, Chloe, te lo ruego. Dámela.

—No nos queda mucho tiempo. Se está poniendo el sol.

—¿Qué significa eso?

—No es como tú crees.

—¿Quién?

—Mi padre, tu *marido*.

—Por supuesto que lo es. Es un hombre maravilloso y te quiere muchísimo. Por favor, aléjate de la ventana.

—No, qué va, Joanne. Es un desalmado, y va a regresar. Ah, y Evie y tú vais a morir.

El suelo se mueve bajo mis pies. Dios mío, Richard. ¿Por qué no me habrá llamado? O puede que lo haya hecho y no lo haya oído porque no tengo mi teléfono. Pero ¿por qué no habrá llamado al teléfono fijo? Ya debería estar en el hotel. Debe estar preocupado. Miro de reojo el auricular del teléfono del rincón. Si pudiese alcanzarlo, llamaría a la policía.

—Escucha, cariño, tu padre y yo vamos a conseguirte ayuda, te lo prometo. Vamos a cuidar de ti.

No despega la vista del exterior.

—Deberías irte. Si no quieres morir.

Tengo que calmarla. Podría dejar caer a Evie en cualquier momento. Me acerco centímetro a centímetro al teléfono.

—Sé que no es fácil tener una hermana tan pequeña cuando has sido el centro del universo para tu padre.

—Te equivocas —responde.

—Y sé que cuando nació Sophie, te resultó difícil. Pero no tiene por qué ser así. Evie y yo podríamos mudarnos, dejar a tu padre. Y tú podrías quedarte aquí con él. Por favor, cierra la ventana, Chloe.

—Está atardeciendo. ¿Lo ves?

—Sí. Por favor, ciérrala. Evie va a coger un resfriado.

Se vuelve.

—¿Qué acabas de decir de Sophie?

—Sé que te resultó difícil cuando nació.

—No me resultó difícil. No tienes ni idea de lo que hablas.

—Creo que es perfectamente natural, con tu madre tan centrada en su otra hija. Todos los hermanos sienten celos en cierta medida.

—¿Eso es lo que te ha contado él?

Evie se está chupando el pulgar, con la cabeza apoyada en el pecho de Chloe. Levanta la vista para mirarme. Extiendo los brazos.

—Dame a Evie. —Evie se esconde de mí, entierra la cara en el cuello de Chloe.

—Quería a mi hermanita. La quería más que a nada en este mundo —dice, abrazando fuerte a Evie.

Dios santo.

—Déjame que la coja.

—No puedo. Si te la doy, llamarás a la policía.

—Te buscaremos ayuda.

—Y si llamas a la policía, morirás. Tú y Evie.

—Dios mío. Estás loca. Ah, gracias a Dios. —Me llevo la mano a la boca. Afuera, a lo lejos, ha reaparecido la camioneta de Simon. Está de vuelta.

Me apresuro a la ventana con la mano ya levantada. Ella me coge de la muñeca y la baja.

—No estoy loca, Joanne. Todo esto es culpa suya, ¿vale?

—Si me la das, no le diré nada a Richard. Te lo prometo. — Vuelvo a mirar por la ventana. Simon está a punto de llegar.

—Escúchame. Mi padre mató a Soph y después, a mi madre. Y está a punto de repetir la jugada. Os va a hacer lo mismo a ti y a Evie, y no puedo dejar que ocurra de nuevo.

Soy incapaz de encontrarle sentido a lo que dice.

—Estoy haciendo esto para ayudaros a ti y a Evie. Sé que ahora mismo no me crees, pero lo harás, confía en mí.

Simon sale de la camioneta y coge... ¿qué es? ¿Una pala? La echa en la parte de atrás.

—¡Simon! —grito.

Chloe cierra la ventana y me mira fijamente.

—¿Qué cojones haces?

—¡Nada! Ay, Dios, por favor, dámela, Chloe.

—¡No! —Agarra más fuerte a Evie—. Ya te lo he dicho. No puedo hacer.

Se me cae el alma a los pies. Miro a Chloe. De nuevo, está mirando por la ventana y yo me quedo observando su nuca. Quiero hacer bocina con las manos y gritar el nombre de Simon, pero no vale la pena. No mientras se aferre así a Evie.

Sigue distraída, así que aprovecho la oportunidad para apurar los centímetros que me quedan hasta el teléfono. Lo levanto despacio y me llevo el auricular a la oreja. No hay señal. Nada. La línea está cortada. Dejo caer el auricular, que aterriza en la mesa con estrépito. Me llevo las manos a la cabeza.

—¿Qué has hecho? —gimo.

—Te lo he dicho. Va a volver, y si no haces lo que digo, morirás.

—¡Estás enferma! ¡Tienes que parar esto ya!

Simon está buscando algo en el suelo, cerca de la camioneta. Si levantara la vista, quizás podría llamar su atención. Si pudiera... ¿Qué puedo hacer? ¿Levantar la mano mientras Chloe no mira? ¿Funcionaría siquiera?

—No estoy enferma. ¿No te lo ha dicho mi padre? No me pasa nada.

—Porque no quiere admitirlo. Pero te internó en un hospital psiquiátrico durante tres meses, ¿no es así?

—Sí —dice muy tranquila—. Eso es verdad. Me metió él. Me dijo que si seguía contándole a todo el mundo que había alguien en la casa aquella noche, nunca saldría de allí.

Simon vuelve a la camioneta. Me retumba el corazón en el pecho. Y entonces, ocurre el milagro. Se gira y levanta la vista, saluda. Levanto la mano detrás de Chloe, pero no creo que pueda verme. Solo la ve a ella. Ya casi ha oscurecido y estoy demasiado lejos de la ventana.

Me acerco más a Chloe. Ella no se opone, ni siquiera me mira. Le devuelve el saludo a Simon.

—Escúchame bien, Joanne. No llames a la policía. No intentes que entre Simon. Papá nunca se marchó a ninguna conferencia en España. Solo fingió irse y se coló de nuevo en la casa para empujar a mi madre desde el tercer piso.

—¡No! Chloe, eso no pasó, te lo prometo. Había cámaras de seguridad por todo el perímetro de la casa. Lo habrían visto.

—Las cámaras tienen puntos ciegos. Al menos, las nuestras los tenían. Se aseguró de eso, y sabía justo dónde estaban esos puntos ciegos. Tardé años en averiguar cómo lo hizo. Condujo el coche hasta el aeropuerto y lo dejó allí, antes de regresar. ¿Vas a despedirte de Simon, o qué? Está esperando. —Acuna a Evie en sus brazos.

—La policía lo habría visto. Seguro que comprobaron que estaba en la conferencia.

—No lo pillas. Mi padre consiguió que alguien se hiciera pasar por él, y ese alguien está muerto.

—¿Qué? ¿Quién?

Vacila un segundo.

—¡Dímelo!

—Se llamaba Alfred Butterworth. Era el socio de mi padre por entonces. Devuelve el saludo, Joanne. Simon empieza a pensar que ocurre algo. —Levanta la manita de Evie para que salude.

Me muerdo el labio inferior y levanto la mano. Simon asiente y vuelve a la camioneta. Después, hace un giro cerrado en dirección contraria.

—Estás loca.

Se gira hacia mí.

—Su negocio se estaba yendo a pique. Pero seguían trabajando, aunque supieran que no podían pagar las deudas. ¿Cómo crees que te compra siempre todas esas cosas caras? ¿Cómo crees que puede permitirse esta casa?

—Tiene un negocio de éxito, eso ya lo sabes.

—Iban a declararse en bancarrota. Le dijo a su socio que podía liquidar todas las deudas, lo único que tenía que hacer era ir a la conferencia haciéndose pasar por mi padre, ponerse su ropa y dejarse ver, pero sin hacer preguntas.

—No me creo ni una palabra —sollozo.

—Piénsalo. ¿No te parece raro que no hubiese ni una mención a la muerte de mi madre en la prensa amarilla o en la televisión? Ni que las mujeres se tirasen por la barandilla de sus casas de un millón de libras todos los días, ¿no? ¿Sabes por qué? Sobornó a gente. Hizo todo lo posible por evitar que la noticia saliese en los periódicos. Me mandó al manicomio para tenerme calladita. Pero su socio lo acabó averiguando. El dinero que liquidó todas aquellas deudas salió del seguro de vida que mi padre había contratado para mi madre, y además heredó la mitad de su dinero. Era muy rica, por cierto. —Inclina la cabeza hacia mí—. ¿Tú eres rica, Joanne?

—¿Qué dices que le ocurrió a aquel hombre? A Alfred Butterworth.

Evie emite un quejido. Chloe la mece suavemente.

—Se tiró delante de un tren en la estación Victoria en plena hora punta. Nadie vio cómo ocurrió.

—¿Y todo esto cómo lo sabes?

—Eso no importa.

—Sí que importa.

—Hablé con la viuda. Me contó partes de la historia y até cabos. En algún momento, su marido debió de caer en que lo había utilizado. Por eso tuvo que morir.

—¿Y por qué no fuiste a la policía?

—¿Estás tarada? Mi padre me ingresó en un psiquiátrico. Me amenazó con dejarme allí para siempre si seguía diciendo que había alguien más aquella noche. Se suponía que tenía que estar dormida cuando ocurrió. Pensó que podría colarse, matar a mi madre y marcharse de nuevo, que me despertaría a la mañana siguiente y la encontraría muerta. Pensó que estaría listo en un santiamén, pero no fue así. Mi madre se resistió. Los oí discutir y me desperté.

—¿Y por qué no te mató a ti también, si es el monstruo que dices?

—Porque quería que pareciese un suicidio. No quería que se abriese una investigación descomunal, solo un expediente que se archivase rápidamente. Pero ahora me va a matar a mí. Después de mataros a vosotras. Y hará que parezca que lo hice yo antes de suicidarme.

Está completamente loca. Me trago el nudo que tengo en la garganta.

—¿Por qué iba a hacer algo así?

—Por dinero, claro. Con mi padre, todo es siempre por dinero.

—Mientes. No me creo una palabra de lo que dices. ¡Dame a mi niña!

—No puedo dártela y punto. Tengo que protegerla y no podré hacerlo si te la doy.

Se me escapa un sollozo.

—Roxanne va a venir enseguida, ¿vale? Llegará en cualquier momento.

—Roxanne no va a venir.

—Claro que sí. Tu padre la llamó y le pidió que viniera a pasar la noche. Estará aquí muy pronto. Por favor, para esta locura ahora que aún estás a tiempo y dame a mi niña.

—No la llamó, solo fingió hacerlo. Todo esto es parte de su plan para que te sientas segura. Nadie va a venir a salvarte. —Se inclina un poco hacia delante, como si fuese a contarme un secreto—. Esta vez lo mataré. No se saldrá con la suya. Evie estará a salvo. Sé que no me crees, pero no pasa nada. Confía en mí, acabarás haciéndolo.

Ese olor de nuevo. Se me huela la sangre.

—¿Qué es eso?

—¿El qué? —pregunta.

—Ese olor.

—¿Qué olor?

—Ay, dios mío. Es gasolina.

—Ya ha llegado —dice ella.

—¿Qué has hecho, Chloe? ¿Qué demonios has hecho?

—¿Joanne?

—¡Gracias al cielo, Richard! —Salgo corriendo de la habitación y me choco de bruces con mi marido. Él me toma por los hombros y dan un paso atrás.

—¿Qué ha pasado?

—¡Está loca!

## Capítulo Treinta Y Siete

---

—¡Está loca! ¡Tienes que hacer algo, tiene a Evie!

—Vale, cálmate. ¿Qué demonios está pasando aquí?

—Hola, papá.

—Chloe, tesoro. ¿Qué estás haciendo?

—Otra vez el mismo cuento, ¿eh, papi? Como en los viejos tiempos. Bueno, no del todo. Esta vez estoy preparada, pero ya sabes a qué me refiero.

—Richard.

Se vuelve hacia mí.

—Joanne, lo siento mucho. Llegué al aeropuerto y cuando vi que había recibido un mensaje de Solomon, tuve que regresar. Lo siento muchísimo por todo.

—Sé lo que estás haciendo, papá.

—Dame a Evie, por favor, tesoro.

—No voy a hacerle daño, pero eso ya lo sabes.

—No debería haberme ido. ¿Dónde está Roxanne?

—¡No lo sé! —chillo—. ¡Y no encuentro mi móvil! —Señalo con el dedo a Chloe—. ¡Me lo ha robado ella, y además ha cortado la línea! Tenemos que llamar a la policía.

Richard me aparta con suavidad a un lado.

—Dame a la niña, Chloe, cariño.

Chloe se inclina ligeramente hacia delante.

—Si le pones la mano encima, te juro por Dios que te mato.

—Dios santo.

—¿Y cómo planeas hacerlo, cariño?

Me quedo mirándolo, confusa ante su tono de voz.

—¡Haz algo! —mascullo.

—¿Qué quieres que haga?

—¡Que la alejes de Evie!

Él me agarra con fuerza del brazo y me mira con el ceño fruncido.

—Lo haré. Pero tienes que tranquilizarte. Puedo manejar la situación. ¿Quieres esperarme abajo?

—¿Has perdido el juicio? —grito—. ¡No me voy a ningún lado, me quedo aquí!

De repente la puerta del baño se cierra de golpe, y acto seguido se oye el chasquido del pestillo.

Me precipito hacia la puerta.

—¡Chloe! ¡Abre la puerta!

Richard la golpea con el puño cerrado.

—¡Abre la puerta, Chloe!

Todo este ruido ha atraído a Oscar, que empieza a ladrar.

—¡Cállate! —salta Richard, y por un momento pienso que me habla a mí, pero está intentando apartar a Oscar con el pie.

—Tenemos que llamar a la policía —digo.

Me pone la mano en el hombro.

—Lo tengo controlado. ¿Por qué no vas a averiguar qué es ese olor?

—¡Sé lo que es, Richard! ¡Es gasolina! ¡Ha echado gasolina en algún lado!

—Exacto. Y debemos averiguar dónde porque si sale, va a prenderle fuego. Tenemos que saber dónde la ha vertido exactamente para salir de la manera más segura si es necesario.

—Dios, tienes razón. Tienes toda la razón. ¿Crees que va a escaparse y huir?

—No lo creo. Creo que puedo hablar con ella y poner fin a este desastre, pero tenemos que estar preparados. Solo por si acaso.

—De acuerdo. —Asiento, retorciéndome las manos—. Iré a ver qué encuentro.

Me aprieta el hombro.

—Todo irá bien. Ve y averigua de dónde viene. —Se vuelve hacia la puerta—. Escúchame, cariño, no pasa nada. No importa lo que hayas hecho, te prometo que todo irá bien. Abre la puerta.

Salgo corriendo de la habitación.

## Capítulo Treinta Y Ocho

---

Cada vez que Richard golpea la puerta del baño con el hombro, crea un enorme estruendo que reverbera acompañado por los ladridos de Oscar. Intento no imaginarme a una Evie aterrorizada al otro lado, pero está gritando con tanta fuerza que me rompe el corazón. Evito pensar en lo que podría hacer Chloe si se siente arrinconada. Tengo que confiar en que Richard sepa lo que hace y que sepa cómo llegar hasta ella y hacerla entrar en razón.

Enciendo el interruptor del pasillo, pero no ocurre nada. Deben haberse fundido las bombillas. No, un momento, hay cinco apliques a cada lado. Es imposible que se hayan fundido todas a la vez, ¿no? Me pongo de puntillas y examino una de las luces. Se me hace un nudo en la garganta. No hay bombilla, solo la toma de corriente al descubierto.

Camino de un lado al otro del pasillo, intentando encontrar el origen del olor a gasolina. Es tan intenso que cuesta localizar el lugar exacto de donde viene. Toco la alfombra con los dedos para comprobar si está húmeda. Abro la puerta de mi despacho. ¿Es posible que Chloe lo haya empapado en gasolina? Por supuesto. De hecho, me sorprendería que no lo hubiese hecho, pero aquí el olor

no es tan intenso. Continúo y vuelvo sobre mis pasos, abriendo todas las puertas que me voy encontrando: la habitación de invitados, los baños de invitados, el dormitorio de Chloe.

Estoy a punto de cerrar otra vez la puerta cuando oigo vibrar un teléfono. Viene de la cómoda. Le doy al interruptor, pero, de nuevo, no ocurre nada. ¿Será el teléfono de Chloe? Dios mío, si lo es, ¡podré usarlo para llamar a la policía! Me apresuro hacia la cómoda y abro el primer cajón. El teléfono sigue vibrando entre las camisetas arrugadas.

Lo cojo y paso el pulgar por la pantalla.

—¿Hola?

Silencio.

—¿Hola?

—Hola, soy Ro. —La voz suena robótica. Es la cobertura, que apenas llega hasta aquí.

—¿Hola? —susurro.

La línea crepita.

—¿... quedar?

Roxanne.

—¡Roxanne! Soy Joanne. ¿Dónde estás?

—¿Señora A? Estaba... Chloe.

—¿Por qué no estás aquí?

—¿... debería estarlo?

—¡Sí! Richard te ha llamado esta mañana, ¿te acuerdas? Ibas a quedarte un par de noches, ¿no? ¡Dijiste que vendrías! ¿Vas a venir? Dios mío, ha pasado algo terrible. ¿Hola? ¿Sigues ahí?

Más ruido de interferencias. Voy a la ventana y la línea parece estabilizarse.

—Lo canceló.

—¿Lo canceló?

—Sí. Dijo que al final no haría falta.

No puede ser. No puede ser, porque eso significaría que Chloe decía la verdad. «No la llamó, solo fingió hacerlo. Nadie va a venir a salvarte». Solo que, en este caso, sí que llamó. Y después, volvió a llamar y lo canceló.

—¿Hola? Roxanne, escúchame...

—¿Jo? ¿Qué estás haciendo?

La voz de Richard a mis espaldas me hace dar un respingo. Cuando me aparto el teléfono de la oreja, Roxanne ya no está.

Siento que voy a vomitar, y no solo por el espantoso olor.

Me tiro al suelo y palpo la alfombra a oscuras, mientras el corazón amenaza con salirse por la boca.

—Estoy buscando, pensaba que había echado gasolina aquí. — Debería decirle la verdad. Debería enseñarle el móvil. *Mira lo que he encontrado. Debe de ser de Chloe.* Entonces vuelve a vibrar en mi mano y la palabra «Ro» aparece en la pantalla.

—Dame eso. —La mano de Richard se extiende para quitarme el teléfono—. ¿Dónde lo has encontrado?

—En la cómoda. ¿No deberías contestar? ¡Es Roxanne! Deprisa, o dejará de sonar!

Pasa el pulgar por la pantalla y se lo lleva a la oreja.

—¿Hola? —Aleja el teléfono—. Aquí no hay cobertura. —Se mete el teléfono en el bolsillo—. No huelo nada —dice—. Estás perdiendo el tiempo.

Me quedo mirándolo. Estoy completamente desconcertada. Me levanto y me sacudo el polvo de las rodillas.

—¿Qué ocurre? —pregunto. Evie ha dejado de gritar—. ¿Dónde está Chloe?

—No quiere salir. Voy a buscar un hacha del cobertizo y a tirar la puerta abajo.

Doy un respingo.

—¿Un hacha?

—No tardaré. Ah, y he encontrado tu teléfono.

—¿En serio? ¿Dónde?

—En tu despacho ahora mismo, en tu escritorio. Te lo habrás dejado ahí.

—¿Por qué has entrado en mi despacho?

Richard me mira con expresión triste.

—Siento no haberte creído, cariño. Chloe no está bien. Debería haberlo sabido, pero es que estaba.... —Se pasa la mano por el cabello—. Ya sabes cómo es. Cuando tienes hijos, nunca quieres creer que les pase algo malo.

Ya no tengo la más remota idea de lo que está pasando. Levanto el teléfono.

—Voy a llamar a la policía.

—No hace falta, lo tengo controlado.

—¡Pero tenemos que llamarles!

Me toma por los hombros.

—No quiero llamar a la policía. Todavía no.

—¿Por qué no? —sollozo—. ¡Tiene a Evie! ¡Tenemos que llamarles, ahora!

—Puedo resolver esto sin involucrar a la policía. Si se entrometen, irá a la cárcel. Lo entiendes, ¿no?

—¡Claro que lo entiendo! ¡Genial, espero que vaya! ¡Espero que se quede allí para siempre!

Posa una mano sobre mi mejilla.

—Cariño, siento mucho todo esto. Deja que lo gestione a mi manera. Todo saldrá bien, te lo prometo. Ve con ella, a ver si puedes convencerla. Conseguiré abrir esa puerta de una manera u otra.

Lo miro a los ojos.

—¿Y si es demasiado tarde?

—No lo es. Ve con ella y enseguida estaré de vuelta.

Baja las escaleras sin molestarse en encender las luces. ¿Será porque sabe que no funcionan? Cruzo los pocos pasos que me separan de las escaleras.

—Richard.

Se gira.

—¿Qué ocurre?

—Llamaste a Roxanne, ¿no?

—Ya sabes que sí, estabas conmigo. ¿Por qué?

¿Cómo que por qué? ¿No es obvio?

—¿Y por qué no está aquí?

—¡No lo sé! Seguramente Chloe le dijo que no viniera. ¿Puedes volver por si sale del baño? No vayas a ningún lado, ¿de acuerdo? Espérame.

Asiento.

—Vale. —Se queda mirándome sin moverse del sitio.

—¡Ve con ella! —grita.

Vuelvo corriendo a la habitación. Oscar está tumbado de costado, jadeante. ¿Qué rayos le ocurre? Extiendo la mano y se pone a gimotear. No puedo preocuparme de esto ahora mismo. Me arrodillo junto a la puerta para que pueda escucharme.

—Chloe, soy yo. Abre la puerta.

No hay respuesta.

—Chloe, te creo.

Estoy segura de que la oigo suspirar.

—Ya. Buen intento, Joanne.

—Escucha. He encontrado tu teléfono en tu habitación y he hablado con Roxanne. Dice que Richard le pidió que no viniera.

Una pausa.

—Te lo dije.

—Lo sé.

—Entonces, ¿ahora me crees?

Dios. Me muerdo el nudillo del pulgar.

—Eso creo.

—¿Tienes mi móvil?

Atrapo el labio entre los dientes.

—Se lo ha llevado.

—No puedes confiar en él, Joanne. No puedes creerte una palabra de lo que diga. Está aislándonos del mundo. Ha cortado la línea de teléfono, como hizo en nuestra antigua casa. Ha ido al aeropuerto, ha aparcado y ha conseguido volver de alguna manera. Debe llevar horas escondido en algún rincón, esperando a que oscureciese.

Pienso en los ruidos que he escuchado antes en la casa, los sonidos de alguien acechando en silencio. Pensaba que era Chloe. ¿Me está diciendo que todo este tiempo era Richard?

—Pero me ha devuelto el móvil. ¿Por qué lo haría si quiere aislarnos?

—¿Lo has revisado? ¿Está cargado? ¿Tiene la tarjeta SIM?

Bajo la vista. Es entonces cuando veo el mensaje de la pantalla. «Inserte tarjeta SIM».

Me llevo la mano a la boca.

—Le falta la tarjeta SIM.

Suspira de forma audible.

—Te lo dije.

Estoy paralizada de terror. Ya no sé a quién creer.

—¿Cómo lo sabías?

—¿Tú qué crees? La última vez nos hizo lo mismo.

—Dios mío. —Me agarro inconscientemente unos mechones de pelo—. Va a volver de un momento a otro. ¡Abre la puerta, Chloe!

Abre el pestillo del baño tan rápido que me precipito hacia dentro. Sigue apretando a Evie contra su pecho mientras me da la mano para levantarme. Evie me sonríe. Cree que estamos jugando al cucú-trás o al escondite.

Supongo que es cierto.

—¿Puedo cogerla ya?

—No.

—¿Por qué no?

—No me fío de ti.

La puerta principal se abre con un crujido.

—¡Está aquí! —susurro. La saco a rastras del dormitorio de la niña y la empujo hacia el mío—. Escóndete aquí con Evie. Yo le pararé los pies.

—¿Cómo?

Rebusco en mi bata, que cuelga detrás de la puerta, hasta encontrar la llave.

—He pedido que me instalen una cerradura en la puerta del dormitorio de la niña.

Avanzo agachada por el pasillo justo cuando aparece la coronilla de Richard por las escaleras. Vuelvo al dormitorio de la niña y reparo en que la puerta del baño está abierta. Doy un salto hasta ella. Acabo de cerrarla y agacharme delante cuando entra Richard con el hacha colgada a un costado. Es una pequeña que Simon usa para cortar la leña de la chimenea, pero aun así, es suficientemente grande.

Oscar deja escapar un aullido de pánico.

—¿Qué le pasa a Oscar? —pregunto.

—Puede que le haya dado una patada —dice con impaciencia—. No sé, se puso delante. Solo quería apartarlo, eso es todo.

—¿Le has dado una patada?

—Si se la di, no fue muy fuerte.

—No puedo creerlo. —Extiendo la mano para acariciar a Oscar mientras Richard avanza dos zancadas hacia mí y levanta el hacha por encima del hombro. Abro la boca para gritar y me protejo la cara con los brazos.

—¡Por los clavos de Cristo, Jo! ¡Apártate! —Me mira como si fuera imbécil, con el hacha sujeta en lo alto.

Me apresuro a apartarme. El primer hachazo cae justo cuando escapo del dormitorio de la niña. *¡Crack!* Cierro la puerta y me tiemblan tanto las manos que me cuesta encajar la llave en la cerradura. Solo puedo pensar en Evie. Necesito tener a Evie entre mis brazos y salir corriendo de aquí. Por fin introduzco la llave, pero se ha quedado atascada. *Dios mío. Dios, por favor.* Otro crujido estremecedor, como un trueno. El chasquido de la madera al astillarse. ¿Cómo no se da cuenta de que Evie no está ahí? Ni siquiera está llorando.

Bueno, va a averiguarlo en cuestión de segundos. Un crujido aún más atronador, casi como una explosión. Se rompe la madera. Debe de estar echando la puerta abajo.

Sacudo la llave y esta vez sí que gira.

—¿Dónde demonios está? —ruge.

Vuelvo corriendo a mi dormitorio.

—Esa puerta es más pesada, pero no nos queda mucho tiempo hasta que consiga escapar. Tenemos que salir de aquí.

—¡Joanne! —grita Richard, golpeando la puerta del cuarto de Evie—. ¿Qué narices está pasando? ¡La puerta está cerrada!

Evie se está chupando el pulgar. Tiene los ojos bien abiertos y llenos de curiosidad. No parece asustada. Todo ese ruido no parece preocuparla en absoluto.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Chloe.

—Déjame coger a Evie —digo. Por una milésima de segundo, nuestros ojos se encuentran mientras ambas tratamos de averiguar

si podemos confiar en la otra. Los implacables golpes de Richard en la puerta nos sobresaltan.

—No.

—¿Por qué?

—Porque os voy a salvar a las dos, por eso.

## Capítulo Treinta Y Nueve

---

No tengo elección. ¿Qué puedo hacer? ¿Pelearme con ella y arrebatársela a Evie de los brazos? Y además, la creo. No creo que ahora mismo quiera hacer daño a Evie. Pero entonces, mientras atravesamos de puntillas el pasillo hacia las escaleras, Evie asoma la cabeza y señala a su dormitorio.

—¡Iaia!

Le tapo con suavidad la boca con la mano. Aguantamos la respiración.

—¿Jo?

Lo ha oído. Chloe me tira de la manga.

—Vámonos —me urge en voz baja.

—Jo, escúchame, cariño. Te quiero. Nunca te haría daño, ni tampoco a nuestra niña. No sé qué te ha dicho Chloe, pero miente. Por favor, abre la puerta, cariño.

Su voz suena tan amable, tan tranquilizadora, tan cercana, que me encuentro absorta en ella. De repente, deseo abrir la puerta y caer en sus brazos, decirle que lo siento, que no sé en qué estaba pensando.

—Estás poniendo tu vida y la de nuestra niña en peligro al escuchar sus sucias mentiras. Tenías razón: es perversa. Ahora lo veo. Diane intentó avisarme, y tú también. Creo que mató a su propia madre. Puede que incluso asfixiase a su hermana pequeña.

Me paro en seco, con el corazón acelerado.

Se le quiebra la voz.

—No tienes ni idea de lo mucho, lo muchísimo que lo siento. Y no es culpa tuya. Te ha embrujado, como lo hizo antes conmigo.

¿Que me ha *embrujado*? A ver, si estuviésemos jugando a asociar palabras, no sé si «embrujo» sería lo primero que me vendría a la cabeza al pensar en Chloe, pero ¿me habrá convencido de alguna manera? ¿Habré caído en sus sucias mentiras?

—No lo creas —susurra Chloe, sin dejar de tirarme de la manga—. ¡Tenemos que irnos!

—Ya no sé a quién creer —susurro, y justo entonces Richard golpea la puerta tan fuerte con el puño que esta se estremece.

—¡Abre la puta puerta!

En cualquier momento, recurrirá al hacha. Bajamos corriendo las escaleras, que es donde se ha vertido la gasolina, ahora me doy cuenta. La alfombra está tan empapada en algunas partes que escucho el chapoteo de mis pies. Está claro que alguien quería cortarme la huida desde el primer piso.

Incluso con Evie en brazos, Chloe se mueve más rápido que yo. Ya se encuentra en la puerta principal, tirando de ella con todas sus fuerzas.

—Está cerrada —dice, y creo escuchar una nota de pánico en su voz.

—Dios. ¿Cómo es posible?

—¿Qué hacemos ahora? —chilla.

Tengo que recobrar la compostura. Tengo que sacarnos de allí.

—La puerta trasera —grito. Corremos por el pasillo hasta la cocina. Me precipito de ventana en ventana, pero todas están cerradas.

—La puerta trasera también está cerrada —gimotea. Me agarra del brazo—. Tenemos que bajar al sótano.

—¿El sótano? ¿Por qué?

—Porque es el mejor lugar donde esconderse ahora mismo. Sabe que te da pavor entrar allí.

Cuando miro hacia abajo, hacia el abismo, empiezo a marearme. Tanteo la pared hasta encontrar el interruptor. Chloe me pone la mano en el brazo.

—No.

—A lo mejor no ha quitado las bombillas del sótano.

—Exacto. Verá la luz bajo la puerta. No podemos arriesgarnos.

—¿Estás loca? ¿Quieres que baje *a oscuras*?

*iBum!* Esta vez, suena como si Richard estuviese lanzando todo su peso contra la puerta. No puedo creer que todavía aguante. Voy a subirle el sueldo a Simon, si es que vuelvo a verlo.

Me trago el nudo que tengo en la garganta y miro a Evie, en brazos de Chloe. Me sonrío con ganas. Piensa que es la aventura más divertida del mundo.

Chloe avanza unos pasos y se vuelve.

—¿Vienes?

Doy un paso de prueba.

*iBum!*

Me agarro a la barandilla con las dos manos y bajo un escalón. Siento las piernas de gelatina.

—*Había diez en la cama, y el más pequeño dijo...*

Me paro en seco.

—¿Ahora te pones a cantarle?

—Le ayuda a calmarse. *iDen la vuelta! iDen la vuelta!*

Evie se echa a reír.

—A mí me parece que está muy tranquila.

—*Entonces todos se dieron la vuelta...* —continúa en voz baja.

Es curioso, pero, aunque antes su forma de cantar me ponía los pelos de punta, ahora la encuentro reconfortante, por increíble que parezca.

—*Y uno se cayó.*

Evie se parte de risa.

—Es el último escalón —susurra Chloe. Me toma de la mano y tanteo el suelo con la punta del pie hasta recuperar el equilibrio. Aquí abajo hace frío y hay humedad, y por algún motivo, pienso en los planes de Richard para transformar el espacio en un *home cinema*. ¿O era una piscina cubierta? El recuerdo me trae una oleada de nostalgia.

Estoy perdiendo la cabeza por completo.

—¿Estás bien?

—La verdad es que no.

—Es por aquí. Vamos a avanzar recto hasta llegar a la pared.

—¿Hasta el otro extremo? ¿Nos vamos a esconder detrás de la pared de cemento?

—Es el sitio más seguro si baja.

—Pensé que habías dicho que no iba a bajar.

Me ignora.

—Agárrame de la mano y agita el otro brazo.

—¿Por qué?

—Por las telarañas. Así no se te pegarán a la cara.

—Dios santo.

—*Había nueve en la cama y el más pequeño dijo...* Vamos, Joanne. Te ayudará a distraerte, canta conmigo.

No me va a distraer de lo que sea lo que tengo que ignorar, pero trago saliva, extendiendo la mano con la palma hacia delante y empiezo a cantar en un susurro trémulo.

—*Den la vuelta, den la vuelta...* —Evie da un chillido de alegría. Mi niña no le teme absolutamente a nada—. *Entonces todos se dieron la vuelta y uno se cayó.*

Cantamos en voz baja hasta llegar al otro extremo de la habitación.

Mi mano toca la pared, que noto áspera bajo mis yemas.

—¿Y si hay ratas y arañas arrastrándose por aquí?

—Tienen más miedo de ti que tú de ellas.

—No termino de creérmelo.

Trago saliva, me siento y me acerco las rodillas al pecho. Nos limitamos a escuchar los golpes secos del hacha contra la puerta.

—No le quedará mucho para romperla —le digo. Miro a Evie—. ¿Por favor?

Vacila durante un segundo.

—Si te doy a Evie, ¿me prometes que nos ayudarás a salir de aquí? ¿Que me ayudarás a mí? —Examina mi rostro—. No puedes dejarme aquí con él. Me matará. Vine aquí por ti y por Evie.

—Sí. Es decir, no. No te dejaré atrás —respondo. Aprieto los labios, esperando, o más bien rezando, para que me crea. A estas alturas, estoy dispuesta a decir cualquier cosa con tal de recuperar a Evie. Cuando me la pasa, quiero romper a llorar. Está a salvo en mis brazos. Por fin puedo respirar. La acomodo en mi regazo—. Está dormida.

Es increíble, pero parece que nuestras voces desafinadas la han aletargado.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunto.

—Esperar. Escuchar. En algún lugar encima de nuestras cabezas está la puerta principal. Deberíamos oírle abrirla...

—¿Y si la cierra tras de sí?

—Ya veremos. Si piensa que ya hemos salido, no la cerrará con llave.

—Y después, ¿qué?

—Después, salimos pitando de aquí tan rápido como podamos. Posiblemente te haya quitado también las llaves del coche, pero podemos escondernos en el cobertizo. Quizá. Tenemos que resistir hasta que amanezca. Después, será más fácil.

—Tengo las llaves de mi coche.

—¿En serio?

—Bueno, no las llevo conmigo, pero hay una escondida detrás de la rueda trasera. No sabe que está ahí, las perdí una vez y se molestó mucho conmigo. Estoy tan despistada últimamente...

—Oye, seguramente no es para tanto, nada fuera de lo normal. Es su *modus operandi*. Te hace pensar que el problema es tuyo, y con el tiempo empiezas a creértelo. —Suelta una risa breve y amarga. Se me escapa un sollozo—. ¿Estás bien? —pregunta.

—No —gimo en voz baja—. Estoy muy asustada. Odio todo esto. Me pone algo en la mano. Es mi móvil.

—Se te ha caído antes cuando salimos corriendo.

—Gracias. —Me limpio la nariz con el dorso de la mano—. Pero no sirve para nada, ¿te acuerdas?

—Sirve como linterna.

Pulso la pantalla y se ilumina bajo mi mano. Chloe me agarra del brazo.

—No lo enciendas todavía. Es mejor ahorrar batería.

—Espera. —Le enseño la pantalla—. Sigue conectado al wifi. —Ambas escudriñamos la diminuta barra. Y cuando digo diminuta, es que realmente es minúscula. Apenas es visible a simple vista.

—¡Mira! Tengo un mensaje. —Me incorporo. Evie se remueve. El mensaje es de Jim Preston.

—¿Quién es?

—El periodista que escribió sobre la muerte de tu madre cuando ocurrió. Me puse en contacto con él.

—¿Sí? ¿Y eso?

—Quería entender mejor lo que te pasó. A Richard no le gustaba hablar del tema.

—Ya. —Resopla—. Apuesto a que no. ¿Y qué descubriste?

—Solo lo que ya ponía en los periódicos. Y que tu padre te mandó a un hospital psiquiátrico. ¡Pero mira! ¡Podemos enviarle un mensaje y que pida ayuda!

—No puedes enviar mensajes sin una tarjeta SIM.

—¡Pero si hay uno suyo aquí mismo!

—Tu móvil almacena los mensajes antiguos, pero no puedes enviar ni recibir nuevos.

No obstante, no he leído este. Lo abro.

*Joanne, antes intentaba avisarte. No sé si viene al caso, pero es sobre el negocio de tu marido. Hay rumores de que está en un aprieto. Una especie de estafa piramidal. Recuerdo que por entonces, su otro negocio también estaba en apuros, y no sé. Me dio mala espina. Ten cuidado.*

—Lo sabía —dice Chloe, leyendo por encima de mi hombro.

—Ay, Dios mío.

Si me quedaba alguna duda, acaba de evaporarse. Lo que dijo Chloe sobre Richard y sus problemas de dinero, todo era cierto. Todo

es cierto. El hombre con el que me casé, y del que llevo locamente enamorada todo este tiempo, ha resultado ser un monstruo. Incluso cuando Roxanne me dijo que le había pedido que no viniera, pensé —esperé— que hubiese una explicación.

Me corren lágrimas por la cara mientras cierro el mensaje. Escudriño la pantalla, apartándome las lágrimas con el dorso de la mano.

—Oh.

—¿Qué pasa?

Señalo el icono de la aplicación de las cámaras de seguridad y lo toco para abrirlo. Tarda siglos en cargar y por un segundo pienso que es inútil, que aquí abajo no hay suficiente cobertura. Pero finalmente se abre.

La pantalla muestra la perspectiva de la cámara del dormitorio de la niña. Está oscuro y las puertas del armario dificultan la visión, pero se percibe la silueta de Richard. Está de espaldas. Nos quedamos mirando la imagen borrosa.

—¿Qué está haciendo? —pregunta Chloe.

Levanto la vista y escucho. Los golpes se han detenido. Miro la pantalla de nuevo.

—Creo que está rompiendo la madera con las manos.

—¿Dónde está la cámara? Pensaba que papá las había tirado todas.

—Me quedaban un par. Las coloqué antes. —No le digo que las puse para vigilarla a ella. Ni que me aterraba que hiciese alguna locura.

Mis ojos se han adaptado a la oscuridad. Hay un ventanuco cuadrado al otro lado del pasillo en el que estamos. Es diminuto y tiene barrotes, así que es imposible que salgamos por allí, pero deja pasar una rendija de luz de luna.

Nos quedamos en silencio y observamos cómo Richard levanta de nuevo el hacha. No puedo creer lo que estoy viendo. No reconozco a mi marido. ¿Será cierto que Chloe vino a esta casa porque temía lo que pudiera hacernos? ¿Cómo puede ser verdad algo así? Durante todo el tiempo que ha pasado con nosotros, se ha portado fatal conmigo. Si de verdad temiese por mi vida y la de Evie, ¿por qué no

dijo nada antes? Ahora que la miro de perfil—y, a decir verdad, nunca he estado tan cerca físicamente de ella—, me sorprende lo joven y vulnerable que parece.

Devuelvo la vista a la pantalla. No falta mucho para que salga Richard, y mientras abrazo a mi niña dormida, me pregunto si saldremos vivos de esta.

## Capítulo Cuarenta

—¿Por qué editaste esa foto con Simon? —pregunto en voz baja.

Chloe tiene la vista fija en la pantalla, en la silueta de Richard peleándose con la puerta.

—Quería que rompieras con papá. Hice todo lo que se me ocurrió para que lo dejases. Pensé que, si continuaba haciéndote cosas horribles y te amenazaba con venir a vivir contigo y con papá para siempre, te marcharías y pedirías el divorcio. Así cambiarías el testamento, cancelarías la póliza del seguro de vida y tú y Evie estaríais a salvo.

—Espera. ¿Cómo sabes lo de mi póliza?

—La encontré en tu despacho el primer día. Diez millones de libras.

—¿Estuviste fisgoneando?

—Sí. ¿A quién se le ocurrió elegir una cifra tan alta para un seguro de vida?

—No lo sé. Fue idea de los dos, supongo. Es decir, yo tengo la misma póliza para él. Es lo normal, ¿no?

—¿Diez millones de libras? Eso no es lo normal. Es una burrada de dinero.

—Lo sé, lo sé. Tienes razón. Y sí, fue idea suya, pero lo hizo pensando en Evie.

—Ya, claro. —Ahoga una risa.

—¿Y cómo supiste que tenías que venir aquí, a esta casa? ¿Cómo sabías que estábamos en peligro?

—Lo vi en el Connaught. Trabajaba allí dos noches a la semana como recepcionista.

—¿Trabajabas en el Connaught? ¿Tenías un trabajo?

—Sí, claro que tenía un trabajo. ¿Por qué no iba a tenerlo? Las facturas no se pagan solas.

—No sé. A ver, tu padre te compró el piso. Imaginaba que no tendrías que trabajar.

—No me compró ningún piso. ¿Estás de coña? No tocaría su dinero ni con un palo. Cuando lo vi entrar en el hotel, me escondí en la parte de atrás y le pedí a mi compañero que lo atendiese. Subió a su habitación y no salió hasta la noche siguiente. La habitación estaba a nombre de una mujer.

Doy un respingo.

—¿Isabella?

—No. Otra persona.

—¿La supermodelo? ¿Era verdad? —Casi lo grito. Es decir, lo habría hecho, pero entonces Evie se habría despertado, así que solo lo susurré.

—¡No! Me lo inventé. La mujer a la que fue a ver tenía unos cincuenta. Le pregunté a mi supervisor sobre ella. Es estadounidense, de Nueva York. Muy rica, aunque eso se adivinaba solo con mirarla. Sabía que os habíais casado y que habías tenido a Evie, y tuve un mal presentimiento. Entonces descubrí que la mujer venía a Londres con frecuencia. Guau, Joanne, no me digas que estás... ¿llorando?

—Es solo que... de verdad pensaba que éramos felices. Estoy aturdida. Cuando las cosas no funcionaron con Isabella...

—Vamos, ¿no lo pillas? Te conoció, se dio cuenta de lo rica que eras. Y robaba de su propio negocio, aunque estaban a punto de pillarlo. Dejó a Isabella por ti porque tú eras el pez gordo.

Resoplo.

—Te equivocas. No soy rica.

—Pero dijiste que... ¿Tu herencia?

—Es muy pequeña. Bueno, para mí no —me apresuro a añadir—. Es decir, pequeña en comparación con lo rico que es tu padre.

—¿De cuánto estamos hablando?

—Sesenta mil libras.

Tras una breve pausa, dice:

—Debe de estar más desesperado de lo que pensaba. Pero, en cualquier caso, también está el seguro de vida. Dime algo, ¿de quién fue la idea de vivir aquí, en medio de la nada? Estás muy lejos de tus amigos.

—Pensé que sería agradable, ¿sabes? Una gran casa de campo...

—Sí, pero ¿se te ocurrió a ti? ¿O te convenció de que era lo que querías?

Presiono dos dedos contra los párpados, intentando pensar. Es cierto que cuando estábamos buscando casa, siempre que veía un sitio que pensaba que sería perfecto para nosotros, él encontraba alguna pega. Era demasiado pequeño, demasiado oscuro, estaba en el barrio equivocado.

Ni siquiera sabía que estaba mirando casas tan lejos de Londres hasta que me llevó a ver una.

—¡Mira! ¡Es perfecta! —dijo cuando llegamos—. Imagina a nuestros preciosos hijos corriendo por la hierba. ¡Y mira, hay un estanque! Y podríamos tener un perro, siempre has dicho que querías un perro. Hay espacio de sobra para que corra.

No puedo decir que compartiese su entusiasmo inmediatamente. Me parecía que estaba demasiado lejos de mis amigos, de la vida que había empezado a reconstruir en Londres después de vivir en Chelmsford. Me había mudado a Chelmsford por Marc. No hice muchos amigos allí, solo Shelley, en realidad. En Londres, me sentía de nuevo como en casa. Es cierto que me quedé un poco decepcionada cuando dijo que quería vivir aquí.

—Es tan... grande. ¿Para qué necesitamos una casa tan grande? —dije.

—Pero me dijiste que tu sueño era tener familia numerosa, con montones de niños. ¡Cariño! ¿Qué ocurre, has cambiado de opinión?

No era así. Simplemente no pensaba tenerlos todos de golpe, ni tener tres docenas y una casa de fieras. Pero, al mismo tiempo, veía el potencial. Una casa que había visto hacía poco tenía un invernadero anexo donde los dueños cultivaban plantas tropicales. Quizás podríamos hacer lo mismo. Abrir la cocina para que fuese un espacio enorme y encantador, pero también cálido, con una gran chimenea.

Quería que Richard fuese feliz, y me obligué a ver el lado positivo hasta que, con el tiempo, un día me levanté y era lo que yo quería, así de sencillo. Es lo que me decía a veces. «Es lo que quieres, ¿no, Joanne? Quieres esta vida, esta casa. Es tu sueño, ¿no?». Y pensaba que así era. Pero quizás fuera el suyo. Quizás solo había sembrado la idea en mi cabeza hasta hacerme pensar que era mía.

—Pensaba que me odiabas de verdad —le digo ahora a Chloe.

—Bueno, no quiero ofenderte, Joanne, pero la verdad es que me das igual. Solo tuve un mal presentimiento cuando me enteré de que había nacido Evie. Entonces lo vi en el hotel y supe que, si le pasaba algo, nunca me lo perdonaría. Quería venir y tantear la situación, pero cuando vi la póliza del seguro de vida y cómo se comportaba conmigo... ¿Sabes lo que digo? Por cómo quería que siguiera siendo la niñera de Evie... Lo supe. Simplemente lo supe. Las dos vais a morir y me va a echar la culpa a mí.

—Deberías haberme dicho algo.

—Es broma, ¿no?

—Seguías hablando mal de mí incluso cuando no estaba Richard.

—Quería que lo dejaras. Se me ocurrió hacerte la vida imposible hasta que lo lograste.

—Las cosas no funcionan así.

—Ya, en fin, mira que lo intenté.

—No hace falta que lo jures. —Pongo los ojos en blanco y ella sonríe. Estoy bastante segura de que es la primera vez que la veo sonreír. Y solo nos ha hecho falta estar de cuclillas en un sótano con un loco agitando un hacha escaleras arriba.

Entonces recuerdo algo.

—¿Y qué pasa con la llamada que le hiciste a Solomon? Richard dijo que volvió por eso.

—Intenta enredarte. Cuando mi madre murió, mi padre recibió la mitad de la herencia. La mitad que me pertenecía quedó sujeta a un fideicomiso hasta que cumplierse los veintiuno.

—Entonces...

—Acabo de volverme muy rica, sí. Llamé al abogado para hacer testamento. Si ahora mismo me ocurriera cualquier cosa, papá se lo llevaría todo. Nunca llegué a terminarlo, pero fíjate qué interesante que mi padre y Solomon estén hablando del tema, ¿no crees?

Suspiro.

—Eso parece.

—¿Entiendes por qué no me quiere viva? Cuando te mate a ti y a Evie, me matará a mí. Después, regresará a Ámsterdam y en unos días estará de vuelta para descubrir que he masacrado a su familia entera... otra vez. Pero esta vez, me habré suicidado. O algo por el estilo. —Deja escapar un suspiro—. Confía en mí, ya he pasado por esto.

Me dan ganas de vomitar.

—Pensaba que lo adorabas —digo. Pero entonces recuerdo aquella vez en la cocina, cuando Richard estaba dando el biberón a Evie, y la mirada de puro odio en la cara de Chloe al verlos. Pensé que era por Evie, pero debió de ser por Richard.

—No podía mostrarle lo que de verdad sentía, o habría adivinado por qué vine. Habría sabido que estaba tramando algo. Tenía que hacerle pensar que estaba desesperada por volver a formar parte de su vida. Hace años, me las arreglé para convencerle de que me había equivocado al decir que había alguien más en casa aquella noche. Es decir, sabía que era él, le oí discutir con mi madre. Le tenía miedo, por eso dije que había sido un extraño. Esperaba que la policía atase cabos, pero nunca lo consiguieron.

No puedo ni imaginarme las implicaciones de saber que tu padre mató a tu madre y no poder hacer nada al respecto

—Lo siento mucho, Chloe.

—Da igual. —Me agarra del brazo—. Joanne, mira.

Richard ha metido la pierna por el hueco de la puerta y acto seguido, desaparece al otro lado.

—Dios mío, ha salido. —Toco la aplicación para pasar a la cámara del pasillo. Miramos espantadas cómo la silueta oscura de Richard recorre sin prisas el pasillo, abriendo puertas a su paso.

—¡Joanne! ¡Cariño, respóndeme!

Apenas puedo respirar.

—Escucha, Jo, no estoy enfadado, ¿de acuerdo? Solo quiero que estés bien. Y no estarás a salvo mientras estés con ella, ¿lo entiendes? No te escondas, cariño. Recuerda que está loca y es una mentirosa. No puedes creerte ni una palabra de lo que diga. Es culpa mía, lo sé. Tenías razón desde el principio. Está trastornada y no quería verlo. Te quiero, Joanne. Te quiero muchísimo.

Aunque apenas veo nada, se oye un extraño sonido, como un golpeteo, con cada paso que da. Escudriño la figura sombría y cuando tomo conciencia de lo que veo, doy un respingo y aprieto la mano contra la boca. Richard está golpeando la parte plana de la hoja del hacha contra la palma de la mano, como poniendo a prueba su calidad. Todo ello mientras insiste en lo *muchísimo* que me quiere.

—Voy a vomitar.

—No, esto es genial. ¿Tienes cámaras en el piso de abajo? ¿Podemos ver si sale?

—Hay una en la sala de estar. Y otra en la mesita del recibidor.

Richard, que ya está abajo, sigue llamándonos. Ahí podemos verlo un poco mejor porque se filtra más luz de luna. Le observamos ir a su despacho. Cuando sale, ya no sujeta el hacha. Tiene otra cosa entre manos. Vuelvo a escudriñar la imagen borrosa.

—¿Qué es? —pregunto.

—La escopeta.

—Dios mío, no.

—¡Sal, Chloe! ¡Mi pequeña psicópata! ¡Te voy a encontrar tarde o temprano!

—¿Por qué te llama así? —susurro.

—¿Tú qué crees? Está tratando de convencerte de que la psicópata soy yo.

—Ya. Tiene lógica. ¿Crees que debemos quedarnos aquí?

—Sí, eso creo. Es la mejor opción.

Observamos cómo Richard vuelve escaleras arriba y entra y sale de las habitaciones, llamándonos a mí, a Chloe y a Evie. En cierto momento, la cámara capta su expresión y parece desquiciado, con los ojos frenéticos y la boca contorsionada.

Entonces sube las escaleras hasta el piso de arriba y dejamos de verlo. Nos quedamos en silencio un momento, con los ojos fijos en la pantalla, esperando a que vuelva. Lo único que oigo es el martilleo de mi corazón.

—Me pareció verte una noche, agazapada en la habitación de Evie.

Levanta la vista abruptamente.

—Lo he estado haciendo todas las noches. En cuanto puse un pie en esta casa, supe que usaría mi estancia para que pareciese que estaba aquí para mataros a las dos y echarme la culpa. La verdad es que fue un gran alivio cuando decidiste empezar a dormir en la misma habitación que Evie, no te voy a mentir. Además, casi me pillas un par de veces.

—¿Y el Calpol?

Se queda en silencio un momento.

—Acababa de llegar y le pediste a papá que comprase un frasco, ¿te acuerdas? Tenía miedo de que le pusiera algo tóxico. Seguramente exageré, pero sabía que iba a hacerlo mientras yo estuviese aquí. Así que cogí tu bici y compré otro frasco. Pero era diferente, no tenían el pequeño en la farmacia del pueblo. Tuve que cambiar el contenido.

No puedo creer lo equivocada que he estado. Pensaba que había venido para hacernos daño cuando en realidad, estaba tratando de salvarnos.

—El periodista que escribió sobre lo que le ocurrió a tu madre me dijo que creía que Richard te tenía miedo.

—Lo único que teme mi padre es que sé lo que hizo y que estoy dispuesta a contarlo. —Se encoge de hombros—. De todas formas, lo mismo da. Lo intenté, pero nadie me creyó.

—Pero ¿por qué decidiste marcharte? Dijiste que ibas a volver a Londres la semana que viene.

—Me cansé de esperar a que moviese ficha. Sabía que se iba de viaje y se parecía demasiado a lo de la última vez. Así que le dije que me iba para ponerlo nervioso. No quería que me marchase. Quería que me quedase porque lo tenía todo planeado. Fue entonces cuando supe que iba a dar el paso.

—Ha vuelto. —La agarro del brazo. Richard baja las escaleras con prisas, casi corriendo. Lo oímos murmurar para sí mismo «Qué hija de puta. ¡Menuda hija de puta!», aunque no está claro si habla de mí o de Chloe. Aun así, es como ver una película de terror. He visto a Richard perder la compostura antes, pero no hasta tal punto. Nunca. Es aterrador. Baja rápidamente el siguiente tramo de escaleras y cambio la cámara a la de la sala de estar.

Escuchamos abrirse la puerta principal.

Chloe me coge del brazo.

—Ha salido. Vámonos.

## Capítulo Cuarenta Y Uno

---

Salimos a toda prisa, o en mi caso, a un paso más o menos rápido para no despertar a Evie. De repente, dejan de importarme las telarañas, aunque me dé de bruces con ellas. Chloe lleva la delantera, y corre hacia las escaleras y abre la puerta. Atravesamos el recibidor de baldosas.

La puerta principal está abierta de par en par. Estoy a punto de cruzarla corriendo, pero me detiene con un brazo.

—Espera.

Asoma lentamente la cabeza y mira alrededor. Lo pillo, quizás sea una trampa. Y si lo es, es de las buenas.

Me apoyo en la pared junto a la puerta y recupero el aliento. Por algún milagro, Evie no se ha despertado. Chloe hace un movimiento con la cabeza y yo me asomo al exterior.

Richard está delante de mi coche, con la escopeta reposando descuidadamente sobre un hombro.

Quiero romper a llorar.

—Esperemos aquí —susurro—. Se alejará en algún momento. Entonces echamos a correr.

Ella niega con la cabeza.

—Nunca conseguiremos llegar hasta el coche y coger la llave. Nos disparará antes de que podamos abrir la puerta.

—¿Cómo va a explicárselo a la policía?

—Dirá que yo te disparé a ti y Evie y que él me cogió el arma y me disparó.

—Vaya, lo tienes todo pensado, ¿no?

—Simplemente espera lo peor y acertarás, Joanne. Es lo que hago yo.

Recorre la habitación con la mirada. ¿Buscando un escondite, quizás?

—Ahí está el guardarropa.

—Tengo una idea —dice.

Oigo pasos. Richard debe estar recorriendo el lateral de la casa.

—¡Sal, Chloe! Nenita, sal de donde estés, ¡puta PSICÓPATA!

Evie se remueve. Nos hemos colado en el guardarropa y estamos agazapadas en el suelo, con la puerta entreabierto. Apenas hay una rendija de luz de luna. Creo que estoy sentada sobre un par de botas de montaña. Resulta muy incómodo. Cuando habla Chloe, suena como si lo hiciese a través de capas de *tweed*.

—Voy a subir y hacer algo de ruido —susurra—. Así pensará que estamos arriba. Mientras, tú...

—No.

—... mete a Evie en el coche y sal de aquí.

—Ni hablar. No voy a dejarte aquí sola con ese monstruo.

—Pero una vez que salgas, ¡podrás pedir ayuda!

—No pienso dejarte aquí, Chloe.

Ella chasquea la lengua.

—No tenemos otra opción. No nos queda tiempo. Es tu única oportunidad.

—No.

Se produce cierto movimiento, como de abrigos apartándose, y noto cómo me coge del cuello de la camisa.

—¡Es la única oportunidad de Evie!

Bajo la mirada. Ojalá pudiera protegerlas a las dos. Ojalá tuviese un arma para poder dejar a Evie con Chloe, salir y dispararle yo misma.

Pero no tengo un arma.

—Ve tú —le digo—. La llave está sobre la rueda trasera de la izquierda. Está pegada con un imán. Los vecinos más cercanos son los Thomson, a menos de un kilómetro por la carretera. Yo me quedaré aquí y lo distraeré.

—Te olvidas de algo.

—¿El qué? Ah, ya. No sabes conducir. Puedes coger a Evie e ir corriendo hasta allí, no está tan lejos.

—Ni de broma. Nos buscará. Tiene un arma, ¿recuerdas? —Se levanta y echa un vistazo por la puerta. Aún se oye a Richard vociferando y desvariando fuera.

—Espera aquí y escóndete hasta que no haya peligro.

Antes de que pueda objetar, coge uno de los paraguas. Se le cae algo del bolsillo. Lo recoge rápidamente y vuelve a guardárselo.

—¿Qué es eso?

—Por si ocurre lo peor —susurra.

—¿Qué quieres decir?

—Cogí las cerillas del cajón de la cocina cuando intentamos salir por allí. Cuando haya subido, me aseguraré de que no pueda volver a bajar para que tengas algo de tiempo para escapar.

—¡No, Chloe! ¡Es demasiado peligroso!

Pero ya se ha marchado y sube corriendo las escaleras. Me levanto despacio, con Evie todavía dormida en mis brazos, ajena al drama que se está desarrollando a su alrededor. Oigo a alguien dando golpes por encima de mi cabeza y durante un segundo pienso que Richard ha vuelto, que está arriba. Sonido de cristales rotos.

Chloe.

Ha roto una de las ventanas de arriba con el paraguas.

Echo un vistazo por el hueco de la puerta. Richard entra corriendo, cierra la puerta de golpe y se lleva la escopeta al hombro.

## Capítulo Cuarenta Y Dos

---

Se me encoge el corazón cuando levanto la vista y veo a Chloe junto a la ventana. Parece aterrorizada. Y aun así, cuando abre la boca para gritar, no está pensando en su propia seguridad. No grita para que la ayude, no. Lo que grita con todas sus fuerzas es «CORRE».

Subo al coche, pero no llego muy lejos. La imagen de Chloe junto a la ventana, mientras el humo se eleva a su espalda sigue grabada en mis retinas. No arranco el Range Rover porque no quiero alertarle. Por suerte, nuestro acceso está en una ligera pendiente, así que quito el freno de mano y dejo que avance por inercia. Encenderé el motor cuando me haya alejado más de la casa.

Pero no puedo quitarme el rostro de Chloe de la cabeza, esa expresión de puro terror, por lo que giro hacia la izquierda y dejo que el coche siga hasta detenerse junto a un seto.

Por supuesto que está aterrorizada. La he dejado atrás, atrapada en la casa con un loco con escopeta. *No puedes dejarme aquí sola con él. Me matará. Prométemelo.*

Tengo que regresar. Se lo prometí en el sótano y ahora, tengo que cumplirlo. Me giro para echar un vistazo a Evie. Está despierta,

examinando el techo del coche como si fuese la cosa más interesante del mundo.

—Es imposible que consigamos ayuda a tiempo. —Me mira, antes de devolver su atención al techo. Abro la puerta con suavidad.

—Enseguida vuelvo, ¿vale?

No sé si lo lograré. ¿Conseguiré llegar hasta Chloe antes de que le dispare? ¿Podré protegerla? No tengo ni idea, pero voy a hacer todo lo posible.

Bloqueo las puertas del coche y regreso corriendo a la casa.

No estoy pensando con claridad. Lo único que quiero es subir y encontrar alguna manera de detenerlo, si es que no es demasiado tarde. Solo cuando empujo la puerta para abrirla, caigo en la cuenta de que no tengo un arma para defenderme. Nada en absoluto. ¿En qué estoy pensando? ¿Acaso voy a derribar a Richard?

Oigo gritos escaleras arriba.

—¿Pensabas que ibas a escapar? ¿Qué no te pillaría esta vez? — Entonces se echa a reír. Es una risa maníaca, malvada, desquiciada —. ¡Ven aquí! ¡Sal de una vez! ¿O es que quieres quemarte viva?

Así que todavía no la ha encontrado. Tengo que subir. Tengo que encontrarla y sacarla de aquí mientras podamos. Las llamas se han adueñado de la alfombra que cubre las escaleras de piedra, pero aún queda espacio libre a ambos lados.

Vuelvo al vestidor y busco el paraguas más grande. Elijo el transparente con el mango de madera. Lo levanto y lo sopeso entre las manos. No es lo ideal, pero tendrá que servir. Subo las escaleras con cuidado, con el jersey levantado para cubrirme la boca. Ahí está, justo al final de la escalera, dándome la espalda. Sigue gritando con la escopeta en ristre, un loco preparado para disparar a las nubes. Levanto el paraguas y lo dejo caer con todas mis fuerzas sobre su cráneo. Espero que se vuelva, o incluso que me dispare, y ya he retrocedido unos pasos, sujetando el paraguas como si fuera un bate de críquet. Pero solo se queda muy quieto. Pasan unos segundos que parecen una eternidad hasta que por fin, se le dobla una pierna y extiende una mano.

—¿Qué demonios...? —Se vuelve entonces, y veo que le corre un hilo de sangre por un lado de la cara. Me mira con los ojos entrecerrados y dice «¿Jo?» antes de desplomarse en el sitio.

Mi pecho se agita por el esfuerzo de respirar. Está inmóvil. ¿Lo habré matado? Creo que puedo haberlo matado. Debería coger la escopeta. Me agacho despacio, agarro el cañón y tiro, pero él pesa demasiado y el arma no se mueve.

La suelto y empujo la puerta del dormitorio de la niña, o más bien lo que queda de ella. Intento gritar el nombre de Chloe y me sale una tos ahogada. Me escuecen los ojos y las lágrimas me corren por la cara. Me cubro la nariz con el jersey. Estoy a punto de volverme cuando oigo una especie de gemido ahogado. Viene del baño.

—¿Chloe?

Pero la cara que aparece por el hueco que Richard hizo en la puerta antes de darse cuenta de que el baño estaba vacío no es la de Chloe. Es la de Oscar.

—¡Oscar! —Supongo que estaba demasiado débil o demasiado asustado para salir por sí solo. Intenta saltar hacia mí y deja escapar un aullido de dolor.

—Espérame aquí —le digo. Corro por el pasillo, gritando el nombre de Chloe por las habitaciones vacías, pero no aparece. ¿Habrá conseguido escapar? Tengo que bajar las escaleras ya, o me quedaré aquí atrapada. Vuelvo al otro extremo del pasillo. Oscar está frenético. Ladra al cuerpo desplomado de Richard y da vueltas y vueltas a su alrededor, tratando de alejarse de las llamas. Es imposible que baje por su propia voluntad.

Solo me falta por comprobar una habitación: mi despacho. Paso por encima de Richard, abro la puerta y ahí está, agazapada bajo mi escritorio, con las manos sobre la cabeza.

—Chloe, cariño.

Levanta la vista con los ojos abiertos de pánico.

—Has vuelto. —Deja escapar un sollozo—. ¿Sigue por ahí?

—Está fuera de combate.

La ayudo a levantarse. En el pasillo, Oscar ha dejado de ladrar y ahora se limita a correr en círculos. Intento convencerlo para que

baje las escaleras, pero no hay manera. Se aleja más y más de las llamas, mirándome con desesperación.

Lo levanto en mis brazos y empieza a gimotear. Su peso casi me hace perder el equilibrio y Chloe me agarra para estabilizarme.

—Ya lo tengo. Vamos —susurro. Localiza la escopeta y trata de sacarla de debajo de su peso muerto, como ya he probado yo antes, pero no tiene más suerte.

—No podemos perder más tiempo. Vamos. Ve por este lado de las escaleras. —Señalo el extremo opuesto de la pared. Acto seguido, con un Oscar aterrorizado intentando escapar de mis brazos, paso por encima de Richard.

Y una mano me agarra el tobillo.

## Capítulo Cuarenta Y Tres

---

Intento gritar, pero no puedo respirar y tengo la voz entrecortada por el espeso humo. Los dedos de Richard se hunden en mi carne y en ese momento tomo consciencia de que voy a morir. Pienso en Evie encerrada en el coche y me pregunto si alguna de las tres conseguirá salir con vida.

Entonces él gime:

—No... se lo digas.

¿Que no le diga el qué? ¿Que es un psicópata de manual? Creo que ya ha llegado a esa conclusión.

—¡Suéltame!

Bajo la mirada hacia las escaleras, donde las llamas crecen por momentos. Doy una patada, pero solo consigo que se agarre con más fuerza.

De pronto aparece Chloe y le golpea el brazo con el talón, pero sigue sin soltarme. Salta sobre su hombro y sobre su pierna, y por fin profiere un grito de dolor y abre la mano.

—Maldita hija de puta —gime. Está de rodillas, con los brazos extendidos y los dedos como garras, tratando de aferrarme la pierna de nuevo. No sé si voy a sobrevivir. Me siento mareada de intentar

aguantar la respiración, del calor, del miedo que me atenaza, pero el esfuerzo de hablar le ha arrancado un ataque de tos, y Richard se lleva la mano al pecho.

Bajamos las escaleras corriendo. No sé cómo lo conseguimos, con Oscar en brazos y las llamas por las rodillas, el humo impidiéndonos respirar, pero lo conseguimos.

En cuanto estamos fuera, suelto a Oscar y este pone tierra de por medio.

—¿Dónde está el coche? —pregunta Chloe entre toses.

—Por aquí. —Me arde la garganta, mi voz suena extraña. Señalo un lateral de la casa. Se oye el llanto de Evie desde aquí. Me llevo la mano al bolsillo en busca de la llave y por un segundo, no la encuentro. A nuestras espaldas escucho alaridos de dolor y cuando me vuelvo, veo una sombra acechando en la puerta, perfilada por la luz del fuego. Me engulle una oleada de pánico.

—¡No encuentro la llave! —grito, con la voz ahogada de puro terror, hasta que la rozo con los dedos—. Ay, gracias a Dios. —Desbloqueo el coche y Chloe se mete de inmediato en el asiento trasero y le susurra a Evie:

—Todo va bien. Todo va bien. —Todo no va bien, ni de lejos. Estamos muy lejos de estar bien, pero agradezco en silencio lo compuesta que está y que su primera preocupación sea Evie.

—¿Qué pasa con Oscar? —dice, bajando las ventanillas.

—¡Oscar! —grito, mientras piso a fondo el acelerador—. ¡Oscar!

Pero Oscar se ha ido y tengo que confiar en que estará bien, ya fuera de la casa y lejos de Richard. Tengo que sacar de aquí a Evie y Chloe y ponerlas a salvo.

Giro para volver al camino de acceso.

—¡La verja! —grita Chloe—. ¡Está cerrada!

—No pasa nada. —Echo un vistazo por el retrovisor. No hay ni rastro de Richard, solo la casa, que brilla de un rojo intenso. Salgo del coche y corro hacia el teclado numérico. Pulso los botones con fuerza para abrir la verja.

Nada. La puerta no se mueve un centímetro. Debo de haberme equivocado; me tiemblan demasiado los dedos.

—¿Por qué no se abre? —solloza Chloe.

—Dame un momento. —Lo intento de nuevo. Son solo cuatro números, por todos los cielos.

—¡Ya viene! —grita Chloe.

Vuelvo la vista al camino.

—¡Jo! ¡Espera! —grita Richard. Levanta una mano. Arrastra la pierna izquierda, sobre la que ha saltado Chloe. Me pregunto si se la habrá roto. Tiene el lado izquierdo de la cara completamente cubierto de sangre.

—Voy a intentar detenerlo. —Apago el motor y le tiro la llave—. Bloquea las puertas.

—¿Qué vas a hacer?

No respondo. Espero a oír el ruido de las puertas al cerrarse a mis espaldas, pero no lo escucho. Richard levanta el arma y apunta con ella al coche.

—Déjalas irse —digo—. Son niñas. Son tus hijas. No han hecho nada para merecer esto.

—No lo entiendes, Jo.

Chloe chilla y yo le estoy gritando que se agache, que esconda a Evie, cuando lo veo. Corre a tanta velocidad que tardo un segundo en darme cuenta de que es Oscar. Da un salto y aterriza en la nalga izquierda de Richard. Richard suelta un alarido de dolor, deja caer la escopeta y cae de rodillas. Sigue gritando, pero Oscar no ha acabado con él. Da otro salto y cierra la mandíbula en torno a su codo izquierdo.

Yo me lanzo hacia delante, cojo la escopeta y le apunto con ella.

—Abre la verja, Richard.

Richard deja escapar un gemido.

—¡No me dispaes! ¡Joanne, por favor! ¡Escúchame!

—¡Abre la verja!

—¡Te quiero, Jo! Estaba intentando detener a Chloe, ino a ti! ¡Te quiero!

Dios, ojalá lo dejara ya. Es insoportable.

—Abre la puerta o te disparo.

De repente, me quitan el arma de un tirón. Me vuelvo hacia Chloe, que está ahí de pie, con una expresión impenetrable como una máscara.

—¿Qué estás haciendo?

Pero no me mira. Se saca algo del bolsillo trasero.

—Oye, papá.

Él levanta la vista con ojos suplicantes.

—No se lo dije.

—¡Mira aquí, papá!

Richard centra su mirada en ella.

—¿Por qué viniste? ¿Por qué no nos dejaste tranquilos?

—¿Quieres saber por qué vine? Toma, aquí lo tienes. ¡Míralo! —  
Agita la foto de la pequeña Sophie delante de su cara. Él la toma con manos temblorosas.

—Por eso he venido, papi. ¿Te acuerdas de ella? ¡Mírala bien! —  
Le da un golpetazo a la foto, que cae de las manos de Richard. Ella la recoge y la deja de nuevo en sus manos—. ¿Te acuerdas de ella? ¿Eh? ¿O ni siquiera te importa ya?

Tiene la cara cubierta de hollín y sangre y los rasgos deformados. Sus ojos azules y penetrantes se mueven despacio hacia mí.

—Ayúdame...

—La gente como tú no merece ayuda. Mamá está muerta. Sophie está muerta, y todo es culpa tuya, joder. ¿Y ahora Joanne, papi? ¿Y Evie? ¿En serio, papá? ¿Evie?

—Chloe, cariño, siempre te he querido más que a mi vida.

—Eres un puto mentiroso.

El estallido es como un trueno. Resuena como un eco a nuestro alrededor durante un rato. Evie está chillando. Me tapo las orejas con las manos. Richard está tirado de espaldas. Ya no tiene cara.

Me clavo los dedos en el cráneo.

—¿Qué has hecho? Chloe, ¿qué has hecho? ¡No iba a irse a ningún lado!

—Venganza.

Tengo las manos apretadas contra la boca. Se vuelve hacia mí.

—No lo pillas, ¿verdad?

Dejo caer las manos.

—Claro que sí. Por tu madre. Por Sophie.

Asiente.

—Y por ti, y por Evie. Por todo.

Me aparto a un lado del camino y vomito, aunque solo expulso bilis. Las piernas me tiemblan como gelatina cuando camino hasta el teclado e introduzco los números de nuevo. Esta vez, la verja se estremece.

Supongo que me equivoqué la última vez.

Oigo cómo la escopeta recarga detrás de mí. Cuando me vuelvo hacia Chloe, parece estar en trance.

Y me está apuntando directamente con el arma.

—¿Qué estás haciendo?

La verja está abierta de par en par. Se detiene con un estruendo metálico. El sonido parece despertar a Chloe. Sacude la cabeza y baja el arma.

—Lo siento. No sé en qué estaba pensando.

Me llevo la mano al pecho. El corazón me va disparado.

—Dios, pensé...

—Vámonos de aquí.

## Capítulo Cuarenta Y Cuatro

Le decimos a la policía que Chloe le arrebató el arma de las manos a Richard, que fue literalmente una lucha a muerte, que era él o nosotras y que el arma se disparó por accidente.

Técnicamente, cuando le disparó ya no representaba una amenaza inmediata. Es decir, ya estaba de rodillas, llorando sobre la foto de Sophie y suplicando por su vida. Además, Oscar también se cobró su buena porción de carne, una libra o más. Richard no se iba a ninguna parte. Pero Chloe necesitaba pasar página.

Puedo entenderla.

Han pasado dos meses y cada día me recuerdo lo afortunada que soy de seguir con vida. Si no hubiese sido por Chloe, Evie y yo estaríamos muertas. ¿Habría conseguido Richard matar a su familia e irse de rositas una vez más? Cuesta creerlo, pero, como dijo Chloe, le habría echado la culpa a ella para después acusarla de ser la responsable de la muerte de Diane, pese a no querer admitirlo antes. Chloe también estaría muerta, así que no quedaría nadie que contara lo que realmente ocurrió.

Lo único bueno que ha salido de todo esto es mi relación con Chloe. En muy poco tiempo, se ha convertido en una joven feliz y llena de esperanza ante el futuro. Ahora vive conmigo. Tengo alquilada una casita en Islington y se podría decir que soy como su hermana mayor; lo que siempre había deseado, supongo. Va a volver a la universidad para terminar sus estudios y ha conseguido un trabajo a tiempo parcial en un *pub* local.

Pero queda mucho por desentrañar.

El negocio de Richard estaba yéndose a pique, de eso no queda duda. Había creado nuevos *portfolios*, pero no había logrado persuadir a ninguno de los posibles inversores para que firmasen. Sus socios se echaron atrás hace meses, algo que Richard nunca me contó.

No hay ningún registro de su paso por el Connaught. Es lógico: no iba a anunciar a bombo y platillo que tenía una aventura. He contratado a un detective privado para que localice a la mujer con la que Richard estaba viéndose, pero de momento no hemos tenido suerte, ya que se registró con un nombre falso.

—A papá se le daba muy bien borrar sus huellas, Jo. —Ahora, Chloe me llama «Jo»—. Siempre iba diez pasos por delante del resto.

Pero no es suficiente para mí. Necesito saber mucho más.

Yo también quiero pasar página.

Hoy hace un precioso día de primavera, cálido y de cielo azul, y estamos de pie junto a la tumba de Diane y Sophie. Chloe ha traído violetas en un bonito tarro de cerámica. «A mamá le encantaban las violetas», me explica. Las deja con cuidado mientras yo limpio las hojas y la suciedad de la lápida. La madre de Diane, Helen, también quería venir, pero está mayor. Así que iremos a verla para tomar el té con *scones*. Tengo muchas ganas de conocerla.

—Te quiero, mamá —susurra Chloe y se limpia las mejillas con los dedos.

Espero en silencio. Entonces se levanta y se sacude el polvo del vestido. Es un conjunto muy bonito que le compré la semana

pasada; con grandes flores blancas y amarillas, de tirantas que se atan en los hombros con un lazo. Le favorece bastante. Me apetece hacer estas cosas: comprarle ropa para que no tenga que gastarse el dinero ni trabajar demasiadas horas en el *pub*. Prefiero que se concentre en sus estudios. Lo dejé encima de su cama y esperé junto a la puerta cuando lo levantó.

Me miró y por un momento pensé que había sido una mala decisión.

—Puedes cambiarlo. He guardado el recibo —digo.

—No... No es eso.

—¿Y entonces?

—Nadie me había comprado ropa antes. Es decir, no desde...

—¿Te gusta? —Le aparté un mechón de la cara—. No pasa nada si no, es solo que casi siempre vas de negro. —Incliné la cabeza hacia ella.

Se encogió de hombros.

—Me gusta el negro.

—Bueno, eso parece. He pensado que esto te quedaría bien.

Lo sostuvo, mirándose en el espejo de cuerpo entero. Entonces sonrió.

—Gracias. —Y me abrazó.

Yo me eché a reír. Era la primera vez que hacía algo así.

—De nada —dije. Después me volví porque no quería que me viese llorar.

Echo un vistazo al reloj de pulsera.

—Deberíamos irnos. No quiero llegar tarde a casa de tu abuela.

Chloe se incorpora y coge a Evie del cochecito.

—Vale. —Caminamos agarradas del brazo con mientras empujo el cochecito vacío.

—Hasta pronto, mamá —dice por encima del hombro.

La madre de Diane, Helen, vive en un amplio apartamento de planta baja en Knightsbridge. Y es muy mayor, más de lo que pensaba. Me sorprende lo frágil y delicada que parece.

—Tengo *scones* —dice con sequedad. De acuerdo, tampoco tan frágil—. Y no los he hecho yo, que os veo venir.

Lo cierto es que no es la bienvenida que esperaba. Por cómo la describía Chloe, supuse que sería cálida y hogareña, llena de mimos para Chloe, y, si soy sincera, que también estaría ansiosa por conocerme.

Ahora mismo es como si deseara que nos marchásemos de una vez.

Pero a Chloe no parece importarle. La abraza con cariño, la llama «abu» y está claro que sabe dónde está todo al sacar los platos y las tazas de porcelana especiales del armario.

Al sentarme en la sala de estar con Evie en el regazo, diviso unos álbumes de fotos en la estantería.

—¿Son sus álbumes familiares? —le pregunto a Helen cuando vuelve arrastrando los pies.

—Eran de Diane y Richard —dice—. Me los quedé al morir ella.

—¡Anda! ¿En serio? Me encantaría ver fotos de Chloe de pequeña. Y también de Diane. Nunca he visto una foto de Diane, ¿sabe? —Aparte de en los periódicos, pero eso no lo digo en voz alta.

Saca un álbum de fotos de la estantería y se sienta despacio a mi lado en el sofá. Extiendo una mano para ayudarla. Me la aparta de un manotazo.

—Yo puedo sola —masculla.

—Perdone. Sí, ya lo veo.

Oigo a Chloe abrir el grifo en la cocina. Helen echa un vistazo a Evie, sentada en mi regazo, y Evie la mira y se ríe.

—¿Le gustaría sujetarla?

Ella entrecierra los ojos. Espero escuchar un bufido, pero algo en su cara se suaviza. Asiente y pone el álbum de fotos en el sofá, entre las dos. Le paso a Evie y la siento en su regazo. Evie se pone a balbucear, toqueteando las cuentas de ámbar del collar de Helen. Helen sonríe.

—Ay, es... adorable —digo, admirando la foto de un joven Richard con una Chloe feliz sobre sus hombros. No me lo esperaba, la verdad. Si fuese yo, habría quemado todas las fotos de Richard.

Paso la página. Más fotos de Richard y Chloe. Era una niña muy risueña, sonriendo de oreja a oreja. Reparo en que no hay tantas fotos de Chloe y Diane, seguramente porque Diane era quien las tomaba.

Helen señala con el mentón a Richard.

—Venía a verme a menudo. Incluso después de que os casarais.

¿He escuchado bien? Casi parece que lo echa de menos.

—¿Estamos listas para el té? —dice Chloe, entrando de un salto con una pila de platillos y tazas en una bandeja.

—Chloe, ¿puedes ir a la tienda a por mermelada de fresa? Se me ha olvidado comprar.

—No hace falta mermelada, abu. Seguro que a Jo no le importa.

—No me importa —coincido.

—Por supuesto que hace falta mermelada —replica Helen—. Puedes coger mi bolso. Está en la consola del pasillo.

—¡Vale, abu! Enseguida vuelvo.

Cuando ya se ha marchado, Helen señala con el dedo una foto de Chloe de pequeña.

—Es muy lista, esta niña.

Sonrío.

—Sí que lo es.

—Siempre lo ha sido —continúa—. Tiene una respuesta para todo. Eso es lo que solía decir Diane. Siempre tiene una respuesta para todo. Loca de remate, por supuesto. Siempre con sus mentiras. Mentiras muy, muy retorcidas. Pero muy astutas. Así se salió con la suya.

Frunzo el ceño, confusa. Me quedo mirando las fotos de la página.

—¿Quién?

—Ella. —Escudriña la puerta—. Está para encerrarla. Le dije a Richard que nunca la dejase salir del ala de psiquiatría, pero no me escuchó. Quería pensar bien de ella, sin importar las pruebas que le pusieran delante. Siempre fue así. Pero yo sabía que se sentía culpable por pasar tanto tiempo trabajando. Pensó que Diane no lo llevaba bien. Ella intentó avisarle, pero él no la creyó. —Evie tira del collar y Helen le abre los dedos con suavidad.

Dios. Ahora lo entiendo. Todos estos años, Richard le ha estado contando a Helen las mismas mentiras que me contaba a mí. Por fuera, parecía que adoraba a Chloe, que solo veía lo mejor de ella, pero a la vez dejaba caer que estaba loca y que posiblemente, mató a su propia madre.

Lo último que quiero es tener esta conversación con Helen.

Paso otra página. Helen señala una foto de Richard con otro hombre. Se abrazan por los hombros.

—Deberías hablar con él —dice—. Él te lo contará.

—¿Me contará el qué?

—Que es imposible que Richard hiciese las cosas de las que le acusan.

Me agunto un suspiro.

—¿Quién es? —pregunto. Más por matar el tiempo hasta que vuelva Chloe que por querer saberlo de verdad.

—Era el socio de negocios de Richard por entonces. Alfred se llama.

—¿Alfred Butterworth?

—Sí. Ese es.

Me doy cuenta sobresaltada de que seguramente sufra de demencia senil. De hecho, no me sorprendería que no supiese quién soy. Decido hablarlo con Chloe más tarde. No me extraña que esté tan confundida con Richard.

—Lo siento, Helen. —Le pongo la mano en el antebrazo. ¿Me corresponde a mí decirle que Alfred Butterworth está muerto? Quizás debería darle la razón en todo y hablar con Chloe más tarde—. ¿Tenía una relación cercana con Alfred?

Ella asiente.

—Es un hombre agradable. Tenía una relación muy estrecha con Richard hasta que se distanciaron.

Es una manera de verlo, supongo.

—Vino a verme el otro día. Viene a menudo.

—¿El otro día? No. —Se me escapa sin querer—. Alfred Butterworth falleció hace muchos años. Lo siento mucho. —Además, Richard lo mató, pero quizás mejor no mencionarlo.

—¿Alfred? No seas ridícula. ¡Vive calle abajo! Ve y habla con él. Te lo contará todo.

—¿Calle abajo? No. Es imposible. ¿Y qué me tiene que contar?

Ella enarca las cejas.

—¡Que está loca! Que fue ella. Se lo ha hecho a todos. Viene a verme porque quiere que la incluya en mi testamento. Cree que la menciono allí. Sí, hombre. Solo me queda tolerarla, porque si le digo que se vaya al infierno, ¡volverá y me matará mientras duermo! Es capaz, sabes. Está como una regadera.

Guau. Es mucho peor de lo que pensaba. Espero que Chloe venga pronto para tomarnos el té con *scones* y largarnos de aquí.

Sigo pasando las páginas. Lo que sea con tal de cambiar de tema. Señalo una foto de Sophie tumbada boca arriba, sonriente.

—Sophie parece adorable.

Helen asiente. Le rueda una lágrima por la mejilla. Estrecha a Evie un poco más en sus brazos. Paso la página, buscando fotos que no evoquen más recuerdos tristes. ¿Una góndola en Venecia? ¿La torre Eiffel? ¿El Partenón?

Por desgracia, acabo con más fotos de Richard con Sophie. Chloe también está, al fondo. Helen señala una donde tiene los brazos cruzados sobre el pecho y el ceño fruncido.

—La llamaba su carita enfurruñada. «¿Dónde está mi carita enfurruñada?», decía él. Pensaba que era divertido, cómo se ponía. No lo entendía.

Ahora que me fijo, hay algo extraño en esas fotos. Trago saliva y miro más fotografías con el corazón acelerado. Paso las páginas, cada vez más rápido. En todas las fotos con la pequeña Sophie y Chloe juntas, Chloe observa con ojos entrecerrados a Sophie. En una de ellas, su mirada destila puro odio.

—No dejaba que nadie se acercase a su padre. Delante de él era la niña perfecta, pero en cuanto le daba la espalda, se convertía en una cría siniestra. Le despertaba celos cualquier persona cercana. Sophie, Diane... Todos lo veían, salvo él. Siempre le decía que a esta niña le pasaba algo. Y mira lo que ha pasado.

—¿Por qué la mandó al hospital psiquiátrico? Si no pensaba que le ocurriera nada malo.

—Porque se lo dijo.

—¿El qué?

—Que fue ella.

## Capítulo Cuarenta Y Cinco

---

Me ruge la sangre en los oídos.

—Un día me llamó —continúa—. Y me dijo que Chloe estaba delirando, no sabía qué hacer. Al parecer, le dijo: «Lo hice yo, papi. Yo la empujé. Ya podemos estar juntos, solo tú y yo. ¿Verdad que estamos mejor los dos solos?». Y después añadió: «Sé que no querías a mamá. Sé que no querías tener otra hija. Yo me he encargado de todo, papi. Ahora solo estamos tú y yo».

»Pensó que sufría una conmoción por haber presenciado la muerte de Diane. Yo le dije: no está conmocionada, Richard, por Dios. ¿Qué más hace falta para que te des cuenta? Te está contando la verdad. Pero era incapaz de admitirlo. Se enfadó mucho conmigo por sugerirlo. No dejaba de repetir que sufría un colapso nervioso, el síndrome del superviviente o cualquier otro sinsentido. No podía gestionar la verdad. Era más fácil decirse que era un colapso nervioso. Y como la policía estaba involucrada, no quería que se enterasen de lo que decía. Así que la envió a ese sitio, Vincent Gardens. Cuando salió, dijo que se lo había inventado. Que había sido solo un sueño. Como si pudieras tener esos sueños y no llamarlos pesadillas.

—A lo mejor él mintió —pruebo, con el corazón martilleándome en el pecho—. O sea, quizás nunca pronunciase esas palabras, quizás se lo inventase él. Es lo que me ha dicho Chloe.

Me escudriña con los ojos llorosos.

—¿Y por qué haría algo así? Adoraba a su familia.

—¿Por el dinero? —sugiero, con los labios temblorosos.

Ella resopla.

—Tenía buen corazón, pero era un pésimo empresario. Carecía de ese tipo de mentalidad, eso es todo. Debería haberse rendido, pero su padre era un financiero de éxito y quería seguir sus pasos. Se esforzaba demasiado. Siempre estaba fuera trabajando, pero tenía un agujero en cada mano. Mira que comprarle a Chloe aquel apartamento de un millón de libras... Qué desperdicio.

—Chloe dice que Richard no le compró el apartamento —arguyo—. Dice que él mentía.

Me mira como si se me hubiera caído el álbum de fotos en la cabeza.

—Por supuesto que lo hizo. Le compró un bonito apartamento en Primrose Hill. Fui allí con él.

Primrose Hill. Las palabras me arrancan un recuerdo. Richard y yo fuimos allí juntos. Estaba embarazada de ocho meses de Evie, y me sentía tan grande como una casa. Pasamos el sábado comprando más cosas para el bebé; Robyn me había recomendado una tienda en Winchester Road que vendía muebles y otras cosas para el dormitorio de la niña. Compramos muchas cosas, todas con fecha de entrega para la siguiente semana, y cuando salimos, Richard se detuvo en seco.

—¿Todo bien? —pregunté.

Él no respondió, se limitó a dejar la vista fija en un punto a lo lejos. De repente sacudió la cabeza.

—Perdona, pensaba que había visto a alguien.

—¿A quién?

—A nadie.

Lo noté preocupado el resto del día, y sabía que tenía que ver con la persona que había visto. Cuando intenté preguntarle de nuevo, negó con la cabeza y cambió de tema.

¿Es posible que hubiese visto a Chloe aquel día? Tengo el estómago encogido. Me retumba el corazón en el pecho. Paso la página y reconozco la foto de Sophie, la que Chloe guardaba en su maleta.

La que le puso delante de la cara a Richard antes de dispararle.

—Chloe quería a Sophie —digo como aferrándome a una balsa salvavidas—. Se equivoca en eso, Helen. Chloe llevaba esta foto suya a todas partes. La he visto. Adoraba a su hermana pequeña.

—Esa no es Sophie. Es Chloe.

Niego con la cabeza.

—No. Llevaba esta fotografía con ella. Me la enseñó. Esa es Sophie.

Se inclina, sujetando a Evie con una mano, y pasa las páginas hasta encontrar la fotografía que busca. Señala una foto de un bebé.

—*Esta* es Sophie con esa misma edad.

La saco y vuelvo a la foto que Chloe llevaba con ella para compararlas una al junto a la otra.

—Incluso de tan pequeñas no se parecían en nada —dice Helen—. Cuando nació Sophie, Chloe dio un cambio radical. Odiaba a su padre por haber tenido otra niña. También odiaba a su madre, pero siempre había sido así. Siempre. Odiaba a cualquiera que quisiera a su padre y viceversa. Quería a su padre para ella, y punto.

Los peces. Richard adoraba a esos peces. Les puso nombres y los trataba como a sus mascotas favoritas. Llevó a Chloe al estanque y le enseñó a alimentarlos.

Y ahora están todos muertos.

Vuelvo al momento en el que Chloe zarandeó aquella foto delante de la cara de Richard.

*¿Te acuerdas de ella? ¿Eh?* No hablaba de Sophie. Hablaba de ella misma, de pequeña. *Mamá está muerta. Sophie está muerta, y todo es culpa tuya, joder. ¿Y ahora Joanne, papi? ¿Y Evie? ¿De verdad, papá?*

Helen acaricia la cabeza de Evie.

—Creo que nunca le habló de Evie. Dijo que iba a hacerlo, pero que quería esperar hasta que naciera. Iba poniendo excusas, pero por mucho que se jactase de que Chloe era la niña perfecta,

adivinaba que en el fondo no estaba bien de la cabeza. Simplemente no podía aceptarlo. Era demasiado horripilante solo pensarlo. Pero una parte de él lo sabía, y esa parte no quería que supiese de la existencia de Evie.

Me vuelven a la mente las extrañas palabras que dijo Richard arrodillado en el suelo, mientras rogaba por su vida. En su momento, no las entendí. No pensaba que me hablara a mí. Pensaba que se dirigía a Chloe.

*Nunca se lo dije.*

Saco el móvil.

—Disculpe un momento, Helen. Es urgente que haga esta llamada.

Helen frunce el ceño, pero Evie le pone las manos en la cara y la anciana vuelve a sonreír.

Desbloqueo la pantalla con manos temblorosas y llamo a nuestro abogado, Solomon. Contesta al primer tono.

—Joanne. ¿Cómo...?

—¿Por qué llamaste a Richard aquel día? —le interrumpo—. El día que murió. Me llamaste y acto seguido, lo llamaste a él. Para hablar de Chloe.

Carraspea.

—Chloe se puso en contacto conmigo para hablar del testamento de Richard. Quería saber si seguía en él y si el nuevo bebé también estaba incluido.

—¿No llamó para hablar de la herencia de su madre? ¿La que recibiría al cumplir los veintiuno?

—La herencia de su madre se resolvió cuando murió, fue toda para Richard.

Voy a vomitar por todo el sofá Chesterfield.

Solomon continúa:

—Le dije a Chloe que le preguntase directamente a su padre y no volví a pensar en ello hasta que Richard mencionó meses después que estaba viviendo con vosotros.

*Solo está curioseando. Seguro que no es nada.*

—¿Y ella te llamó para hablar del testamento de su padre a finales de noviembre?

—Así es.

—¿Y sabía lo de Evie?

—Sí. Por eso llamó.

Cuelgo e intento pensar. Evie nació el quince de noviembre. Para el veintisiete, estoy absolutamente segura de que Richard no le había hablado a Chloe de ella. Seguíamos debatiendo cómo hacerlo unas semanas después. Me sorprendió que supiese de Evie cuando escribió a Richard en febrero.

Richard no se lo había dicho. Y si a él también le sorprendió que lo supiera, nunca me lo dijo.

Pero lo sabía porque nos vio, seis semanas antes de llamar a Solomon para preguntarle por el testamento. Nos vio salir de la tienda de muebles para niños en Primrose Hill. Y Richard también la vio. Incluso obviando el hecho de que era una tienda para bebés, es imposible que Chloe no notase que estábamos a punto de ser padres. Estaba enorme por entonces. Esperó seis semanas y llamó al abogado de Richard.

*¿Por qué ahora? ¿Por qué has venido ahora?*

Me contó la milonga de que recibiría la herencia de su madre cuando cumpliera los veintiuno, pero según Solomon, era mentira.

*¿Por qué ahora?*

Porque sabía que su padre había tenido otra hija. Y ya está.

Me vuelve a la cabeza todo lo que pasó durante las tres semanas que estuvo en casa, reproduciéndose en orden como una película.

Chloe a punto de poner algo en el frasco de Calpol. Mandé a que examinasen el de verdad, el que se le cayó al suelo. ¿Y el otro? ¿El que supuestamente era más grande, que compró en la farmacia? Nunca lo he vuelto a ver.

—¿Cree que Chloe tuvo algo que ver con la muerte de Sophie? —pregunto ahora.

—Hubo una autopsia.

La cojo del brazo.

—¿Y bien?

—Había trazas de paracetamol en su estómago. Pero Diane me dijo que no le había dado nada aquella noche.

—Dios mío —susurro.

—Richard dijo que debió de equivocarse. Siempre andaba muy cansada. Y no era suficiente para matar a Sophie. —Me mira con los ojos entrecerrados—. Pero sí lo suficiente para dejarla amodorrada. Lo suficiente para que no llorase si alguien le empujaba la cara contra el colchón y la asfixiaba.

Me echo a temblar. Estaba todo ahí, delante de mis narices. Pienso en Chloe diciendo que quería que Evie y yo nos marcháramos. Ahora dice que era para protegerme. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? Literalmente me dijo que quería a su padre para ella sola, y que Evie y yo teníamos que irnos.

Sigo con el móvil en la mano. Esta vez llamo a Roxanne. Su número sigue en mis contactos.

—¿Señora A? —Parece sorprendida.

—Roxanne, es muy importante. Ibas a venir y quedarte con nosotras aquella noche. —No hace falta que aclare a qué noche me refiero.

—¿Ajá?

—Dijiste que Richard te llamó para cancelarlo. ¿Es así?

—No me llamó, señora A. Me mandó un mensaje.

—¿Un mensaje? ¿Cuándo?

—No lo recuerdo bien, pero no mucho después. A lo mejor una hora más tarde.

Cuelgo y me presiono los ojos con las manos. Chloe había ido a buscar a su padre cuando hablaba por teléfono con Roxanne. Escuchó la conversación. Más tarde los vi juntos en el sofá y Chloe estaba disgustada, jugando con el teléfono de él.

Fue ella la que escribió a Roxanne y le dijo que no viniera. Literalmente delante de sus narices.

Fue ella quien me quitó el teléfono y sacó la tarjeta SIM. Le pregunté cómo sabía que Richard la había quitado. Porque ya lo había hecho la última vez. Pero fue la línea fija de teléfono lo que desconectó. ¿Tenían móviles por entonces? Quizás, pero Chloe podría haber enchufado uno de los teléfonos fijos.

Fue ella quien echó la gasolina por las escaleras. Tenía las cerillas en el bolsillo. Se le cayeron cuando salía del guardarropa. «Las he cogido del cajón de la cocina», dijo. Pero estaba con ella cuando

atravesamos la cocina de camino a la puerta trasera y no se detuvo en ningún momento, ¿no? No lo creo. Estoy segura de que no. Y las puertas cerradas con llave, la puerta delantera, la puerta trasera... Simplemente la creí. Nunca probé a abrirlas yo misma.

Iba a matarnos aquella noche. Pero cuando Solomon llamó con el mensaje para Richard, supo que él se daría cuenta. Supo que volvería. No se arriesgaría una segunda vez.

*Nunca se lo dije.*

Se dio cuenta de que por fin, su padre admitiría lo inimaginable: que había sido ella, todo este tiempo.

¿Y por qué nos dejó escapar a mí y a Evie?

Porque que Richard volviese jamás fue parte del plan. Tuvo que cambiar de estrategia. Si nos mataba a los tres y ella sobrevivía, nunca se creerían la historia que se sacara de la manga esta vez. Iría a la cárcel de por vida y lo sabía. Así que me implicó. Me convenció de que el monstruo era él, no ella, para que pudiera testificar a su favor, para que dijera que Chloe hizo todo lo que pudo para salvarnos a Evie y a mí. Le convenía que siguiera viva para corroborar su versión.

Venganza, dijo.

Por mamá, por Sophie, le respondí.

Y por ti, dijo. Y por Evie. *Venganza por casarse contigo. Por tener otra hija.*

—¡Entrega a domicilio de mermelada de fresa! —canturrea Chloe desde el recibidor—. Lo preparo todo y lo llevo, abu. No tardaré.

El corazón amenaza con salirseme del pecho. Bajo la vista hacia Evie, sentada en el regazo de Helen, y después la miro a ella.

—¿Qué voy a hacer? —susurro.

Chloe estalla en una carcajada desde la cocina.

—¡Abu, qué boba! ¡Si tienes un montón de mermelada de fresa!

Helen me aferra la muñeca.

—¿Has dicho que vive contigo?

Asiento, mientras mis ojos se posan en una foto de Diane. Está sonriendo, pero tiene la mirada triste. Como si tuviese el corazón

roto.

Helen me clava las uñas en la piel.

—No la dejes entrar.

---